

STAR WARS

TRILOGIA DE CORELLIA 1

E M B O S C A D A
E N
C O R E L L I A

Roger MacBride Allen

Nota del autor

Me gustaría expresar mi gratitud a Betsy Mitchell por haber pensado en mí para este proyecto, así como también a Tom Dupree por haberme apoyado en todo momento. También me gustaría expresar mi gratitud a todas las buenas gentes de Lucasfilm, pero muy especialmente a Sue Rostoni, que me inundó de información útil. Igualmente querría expresar mi gratitud, tanto colectiva como individual, a Kevin Anderson, Kathy Tyers, Dave Wolverton, Vonda McIntyre y Tim Zahn, colegas de La guerra de las galaxias. Recibí muchos sabios consejos, y tomé prestados uno o dos personajes. De la misma manera, una agradecida inclinación de cabeza para Heather McConnell, cuyas sugerencias me llevaron directamente a Q9-X2.

A un nivel más personal, me gustaría expresar mi gratitud a mi esposa, Eleanore Maury Fox, por haber aguantado muchas horas de escribir durante una primavera y un invierno que ya estuvieron bastante repletos de otros acontecimientos. Por ejemplo, en algún momento de nuestros viajes por la lista de lugares que se da más adelante, nos casamos. Sus notas sobre el manuscrito mejoraron enormemente el libro que ahora tienen en las manos. En una vena similar, me gustaría expresar mi gratitud a mis padres, Tom y Scottie Alien, y a mis flamantes cuñados David Fox y Elizabeth Maury, por su increíble generosidad y tolerancia mucho más allá de las exigencias del deber.

Sólo para que quede constancia de ello, este libro fue escrito —no sé muy bien cómo— entre el 1 de abril y el 20 de septiembre de 1994, y fue escrito en los siguientes lugares, en este orden aproximado: Lisboa, Portugal; el tren de Lisboa a Coimbra; en el aire, de Lisboa a Londres; Londres; el metro de Londres; en el aire, de Washington a Londres; en el aire, de Londres a Washington; Nueva York; Washington, DC; Tyson's Comer, Virginia; Arlington, Virginia; Bethesda, Maryland; librería Border's, McLean, Virginia; Fresno, California; Ashland, Oregón; grandes almacenes Nordstrom's, Portland, Oregón; Winnipeg, Canadá; National Foreign Affairs Training Center, Arlington, Virginia; y Charlottesville, Virginia. Como dice la canción: «Qué largo y extraño ha sido este viaje».

Roger MacBride Allen Septiembre de 1994 Arlington, Virginia

1

Secretos visibles

—Muy bien, Chewie. Prueba ahora.

Han Solo volvió a meterse el comunicador en el bolsillo y retrocedió unos cuantos pasos, alejándose del *Halcón Milenario* con una expresión preocupada en el rostro. Esta vez tendría que funcionar. Pero eso era lo que habían supuesto la vez anterior, y la que la había precedido. Desde donde estaba podía ver las mirillas de la cabina del *Halcón*, y Chewbacca tampoco parecía muy seguro. Vio cómo Chewbacca alargaba las manos hacia los controles de ascenso. Han se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento, y se obligó a espirar.

El *Halcón Milenario* tembló levemente sobre su pista y después empezó a ascender lentamente por el aire del crepúsculo. Chewie siguió haciéndolo subir hasta que las plataformas de suspensión del *Halcón* estuvieron a la altura de los ojos de Han, y después mantuvo la nave en esa posición.

Han volvió a sacar el comunicador de su bolsillo y habló por él.

—Muy bien —dijo—. Sí, estupendo. Ahora conecta los escudos.

El aire pareció vibrar alrededor del *Halcón*, ondulando con un débil temblor iridiscente que desapareció casi enseguida.

Han retrocedió un par de pasos más, no deseando estar tan cerca cuando Chewie desconectara los repulsores.

—Muy bien, Chewie, repulsores... ¡fuera!

El brillo de los repulsores se debilitó y el *Halcón* descendió bruscamente... y se detuvo, quedando suspendido en el aire con las plataformas de suspensión flotando sobre el suelo a la altura de la cintura de Han. Chispas y centelleos ardieron y parpadearon aquí y allá debajo del casco mientras las redes de los campos de energía oscilaban bajo la tensión.

—Bien —dijo Han—. Muy bien.

Aparte de disparar un turboláser a quemarropa contra la nave, aquello era la mejor prueba de la resistencia global del campo que podías obtener. Si los escudos lograban soportar el peso de la nave, entonces podrían...

De repente los chisporroteos se volvieron más brillantes y numerosos justo debajo de la plataforma de suspensión número dos.

— ¡Conecta los repulsores, Chewie! Va a...

Los escudos traseros cedieron de repente con un tembloroso estallido de luz. Las plataformas de popa golpearon la pista con un impacto tan potente que derribó a Han e hizo que sus huesos vibraran. El extremo delantero de la nave quedó suspendido en el aire mientras la mitad trasera rebotaba sobre sus pistones hidráulicos y volvía a subir por encima de la pista.

Los escudos delanteros dejaron de funcionar cuando la popa de la nave llegó al punto más alto de su bamboleo. Los repulsores delanteros cobraron vida con un destello en ese mismo instante. Los repulsores traseros entraron en acción, encendiéndose una fracción de segundo después de las unidades delanteras y con un débil parpadeo. Chocar con el pavimento de esa manera no había hecho ningún bien a las bobinas de los repulsores traseros, eso era seguro. Aun así, Chewie había calculado magníficamente la recuperación. Han había visto naves girando sobre sí mismas hasta

acabar con el techo en el suelo mientras intentaban recuperarse de una suspensión mediante los escudos que no había salido bien.

Chewie fue haciendo descender el *Halcón* hasta posarlo suavemente y desconectó los repulsores. Un instante después la pasarela surgió del casco y Chewie bajó por ella, claramente muy poco satisfecho con la situación. El wookiee emitió un ruidoso trompeteo, giró sobre sí mismo, subió por la pasarela y volvió a bajar un momento después con un equipo calibrador de escudos en las manos.

Lo cual era todo un problema. Después de todos los años que Han llevaba al lado de Chewie, sabía que no podía permitir que un wookiee frustrado desfagara sus emociones reprimidas en un trabajo de reparación. Había tantas probabilidades de que Chewie arrancara de cuajo el generador de los escudos como de que lo recalibrase.

—Ah... Quizá no sea tan buena idea, Chewie. Dejémoslo por ahora. Ya seguiremos mañana.

Chewbacca rugió y arrojó la caja de herramientas de recalibración al suelo.

—Lo sé, lo sé, lo sé —dijo Han—. Está exigiendo más tiempo de lo que debería, y ya estás harto de reforzar subsistemas que optimizamos la semana pasada. Pero con una nave como el *Halcón* las cosas siempre son así. Es un instrumento muy delicadamente ajustado. Todo afecta a todo lo demás. Haz cambios en un sistema y todo lo demás reacciona. La única forma de no tener que pasar por esto sería desmontar la nave y empezar partiendo de cero..., y tú no quieres desmontar el *Halcón*, ¿verdad?

Chewie volvió la mirada hacia la nave con una expresión que indicó a Han que sería mejor que no abusara de su suerte pidiéndole una respuesta negativa a esa pregunta. El wookiee nunca había estado tan profundamente encariñado con el *Halcón* como Han, e incluso Han sabía que su vieja amiga tendría que ser jubilada algún día. Tarde o temprano acabaría en un montón de chatarra..., o más probablemente en un museo. Era una idea bastante extraña, pero después de todo el *Halcón* había hecho historia en más de un aspecto.

Pero en aquel momento lo importante era calmar a Chewbacca, o alejar al wookiee del sistema de los escudos..., o, preferiblemente, las dos cosas.

—Mañana —dijo Han—. Mañana volveremos a intentarlo. De momento lo dejaremos, ¿de acuerdo? De todas maneras, Leia probablemente nos está esperando para cenar.

La mención de la comida pareció mejorar considerablemente el estado anímico de Chewbacca, tal como Han había esperado que haría. Manejar wookies era un trabajo a jornada completa, y en algunos casos la jornada completa se quedaba corta. De vez en cuando Han se preguntaba cuánto esfuerzo invertía Chewbacca en manejarle a él. Pero ése era otro asunto en el que pensar después. Ya iba siendo hora de dar por terminado el día.

Era asombroso cómo cambiaban los tiempos y cómo cambiaba la vida. Después de todas aquellas situaciones desesperadas, todas las batallas, todas las capturas y rescates y riesgos y victorias por las que había pasado Han, de repente todo se reducía a volver a casa para cenar. «Ahora tengo una familia», se dijo, todavía un poco asombrado ante aquel hecho. Y lo más asombroso de todo tal vez fuese lo mucho que le gustaba ese nuevo Han.

Han Solo alzó la mirada hacia el cielo crepuscular de Coruscant. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Dieciocho años? Sí, habían transcurrido dieciocho años desde que había sido contratado para sacar de Tatooine a un viejo loco llamado Ben Kenobi y a un chico llamado Luke Skywalker. Aceptar aquel trabajo había cambiado su vida para siempre..., y si querías ponerte en plan grandioso, podías decir que también había cambiado el curso de la historia galáctica.

Habían transcurrido nueve años desde la derrota del Gran Almirante Thrawn y el Maestro Jedi Oscuro; nueve años desde el nacimiento de los gemelos, y muy poco más de siete desde que nació Anakin.

—¿Capitán Solo?

Una voz femenina le sacó de su ensimismamiento. La voz era grave y un poco gutural, y llegaba de detrás de él. Han no la reconoció. La voz desconocida sonaba vaga e inexplicablemente peligrosa. Era un poquito demasiado calmada, demasiado fría y segura de sí misma.

—Sí —replicó, volviéndose lentamente—. Me llamo Solo.

Una humana no muy alta, delgada y de piel oscura surgió de las sombras junto a la entrada del hangar. Llevaba un uniforme azul oscuro que podía ser de una de las ramas de la Armada de la República, pero que también podía no serlo. Han no estaba muy al corriente de lo que vestía la Armada de la República últimamente.

—¿Y quién puede ser usted? —preguntó.

La mujer fue hacia él, sonriendo sin inmutarse. Han ya podía verla un poco mejor. Era joven, tal vez veinticinco años estándar como mucho. Sus ojos estaban un poco más separados de lo normal, y eran levemente vidriosos. Su mirada parecía un poco descentrada, como si fuese casi bizca pero sin llegar a serlo. Estaba mirándole fijamente, y sin embargo Han tuvo la clara impresión de que también estaba mirando por encima de su hombro, viendo algo que se encontraba entre él y el horizonte..., o viendo la siguiente galaxia. Su cabellera negra como el azabache estaba recogida en una compleja trenza enroscada encima de su cabeza.

—Me alegro de conocerle —dijo—. Puede llamarme Kalenda.

—De acuerdo —dijo Han—. Puedo llamarla Kalenda. Bien, ¿tiene algo más que decirme aparte de su nombre?

—Que tengo un trabajo para usted.

Su réplica pilló desprevenido a Han. ¿Un trabajo? Estuvo a punto de responder con alguna observación burlona, pero se contuvo. Aquello no tenía sentido. Estaba claro que sabía quién era Han, lo cual no tenía mucho mérito dado que Han, Leia y Luke eran famosos en toda la República. Pero si sabía quién era, entonces habría tenido que saber que ya no estaba disponible para ser contratado por el primero que apareciese. Algo no andaba bien.

—Siga —dijo Han, esforzándose por mantener su tono lo más neutro posible.

Kalenda desvió aquella extraña mirada suya de tal manera que sus ojos se volvieron casi por completo, pero no del todo, hacia donde estaba Chewbacca.

—Tal vez deberíamos hablar a solas —dijo en voz baja.

Chewie dejó escapar un gruñido ahogado, y Han ni siquiera se molestó en volver la cabeza para mirar al wookie por encima de su hombro. Sabía qué vería si lo hubiese hecho. Adelante, que Kalenda echase un buen vistazo a los colmillos de Chewie.

—Tal vez no deberíamos hacerlo —dijo—. No quiero oír nada que tenga que decirme y que Chewbacca no pueda oír.

—Muy bien —dijo Kalenda—. Pero tal vez por lo menos los tres podríamos hablar en privado.

—Perfecto —dijo Han—. Suba al *Halcón*.

Kalenda frunció el ceño. Estaba claro que esa idea tampoco le gustaba demasiado. El *Halcón* era territorio de Han.

—Muy bien —dijo.

Han señaló la nave con un barrido de su brazo y se inclinó ante Kalenda de una manera casi imperceptible, justo lo suficiente para dejar claro que su gesto era sarcástico.

—Por aquí —dijo.

El androide de exploración subió silenciosamente hasta colocarse en posición, pasó por encima del muro de la pista y después descendió detrás de un montón de cajas para ocultarse. Estaba pintado de negro, y era prácticamente invisible entre las cada vez más oscuras sombras. El androide vio cómo los dos humanos y el wookiee subían a la nave.

Desplegó una sonda de vigilancia auditiva y la apuntó hacia el *Halcón Milenario*. Después de un momento de vacilación, se acercó un poco más a la nave. Hacerlo suponía exponerse a un mayor riesgo de ser detectado, pero los dueños del androide de exploración lo habían programado para que asignara una elevada prioridad a espiar precisamente aquella clase de reunión. El androide decidió que el riesgo merecía la pena si sus dueños podían obtener una buena grabación de la conversación que estaba a punto de tener lugar.

Kalenda subió por la rampa y entró en la nave con Han y Chewie siguiéndola. Tal vez hubiera sido más cortés precederla, pero Han quería irritarla y tenía la corazonada de que no era la clase de persona a la que le gustaba tener gente detrás. Han no podía dejar pasar por alto la oportunidad de ponerla un poquito nerviosa. Kalenda llegó al final de la rampa y avanzó con paso ágil y decidido hacia la sala.

Han necesitó un par de momentos para caer en la cuenta de que Kalenda nunca había estado a bordo anteriormente. Tendría que haberse detenido al final de la rampa, no sabiendo adonde ir a continuación. En vez de eso, ya estaba sentada en el asiento más cómodo de la sala casi antes de que Han y Chewie llegaran al compartimento. Debía de haber sacado unos planos de algún sitio y haberse aprendido de memoria la disposición interna de la nave. Acababa de demostrar la cantidad de investigaciones que había hecho sobre Han y cuánto sabía acerca de él.

Muy bien. Era justo, ¿no? Si Han quería jugar con ella, era lógico esperar que Kalenda también practicara unos cuantos jueguecitos con él.

—Excelente —dijo mientras se sentaba. Chewie permaneció de pie, y dio la casualidad de que al hacerlo bloqueó la salida del compartimento—. Lo sabe todo sobre mí, hasta los esquemas de mi nave —siguió diciendo—. Tiene recursos. Ha hecho sus deberes. Eso no me impresiona.

—No, supongo que no —dijo Kalenda—. Usted probablemente es un hombre bastante difícil de impresionar.

—Intento serlo —replicó Han—. Y en estos momentos lo que me gustaría es volver a casa para estar con mi esposa y mi familia. ¿Para qué quería verme?

—Para hablar de su esposa y su familia —dijo Kalenda sin pestañear.

Su extraña mirada casi bizca pareció centrarse y ver a la perfección, y la clavó en Han para contemplarle con el rostro endurecido y totalmente vacío de expresión.

Han se envaró y se inclinó hacia ella, y Chewie mostró sus colmillos. Su familia había estado expuesta a demasiados peligros demasiadas veces para que Han pudiera tomarse aunque sólo fuera la más ligera alusión al peligro de otra forma que no fuese muy en serio.

Las amenazas tampoco me impresionan —dijo, en un tono de voz tan duro como su rostro—. Con Chewbacca cerca, las personas que las hacen no viven mucho tiempo. Así que escoja sus próximas palabras con muchísimo cuidado.

El compartimento quedó en silencio durante un momento, y Kalenda siguió mirando a Han. Sus ojos se encontraron con los de él.

—No estoy amenazando a su familia —dijo, y su voz seguía estando vacía de toda expresión—. Pero a la Inteligencia de la Nueva República le gustaría... utilizarla. Y a usted.

¿La Inteligencia de la Nueva República? ¿Qué demonios había impulsado a la INR a acudir a él? Si Han era una persona demasiado conocida para dedicarse al contrabando, era decididamente demasiado conocida para servir de mucho como espía. Incluso dejando aparte eso, y fuera cual fuese el gobierno al cual servían, a Han no le gustaban demasiado los espías gubernamentales.

—No está mejorando sus probabilidades de sobrevivir —dijo—. ¿Cómo van a «utilizarnos»?

—Sabemos que irán a Corellia —dijo Kalenda.

—Un trabajo magnífico —replicó Han—. Deben de tener un equipo de investigadores de primera clase que examinan las noticias cada día sin descansar jamás. Nuestro viaje a Corellia no es exactamente alto secreto.

De hecho, en realidad el viaje más bien era lo que se consideraba noticia digna de titulares en aquellos tiempos de paz y tranquilidad. Leia formaría parte de la delegación de Coruscant enviada para una importante conferencia comercial en el planeta Corellia.

Se suponía que sería el primer paso para la reapertura de todo el Sector Corelliano. El sector siempre había sido una parte del Imperio muy centrada en sí misma, y antes de eso había formado parte de la Antigua República. Cuando Han se fue, Corellia había pasado de no prestar atención al exterior a volverse declaradamente hermética y amante del secreto.

Las cosas no habían mejorado mucho en ningún aspecto desde que la Nueva República se hizo cargo del gobierno galáctico. Era realmente muy raro encontrarse con alguna mención del Sector Corelliano en la que no apareciesen palabras como «insular», «paranoide» o «desconfiado». Leia había considerado como un triunfo meramente el conseguir que los corellianos accediesen a celebrar la conferencia en su mundo.

—La asistencia de su esposa ha sido difundida, sí —dijo Kalenda—. Pero ha habido muy poca o ninguna mención de que usted o sus hijos vayan a ir.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Han—. Mi esposa va a asistir a una conferencia en mi mundo natal. ¿Y qué? Yo iré también, y nos llevaremos a los niños con nosotros. Les gustará que les enseñemos el sitio del que vino su viejo papá. ¿Es eso un crimen? ¿Hay algo sospechoso en eso?

—No —dijo Kalenda—. Todavía no. Pero nos gustaría volverlo sospechoso.

—Ahora sí que ha conseguido que me pierda del todo. Chewie, si lo próximo que diga no aclara todo este embrollo, échala de la nave.

Chewie dejó escapar un sonido mitad chillido y mitad aullido que pretendía poner nerviosa a su visitante.

—Eso quiere decir que tiene muchas ganas de hacerlo —dijo Han—. Bien... Ésta es su gran oportunidad de decirme clara y concisamente qué es todo esto. No más acertijos.

Kalenda había perdido una parte de su impasibilidad, pero no toda. Han tuvo que reconocérselo. Incluso la vaga idea de tener que vérselas con Chewie bastaba para hacer que la inmensa mayoría de las personas perdieran el control de sus nervios.

—Está ocurriendo algo en el Sector Corelliano —dijo—. Es algo grande, y huele muy mal. No sabemos qué es. Lo único que sabemos es que hemos enviado a media docena de agentes..., y que ninguno de ellos ha regresado. Ninguno de ellos ha logrado enviar ni un solo informe.

Esa noticia dejó bastante impresionado a Han. La INR era muy, muy buena en lo que hacía. Era la sucesora de las viejas redes de espías rebeldes que habían surgido durante la guerra contra

el Imperio. Cualquier persona o cosa que pudiera matar o capturar agentes de la INR cuando le viniese en gana era una fuerza con la que había que contar.

—Lamento saberlo —dijo Han—. Pero ¿qué tiene que ver eso con mi familia?

—Queremos enviar otro equipo, y queremos proporcionarle cobertura. Ahí es donde entran ustedes.

—Oiga, Kalenda, o como quiera que se llame realmente: si los corellianos son tan paranoicos como está diciendo que son, probablemente ya sospechan de mí. No soy el tipo de persona a la que se le da bien el espionaje. Ni siquiera sería un buen aficionado. No soy un hombre muy sutil. Si no les han dicho eso ya, es que sus archivos no son tan buenos.

—Oh, pues claro que nos lo han dicho —replicó Kalenda—. Y no necesitábamos que nos dijeran eso, porque todo el mundo lo sabe ya. Los corellianos le estarán vigilando como halcones. No queremos que haga nada salvo actuar de una manera sospechosa.

—No lo entiendo —dijo Han.

—Queremos que actúe lo más sospechosamente posible —dijo Kalenda—. Sea visible. Procure destacar en todo momento. Haga preguntas molestas e indiscretas. Ofrezca sobornos a las personas menos adecuadas en el peor momento posible. Actúe como un pésimo aficionado. Queremos que atraiga su atención y que los distraiga mientras introducimos a nuestros auténticos equipos.

— ¿Qué hay de mi familia? —preguntó Han—. ¿Qué hay de mis hijos?

—Para serle sincera, sus hijos tienen una cierta reputación propia. Dudo mucho que hubiéramos llegado a ponernos en contacto con usted si no estuvieran incluidos en el viaje. Estamos dando por sentado que por sí solos ya bastarán para producir serios dolores de cabeza entre la oposición.

—Lo que quiero saber es si correrán peligro —dijo Han—. No estoy tan seguro de que deba llevarlos allí si las cosas están tan mal como dice.

Kalenda titubeó un momento antes de responder.

—La situación en Corellia es inestable, y no cabe duda de eso. Sin embargo, si nuestra comprensión de la situación es correcta, el papel que le pedimos que interpreten no los expone a ningún riesgo adicional. La familia sigue siendo muy respetada en Corellia. Involucrar a miembros inocentes de la familia en una disputa de cualquier clase está considerado como altamente deshonesto. Usted debería saberlo.

Había algo en su tono de voz durante esa última respuesta que hizo pensar a Han. Era como si estuviese hablando de algo más que la tradición planetaria, algo mucho más concreto que eso y que le afectaba personalmente. El problema era que no tenía ni idea de qué podía ser. ¿Sabría la INR cosas sobre el pasado de Han que éste ignoraba? Han clavó la mirada en los extraños ojos de Kalenda y decidió que no quería preguntárselo.

—Si he entendido bien lo que está diciendo —dijo por fin—, usted cree que lo que me están pidiendo que haga no dará como resultado que Corellia sea más peligroso para mis hijos de lo que lo sería en otras circunstancias. ¿Es correcto eso?

—Sí —dijo Kalenda.

Su respuesta no dejó satisfecho a Han. Tuvo el presentimiento de que «sí» era una respuesta veraz, pero no completa.

—Muy bien —dijo—. Ahora, la próxima pregunta que voy a formular se la hago como padre y como corelliano que cree que es deshonroso involucrar a los inocentes. ¿Sería peligroso llevar a mis hijos a Corellia?

Kalenda se recostó en su asiento y suspiró. Toda la gélida seguridad superficial se desvaneció de repente, y Han pudo ver duda e incertidumbre. Era como si la agente de la INR se hubiese esfumado súbitamente y la persona que estaba detrás de ella estuviese apareciendo por fin.

—De acuerdo, prescindiré de los rodeos —dijo—. No si lo expresa de esa manera, ¿entiende? Pero juro por los soles oscuros que preferiría que no me hubiese hecho esa pregunta. Sinceramente, no lo sé. El problema es que no sabemos qué está ocurriendo allí. Por eso necesitamos hacer todo lo que podamos para introducir agentes en ese planeta y averiguarlo. Pero en estos momentos hay niños en Corellia. ¿Corren peligro? ¿Es Corellia un sitio con más riesgos que Coruscant? Casi seguramente sí, aunque no puedo decir en qué grado. Por otra parte, el viaje en sí ya es más peligroso que quedarse en casa. Quizá nunca deberían viajar. Si lo único que le preocupa es evitar todos los riesgos, entonces coja a sus hijos y escóndalos en una caverna para estar seguro de que se encuentran a salvo. Pero ¿quiere vivir de esa manera?

Han clavó la mirada en aquellos extraños ojos que parecían ver cosas que no estaban allí. En los viejos tiempos, en sus días de aventuras y temeridades, ni siquiera se lo habría pensado dos veces antes de salir disparado hacia el peor peligro imaginable. Pero la paternidad cambiaba a los hombres. No era solamente que no quisiera poner en peligro a sus chicos. Era algo que iba más allá de eso. Han tampoco quería correr peligros innecesarios, y no porque temiese a la muerte, sino porque la idea de dejar sin padre a sus hijos también era algo que debía introducir en la ecuación.

Pero suponiendo que metiera a sus hijos en una caverna y que hiciera que estuviesen vigilados continuamente, ¿que ocurriría si luego añadía una avalancha subterránea a la suposición? ¿O qué ocurriría si realmente conseguía proteger a sus hijos de todo peligro? ¿Qué clase de vida tendrían entonces? ¿Y cómo se podía esperar que se enfrentaran a un mundo lleno de riesgo y peligros como adultos si nunca se habían enfrentado a ellos mientras crecían?

No había respuestas completas ni certidumbres totales. El riesgo era una parte de la vida, y tenías que llevarte tu porción de riesgo junto con todo lo demás. Pero también había cuestiones de honor y deber. Si había problemas en casa, en el sector donde había nacido Han, ¿qué clase de hombre sería si podía ayudar y no lo hacía?

También había otro factor más. Después de todo, Leia era la Jefe del Estado. Había estado recibiendo informes sobre Corellia de los servicios de inteligencia. Tenía que estar al corriente de la situación, y era muy probable que incluso conociera el hecho de que algunos agentes de la INR habían desaparecido. Aun así, estaba dispuesta a llevar consigo a sus hijos en el viaje. Eso era una respuesta suficiente para Han.

—Gracias —dijo—. Siempre agradezco una respuesta clara. Bien, iremos a Corellia..., y haré todo lo que pueda para comportarme de una manera sospechosa. Tengo la sensación de que es un tipo de actividad que encajará muy bien con mis dotes naturales.

—Oficialmente, me alegra oír eso —dijo Kalenda—. Pero extraoficialmente..., muy extraoficialmente... Bien, no le culparía si decidiera no ir allí.

—Iremos —dijo Han—. No vamos a permitir que el miedo nos impida vivir nuestra vida.

—¿Así, sin más? —preguntó Kalenda—. ¿Sin siquiera hacer ninguna pregunta? La INR no tiene mucha información, pero ¿no debería saber lo que sabemos?

Chewie emitió un ronco gorgoteo gutural, el equivalente wookiee a una risita, y después gruñó una réplica.

— ¿Cómo? —preguntó Kalenda—. ¿Qué tiene tanta gracia? ¿Qué ha dicho?

Han sonrió, aunque el chiste fuese más o menos a sus expensas.

—Algo acerca de que nunca he permitido que los hechos o la información interfiriesen en mis decisiones —le explicó—. Pero, hablando muy en serio, tal vez se trate sencillamente de que cuanto menos sepa, mejor. Si quiere que vaya tropezando de un lado a otro como un estúpido ignorante, quizá lo haré mejor si mi ignorancia es real.

—La verdad es que casi nos esperábamos que diría eso —replicó Kalenda.

—Si me conocen tan bien, entonces lo próximo que debería esperar oírme decir es que es la hora de cenar y que mi familia me está aguardando.

Kalenda se levantó.

—Muy bien. —Se volvió hacia Chewbacca, que seguía bloqueando la entrada—. Si su amigo me disculpa... —dijo, clavando la mirada en Chewie.

El wookiee soltó una especie de bufido y la dejó pasar.

Después de que se hubiera ido, Chewie se volvió hacia Han.

—Lo sé, lo sé —dijo Han—. Vas a decir que todo eso no es asunto mío. Pero nuestros agentes se están desvaneciendo en mi mundo natal. ¿Es mi gente la que está haciendo eso? Dijo que algo anda mal en el Sector Corelliano, en mi sector... ¿Debería limitarme a volverme de espaldas? Anda, dímelo. ¿Qué tendría que haber dicho?

Chewie no tenía ninguna respuesta para esa pregunta. Lo que hizo fue gruñir y volverse hacia la cabina. Han le siguió para ayudarle a desconectar los sistemas de la nave.

Pero el wookiee se quedó inmóvil en la entrada de la cabina, deteniéndose tan de repente que Han casi chocó con su espalda.

— ¡Eh! —exclamó—. ¿Qué estás...?

Chewie movió su brazo izquierdo muy lentamente hacia atrás hasta que quedó detrás de su espalda. Después pidió silencio con un gesto de su mano izquierda mientras miraba hacia adelante, clavando los ojos en el visor de la cabina. Han se quedó totalmente inmóvil e intentó ver algo. No vio nada, pero eso le dijo todo lo que necesitaba saber. Había un androide de exploración o un fisgón vivo cerca. Chewie había detectado algo, cualquier clase de minúsculo movimiento. Ninguna otra cosa explicaba su reacción.

— ¿Qué... vamos a hacer acerca de los escudos? —preguntó Han, intentando que la pregunta sonara natural y convincente.

Chewbacca enseguida comprendió lo que pretendía y gruñó una respuesta igualmente natural y despreocupada mientras se dejaba caer en el asiento del copiloto. Han siguió la dirección de la mirada de Chewie mientras el wookiee examinaba sus paneles. Han vio cómo los ojos de Chewie se deslizaban velozmente hacia las cajas amontonadas en un extremo de la pista y permanecían clavados en ellas durante un momento. Bien, así que se trataba de eso.

Han se sentó en el asiento del piloto e intentó pensar a toda velocidad. Alguien o algo había estado escuchando su pequeña charla con Kalenda. El hecho de que el fisgón siguiera ahí fuera sólo podía significar que tenían la esperanza de oír algo más. De lo contrario, el fisgón se habría ido nada más marcharse Kalenda.

Y eso significaba que la única posibilidad de capturar al fisgón sería mantenerle ocupado hasta que Chewie y él hubieran conseguido urdir algún plan. Sería mejor hacer algo que sonara interesante.

—Eso tiene buen aspecto en lo que concierne al repulsor —dijo Han—. Pero si nuestra visitante tenía razón, los fallos de los sistemas van a ser el menor de nuestros problemas.

Chewbacca se volvió hacia Han y le miró. El wookiee parecía un poco sorprendido.

—Oh, sí—dijo Han, improvisando lo mejor que sabía hacerlo—. A juzgar por lo que estaba diciendo, vamos a tener muchas cosas de que hablar durante el trayecto. Si sabemos jugar correctamente nuestras cartas, obtendremos muchos beneficios.

Eso debería ser lo suficientemente intrigante para mantener interesados a sus amigos. Han movió las manos, asegurándose de que no podían ser vistas por las mirillas de la cabina. Se señaló y después movió los primeros dos dedos de un lado a otro en una pantomima del caminar. Luego señaló el exterior, y fingió que apretaba un gatillo.

Chewie asintió con una inclinación de cabeza casi imperceptible y después se señaló a sí mismo y señaló hacia abajo, indicando que permanecería donde estaba, y luego rozó los controles del cañón láser ventral con las puntas de los dedos. Chewbacca expresó su acuerdo sobre el tema de los beneficios con un resoplido y asintió un poco más enfáticamente en beneficio de quienquiera que estuviese fuera.

—Oye —dijo Han—. Termina la desconexión, ¿de acuerdo? Quiero echar un vistazo a las plataformas traseras para ver si han sufrido algún daño.

Chewie asintió. Han deslizó su mano izquierda debajo del asiento del piloto y sacó el pequeño desintegrador que guardaba allí. No era el armamento más poderoso imaginable, pero sí era lo suficientemente pequeño para poder esconderlo en la palma de su mano.

Han se levantó y fue hacia la compuerta. Avanzó hacia la pasarela desplegada, moviéndose con lo que confiaba en que fuese un caminar relajado y libre de apresuramiento. Si él y Chewie eran mejores actores de lo que pensaba Han, o si su fisgón era un poco más crédulo de lo habitual, todavía seguirían teniendo compañía.

Bajó por la pasarela, silbando desalmadamente para sí mismo, y se detuvo al final de ella. Bostezó y se desperezó en lo que esperaba que fuese una exhibición convincente. Después fue hasta babor, como si se dispusiera a rodear la nave para echar un vistazo a los soportes de suspensión posteriores.

Al hacerlo llegó hasta el montón de cajas. Cualquier persona o cosa que estuviera escondiéndose detrás de ellas tendría que retroceder un poco y meterse en el rincón para no ser visible. Han movió su mano izquierda, asegurándose de que su cuerpo la mantenía oculta, y colocó el desintegrador en posición de hacer fuego. Reanudó su tranquilo avance hacia la parte trasera de la nave..., y de repente cambió de dirección y corrió en línea recta hacia las cajas, moviéndose lo más deprisa posible con el desintegrador preparado para disparar.

Pudo ver por el rabillo del ojo cómo el cañón láser ventral surgía de su cavidad y hacía fuego. El cañón fue barriendo las cajas de estribor a babor, empujando a su visitante hacia Han. Las cajas estallaron bajo aquel diluvio de fuego, y las llamas iluminaron la pista.

Y de repente, con los cegadores estallidos estroboscópicos del cañón láser encendiéndose y apagándose, hubo la claridad suficiente para que Han pudiera ver la cosa que estaba persiguiendo.

Un androide de exploración, un viejo modelo explot imperial, estaba suspendido en el aire a menos de diez metros de él con sus ocho amenazadores brazos sensores colgando de la redonda masa central que era su cuerpo. El cañón láser dejó de disparar y la oscuridad volvió al instante. Chewie no quería correr el riesgo de que un disparo acertase a Han. Era toda una muestra de consideración por su parte.

Incluso sin los haces láser, las cajas en llamas desprendían la claridad suficiente para que Han pudiese ver a su adversario. Pero si Han podía ver al androide de exploración, el androide de

exploración también podía verle a él. Uno de sus brazos giró para apuntarle con el láser que llevaba incorporado.

Han disparó sin desperdiciar ni un segundo en formar un pensamiento consciente y, por suerte o por buena puntería, su disparo arrancó el desintegrador del brazo del androide.

Pero la pérdida del desintegrador no frenó al androide en lo más mínimo. Alzó otro brazo, uno que terminaba en una aguja de aspecto temible, y se lanzó sobre Han. Han se tiró al suelo y rodó sobre su espalda mientras el androide atacaba, desplegando aquel brazo-aguja para atravesarle el pecho. El brazo descendió y Han completó su giro, logrando esquivarlo por una fracción de segundo. El brazo-aguja se incrustó en el permacreto y quedó atascado allí durante un momento.

Han disparó contra el androide, pero el primer disparo debía de haber sido un caso de buena suerte, pues esta vez falló por completo. Volvió a apretar el gatillo y no ocurrió nada. La diminuta célula de energía del desintegrador de bolsillo se había consumido con sólo dos disparos. Han se incorporó y se dio cuenta de que estaba atrapado. El androide sacó su brazo-aguja del permacreto y se volvió hacia Han, preparándose para acabar con su enemigo.

Un solitario haz de energía surgió del cañón láser del *Halcón* y acertó de lleno al cuerpo del androide. La horrenda máquina cayó al suelo, y Han empezó a respirar de nuevo.

Chewie llegó corriendo un momento después con una varilla lumínica en la mano. La dirigió hacia el androide y miró a Han, y después dejó escapar una complicada serie de gruñidos y rugidos burbujeantes.

—Sí, ya lo veo —dijo Han—. Es un androide de exploración imperial. Por lo menos tendrá veinte años. Alguien lo sacó de no sé dónde y lo reprogramó.

Chewie se arrodilló junto al androide y lo iluminó con su varilla. Después alzó la mirada hacia Han y ladró una pregunta.

—Porque los imperiales no programaban a esos trastos para que se comportaran de esta manera —dijo Han—. Se suponía que no debían luchar, sino espiar. Si eran descubiertos y no podían huir, entonces transmitían sus datos mediante un haz concentrado y luego se autodestruían. Éste intentó escapar abriéndose paso a tiros. Y no me preguntes lo que nos dice eso, porque no lo sé.

Pero Han lo sabía, al menos en parte. Lo que le decía era que alguien estaba decidido a jugar fuerte. En cuanto a cuál era el juego o quiénes eran los jugadores, Han no tenía ni la más mínima idea. Pero tenía que ser algo relacionado con Corellia. Sí, tenía que ser eso.

Han contempló la máquina muerta iluminada por las llamas que iban consumiendo las cajas y se preguntó qué debían hacer con los restos del androide. El hecho de que hubiera estado precisamente allí, en aquel momento y lugar determinados, encerraba unas cuantas connotaciones desagradables. Si los agentes de la INR estaban siendo seguidos, Han no iba a ir corriendo en su busca para informar de aquel pequeño incidente. No. Sería mejor mantenerlo lo más en secreto posible.

—Nadie se va a enterar de esto, ¿de acuerdo? —dijo—. Ni la INR, ni Luke, ni Leia. Lo único que podrían hacer al respecto sería preocuparse y ponerse nerviosos, y tal vez haya más oídos escuchando ahí fuera. Nos libraremos de este trasto lo más deprisa posible, luego limpiaremos este estropicio y ahí se acabará todo.

Chewbacca miró a Han y asintió.

Han se arrodilló al lado del wookiee y empezó a pensar en cómo podían librarse del androide de exploración. Luego podría ocuparse de los otros pequeños problemas, como la cuestión de quién había enviado la máquina y por qué.

Han comprendió que en realidad sólo había dos cosas de las que pudiese estar seguro.

En primer lugar, sabía que si alguien estaba intentando hacer que no deseara ir a Corellia, estaba enfocando el asunto de la manera más equivocada posible. Los espías, las amenazas vagas y los androides de exploración podían intimidar a otros hombres, pero Han nunca había respondido muy bien a la intimidación.

Y, en segundo lugar, sabía que iba a ser un viaje muy interesante.

2

Averías y reparaciones

Jaina Solo estaba sentada en el suelo al lado de su hermano pequeño y le alargó un tablero de circuitos.

—Vamos, Anakin..., puedes entenderlo. Puedes hacer que funcione.

Anakin Solo, que tenía siete años y medio, estaba sentado en el suelo de su cuarto de juegos, rodeado por fragmentos de androide y unidades de circuitos que parecían bastante viejas y gastadas.

Jacen, el hermano gemelo de Jaina, se había encargado de la mayor parte del trabajo de búsqueda y había hurgado en los cubos de la chatarra y los depósitos de piezas de todos los talleres de reparación de androides y suministradores de repuestos. Jaina había hecho casi todo el trabajo de montaje mecánico, pero a partir de ahí era cosa de Anakin. Los tres eran muy hábiles con sus manos y tenían un talento natural para todo lo relacionado con la mecánica, pero en el caso de Anakin su capacidad iba más allá de un mero talento.

Anakin podía arreglar cosas para que volviesen a funcionar incluso si no sabía qué hacían o qué eran. Casi parecía como si pudiera ver dentro de las máquinas, leer las pautas de los circuitos de incluso los más diminutos componentes microelectrónicos... e incluso ordenar a los circuitos rotos o averiados para que se reparasen a sí mismos. Quienes no conocían a Anakin habrían pensado que todo aquello era muy notable, y tal vez incluso imposible. Pero los gemelos estaban acostumbrados a vérselo hacer. Para ellos lo único que significaba era que Anakin podía establecer contacto con un aspecto de la Fuerza que no estaba al alcance de la inmensa mayoría de las personas. O tal vez Anakin aún no sabía que lo que hacía era imposible. Si los adultos lo descubrían y le convencían de que no podía hacer lo que hacía, entonces el juego quizá se habría acabado para siempre.

De momento, un hermano pequeño capaz de hacer que la maquinaria y los ordenadores se comportasen como obedientes perritos falderos era un recurso de lo más útil. En el pasado, los gemelos le habían puesto a trabajar en toda clase de tareas cuando iban a explorar las partes del Palacio Imperial que se suponía que no debían ver. Anakin había abierto cerraduras inexpugnables para ellos, había hecho que las cámaras de seguridad se desconectaran justo en los momentos adecuados para que nadie les pillase, había activado tubos de ascensión que se suponía que debían permanecer inertes y, en general, se había mostrado muy útil al servicio de sus hermanos mayores.

Pero eso sólo había sido dar paseos por el viejo palacio. Aquello tenía que ser mejor. Aquello tenía que ser lo mejor de todo. Por fin iban a tener su propio androide secreto, sin que ningún adulto fuera capaz de imponerle nuevas directrices, modificar sus instrucciones o llevárselo como castigo.

Anakin clavó la mirada en el tablero de circuitos y lo hizo girar lentamente entre sus dedos.

—Esto va encima de esa pieza —murmuró para sí mismo—. Hay que ponerlo de lado.

Anakin podía hacerse comprender cuando hablaba con los gemelos o con adultos, pero ni siquiera los gemelos eran capaces de entender gran cosa cuando hablaba consigo mismo. No es que eso importara demasiado, naturalmente. Al menos, no mientras Anakin hiciera lo que esperaban de él.

Jacen estaba contemplando con gran atención a su hermano pequeño mientras trabajaba. Siempre se le habían dado mucho mejor las plantas y los animales, las criaturas vivas, que la maquinaria. Jaina era la que entendía de máquinas, de la misma manera que su padre. Siempre estaba trasteando con algún aparato, intentando averiguar lo que podía hacerle con su multiherramienta. Ella y Jacen se parecían mucho el uno al otro, y los dos tenían el cabello castaño oscuro y los ojos de un marrón claro. Eran dos niños robustos y sanos, si bien no especialmente altos o fuertes para su edad. Anakin era un poquito distinto. Era más bien bajito para su edad, pero claramente corpulento y lleno de energías. Su cabello era más oscuro, y sus ojos de un azul desconcertantemente gélido. El parecido familiar con sus padres no resultaba nada difícil de detectar en ninguno de los tres niños, pero Anakin era el que menos se parecía a cualquier otro miembro de la familia. Y, de hecho, era el que menos se parecía a ninguna otra persona. Anakin se movía siguiendo el redoble de un tambor que no estaba siendo tocado por nadie.

Anakin conectó el tablero en las entrañas del androide y presionó un botón. El cuerpo negro y en forma de caja del androide despertó con un estremecimiento, se irguió sobre sus ruedas para adquirir un poco más de altura, encendió sus luces de diagnóstico y emitió una especie de zumbido triple.

—Así, muy bien —dijo Anakin, y volvió a presionar el botón.

Las luces de diagnóstico del androide se apagaron y su cuerpo volvió a encorvarse. Anakin cogió la pieza siguiente, un actuador de motivación. La hizo girar entre sus dedos y frunció el ceño mientras la contemplaba. Después meneó la cabeza.

—No va bien —anunció.

—¿Qué es lo que no va bien? —preguntó Jaina.

—Esta cosa —dijo Anakin, y le pasó el actuador—. ¿Es que no lo ves? Las partes de dentro están todas derretidas.

Jacen y Jaina intercambiaron una mirada.

—Por fuera parece estar bien —dijo Jaina, pasándole la pieza a su hermano—. ¿Cómo puede saber qué aspecto tiene el interior? El actuador queda herméticamente sellado al final del proceso de fabricación.

Jacen se encogió de hombros.

—¿Cómo puede hacer nada de lo que hace? Pero necesitamos ese actuador. Fue la pieza que más me costó encontrar. Debo de haber recorrido media ciudad buscando una que encajara en este androide. —Se volvió hacia su hermano pequeño—. Sólo tenemos este actuador, Anakin. ¿Puedes hacer que esté mejor? ¿Puedes hacer que no esté tan derretido por dentro?

Anakin frunció el ceño.

—Puedo hacer que vaya un poco mejor. No puedo mejorarlo del todo. Un poquito menos derretido... Sí, tal vez funcione.

Jacen volvió a pasarle el actuador.

—De acuerdo, inténtalo.

Anakin, que seguía sentado en el suelo, cogió el aparato que le alargaba su hermano y volvió a fruncir el ceño. Le dio vueltas y más vueltas entre sus dedos y después lo sostuvo encima de su cabeza y lo contempló como si estuviera alzándolo bajo la luz.

—Ahí—dijo, señalando un punto de la lisa superficie con un dedito regordete—. La pieza mala está ahí dentro. —Cambió de postura para poder sentarse con las piernas cruzadas, se puso

el actuador sobre el regazo y colocó el índice derecho encima de la pieza «mala»—. Arréglate —dijo—. Arréglate.

La carcasa marrón oscuro del actuador pareció brillar durante un segundo con una extraña luz rojoazulada, pero después el resplandor se desvaneció enseguida y Anakin apartó rápidamente el dedo y se lo metió en la boca, como si se lo hubiera quemado con algo.

—¿Está mejor ahora? —preguntó Jaina.

—Está un poco mejor —respondió Anakin, sacándose el dedo de la boca—. No está mejor del todo.

Cogió el actuador y se levantó. Abrió el panel de acceso del androide averiado y conectó el actuador. Después cerró el panel y contempló a su hermano y a su hermana con expresión expectante.

—¿Terminado? —preguntó Jaina.

—Terminado —asintió Anakin—. Pero yo no voy a apretar el botón.

Anakin retrocedió hasta quedar a una buena distancia del androide, volvió a sentarse en el suelo y se cruzó de brazos.

Jacen miró a su hermana.

—Yo tampoco —dijo Jaina—. La idea fue tuya.

Jacen dio un paso hacia adelante, estiró el brazo para presionar el botón de activación desde la mayor distancia posible y después se apresuró a retroceder.

El androide volvió a despertar con un estremecimiento, y esta vez chirrió un poco al hacerlo. Alzó sus ruedas, encendió las luces de su panel y emitió el mismo zumbido triple de antes. Pero después el ojo-lente visora de su cámara se movió de un lado a otro, y las luces de su panel se debilitaron primero y destellaron después. El androide retrocedió unos centímetros, y luego se recuperó.

—Buenos días, joven ama y amos —dijo—. ¿En qué puedo enfurecerles?

Bueno, de acuerdo: el circuito vocal había empleado una palabra equivocada. Pero ¿qué más daba? Jacen sonrió, dio una palmada y se frotó las manos impacientemente.

—Buenos días, androide —dijo. ¡Lo habían conseguido! Pero ¿qué sería lo primero que pedirían?—. En primer lugar, limpia esta habitación y ordénalo todo —dijo.

Era una tarea sencilla, y debería servir como una buena prueba de lo que su androide era capaz de hacer.

—Ciertamente, joven amo.

El androide rodó hacia adelante hasta llegar a un montoncito de chatarra que había en el suelo. Extendió un brazo de trabajo para recogerlo... y se quedó totalmente inmóvil. Su cuerpo parecía paralizado, con un brazo medio alargado hacia la pequeña acumulación de piezas y componentes.

Lo único que parecía capaz de mover era su lente visora. La lente giró de un niño a otro, y acabó posándose en Jacen.

—Oh, cielos —dijo el androide—. Parece ser que me he desatascado. Temo que voy voy voy a...

El androide se calló de repente y empezó a moverse hacia adelante y hacia atrás sobre sus ruedas.

—Oh, oh —dijo Anakin, apresurándose a ponerse en pie.

Y de pronto el panel de acceso superior del androide salió despedido de su marco y hubo un destello de luz procedente de su interior. Un delgado hilillo de humo brotó del androide. Las luces de su panel volvieron a parpadear, y después el brazo de trabajo fue descendiendo lentamente. El cuerpo del androide, reblandecido por el calor, se derrumbó sobre sí mismo y fluyó hacia el suelo. Se suponía que el suelo, las paredes y el techo del cuarto de juegos eran a prueba de fuego, pero aun así el suelo se oscureció un poco debajo del androide y el techo se puso negro. Los ventiladores entraron en acción automáticamente y aspiraron el humo, sacándolo de la habitación. Después se desconectaron pasado un momento, y el cuarto de juegos quedó sumido en el silencio.

Los tres niños permanecieron inmóviles, tan paralizados como lo estaba el androide y totalmente perplejos. Anakin fue el primero en recuperarse. Avanzó cautelosamente hacia el androide y lo examinó atentamente, asegurándose de que no se acercaba demasiado ni lo tocaba.

—Ahora sí que está realmente derretido —acabó proclamando, y después fue hasta el otro extremo del cuarto para jugar con los cubos de su juego de construcción.

Los gemelos contemplaron al androide y después se miraron el uno al otro.

—Estamos muertos —anunció Jacen mientras observaba el estropicio.

—No teníamos intención de romper nada —protestó Jaina.

—Si sólo nos metiéramos en líos por las cosas que teníamos intención de hacer, entonces nunca nos meteríamos en líos —observó su hermano—. Bueno, casi nunca... —admitió pasado un instante.

El tío Luke siempre se mostraba muy insistente sobre el tema de la honestidad, y era el doble de insistente en todo lo referente a ser honesto con uno mismo.

—Quizá podamos echarle la culpa a Anakin —dijo Jaina—. Podríamos decirles que lo hizo él. Después de todo, fue él quien lo hizo..., más o menos.

Su hermano pequeño, que ya había creado un magnífico amontonamiento de cubos, alzó la mirada hacia ellos, un poquito preocupado y un poquito sorprendido, pero aun así mucho más tranquilo de lo que hubiese debido estar bajo aquellas circunstancias. Pero, naturalmente, ni siquiera los gemelos pretendían entender del todo a Anakin.

—No —dijo Jacen—. No podemos decírselo. Si ellos supieran la clase de cosas que puede hacer Anakin, eso lo estropearía todo.

En lo que concernía a Jacen y Jaina, «ellos» significaba los adultos, el equipo rival. El trabajo de los adultos consistía en impedir que Jacen y Jaina hicieran lo que querían hacer, y el de los gemelos consistía en superarles en ingenio. Jacen era lo bastante buen estratega para saber que a veces tenía que perder una batalla para ganar la guerra. Si revelaban las capacidades de Anakin, eso podía protegerles por el momento, pero también podían estar seguros de que entonces los adultos harían algo al respecto, ¿y en qué situación dejaría eso a los gemelos?

—No podemos permitir que sepan la verdad sobre Anakin —siguió diciendo—. Además, no ha sido culpa suya. Nosotros le dijimos que lo hiciera. Meterle en líos no sería justo.

—Sí —dijo Jaina, asintiendo de mala gana—. Supongo que tienes razón. Pero ¿cómo explicamos un androide derretido?

Jacen se encogió de hombros y rozó la máquina destrozada con la puntera de su bota.

—No creo que podamos hacerlo —dijo.

—Estoy seguro de que me encantaría oír cómo lo intentáis —dijo una voz detrás de ellos.

Había muy pocas personas que pudieran entrar en una habitación sin que Jacen se diera cuenta de ello, y de esas pocas personas sólo había una cuya presencia resultara probable en las proximidades del Palacio Imperial. Aunque no hubiese reconocido la voz, Jacen habría sabido quién tenía que ser aquella persona, y el saberlo hizo que se sintiera aliviado y mortificado al mismo tiempo.

—Hola, tío Luke —dijo mientras se daba la vuelta.

Si iban a ser pillados con las manos en la masa, el tío Luke probablemente era el mejor —y el peor— adulto que podían escoger para ello.

— ¡Lukie! —gritó Anakin.

El pequeño se levantó de un salto y fue corriendo hacia él. Por lo menos había alguien que no se sentía culpable de nada.

Luke Skywalker, Caballero y Maestro Jedi, héroe de un centenar de batallas y un millar de mundos, campeón de la justicia, amado, reverenciado —y temido— en toda la Nueva República, se arrodilló para pillar al vuelo una velocísima y compacta masa de sobrino. El tío Luke volvió a incorporarse, sosteniendo a Anakin con un brazo mientras inspeccionaba los daños.

—Bastante impresionante —dijo—. Bien, ¿qué ocurrió?

Jacen Solo alzó la mirada hacia su tío y tragó saliva nerviosamente. Por lo menos era el tío Luke, y no mamá o papá —o Chewbacca, lo que hubiese sido todavía peor—, quien los había sorprendido en flagrante delito.

—Bueno, fue idea mía —dijo.

Señalar a su hermana y empezar a gritar « ¡Fue ella! ¡Fue ella! » no serviría de nada cuando estabas hablando con un tío que podía percibir la verdad o la falsedad de todo cuanto decías.

—Ya —dijo Luke—. No sabría explicar por qué, pero eso no me sorprende. Y de todas maneras, ¿en qué consistía exactamente la idea?

—Queríamos tener nuestro propio androide —dijo Jaina—. Queríamos un androide que pudiéramos utilizar sin molestar a los adultos.

—Y sin necesidad de que los adultos os dieran permiso antes —dijo Luke. No era una pregunta—. Sabéis que no os está permitido utilizar androides sin pedir permiso a vuestros padres, a mí o a Chewie. Y también sabéis por qué, así que no vayáis fingiendo que estabais intentando fabricar un androide para darnos menos trabajo.

—Bien, de acuerdo —admitió Jacen—. No era por eso.

—Estabais tramando algo que queríais mantener en secreto —dijo tío Luke.

Una vez más, no era una pregunta.

—Sí —dijo Jaina.

Jacen deseó que no hubiera confesado tan deprisa, pero Jaina sabía tan bien como él que las mentiras no servían absolutamente de nada con el tío Luke.

—Bueno, pues a ver si me dais una explicación. ¿Por qué no se os permite usar androides para la mayor parte de las cosas? —preguntó Luke.

—Porque tenemos que aprender a hacer las cosas por nuestra cuenta y sin ayuda. Porque no deberíamos confiar en ellos para que hagan nuestro trabajo por nosotros. Porque hay muchas cosas que los androides no pueden hacer tan bien como nosotros.

Jaina pronunció las palabras con voz átona e inexpresiva, recitando lo que había aprendido de memoria. Jacen podría haberlas repetido a coro con ella. Había recibido la misma instrucción que Jaina.

—Y ahora acabáis de descubrir otra razón —dijo Luke—. Trastear con cosas que no entendéis es peligroso. Suponed que uno de vosotros hubiera estado cerca del androide cuando se fundió. ¿Queréis pasar una semana regenerando tejidos dentro de un tanque bacta?

—No —admitió Jaina.

—Ya me lo imaginaba —dijo Luke—. Pero hay algo más que eso. No vais a pasar toda vuestra vida en Coruscant. Hay toda una galaxia ahí fuera..., y la mayor parte de ella no se preocupa demasiado por lo que les pueda ocurrir a las personas que no son capaces de cuidar de sí mismas. No siempre vais a tener androides cerca para que se encarguen de hacer la limpieza por vosotros.

—Pero tú tienes a Erredós —protestó Jacen—. Te sigue a todas partes prácticamente todo el tiempo.

—Me ayuda a pilotar mi nave y a tener acceso a los datos que necesito..., y también hace otros trabajos realmente dignos de ese nombre para los que fue diseñado. Erredós me ayuda a hacer mi trabajo para que yo pueda hacerlo mejor, pero no lo hace por mí o para ayudarme a evitar el tener que hacerlo. —Luke señaló la masa de metal fundido que ocupaba el centro de la habitación—. Antes de que lo reparaseis tan bien, ¿realmente pensabais que ese androide había sido diseñado para cargar con las tareas de unos niños que quieren hacer trampas?

—Bueno..., no.

— ¿Trampas? —preguntó Anakin, dando palmaditas en el hombro de Luke para atraer su atención—. Yo nunca hago trampas.

Luke sonrió e hizo saltar al pequeño un par de veces sobre su brazo.

—No, desde luego que no —admitió—. Y quiero asegurarme de que tu hermano y tu hermana no te convierten en un tramposo y un perezoso. Consiguieron que les ayudaras a hacer esto, ¿verdad?

— ¿Ayudar? Yo lo hice casi todo. Ellos me ayudaron a mí.

Las palabras del pequeño Anakin hicieron que Luke frunciese el ceño y pusiera cara pensativa, y Jacen contuvo el aliento. Si algún adulto iba a descubrir lo que Anakin era capaz de hacer, sería el tío Luke. Aquel incidente distaba mucho de ser el primero relacionado con las capacidades de Anakin que tenía lugar.

Pero lo mismo que los había salvado antes también fue su salvación aquella vez. El tío Luke se echó a reír, y la expresión de su rostro dejó bien claro que era incapaz de imaginarse a Anakin Solo, de siete años y medio de edad, montando un androide.

—Seguro que lo hiciste —dijo Luke—. Claro que sí. Pero ahora creo que la pregunta que hay que responder es qué van a hacer tu hermano y tu hermana con este pequeño estropicio.

— ¡Lo limpiarán todo! —gritó alegremente Anakin.

Luke se rió.

—Exacto —dijo—. Van a limpiarlo todo después de cenar, y yo tendré que pensarme el resto del castigo durante la cena.

— ¡Sí! —exclamó Anakin, sonriendo—. ¡Un castigo!

Jacen suspiró. Ése era el gran problema con Anakin. Siempre estaba dispuesto a ayudarles a meterse en líos, pero luego siempre se las arreglaba para evitar ayudarles a salir de ellos. Estaba claro que disfrutaba escapando a los castigos que caían sobre sus hermanos.

A veces Jacen se preguntaba hasta qué punto faltaba a la verdad Anakin cuando proclamaba que no hacía trampas.

A Leia Organa Solo, antigua princesa, senadora, embajadora y ministra de Estado, y en la actualidad jefe de Estado de la Nueva República, no le gustaba nada que su familia llegase tarde a la cena. Sabía que no era justo, pero ocurría. Si ella podía hacer malabarismos con su desesperadamente complicado programa diario para estar en casa y disfrutar de una cena en familia, ¿por qué su esposo, su hermano y sus hijos no eran capaces de arreglárselas para llegar a tiempo?

En lo más profundo de su corazón, Leia sabía que tenía muy poco derecho a quejarse. Después de todo, las cenas familiares habían sido idea suya..., e incluso ella tenía que admitir que se perdía más cenas que cualquier otro miembro de la familia. Ser la Jefe del Estado tenía su precio, y era un precio muy alto.

Pero esforzarse por disponer de tiempo para su familia no tenía mucho sentido si su familia nunca se presentaba para cenar. ¿Dónde se había metido todo el mundo? Leia ya estaba a punto de ordenar a los androides de la cocina que programaran otro retraso de veinte minutos en la preparación de la comida cuando Han y Chewbacca al fin entraron por la puerta. Se disponía a darles una bronca por haber llegado tarde, pero entonces echó un vistazo a la expresión de Han y todas sus palabras llenas de irritación se desvanecieron al instante.

Leia enseguida se dio cuenta de lo mucho que se estaba esforzando Han para fingir que todo iba estupendamente. Aquella sonrisa torcida tal vez fuese lo bastante sincera para engañar a una pandilla de contrabandistas sentados alrededor de una mesa de sabacc, pero Leia no se la creyó ni por un momento.

—Hola, Leia —dijo Han—. Siento que nos hayamos retrasado. No conseguimos llegar tan lejos en las pruebas de los escudos como esperaba.

—Comprendo —dijo Leia, hablando en un tono de voz cautelosamente normal en vez de usar la dureza o la acusación.

Años de maniobras diplomáticas le habían enseñado cómo controlar el tono de su voz. Nada más ver a Han, Leia comprendió que sería mejor no ponerle las cosas demasiado difíciles.

Leia nunca había llegado a concentrarse verdaderamente a fondo en su adiestramiento Jedi. A esas alturas ya se había resignado a la certeza de que nunca llegaría a tener tanta capacidad para el uso de la Fuerza como su hermano Luke. Tal vez poseyera un potencial tan grande como él, pero nunca había dispuesto del tiempo necesario para el adiestramiento. Aun así, había momentos en los que no necesitaba la Fuerza para saber que algo andaba mal. Una mirada al rostro de Han bastó para revelárselo, pero en ese mismo instante Leia también supo que tenía que fingir que le seguía la corriente. Si le acosaba y exigía saber qué estaba ocurriendo, Han se lo diría. Han tal vez pudiera callarse unas cuantas cosas, pero nunca le mentiría, y tampoco permitiría que nada le hiciese daño si él podía evitarlo. Leia lo sabía. En consecuencia, si Han se callaba algo tenía buenas razones para hacerlo.

Miró a Chewbacca, y estuvo todavía más segura de que algo andaba mal. Los wookies tenían muchas cualidades magníficas, pero estaban decididamente por debajo del promedio en todo lo concerniente a ocultar sus emociones. Chewie estaba claramente inquieto, y sus ojos no paraban de moverse nerviosamente de un lado a otro.

Leia sintió la tentación de hablar, de preguntar y exigir saber lo que ocurría, pero se contuvo. No. Han tenía una razón, una buena razón, para no decir nada sobre aquel asunto, fuera lo que fuese.

—No pasa nada —dijo, usando un tono jovial y despreocupado mientras iba hacia Han y le daba un beso—. Nadie más ha llegado todavía. Tenéis tiempo para asearos un poco.

Cuando estuvo más cerca de su esposo, Leia no pudo evitar notar un casi imperceptible olor a humo y fuego, y lo que parecía el olor residual a ozono que quedaba después de un disparo de desintegrador. Pero no reveló nada de eso en su expresión.

—Estupendo —dijo Han—. La verdad es que me siento un poquito sucio.

Chewbacca emitió un gruñido ahogado y fue hacia la unidad de aseo para wookies instalada al final del pasillo. Chewie era un visitante lo bastante frecuente para que tuviera sentido instalar la unidad para su uso, pero Leia nunca le había visto tan deseoso de limpiarse. Estaba claro que Chewie quería quitarse de en medio..., y tal vez eliminar los mismos olores de su pelaje. Eso era otra cosa a pasar por alto.

Leia sonrió a Han con toda la dulzura de que era capaz y le besó en la mejilla.

—Te veré dentro de un minuto —dijo.

Han dejó escapar un suspiro de alivio mientras atravesaba el dormitorio para ir a la unidad de aseo. O Leia no se había dado cuenta de que algo andaba mal, o estaba fingiendo que no se había dado cuenta. Que fuera una cosa o la otra no importaba demasiado. Han se quitó la ropa, preguntándose si Leia habría notado el olor a quemado de las cajas de carga consumidas por las llamas que se les había pegado. Se dio una ducha rápida y apresuró un poco el ciclo de secado antes de ponerse ropa limpia. El familiar ritual de asearse para la cena le calmó un poco, y Han permitió que las preocupaciones se fueran disipando. La vieja temeridad desafiante pareció volver a fluir por su cuerpo, y de repente los inquietos temores de un esposo y padre parecieron pertenecer a otro hombre. Que la INR persiguiese sombras y jugase a los espías. En realidad lo único que le estaban pidiendo era que se comportase con naturalidad, tal como habría hecho de todas formas. Y, después de todo, estaban hablando de Corellia, su terreno nativo. Han sabía cómo moverse por él. Que el androide de exploración acechase todo lo que quisiera, porque de todas maneras Han no sabía nada. En aquel momento el desafío más grande al que se enfrentaba era conseguir que los escudos del *Halcón* volvieran a funcionar como deseaba.

Era realmente asombroso lo mucho que el asearse podía mejorar tu apariencia general. Todo iría estupendamente.

Han fue a la sala de estar y se instaló en su sillón favorito justo cuando Chewie salía de su unidad de aseo. Chewie señaló el sillón con la mano y emitió un suave burbujeo despectivo dirigido a Han.

—De acuerdo, pues me estoy ablandando un poco. ¿Hay algún gran crimen en que a uno le guste un sillón cómodo?

Chewie no respondió, pero Han no pudo evitar notar que el wookiee no se sentaba. Sonrió y meneó la cabeza. Incluso después de todos aquellos años, Han nunca estaba totalmente seguro de cuáles serían los asuntos en los que el wookiee decidiría ponerse competitivo.

Leia volvió a entrar en la sala.

—Les he dicho a los androides de la cocina que pongan la cena en la mesa —explicó—. Pueden recalentarla para los chicos. Un par de cenas con comida recalentada es posible que les enseñen a llegar a tiempo.

Han se disponía a replicar cuando oyó abrirse la puerta exterior del apartamento.

—Parece que llegan a tiempo justo por los pelos —dijo.

Pudo oír voces juveniles, unas risitas y ruido de pequeños pies, pero no fueron sus hijos los que aparecieron en la entrada de la sala de estar, sino su cuñado. Han se había olvidado por completo de que Luke iba a cenar con ellos aquella noche.

—Siento que lleguemos tarde —dijo Luke al entrar—. Sorprendí a los chicos haciendo otro intento de quemar el palacio. Tuvimos una pequeña charla. Los he enviado a lavarse.

— ¿Qué ha sido esta vez? ¿Es algo que necesitemos saber? —preguntó Leia.

Luke titubeó durante unos momentos antes de responder.

—Ya hemos acordado un castigo —dijo por fin—. Si te lo cuento, entonces quizá te sentirías obligada a reabrir las negociaciones y...

—Y eso podría significar que todos acabaríamos peor de lo que estamos ahora —dijo Leia—. De acuerdo. Cuéntamelo dentro de un par de días, cuando las nubes de polvo ya se hayan disipado.

Han no pudo evitar sonreír mientras se recostaba en su sillón favorito. La parte de la familia representada por Leia y Luke podía ser la tremenda, grande e importante, todos con enormes capacidades en el uso de la Fuerza y muy ocupados con la política, pero resultaba obvio que los niños habían salido a él. ¿Qué importancia tenía el que eso significara que los monstruitos fuesen una continua fuente de problemas?

Parecía como si ninguno de sus hijos se sintiera feliz a menos que estuviera rozando alguna clase de desastre en todo momento. Han ya había perdido la cuenta de las veces que habían «experimentado» con la espada de luz de su tío Luke. Para los hijos de Han Solo las reglas no fijaban límites, sino que representaban desafíos. Han sonrió y pensó en algunos momentos de su infancia. Ver tanto de sí mismo en sus hijos le complacía enormemente.

Los gemelos, Jacen y Jaina, eran unos creadores de líos mucho más declarados de lo que jamás lo sería Anakin. Anakin era un niño más callado y pensativo que parecía estar absorto en su pequeño mundo privado, pero eso era una apariencia engañosa. Su hijo menor era capaz de causar por lo menos tantos daños como los otros dos juntos. La única diferencia estribaba en que Anakin jamás parecía darse cuenta del caos que había provocado..., mientras que los gemelos disfrutaban hasta la última partícula de él.

Los niños entraron corriendo en la sala de estar en ese instante, con los gemelos precediendo a Anakin por muy poco.

—Venga, vamos a cenar —dijo Han, poniéndose en pie.

3

Familia

Pharnis Gleasry, agente de la Liga Humana, estaba sentado dentro de su bunker, escondido en las profundidades de las entrañas de Coruscant. Echó un nuevo vistazo a sus detectores y, una vez más, no encontró nada. El androide de exploración se había desvanecido por completo, y no estaba respondiendo a ninguna llamada codificada.

Pharnis se removió nerviosamente, sabiendo con toda exactitud lo costoso y difícil que podía llegar a ser el conseguir androides de exploración, incluso los de modelos obsoletos. Sí, esperabas perder una cierta cantidad de equipo. Eso formaba parte de los azares de la guerra. Pero se sentía incapaz de imaginarse al Líder Oculto sintiéndose complacido al enterarse de que el androide se había esfumado.

Aun así, la tarea del androide había sido secundaria. Lo realmente importante —abrirse paso hasta Skywalker— todavía estaba por llegar. Todo había sido minuciosamente calculado, y la secuencia de acontecimientos había sido preparada con la máxima precisión. El plan del Líder Oculto daba una ventana de tiempo muy estrecha a Pharnis. Tendría que ser después del momento en que Organa Solo partiese con rumbo a Corellia y antes de la demostración planeada. Si entregaba el mensaje demasiado pronto, Organa Solo podía eludir la trampa. Si entregaba el mensaje demasiado tarde, todos los otros planes del Líder Oculto podían derrumbarse.

Era una grave responsabilidad..., y la verdad era que Pharnis no había estado seguro de ser capaz de cargar con ella ni siquiera antes de la pérdida del androide de exploración.

Jaina pensó que la cena no estaba siendo demasiado alegre. Había algo flotando en el aire, una sombra de nerviosismo y de asuntos pendientes que resolver. Jaina no sabía percibir ese tipo de cosas tan bien como Jacen, pero le pareció que su padre estaba en el centro de todo ello. Estaba ocurriendo algo relacionado con él, algo que preocupaba a mamá, y que tenía un poco nervioso incluso a Chewbacca.

Jaina quería preguntar qué andaba mal, pero acabó pensando que no era una buena idea. Si los adultos querían fingir que todo iba estupendamente, ella podía hacer lo mismo incluso si no sabía cuál era el problema.

Además, había otra pregunta dando vueltas por su cabeza, una ocasionada por el androide que acababan de hacer estallar. Lo habían construido para evitar tener que hacer trabajos que no querían hacer, trabajos que los adultos no permitían que los androides hicieran por los chicos. Pero ¿y suponiendo que ni los androides habituales estuvieran disponibles? Ella y Jacen tendrían todavía más tareas que hacer. ¿Qué ocurriría si Erredós y Cetrespeó no iban con ellos en el viaje?

—Papá, ¿vamos a llevarnos a Erredós y Cetrespeó a Corellia? —preguntó Jaina mientras clavaba el tenedor en otro trozo de comida.

Su padre suspiró, lanzó una mirada significativa a su madre y obtuvo el más imperceptible de los asentimientos de cabeza a cambio. Jaina sabía qué significaba eso: mamá estaba de su lado en ese asunto. Jaina lamentó al instante haber sacado a relucir el tema. Había sido un grave error táctico. Cuando se trataba solamente de papá o solamente de mamá siempre existía la posibilidad de encontrar alguna manera de superar ese obstáculo, pero tendría que haber sabido que cuando los dos presentaban un frente unido no había ni la más mínima esperanza.

—Ya hemos hablado de esto una docena de veces, chicos —dijo Han—. Uno, estáis empezando a depender demasiado de los androides para que cuiden de vosotros. Dos, realmente no habrá sitio para ellos a bordo del *Halcón*. Tres, no me gusta tener androides a mi alrededor en

general. Cuatro, y especialmente no me gusta tener androides a bordo de mi nave. Si puedo evitarlo, nunca llevo androides a bordo.

—Pero...

Han alzó un dedo, lo dirigió hacia Jaina a modo de advertencia y la interrumpió.

—Y cinco, soy vuestro padre y punto final.

—Me parece que no es exactamente el momento más adecuado para que pidáis más favores relacionados con los androides, chicos —dijo el tío Luke, moviendo la cabeza en una inclinación casi imperceptible para señalar el pasillo al final del que se encontraban los resultados derretidos de su experimento fracasado—. Yo iba a hablar del otro asunto con vuestros padres más tarde, pero ahora ya habéis sacado el tema. Claro que si realmente queréis que lo discuta con ellos aquí y ahora...

— ¡No, no, qué va! —se apresuró a decir Jacen—. No hace falta que te molestes. Los androides no vienen. Estupendo. Perfecto.

Jaina fulminó a su hermano gemelo con la mirada. Ese tipo de retirada estratégica era muy propio de él, desde luego. Pero, pensándolo bien, ¿qué otra cosa podía hacer Jacen? Los adultos habían salido vencedores de aquel asalto, de eso no cabía duda. Aun así, una pequeña parte de Jaina continuaba negándose a rendirse sin haber luchado. Seguía estando un poco enfadada y avergonzada por la forma en que los había sorprendido su tío Luke. La tentación de armar jaleo en otro frente era irresistible.

—Si no tuviéramos que ir en ese viejo montón de chatarra, entonces tal vez habría sitio para los androides —murmuró con los ojos clavados en su plato.

Hubo un momento de silencio total en la mesa, y Jaina comprendió lo grande que era el error que acababa de cometer en el mismo instante en que las últimas palabras estaban saliendo de su boca. Alzó la mirada para ver que todo el mundo, incluso el pequeño Anakin, la estaba mirando fijamente. Se atrevió a lanzar una rápida mirada a su hermano gemelo y vio que Jacen estaba meneando la cabeza y la contemplaba con muda exasperación.

—Ya sabes lo mucho que significa esa nave para tu padre —dijo su madre, utilizando ese tono de voz fríamente razonable que resultaba inexplicablemente peor que los gritos más estrepitosos—. También sabes que el *Halcón* ha salvado las vidas de la mitad de las personas sentadas alrededor de esta mesa, algunas de ellas muchas veces. Y yo sé que tú sabes que nosotros sabemos que tú lo sabes. En consecuencia, no me queda más remedio que suponer que has hecho todos esos comentarios tan lamentables e insultantes con la deliberada intención de faltar al respeto a tu padre. ¿Me equivoco?

Jaina abrió la boca para negarlo, pero vio cómo la estaba mirando el tío Luke y comprendió que no serviría de nada. De hecho, su madre tenía las mismas capacidades que el tío Luke a la hora de percibir la verdad. Ésa era la única faceta de sus capacidades referentes a la Fuerza que se podía esperar que su madre hubiese practicado, naturalmente. La vida habría resultado mucho más fácil si Jaina pudiera mentir a sus padres de la misma forma en que lo hacían otros chicos. Pero tal como estaban las cosas, realmente no le serviría de nada intentarlo.

—No —respondió con una sombra de mal humor en su voz.

—En ese caso, jovencita, creo que ya va siendo hora de que te vayas a tu habitación.

—Pero...

—Pero nada —dijo Han.

Jaina se dio por vencida. Discutir con su padre cuando utilizaba ese tono de voz no servía absolutamente de nada. Se levantó de la mesa y fue a la habitación que compartía con su

hermano, todavía haciendo mohines y enfadada con todos ellos..., aunque en lo más profundo de su corazón Jaina sabía que ella había tenido la culpa de todo lo ocurrido.

Ése era el otro gran problema de todo ese asunto de los Jedi. Ni siquiera podías mentirte a ti misma.

El resto de la cena no transcurrió mucho mejor después de que Jaina se hubiera ido. Cada vez que castigaban a uno de los gemelos se producía una especie de reacción en cadena. El otro gemelo empezaba a ponerse nervioso, y acababa pidiendo ser excusado para poder ir a compadecer al que estuviese prisionero y compartir su tristeza. Entonces Anakin se daba cuenta de que algo andaba mal y quería averiguar qué era. Bastaba con hacer marchar a un niño para que los tres estuvieran fuera de la mesa en diez minutos. Normalmente después los adultos se las arreglaban para tener una cena agradable a solas, y disfrutaban de la paz y el silencio. Esta noche no ocurrió así. Han estaba totalmente concentrado en fingir que todo iba bien, Chewie resultaba todavía menos convincente, y Luke hacía cuanto podía por tomar parte en la mascarada.

—Bien, supongo que tienes muchas ganas de ir a Corellia —dijo Luke, en un claro intento de entablar conversación.

—¿Hmmm? Oh, sí. Desde luego que sí —replicó Han—. Va a ser estupendo. Ojalá pudieras venir con nosotros.

—Resulta tentador —dijo Luke—. Pero prometí a Lando que le ayudaría con no sé qué proyecto secreto suyo.

—Sí, mencionó algo de eso —dijo Han—. ¿Te dio alguna pista sobre qué puede ser?

Luke meneó la cabeza.

—Ni la más mínima. Sólo que podría exigir unas cuantas semanas.

—Bueno, ardo en deseos de saber en qué tipo de lío se ha metido esta vez.

—Y yo —dijo Luke—. Oh, Leia, por cierto, hablando de secretos..., se supone que he de ver a Mon Mothma mañana por la noche. Tampoco quiso decirme qué quería. Parece ser que estoy condenado a cargar con una misión supersecreta detrás de otra, ¿eh?

Han le lanzó una mirada bastante extraña, y tuvo que esforzarse bastante para sonreír.

—Sí —dijo—. Asuntos altamente confidenciales de los que no se puede hablar.

Leia acabó no pudiendo aguantarlo ni un instante más.

—Disculpadme —dijo—. Tengo algunas cosas urgentes que hacer esta noche.

Se levantó de la mesa sin importarle lo poco convincente que sonaba la excusa, y fue rápidamente a su estudio. Cerró la puerta y presionó el anulador del control de las luces antes de que los sistemas automáticos pudieran iluminar el estudio con una excesiva claridad. Después subió un poco la intensidad de las luces para que estuviera justo por encima del mínimo. Prefería que el cuarto quedase sumido en la penumbra.

Lo lamentable era que en realidad el trabajo no era una simple excusa, por supuesto. Por mucho que Leia delegara sus funciones, siempre había algún abismo insondable lleno de trabajo. Leia soltó un suspiro y fue hasta su escritorio. La luz del escritorio se encendió por sí sola, un haz nítido y brillante, y Leia la dejó así. Se sentó en la oscuridad, al borde de un charco de luz, y descubrió que no era capaz de enfrentarse ni siquiera a uno solo de los documentos de importancia vital que cubrían su escritorio.

¿Qué razón podía haber para que una insignificante discusión a la hora de cenar la afectase hasta ese extremo? Sabía que la mayor parte del efecto debía atribuirse a las tensiones subyacentes en la mesa, pero había algo más que eso. Había momentos, y aquél era uno de ellos,

en los que, sin que existiera ninguna razón clara para ello, toda la idea de la maternidad y el trabajo de moldear a sus hijos hasta convertirlos en seres humanos civilizados parecía repentinamente aterradora.

De pronto Leia vio con toda claridad qué parte tan grande de su infancia había sido dedicada a decirle que se estuviera callada y no se removiera durante los banquetes de gala, y a entregarla continuamente al cuidado de ayas y guardianes cuando su padre estaba demasiado ocupado. Había cenado muchas más veces con los androides y los sirvientes que con Bail Organa, y la poca infancia que tuvo no duró demasiado tiempo. Leia todavía era una adolescente cuando se encontró atraída cada vez más profundamente hacia la política. Llegar a senadora siendo tan joven como lo era ella cuando lo consiguió fue un auténtico logro, pero ese logro fue obtenido a cambio de entregar los últimos restos de su infancia y su inocencia. Sólo en ese momento, mientras contemplaba el mundo a través de los ojos de sus hijos, comprendió Leia lo elevado que había sido en realidad el precio que pagó a cambio.

Han casi nunca hablaba de su infancia y, de hecho, casi nunca hablaba de nada que estuviese relacionado con su vida antes de marcharse de Corellia. De los tres, Luke había sido el que estuvo más cerca de tener una infancia y una educación normales. Había sido criado en Tatooine, pensando que una pareja de granjeros, Owen y Beru Lars, eran su tía y su tío. Pero a su manera las primeras fases de su vida habían sido tan solitarias como las de Leia. Una granja de humedad tuvo que ser un lugar bastante solitario para que un niño creciese en él, incluso en circunstancias normales..., y las circunstancias habían estado muy lejos de ser normales.

Owen y Beru habían fingido ser el tío y la tía de Luke. Por lo que tenía entendido Leia, habían sido buenos con Luke, pero siempre de una forma algo distante. La proximidad y el calor que Leia quería para sus hijos nunca habían existido.

A Leia tampoco se le pasaba por alto el hecho de que ni ella ni su hermano habían llegado a ser una parte realmente íntima de las vidas de las personas que los criaron. Las circunstancias habían exigido un cierto grado de subterfugio, de engaño bien intencionado, de distanciamiento cuidadoso para la protección de todas las partes implicadas. Hija adoptiva y falso sobrino eran los lazos de parentesco más cercanos que Luke y Leia podían mostrar.

Había otra partícula de conocimiento —y era un conocimiento culpable— que seguía royendo la conciencia de Leia, y no le cabía duda de que también la de Luke. Ambos habían sido el agente involuntario e inconsciente de la muerte para las personas que los habían criado. El planeta Alderaan fue elegido como blanco adecuado para la destrucción por la Estrella de la Muerte en gran parte debido a que era el hogar de Leia, y Owen y Beru habían sido asesinados por soldados de las tropas de asalto imperiales mientras buscaban a los androides que Luke tenía escondidos.

Con todo ese equipaje que llevar de un lado a otro, no tenía nada de sorprendente que Leia estuviese decidida a conseguir que su familia fuese una familia, y no meramente un grupo de desconocidos a los que la casualidad había hecho compartir unos cuantos antepasados. Había otro hecho que siempre tenía presente, el de que los hijos de familias poderosas o prominentes solían encontrarse convertidos en jugadores —o, peor aún, en peones— dentro de complejas luchas por el poder. Aunque sus hijos no fuesen a heredar su cargo o sus poderes, seguían siendo la próxima generación de lo que estaba bastante cerca de ser la familia real de la República.

Le gustara o no, y tanto si se había pretendido como si no, sus hijos eran la segunda generación de una dinastía. No hacía falta mucha imaginación para ver los peligros que había en ello. Las tentaciones del poder y la riqueza podían ser fuertes. ¿Qué ocurriría si acababan demostrando ser más fuertes que los lazos familiares?

Puestos a suponer, ¿qué ocurriría si, dentro de veinte años, Anakin empezaba a hacer planes para obtener alguna clase de ventaja sobre Jacen? ¿Y si algún consejero indigno de la confianza depositada en él apremiaba a Jacen a impedir que su hermano y su hermana fueran un obstáculo

interpuesto entre él y algún objetivo maravilloso y deslumbrante? Parecía imposible..., pero la historia estaba repleta de acontecimientos similares.

Pero había más, y era mucho peor que eso. Que sus hijos tuvieran enormes capacidades para el uso de la Fuerza era un gran don, de eso no cabía duda. Pero también era un gran peligro. Leia nunca olvidaba que Darth Vader, su padre, el abuelo de sus hijos, también había tenido grandes capacidades para el uso de la Fuerza... y había sido destruido por el lado oscuro. Leia estaba segura de que llegaría un día en el que cada uno de sus hijos tendría que enfrentarse al lado oscuro. La mera idea la aterrorizaba. Eso hacía que su temor a que algún día pudieran llegar a enfrentarse entre ellos por el dinero o el poder pareciese totalmente trivial.

Cada pequeño estallido de rabieta infantil, cada mal humor momentáneo, cada tentación de soltar una mentira tan insignificante como obvia, la asustaban mortalmente. Era ilógico e irracional, pero Leia nunca podía evitar preguntarse si aquella diminuta muestra de travesura infantil o aquel insignificante error de juicio típico de sus pocos años no eran en realidad la señal de que un niño estaba sucumbiendo a alguna tentación del lado oscuro de la Fuerza.

En teoría, no se suponía que eso fuera posible. La tradición y la sabiduría Jedi afirmaban que la inocencia infantil era un sólido baluarte contra el lado oscuro. Pero tampoco contenían ningún caso de un niño que hubiera mostrado la capacidad y el poder para emplear la Fuerza que mostraban sus hijos.

Los peligros eran grandes, pero le parecía que sólo había una defensa contra ambos peligros. Era tan vulgar y tópica que casi parecía absurdo que pudiera triunfar sobre fuerzas tan poderosas, pero seguía estando ahí. Lo mejor que podía hacer era educar bien a sus hijos.

Leia Organa Solo estaba firmemente decidida a que sus hijos llegaran a la edad adulta teniendo un carácter sólido, firme y honesto, unos lazos familiares fuertes y consistentes y los corazones llenos de amor mutuo. Si eso significaba ser estricta con sus hijos, o enviar a Jaina a la cama cuando aún no habían acabado de cenar, o negarles el disponer de servidores androides, entonces así tendría que ser.

Leia apoyó los codos en el escritorio y se frotó los ojos. Estaba demasiado cansada, eso era todo. Un pequeño problema en la mesa a la hora de cenar no tendría que provocar tanta preocupación. Alejarse de allí y disfrutar de un descanso le sentaría muy bien. Han había tenido una idea excelente al decidir que todos irían a Corellia para disfrutar de unas vacaciones en familia antes de que empezara la conferencia comercial.

Poder disfrutar de un poco de paz y tranquilidad sería realmente maravilloso.

—Esta noche estuviste verdaderamente brillante, Jaina —dijo Jacen mientras se metía en la cama y se tapaba.

—No pretendía hacerlo —replicó Jaina metiéndose en la suya, al otro lado de la habitación—. Cuarto, luces en modalidad de sueño —añadió.

Las luces se debilitaron, y la única iluminación del dormitorio pasó a ser la tenue lucecilla nocturna de la alcoba contigua de Anakin. Los tres niños podrían haber tenido sus propias habitaciones independientes, por supuesto, e incluso habían probado ese arreglo en algunas ocasiones, pero no habían tardado en descubrir que estaban demasiado acostumbrados a estar juntos. La solución actual de una gran habitación compartida, con Anakin ligeramente apartado en un extremo, era la mejor para todos. Además, a bordo del *Halcón* estarían un poquito apretados, así que sería mejor que se fuesen acostumbrando a ello.

Ninguno de los gemelos habló, y el dormitorio permaneció sumido en el silencio durante un momento. Jacen y Jaina podían oír la suave y rítmica respiración de Anakin. Su hermano pequeño ya estaba dormido.

Jacen descubrió que estaba un poco pensativo y triste mientras contemplaba el techo lleno de sombras.

— ¿No estás siendo un poco demasiado indulgente contigo misma? —preguntó.

— ¿Qué quieres decir? —replicó Jaina.

—No pretendías hacerlo, así que eso no cuenta —dijo Jacen—. Lo que importa no es lo que pretendas hacer, sino lo que haces. —Sonaba un poco como si la estuviese sermoneando, especialmente teniendo en cuenta que Jacen se había sentido tentado de utilizar aquella misma defensa consistente en el no-pretendía-hacerlo un par de horas antes. Pero a Jacen le parecía que sentir alguna clase de tentación y no hacer lo que te sugería debía de significar algo—. De todas maneras, pretendías armar jaleo, y tú lo sabes.

—Me estás empezando a recordar al tío Luke —dijo Jaina.

—Podría escoger modelos peores —dijo Jacen, dándose cuenta de que su hermana no había negado la acusación de querer armar jaleo deliberadamente—. El tío Luke es bastante listo. Pero por si te sirve de alguna ayuda, no creo que toda la culpa de lo que ha ocurrido esta noche fuera tuya. Ya estaban nerviosos antes de que llegáramos.

—Sí —se mostró de acuerdo Jaina—. Todos estaban preocupados por algo.

—Y todo el mundo estaba fingiendo que no pasaba nada —dijo Jacen.

—Incluidos nosotros —observó Jaina—. Nosotros tampoco dijimos nada, y podríamos haberlo hecho. El único que no estaba fingiendo era Anakin.

»No olvides que Anakin permitió que el tío Luke pensara que no tuvo nada que ver con el androide —siguió diciendo—. Es el mejor actor de los tres. Nosotros sabíamos que fue Anakin quien construyó el androide, y aun así no pudimos estar seguros de si fingía delante del tío Luke. Puede que Anakin quisiera tomarnos el pelo, o tal vez ni siquiera sabía lo que estaba haciendo.

—No había pensado en eso —dijo Jacen. Pero Anakin era un misterio viejo y muy familiar. Estaban acostumbrados al hecho de que fuese incomprensible—. Bien, ¿qué es lo que crees que anda mal? —preguntó Jacen mientras alzaba la vista hacia la fresca y silenciosa oscuridad—. Con los adultos, quiero decir.

—No tengo ni idea —dijo Jaina. Sus sábanas crujieron cuando se puso de lado—. Pero mi teoría es que papá sabe algo que no quiere decir a mamá o al tío Luke.

Jacen también se volvió hasta quedar de cara a ella y apoyó la cabeza en la mano. Apenas podía verla en la penumbra. Jaina estaba vuelta hacia él, reflejando su postura.

— ¿Crees que es algo realmente importante? —preguntó—. ¿O sólo es alguna de esas tonterías políticas que no tienen ninguna importancia real?

—No lo sé —replicó Jaina—. Pero sea lo que sea, tiene algo que ver con nosotros. Mamá y papá nunca se comportan de una forma tan rara a menos que estén preocupados por nosotros, sus queridísimos y pequeños hijitos.

—Sí, eso es verdad —murmuró Jacen—. Siempre se están preocupando.

Jaina soltó una risita mientras se ponía del otro lado y se preparaba para dormirse.

—Vamos, Jacen... —dijo, y su voz quedó un poco ahogada por la almohada—. Si estuvieras en el lugar de nuestros padres, ¿no te preocuparías?

Jacen se acostó sobre la espalda, contempló el techo y tuvo que admitir que su hermana tenía bastante razón.

4

Los peligros de la paz

En el espacio profundo, lejos de cualquier sistema habitado, una pequeña estrella solitaria flotaba en el firmamento. No tenía nombre, sino únicamente un número de código, una ristra de dígitos para identificarla en las cartas celestiales. La Estrella Número TD-10036-EM-1271 no tenía planetas realmente dignos de ese nombre, sólo unos cuantos cinturones de restos espaciales que nunca habían llegado a cohesionarse formando mundos de ningún tamaño. No poseía recursos que no estuvieran disponibles en algún otro lugar, y no era de una particular importancia estética o científica. Para decirlo brevemente, no existía ninguna razón para que nadie se tomara la molestia de prestarle atención..., y nadie lo hacía.

Había literalmente miles de millones de estrellas parecidas en la galaxia, y la TD-10036-EM-1271 era de un tamaño, edad y tipo tan bien comprendidos como los de cualquier otra de su categoría. Cualquier astrofísico mínimamente competente de cualquier lugar de la Nueva República habría sido capaz de llevar a cabo varias mediciones muy básicas de esa estrella, y de informar inmediatamente acerca de su edad, el curso de su desarrollo y la pauta de su evolución futura.

Y todos esos astrofísicos se habrían equivocado.

A muchos años luz de distancia, escondido en las profundidades del Sistema Corelliano, un equipo secreto de técnicos e investigadores se estaba asegurando de que así fuese. Llevaban mucho tiempo trabajando, pero sus esfuerzos pronto darían fruto. Las energías de sus máquinas no tardarían en desplegarse por entre las estrellas.

Pronto lo cambiarían todo.

Luke se irguió y respiró hondo antes de presionar el anunciador de la puerta de los aposentos de Mon Mothma. Había aprendido a respetar a muchos seres de toda la galaxia a lo largo de los años, pero Mon Mothma ocupaba un lugar especial en su estima. Quizá fuese debido a que parecía una persona de lo más corriente, y a su forma callada y nada aparatosa de enfrentarse a los problemas.

Para los que no hubieran estado prestando demasiada atención a lo que ocurría resultaba muy fácil pensar que Mon Mothma había interpretado un papel bastante menor en la historia reciente de la galaxia, y eso como mucho. No había mandado flotas, y no había librado batallas. No poseía poderes extraños, un pasado misterioso o talentos notables.

No era nada más, y nada menos, que un ser humano valeroso, inteligente y muy normal, un ser humano que había presionado y moldeado incansablemente a la Alianza Rebelde hasta darle forma. Más que cualquier otra persona, Mon Mothma había creado la Nueva República.

Si eso no merecía respeto incluso de un Maestro Jedi, Luke no sabía qué lo merecía. Presionó el anunciador y la puerta se hizo a un lado sin producir ningún ruido. Mon Mothma estaba justo al otro lado del umbral. Recibió a Luke con una inclinación de cabeza y sonrió.

—Saludos, Maestro Jedi —dijo—. Bienvenido a mi casa. Entra, por favor.

—Gracias, señora —dijo Luke.

Le parecía que «señora» quizá no fuese la forma más adecuada de dirigirse a una persona de tanta importancia, pero Mon Mothma nunca había sido muy partidaria de los títulos o los tratamientos honoríficos.

Luke entró y miró a su alrededor con interés. Hacía años que conocía a Mon Mothma, naturalmente, pero había estado muy pocas veces en su hogar.

Los aposentos actuales de Mon Mothma se parecían bastante a la mujer: eran discretos y nada aparatosos, pero aun así estaban impregnados por un aura de callada seguridad. Había poco mobiliario, pero cada mueble había sido delicadamente fabricado, siendo grácil y sin embargo sólido y resistente. Cada uno encajaba a la perfección con los demás en un conjunto general de suaves tonos blanco y marfil. La habitación parecía ser más grande de lo que era en realidad. No cabía duda de que, por lo menos en parte, eso era un efecto producido por el simple contraste. La mayoría de los hogares de las familias de clase alta de Coruscant estaban repletos de objetos abigarrados, llamativos recuerdos y colecciones artísticas procedentes de todos los mundos de la Nueva República. Encontrar un hogar que no pareciese un museo demasiado lleno y pésimamente organizado era todo un alivio.

—Me complace enormemente que haya podido venir a visitarme, Maestro Jedi —dijo Mon Mothma.

¡Gran espacio! ¿Por qué ella, de entre todas las personas posibles, se dirigía a Luke usando su título más ceremonioso?

—Y para mí ha sido un gran placer haber podido venir —respondió Luke.

—Me alegro —dijo Mon Mothma—. Siéntese, por favor.

Luke se sentó en una silla de respaldo recto y apariencia austeramente severa, y se sorprendió al descubrir que era mucho más cómoda de lo que parecía. No habló. Su anfitriona era perfectamente capaz de exponerle lo que quería de él sin necesidad de ninguna intervención por parte de Luke.

Mon Mothma se sentó delante de él y le contempló en silencio durante unos momentos.

—Hábleme de sus circunstancias actuales, Maestro Jedi —dijo por fin.

La pregunta dejó un poco sorprendido a Luke. Un instante después comprendió que no era una pregunta, sino una orden. Después de todo, ¿por qué iba Mon Mothma a interrogarle sobre ese tema cuando conocía la respuesta tan bien como él? Había ocupado la jefatura del Estado antes que Leia. Tenía acceso a toda clase de información, y siempre había seguido la carrera de Luke con un interés particular.

—Bien, señora, como sabe, la Academia Jedi ya está lo suficientemente organizada y consolidada. Todavía voy allí de vez en cuando, pero los estudiantes están haciendo grandes progresos y la primera clase ha llegado al punto en el que debería empezar a aprender por su cuenta y, de hecho, algunos ya dedican tanto tiempo a enseñar a la segunda y tercera clase como al aprendizaje.

—Así que la Academia Jedi ya no le necesita.

—No de una manera que me tenga ocupado continuamente. Estar allí demasiado tiempo en esta fase supondría una distracción en el proceso de aprendizaje.

—Por lo tanto, se trata de algo más profundo que el simplemente no ser necesario. Ha escogido mantenerse alejado para no interferir.

No era la forma más diplomática posible de expresarlo, pero se acercaba lo suficiente a la verdad.

—Es una manera de describirlo, sí.

— ¿Y qué está haciendo ahora?

Luke se removió en su asiento, y descubrió que le parecía repentinamente menos cómodo que antes. No había esperado aquel tipo de interrogatorio. Pero un Jedi siempre decía la verdad incluso cuando se enfrentaba a preguntas difíciles de responder. E incluso si las preguntas eran un poco más indiscretas de lo que permitía la cortesía, hasta quien no fuese un Jedi descubriría que le resultaba difícil mentir —o meramente disfrazar un poco la verdad— cuando estaba mirando a los ojos a Mon Mothma.

—Últimamente no he estado haciendo gran cosa —respondió.

—¿No ha habido cruzadas colosales, batallas desesperadas o misiones heroicas?

—No, no ha habido nada por el estilo —dijo Luke, empezando a sentirse un poquito irritado.

Figura reverenciada o no, Mon Mothma no tenía ningún derecho a ser tan descortés con él.

—Por supuesto que no —dijo Mon Mothma—. Nos hallamos en tiempos de paz. —Sonrió y dejó escapar una suave carcajada en la que había un cierto cansancio—. Ése es el problema de la paz —siguió diciendo—. No hay crisis, no hay problemas, no hay aventuras. Lo cual significa que las personas que saben enfrentarse a las crisis y los problemas no son tan necesarias como antes. Actualmente no hay una gran demanda de aventureros..., o de revolucionarios. ¿Sabe que últimamente yo tampoco he estado haciendo gran cosa, Maestro Jedi?

No parecía haber gran cosa que Luke pudiera decir en contestación a esa pregunta, y de todas maneras Mon Mothma no parecía estar esperando una respuesta. Luke guardó silencio.

—No decir nada es una muestra de sabiduría por su parte, Maestro Jedi —dijo Mon Mothma—. No tiene ni idea de por qué le he hecho venir aquí, o de cuál puede ser la razón de toda esta falta de cortesía tan inesperada e injustificable. Bien, se lo voy a decir.

Mon Mothma se levantó y cruzó la habitación hasta llegar a la ventana opacada. Rozó los controles y la ventana se volvió transparente.

El sol de Coruscant se estaba poniendo entre un esplendoroso despliegue de colores rojos y amarillos que iluminaban el cielo. Una nave espacial que se dirigía hacia una órbita planetaria se abría paso a través del estallido de claridad, yendo hacia la noche.

—Quizá hice que me alojaran en la parte equivocada del edificio —dijo Mon Mothma—. Veo el ocaso cada día, pero nunca veo la salida del sol. Hay momentos en los que el simbolismo me resulta un poco excesivo. Cada día miro por esta ventana y se me recuerda que mi día ha terminado. Sé que he hecho muchas cosas y que las he hecho bien, y que he dejado mi marca sobre la galaxia. Sé que incluso es posible que pueda ser útil en el futuro. Sin embargo, no soy capaz de imaginarme que el futuro vaya a ofrecerme algún desafío comparable con aquellos a los que me he enfrentado en el pasado. Es preferible que vaya a ser así, desde luego, pero eso me deja sin saber qué hacer. Que la obra de mi vida haya terminado antes que mi vida resulta... inquietante y desagradable. ¿Ha tenido alguna vez esa sensación?

Luke no supo qué responder. Mon Mothma dio la espalda a la ventana y le miró.

—Si tiene esa sensación, entonces ha de resultarle todavía más duro que a mí. Mi día ha terminado —repitió Mon Mothma—, pero soy una anciana. En esta época de mi vida, descubro que por lo menos hay algunos momentos en los que agradezco la perspectiva de la paz, la calma, la intimidad y el descanso. La agitación y la premura de la juventud se han ido consumiendo a sí mismas hasta desaparecer, y puedo disfrutar de mi vida tal como es.

Mon Mothma le miró a los ojos.

—Pero ¿qué hay de usted? —preguntó—. ¿Qué pasa con el Maestro Jedi? Me temo que conozco la respuesta.

—¿Y cuál es la respuesta? —preguntó Luke.

—Que la obra de su vida también ha terminado —dijo Mon Mothma—. Ha librado sus guerras. Ha salvado incontables vidas, liberado un número inmenso de mundos, y ha combatido en grandes batallas. Ha hecho que los Caballeros Jedi resurgiesen de la nada. Ahora todo ese trabajo ya está terminado, y sin embargo usted todavía es joven.

»Creció en tiempos de guerra, y las guerras han acabado. La historia nos dice que la paz suele resultar bastante dura para los guerreros. No tienen un lugar en ella. Para decirlo de la manera más sencilla posible, Luke Skywalker, ¿qué hará ahora?

—No lo sé —dijo Luke—. Hay cosas que podría hacer, pero... Bien, puede que la razón por la que llevo un tiempo sintiéndome así sea sencillamente que he estado intentando encontrar algo que me mantenga ocupado. Me refiero a cosas que pueda hacer, no a cosas que quiera hacer o a cosas que necesiten hacerse.

Su protesta sonó vagamente hueca.

Mon Mothma asintió con expresión pensativa.

—Todo eso me resulta muy familiar —dijo—, pero ése es el problema. ¿Qué puede compararse con lo que usted y yo hemos hecho en el pasado?

—No lo sé —dijo Luke—. Pero tengo la impresión de que tal vez usted tenga algunas ideas.

—Bien, me parece que otro miembro de su familia se ha enfrentado al mismo problema —dijo Mon Mothma—. Esa persona parece haber logrado encontrar una solución.

—Yo diría que Han se encuentra todavía más desorientado que yo —replicó Luke—. Creo que no es el mejor ejemplo para mí.

—No estaba pensando en Han. Pero, ya que hemos hablado de Han, yo no me preocuparía por él. Puede que esté pasando por una temporada de tranquilidad, pero me parece que no hay demasiadas probabilidades de que el universo vaya a dejarle en paz durante mucho tiempo.

—Sí, supongo que así es.

—Estaba pensando en otro miembro de su familia que también se enfrentó a la misma situación, la misma transición de la guerra a la paz. Ella supo arreglárselas bastante bien.

Un fruncimiento de ceño pensativo llenó de arrugas la frente de Luke.

—¿Leia? Ni siquiera había pensado en ella.

—Lo cual demuestra que tengo razón —dijo Mon Mothma.

—Pero el caso de Leia es distinto —dijo Luke—. Incluso antes de la guerra, Leia ya estaba haciendo la misma clase de trabajo diplomático y político que hace ahora. Y después de la guerra, se limitó a seguir con él hasta que...

Mon Mothma sonrió.

—Hasta que acabó haciéndose cargo de mi trabajo. Me alegré mucho de poder librarme de todas esas obligaciones, por supuesto, pero hay momentos en que las echo de menos. Y podría añadir que es un trabajo muy adecuado para Leia.

—No sé si es la clase de trabajo adecuado para mí, si es ahí donde quiere ir a parar. Ese tipo de cosas nunca se me han dado bien. Creo que no me gustaría.

—Leia da pocas señales de que le guste su trabajo, pero lo hace muy bien. Probablemente mejor que yo. Pero dígame una cosa... ¿Qué clase de Jedi es Leia? —preguntó Mon Mothma, cambiando nuevamente de tema con asombrosa brusquedad.

Luke alzó la mirada, muy sorprendido. Una vez más, Mon Mothma seguramente conocía la respuesta tan bien como él. Pero Luke enseguida se dio cuenta de que Mon Mothma no buscaba meramente una respuesta. Quería que Luke se oyera responder.

—Posee las capacidades innatas y el talento natural —dijo, escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Eso resulta obvio. Pero siempre ha tenido que hacer muchas otras cosas que ocupaban una gran parte de su tiempo, y eso ha impedido que pudiera dedicarse de una manera realmente intensa a su instrucción. Eso le ha costado una parte de su potencial. Aun así, si ahora empezara a dedicar todo su tiempo al estudio, con el tiempo podría acercarse mucho a mi grado de capacidad.

—Pero en el momento actual Leia se encuentra muy lejos del nivel de habilidad en el uso de la Fuerza que posee usted —dijo Mon Mothma—. Leia no ha sabido sacar todo el provecho posible de sus dones.

—Todavía no ha sabido hacerlo, pero aún podría hacerlo —dijo Luke, un poco más apasionadamente de lo que había pretendido—. Si dejara de invertir su tiempo en todas las cosas que hace ahora y estudiase los secretos de la Fuerza, podría desarrollar sus capacidades de una manera tremenda.

— ¿Ve alguna posibilidad de que eso llegue a ocurrir?

Luke meneó lentamente la cabeza.

—No —dijo—. Leia ya ha hecho su elección. Su carrera política ocupa una parte excesiva de su tiempo. Y aparte de eso, tiene tres hijos que educar.

—Y sin embargo tanto ella como usted siempre han lamentado que Leia no haya desarrollado más sus habilidades. Y si no estoy equivocada, el problema ha sido la causa de amables y repetidos reproches por su parte.

—Bien..., sí.

— ¿Le preocupa que su hermana tenga grandes dones y no los haya desarrollado, que no haya hecho uso de ellos? ¿Lo encuentra bastante parecido a un escandaloso desperdicio?

Luke alzó la cabeza y miró a Mon Mothma a los ojos. La verdad. Era lo que Mon Mothma quería obtener y, como comprendió Luke un instante después, lo que él quería dar. La verdad, sólida y clara.

—Sí —dijo despacio y con firmeza—. Sí, así es.

—Entonces, Luke Skywalker, le sugiero que piense en el hecho de que algunos espejos reflejan en ambos sentidos.

Súbitamente ya no había nada remotamente afable, apacible o suave ni en su voz ni en su manera de comportarse.

— ¿Qué quiere decir con eso, señora? —preguntó Luke. De repente cayó en la cuenta de que había estado teniendo grandes dificultades para percibir las emociones de Mon Mothma desde que entró en aquella habitación. Su fachada de tranquilidad había escondido un tema que le inspiraba sentimientos muy apasionados—. No lo entiendo.

—Se lo he oído decir una y otra vez a toda clase de personas —dijo Mon Mothma, con una cierta sequedad—. Cómo los dos eran gemelos y cómo cada uno heredó el mismo potencial, pero sólo uno de ustedes hizo uso de él mientras que el otro escogió hacer otra cosa, algo distinto e inferior... La gente dice que es una lástima. Y siempre es Leia Organa Solo, la jefe de Estado de la Nueva República, la persona de la que hablan de esa manera. ¡La jefe de Estado, y dicen en susurros que no ha sabido sacar todo el provecho posible de sus recursos!

— ¿Adonde quiere ir a parar? —preguntó Luke, sintiendo que empezaba a enfadarse.

—A que pienso que ya va siendo hora de que tome en consideración el hecho de que Luke Skywalker también hizo unas cuantas elecciones. Ya va siendo hora de que reflexione sobre el hecho de que usted tiene talentos y un potencial que nunca ha desarrollado.

— ¿Por ejemplo? —preguntó Luke.

—Si Leia posee un cierto potencial para el uso de la Fuerza porque usted, su hermano, le ha enseñado cómo usarla, ¿acaso no se deduce de ello que usted posee un cierto potencial en otras áreas porque Leia, su hermana, le ha enseñado cómo actúa en ellas? Leia se ha convertido en una líder, una estadista, una experta en política, una esposa y una madre. Está construyendo la Nueva República al mismo tiempo que educa a una nueva generación de Jedi.

»Volvamos a mirar en el espejo —siguió diciendo Mon Mothma—. La República necesita una nueva generación de liderazgo político. No sé si usted es consciente de ello o no, pero es prácticamente inevitable que acabe entrando en el campo de la política tanto si le gusta como si no.

— ¿Yo? —preguntó Luke—. Pero yo soy...

—Un héroe de la Rebelión. Es famoso en toda la República, y en centenares de mundos fuera de ella. Los distintos poderes tácticos no serán capaces de resistirse a alguien tan bien conocido, o tan apreciado, o tan respetado como usted. Su persona será un punto focal inevitable de las maniobras políticas durante los años venideros.

—Pero soy un Caballero Jedi —protestó Luke—. Soy un Maestro Jedi. No puedo meterme en política. Además, no quiero hacerlo.

Mon Mothma sonrió.

— ¿Qué parte de su vida ha consistido en lo que quería hacer hasta este momento? Pero hablemos de los Jedi, que es el tema del que más deseaba hablar con usted. ¿Qué llegarán a ser los Jedi?

—Lo siento, pero no entiendo a qué se refiere.

Le parecía que toda la conversación había sido poco más que una serie de adivinanzas y acertijos. Si los Jedi eran lo que más interesaba a Mon Mothma, ¿por qué había esperado hasta aquel momento para empezar a hablar de ellos? En cuanto a su pregunta, los Jedi eran... Jedi. ¿Qué otra cosa iban a ser?

—Muy bien —dijo Mon Mothma—. Permítame que lo exprese de otra manera. En los años venideros, a medida que los Jedi vayan pasando de ser un puñado de estudiantes a ser una orden de millares de Caballeros Jedi, ¿optarán por ser un sacerdocio de élite o preferirán ser una banda de campeones? ¿Van a estar separados de la gente por el privilegio y la mística, y serán responsables únicamente ante sí mismos? ¿O actuarán al servicio de la gente, y estarán íntimamente unidos a la gente? ¿Formarán parte del pueblo, de la ciudadanía, o estarán fuera de ella?

A Luke nunca se le había ocurrido pensar en ese tema viéndolo desde aquel punto de vista.

—Resulta obvio qué respuesta desea oír usted —dijo—, pero creo que es la respuesta que yo escogería de cualquier manera. Me parece que una orden de Jedi que se aislara a sí misma de la población sería algo muy peligroso. Si nunca has experimentado las cosas que hace la gente corriente, te resultaría muy fácil olvidar cómo es la gente corriente y cómo vive.

—Exactamente —dijo Mon Mothma—. Creo, y estoy firmemente convencida de ello, que la República necesita que los Jedi se ensucien las manos, que formen parte de la vida cotidiana de la República. Unos Jedi que vivan en torres de marfil podrían ser más peligrosos que el carecer de

Jedi. Basta con que eche una ojeada a nuestra historia reciente para que pueda ver cómo siempre han sido los Jedi Oscuros los que buscaron el aislamiento. Para ser un Jedi de la Luz, un Jedi debe formar parte del pueblo. Tiene que haber un Jedi en cada planeta, un Jedi en cada ciudad..., no unos cuantos planetas llenos de Jedi y nada más. Tiene que haber Jedi haciendo lo que hace la gente corriente, Jedi que sean personas corrientes. Tiene que haber médicos y jueces Jedi, y soldados y pilotos Jedi..., y políticos Jedi.

—Y usted cree que mi camino acabará llevándome a la política —dijo Luke.

—Sí. Aunque sólo sea por la razón de que tiene el deber de establecer un ejemplo..., y usted siempre ha sido un esclavo del deber. Si se marcha a meditar en la cima de una colina perdida en alguna parte, sus seguidores se marcharán para encontrar sus propias colinas sobre las que meditar. Si usted vive en el mundo, ellos también seguirán su ejemplo.

—Comprendo lo que quiere decir —admitió Luke, aunque sin demasiada alegría. Dar un buen ejemplo era una razón muy encomiable para la gran mayoría de las cosas, pero no era una razón que le acelerase el pulso y lo llenara de emoción. Y sin embargo Mon Mothma tenía razón al decir que las emociones escasearían considerablemente durante algún tiempo..., y para la población general eso tal vez no fuese nada malo—. ¿Realmente cree que me veré metido hasta ese extremo en la política?

—Puedo asegurarle que no dispongo de ninguna forma de ver el futuro —respondió Mon Mothma—. No puedo ver su camino. Pero la gente buscará líderes, y creo que volverán la mirada hacia usted.

—Supongo que es posible —admitió Luke.

—Es altamente probable. Es lo suficientemente probable como para que deba reflexionar sobre esa situación antes de que se produzca.

—Pero yo nunca he estado interesado en el poder —dijo Luke—. No voy a despertarme una mañana y decidir de repente que quiero un alto cargo.

—No, por supuesto que no. Pero no es así como ocurrirá. Alguien..., no sé quién, o cuándo, o cuántas personas, o por qué..., vendrá a verle buscando no un líder, sino un campeón. Alguien le pedirá que abrace su causa, que hable en su nombre y que luche por sus derechos. No está interesado en el poder, pero... ¿podría resistir una petición de ayuda?

—No —dijo Luke, y en su voz había algo parecido a la pena. Mon Mothma tenía razón. Era justo el tipo de planteo al que le resultaría imposible resistirse—. No, si alguien lo pidiera de esa forma..., tendría que decir que sí, naturalmente.

—Y alguien lo hará más pronto o más tarde. La pregunta a responder es si va a convertirse en un auténtico líder o en una mera figura decorativa.

— ¿Qué quiere decir? —preguntó Luke.

— ¿Será una mera figura decorativa? —repitió Mon Mothma—. ¿Conocerá los secretos del liderazgo, de negociar cuando debería nacerlo y de tomar decisiones difíciles cuando ha de hacerlo? ¿O estará lleno de buenas intenciones, pero falto de todo adiestramiento y mal preparado para moverse dentro del mundo de la política, por lo que otros deberán guiarle y controlarle..., y manipularle? Si va a ser un verdadero líder para el pueblo, entonces debe prepararse para ese trabajo, al igual que se preparó para ser un Jedi. Debe someterse al adiestramiento por el que pasó Leia mientras usted estaba aprendiendo sus capacidades de Jedi.

Había una inconfundible sombra de reproche en su tono, si no en sus palabras. «Leia estaba aprendiendo gracias a que hacía el trabajo pesado, aburrido y necesario, mientras que tú vivías emocionantes aventuras yendo de un lado a otro de la galaxia.» Mon Mothma no llegó a decirlo, pero Luke captó el mensaje.

—Hubo algo más que diversión y juegos en lo que he hecho —replicó.

—Sí, por supuesto. No cabe duda de que ha servido bien a la República, e incluso heroicamente. Pero la historia sigue adelante. Los tiempos cambian. La galaxia de mañana nos exigirá cosas nuevas y distintas. Ya va siendo hora de que encuentre formas de actuar como líder, negociador y portavoz para aquellos que no tienen voz. Será un guía, un comandante o un mentor. Ha llegado el momento de que el pueblo avance, y de que lo haga unido. ¿Estará usted al frente del desfile?

—Supongo que tiene razón —dijo Luke, aunque no se sentía muy convencido—. Pero aunque quisiese hacer lo que dice, no habría mucho que pudiera hacer al respecto. No está ocurriendo gran cosa.

—Sí —dijo Mon Mothma, y volvió a sonreír—. Por el momento se presentan muy pocas oportunidades para ejercer un liderazgo dinámico. Eso es lo que ocurre en tiempos de paz. En cierta manera, todo el problema se reduce a la paz.

— ¿Cómo puede la paz ser un problema? —preguntó Luke.

—No me malinterprete, por favor —dijo Mon Mothma—. La guerra es algo terrible, y espero que nunca vuelva a haber guerra. Pero existen ciertos aspectos en los que la guerra es simple y clara, y en los que la paz raramente lo es.

»En la guerra la identidad del enemigo está clara, y el enemigo se encuentra fuera de tu grupo. Todos tus amigos y aliados deben unirse para sobrevivir. En tiempos de paz no hay un enemigo. Sólo hay personas que votan contra ti en este tema, y personas que se ponen de tu lado en esa proposición.

»Nos enfrentamos al Imperio en nombre de la libertad y de la justicia. Pero ahora nuestra tarea es hacer que la libertad y la justicia lleguen a ser una realidad. Ahora estamos buscando corregir problemas e injusticias que nos habrían parecido triviales en los viejos tiempos. Cuando estaban a punto de cortarnos el cuello no había tiempo para preocuparse por los delicados matices de una legislación justa.

»La paz es complicada y nebulosa. Pudimos ganar la guerra haciendo estallar una Estrella de la Muerte o dos..., pero sólo podemos ganar la paz construyendo nuevas estaciones espaciales, nuevas casas, nuevas ciudades. Todo eso no es una cuestión de generosidad o amplitud de miras. Si no reconstruimos, habrá nueva inquietud y nuevos disturbios, y una nueva guerra. En tiempos de paz no puedes vencer destruyendo, sino únicamente construyendo..., y destruir siempre resulta mucho más fácil. Es, de la manera más literal posible, una ley de la naturaleza.

»La reconstrucción es un trabajo lento y laborioso, nada adecuado para la mentalidad de un guerrero. Ése es el verdadero problema para las personas como nosotros. Llegamos a desarrollar una adicción a las emociones y los desafíos de la guerra, y ahora han desaparecido. Hay quienes sentirán la tentación de crear problemas únicamente para disfrutar de un poco de excitación.

—Dudo que sea así, Mon Mothma —dijo Luke—. Siempre habrá peligros y desafíos. El universo es un lugar peligroso, y tampoco estoy muy seguro de haberme vuelto adicto a tales cosas. Podría vivir el resto de mi vida siendo muy feliz si nadie tratara de volver a matarme.

—Quizá tenga razón, Luke Skywalker. Pero incluso si ahora no hay ninguna tarea que le llame para que se ponga a su servicio como líder..., aun así, esté preparado para tal oportunidad cuando llegue. No la deje escapar y aprenda de ella. No sea meramente un Jedi, ni siquiera meramente un Maestro Jedi..., sino un líder Jedi.

—Pensaré en sus palabras —dijo Luke, poniéndose en pie y preparándose para marcharse.

—No esperaba nada más —dijo Mon Mothma—. Pero hay otro asunto en el que espero que pueda complacer a una anciana.

— ¿Y cuál puede ser? —preguntó Luke, con una cierta cautela.

—Va a ir a ver a Lando Calrissian —dijo Mon Mothma—. Lando va a pedirle que le ayude en un... proyecto suyo.

—Sí —dijo Luke, preguntándose no por primera vez de dónde sacaba Mon Mothma sus informaciones—. Así es. Pero todavía no sé de qué proyecto se trata.

—Ah —dijo Mon Mothma, sonriendo una vez más—. Pensaba que quizá no lo sabría. Da la casualidad de que yo sí sé qué anda tramando. Es un proyecto que no resulta muy propio de Lando, pero tiene un cierto elemento de grandiosidad.

—Y desea que le convenza de que lo olvide.

—Todo lo contrario: me gustaría que se ofreciera a ayudarle en todo lo posible. El que sea grandioso no lo convierte en una mala idea. No. Ayude a su amigo. Creo que al hacerlo también se hará un gran bien a sí mismo.

No fue hasta algún tiempo después, estando ya al otro lado de la puerta, cuando Luke se dio cuenta de que no se había atrevido a preguntarle qué quería decir con aquellas palabras.

5

Una bienvenida muy poco amable

La teniente Belindi Kalenda titubeó un momento antes de conectar los motores hiperlumínicos del transporte de carga. La pequeña nave flotaba en la oscuridad entre las estrellas, con sus comprobaciones de navegación completadas y todos los sistemas preparados para la última etapa del viaje a Corellia. En cuanto hubiera conectado los motores, estaría definitivamente comprometida y ya no podría echarse atrás. Eso no tendría que haberle preocupado tanto, pero sabía lo que estaba ocurriendo en el Sistema Corelliano..., o por lo menos sabía tanto como cualquier persona que estuviese fuera de él.

Pilotaba un carguero pequeño y sin ninguna característica que atrajese la atención, muy cuidadosamente elegido por la INR para que encajara con su perfil de comerciante que había estado teniendo un poco de mala suerte. Transportaba una carga variada de media docena de mundos, y los archivos de la nave habían sido expertamente manipulados para mostrar que había estado en todos aquellos sitios. En la basura había pequeños restos procedentes de los puertos que había visitado anteriormente. Los filtros de aire incluso contenían pelos y partículas de piel desprendida y de caparazones, todos los cuales encajaban con las distintas especies inteligentes de los mundos en los que se suponía que había estado.

Pero lo que más nerviosa la ponía era el pequeño problema totalmente deliberado existente en los motores lumínicos. El intercambiador remodulante de calor estaba a punto de averiarse. Los técnicos de la INR le habían asegurado que funcionaría durante exactamente un encendido más, y que luego sería cortocircuitado por el pulso calórico durante la desconexión. Resumiendo, que su hiperimpulsor dejaría de funcionar justo cuando entrara en el sistema. No podrían echarla de su sistema, y no les quedaría más remedio que permitirle descender y dirigirse a la instalación central de reparaciones, donde, según todas las informaciones disponibles, se necesitaban semanas, o incluso meses, para reparar cualquier cosa a menos que un soborno cambiara de manos. Y Kalenda apenas tendría el dinero suficiente para pagar los costes estándar de la reparación..., si conseguía vender su cargamento.

Eso quería decir que en cuanto llegara al Sistema Corelliano quedaría atrapada dentro de él durante un período indefinido de tiempo, y que debía limitarse a esperar que el papel de una piloto de carga que había tenido una racha de mala suerte fuese lo bastante convincente para permitirle escapar a la detección.

Kalenda había deseado con todas sus fuerzas poder retrasar su llegada y esperar a que Solo y su familia hubieran llegado allí para servir como distracción. Pero eso no podía ser. Nadie podía hacer que las dos operaciones encajaran con tal perfección, por la muy simple razón de que nadie más de la INR sabía absolutamente nada sobre Solo. Kalenda había estado trabajando un poco por su cuenta. Sería mejor para todos si nadie —y para Kalenda «nadie» significaba exactamente eso, ni una sola persona— conocía la existencia de aquel plan. Si una cosa había quedado clara gracias a todo lo que había ido mal recientemente, era que alguien del Sistema Corelliano se las había arreglado para llevar a cabo un magnífico trabajo de infiltración en la INR.

Si hubiera expuesto el plan Solo-como-diversión a sus superiores para que lo autorizasen, eso hubiese significado que habría muchas probabilidades de que la oposición corelliana —fuera quien fuese— ya estuviera enterada de todo a esas alturas, y todo el plan habría estado condenado al fracaso antes de ponerse en marcha.

Además, por lo menos Kalenda había conseguido dar alguna clase de advertencia a Solo de que algo andaba mal. Eso serviría para que se mantuviera alerta y se asegurara de vigilar a sus hijos. Necesitaban alguna clase de protección. Leia Organa Solo había insistido en que su familia viajara junta y sin más acompañantes antes de la cumbre comercial. En cuanto empezara la parte oficial del viaje, el servicio de seguridad de la jefe de Estado tendría luz verde para entrar en acción. Hasta que llegara ese momento, la familia Solo únicamente podría contar con sus propios recursos..., lo cual daba montones de motivos de preocupación a la INR.

Y, puestos a hablar de supervisiones y controles, ya iba siendo hora de poner en marcha su pequeña operación particular.

Pero ¿la había puesto en peligro? Ésa era la gran pregunta. Si hablar con Solo había sido algo así como un paso dado por su cuenta, entonces preparar el intento de infiltración de Kalenda había sido una típica operación estándar de la INR al cien por cien. La INR se enorgullecía de su meticulosa planificación y del esfuerzo de equipo. Normalmente eso servía para obtener los mejores resultados posibles, pero cada miembro añadido al equipo de preparación aumentaba las probabilidades de que la fuente corelliana hubiese descubierto algo.

Kalenda deseó poder cambiar sus coordenadas para la llegada al interior del sistema, pero sabía que eso era imposible. Las Fuerzas de Defensa del Servicio Espacial de Corellia ya tenían una más que merecidamente ganada reputación de ponerse nerviosas con mucha facilidad. Si surgía del hiperespacio fuera de las coordenadas de entrada autorizada, se pondrían histéricas. En el mejor de los casos, Kalenda atraería sobre sí una gran cantidad de atención indeseada. En el peor, podían desintegrarla en el espacio.

Tal vez —sólo tal vez— el hecho de que se hubiera entretenido un poco y fuese a llegar con unas cuantas horas de retraso bastaría para despistar a cualquier hipotético guardia fronterizo del Servicio Espacial. Quizá pensarían que no iba a venir después de todo, y decidirían olvidarse del asunto y volver a casa. O tal vez sólo les estaba dando el tiempo necesario para que se colocaran en posición a fin de interceptarla.

Lo único que podía hacer era activar el ordenador, dar el salto a la velocidad lumínica y esperar tener suerte. Kalenda tragó saliva, flexionó su mano un par de veces y presionó el botón.

Clavó la mirada en el visor delantero del carguero y vio cómo las estrellas estallaban en líneas estelares y su nave se lanzaba hacia la desconocida e incognoscible oscuridad del hiperespacio. Cuando la última estrella desapareció detrás de ella con un parpadeo final, Kalenda dejó escapar un suspiro de alivio. Estaba a salvo, al menos por el momento.

Por desgracia, su punto de partida se encontraba a sólo un año luz del Sistema Corelliano, y Kalenda no iba a permanecer protegida y oculta durante mucho rato. Dedicó la corta duración del trayecto a preocuparse pensando en todas las cosas que podían ir mal en su misión..., o por lo menos a pensar en algunas de ellas. Repasar toda la lista le habría exigido mucho más tiempo.

La advertencia para que se preparase lanzada por el ordenador de navegación resonó demasiado pronto en sus oídos. Kalenda se instaló en el asiento de pilotaje y curvó las manos alrededor de los controles. El momento de la verdad ya estaba muy cerca. El ordenador de navegación terminó su cuenta atrás y devolvió a Kalenda al espacio normal.

El universo volvió a cobrar existencia alrededor de su nave. Kalenda vio Corell, el sol de Corellia, justo allí donde debía estar. Echó un vistazo a sus pantallas de navegación y confirmó su posición. Bien. Bien. Justo en el centro de la ruta de aproximación autorizada, en un curso impecable con rumbo a la misma Corellia.

Quizá todavía lo conseguiría. Lo único que tenía que hacer era interpretar el papel que se le había asignado, y todo iría bien. Hablando de eso, ya iba siendo hora de establecer contacto con el Control de Tráfico de Corellia.

Conectó el sistema de comunicaciones y tecleó la frecuencia adecuada.

—Control de Tráfico de Corellia, aquí el Carguero PBY-1457, en ruta de aproximación a Corellia. Solicito instrucciones y permiso de descenso y atraque...

¡Wham! Algo empujó a Kalenda hacia adelante, incrustándola en las tiras de su arnés de seguridad, y su carguero se estremeció bajo un gigantesco impacto. Kalenda se lanzó sobre los controles de vuelo. ¿El intercambiador calórico? No, era demasiado pronto. Los técnicos le habían prometido que aguantaría por lo menos media hora antes de averiarse. Tenía que ser...

¡Wham! Otro impacto. Aquello no había sido ninguna explosión interna. Alguien estaba disparando contra ella. Kalenda aún no había acabado de completar el pensamiento cuando ya estaba lanzando su carguero en una rápida espiral de descenso, yendo en línea recta hacia el planeta.

El siguiente disparo falló el blanco por una distancia considerable, y un cegador destello luminoso brilló en su mirilla de babor. Kalenda hizo aparecer la imagen de la cámara exterior trasera en la pantalla de su cabina y se atrevió a correr el riesgo de echarle un vistazo mientras desviaba su carguero en una trayectoria lateral para esquivar el siguiente disparo. Un Bote Patrullero de Bolsillo, tal como había pensado. Si cualquier nave que no fuese un BPB hubiese logrado dos impactos sobre aquella vieja bañera, Kalenda no seguiría con vida. Un BPB era una nave monoplaza muy pequeña que gozaba de una gran velocidad a cambio de tener una potencia de fuego limitada. Naturalmente, incluso el insignificante cañoncito de un BPB sería más que suficiente para acabar con aquel montón de chatarra carente de escudos y armamento si Kalenda recibía el número de impactos suficiente.

Volvió a alterar el curso de su nave, justo a tiempo para esquivar el siguiente disparo. ¡Condenación! Resultaba obvio que la habían estado esperando. Su tapadera acababa de saltar en mil pedazos cuando ni siquiera había entrado en el sistema. Tenía que pensar, y deprisa. No podía superar en velocidad a un BPB, y no podría seguir escapando a base de maniobras durante mucho tiempo. Kalenda introdujo otro giro al azar en su pauta de vuelo mientras seguía avanzando velozmente hacia el planeta. ¿Podría engañar al piloto fingiendo que volvía al hiperespacio? «¡No, Kalenda, piensa!» Estaba claro que lo sabían todo sobre ella. También tenían que saber que sus motores hiperespaciales habían sido manipulados. El farol no engañaría a nadie. No podía entrar en el hiperespacio sin que todo el motor estallara...

¡Wham! Un impacto más serio. Los timbres de alarma empezaron a sonar, y Kalenda pudo oler humo y aislamientos que se quemaban. Muerta. Si seguía jugando según las reglas del manual, estaba muerta. Su carguero se bamboleó repentinamente cuando el motor j número tres murió con un último destello.

Kalenda cortó el flujo de energía al número tres y lo derivó a los números uno y dos. Preocuparse por las sobrecargas motrices en aquellos momentos era una estupidez, desde luego. El BPB seguiría detrás de ella y la utilizaría como blanco de prácticas hasta que abriese una brecha en el casco y la matara. Kalenda no podía llegar al planeta, y no podía entrar en el hiperespacio sin que el intercambiador calórico estallara y la devolviera a...

¡Sí! Exacto. Era un plan casi suicida, pero todo era relativo, y continuar allí sería totalmente suicida.

Kalenda alargó una mano hacia los controles hiperespaciales mientras pilotaba la nave con la otra. Desconectó todos los bloqueos de seguridad y anuladores, puso el selector en manual y pulsó el botón activador antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo. Un salto al hiperespacio no calibrado y sin cálculos previos estando tan cerca de un planeta no era nada más que una forma altamente ingeniosa y complicada de suicidarse, pero si esperaba el tiempo suficiente para explicárselo a sí misma..., entonces Kalenda estaría muerta antes de acabar.

Esta vez no hubo ninguna fluida transición a la velocidad lumínica, sino una espantosamente brusca entrada en el hiperespacio, tan grácil como lanzar la nave contra una pared de ladrillos. El carguero empezó a girar locamente sobre su eje, pero Kalenda ni siquiera intentó detenerlo. No cuando...

¡Wham! El intercambiador calórico estalló con una horrible explosión temblorosa que provocó nuevos paroxismos en la nave. El plan original había sido que dejara de funcionar lo más discreta y suavemente posible durante la fase de enfriamiento. Pero con el hiperimpulsor conectado, el intercambiador calórico falló de una manera mucho más espectacular, detonando con una energía casi lo bastante grande para partir la nave por la mitad. El casco sufrió una brecha en algún lugar del compartimento motriz, y el aire empezó a salir al espacio por la popa con un ruido atronador. La compuerta de la cabina se cerró automáticamente. Las alarmas resonaban por todas partes y Kalenda presionó el botón de anulación general, desconectando las alarmas y dejando sin energía todos los sistemas.

Con el intercambiador calórico destruido, bastó poco menos de medio segundo para que las bobinas del hiperimpulsor se recalentaran y se fundieran. El carguero volvió al espacio normal con una sacudida todavía más violenta. Por lo menos Kalenda esperaba que fuese el espacio normal, claro está. Muchas naves se habían esfumado del hiperespacio a lo largo de los milenios, y nadie sabía adonde habían ido a parar.

Pero Kalenda tenía preocupaciones más inmediatas que la clase de continuo espaciotemporal en el que se hallaba. Tenía que evitar que la nave se disgregara o estallase. Necesitaba controlar de alguna forma aquel errático descenso. No resultaba nada fácil con la mitad del sistema de control de altura destruido, pero Kalenda logró eliminar un noventa y cinco por ciento de las oscilaciones, dejando la nave en una especie de lenta espiral de bajada. Echó un vistazo a sus pantallas de sistemas y confirmó sus sospechas: el sistema hiperimpulsor ya no estaba allí. El motor número uno también parecía haber dejado de funcionar. Eso le dejaba el motor número dos, con un enorme interrogante detrás. Los sensores de la cabina afirmaban que seguía estando en su sitio, y Kalenda esperó fervientemente que le estuvieran diciendo la verdad.

Por lo menos tuvo tiempo para mirar a su alrededor y tratar de averiguar dónde estaba..., y descubrió que por fin había conseguido echar mano a un trocito de buena suerte. Allí, una hermosa esfera que flotaba en el firmamento, estaba Corellia, con la mitad del planeta iluminada por el día y la otra mitad oscurecida por la noche visto desde aquel ángulo. Kalenda supuso que había logrado recorrer los escasos centenares de miles de kilómetros que la separaban de él dentro del hiperespacio, y aproximadamente en la dirección correcta. A juzgar por lo que le decían sus ojos, se encontraba en el lado opuesto al que había tenido delante cuando entró en el hiperespacio, y quizá al doble de distancia de Corellia que antes. De la misma manera que había llegado hasta allí, Kalenda habría podido salir despedida fuera de la galaxia, o verse lanzada hacia la oscuridad que se extendía entre las estrellas.

Por lo menos en teoría, tendría que poder descender en Corellia desde allí. Si un motor realmente seguía entero, tal vez podría salir de aquel lío con vida.

Y si tenía muchísima suerte, entonces los corellianos pensarían que estaba muerta. El piloto del BPB quizá no sabría interpretar correctamente lo ocurrido e informaría de que su nave había estallado en vez de saltar al hiperespacio. O quizá todo el mundo —lo cual sería muy lógico— daría por sentado que las probabilidades en contra de sobrevivir a un salto hiperespacial incontrolado eran demasiado elevadas para tener que preocuparse por la posible supervivencia de Kalenda.

En cualquier caso, e incluso en el supuesto bastante improbable de que pensaran que estaba viva, no había duda de que no sabían dónde estaba. Kalenda esperaba poder mantener la situación de esa manera.

Una parte del arte de sobrevivir consistía en saber cuándo había que darse prisa y cuándo había que tomarse las cosas con calma. Kalenda se concedió sus buenas tres horas para dar el siguiente paso. Llevó a cabo un meticuloso examen del carguero, o al menos de lo que podía examinar de él desde la cabina. El único traje presurizado de la nave colgaba de su soporte, en el vacío, al otro lado de la compuerta sellada. Eso era todo un triunfo de la planificación y el pensar bien las cosas, desde luego, pero en aquel momento Kalenda no podía hacer nada al respecto.

Las pantallas de datos podían decirle muchísimas cosas incluso en aquella nave. Kalenda se concentró en el motor superviviente, y confirmó por todos los medios a su alcance que seguía estando en condiciones de funcionar. No es que fuese a confiar en poder utilizarlo a ninguna potencia que se aproximara al máximo, por supuesto. Tendría que dar por sentado que estaba a punto de dejar de funcionar, y tratarlo con mucha delicadeza. El sistema de apoyo vital de la cabina se encontraba en condiciones moderadamente buenas, aunque parecía haber unas cuantas filtraciones microscópicas en el casco y el sistema de refrigeración mostraba señales de estar empezando a fallar. Kalenda no querría pasar más de un día o dos dentro de la cabina. No si podía evitarlo, por lo menos. La cabina carecía de comida, agua o instalaciones sanitarias. El equipo de supervivencia de la nave se encontraba colocado encima de un estante, justo al lado del traje presurizado.

Resultaba obvio que la única forma de salir de aquel lío —y además, dicho fuese de paso, la única forma de que pudiera completar su misión— era descender en uno de los planetas del sistema estelar de Corellia. La misma Corellia era la meta obvia, pero no la única.

Durante un momento Kalenda jugueteó con la idea de probar suerte en algún otro de los planetas habitables del Sistema Corelliano. Estaba claro que había un número de ellos más que suficiente. Además de Corellia, estaban Selonía, Drall y los Mundos Dobles, Talus y Tralus, dos planetas que orbitaban el uno alrededor del otro. Si iban a buscarla, era casi seguro que lo harían en Corellia, lo cual convertía ese mundo en un buen lugar a evitar.

Pero había fuertes argumentos en contra de esa cadena de razonamientos. Probablemente pensaban que estaba muerta.

En consecuencia, probablemente no habría ninguna búsqueda. Además, un planeta era un sitio bastante grande. Aun suponiendo que estuvieran buscándola, después de todo Kalenda era una agente experta y bien adiestrada. Tendría que ser capaz de mantenerse un paso por delante de ellos.

Ellos... ¿Quiénes eran los «ellos» en este caso? ¿Y qué andaban tramando esos «ellos» para que mereciese correr tales riesgos? Nadie atacaba a los agentes de la Nueva República sin tener un buen motivo para ello. Kalenda comprendió que no tenía ni idea de a quién se enfrentaba. No había dedicado ni un solo instante a preguntarse por qué los corellianos —o algún grupo de corellianos— estaban tan decididos a matar agentes de la INR, o cómo conocían sus planes de llegada. No cabía duda de que eran puntos importantes, pero en realidad sólo tendrían importancia si conseguía seguir con vida. Sería mejor concentrarse antes en ese pequeño problema.

Kalenda acabó decidiendo olvidarse de los otros planetas. Corellia era el más cercano, y el que tenía mejores probabilidades de poder alcanzar. El riesgo de detección era sólo marginalmente mayor que en los otros mundos. Además, Corellia era el sitio en el que estaban ocurriendo todas las cosas. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, ocurría allí.

Entonces la pregunta a responder pasaba a ser la de cómo llegar hasta allí. Mirar por el visor y ver el planeta estaba muy bien, pero Kalenda no podía limitarse a dirigir la proa del carguero hacia Corellia y encender el motor. Antes necesitaba llevar a cabo una gran cantidad de trabajo navegacional previo. Un factor afortunado que jugaba en su favor era que parecía haber conservado aproximadamente la misma velocidad inicial con la que se estaba moviendo antes de

su salto abortado a la velocidad lumínica. La única diferencia era que se encontraba al otro lado del planeta, alejándose más que acercándose a él. La gravedad del planeta la estaba frenando, naturalmente, y tarde o temprano empezaría a tirar de ella.

De hecho, a menos que hiciese algo, Kalenda caería en línea recta hacia el planeta y acabaría entrando en contacto con su superficie en un descenso tan delicado y suave como el de un meteorito.

Y, naturalmente, no se atrevía a hacer nada remotamente parecido a un descenso normal. Cualquier clase de descenso diurno quedaba totalmente descartado. El riesgo de ser detectada era demasiado grande.

Unos cuantos minutos de cuidadoso trabajo con el ordenador de navegación permitieron que Kalenda trazara una lenta y cautelosa aproximación al planeta que reunía las condiciones que había elegido: un descenso acuático, y durante la noche. Consiguió encontrar una trayectoria que le permitiría bajar muy cerca de la costa este del continente principal.

Descubrir que era posible llevar a cabo esa clase de descenso no la dejó particularmente satisfecha, desde luego, pero los riesgos de posarse en tierra durante la noche eran sencillamente demasiado grandes. Kalenda no conocía lo bastante bien la superficie de Corellia como para poder mirar por el visor entre la oscuridad y saber si estaba bajando en una hermosa pradera vacía o en la plaza de un pueblo, sobre un suave dosel de árboles o una masa de arbustos bajos que ocultaban roca sólida debajo de ellos. El agua era agua fuera cual fuese la forma en que te posabas sobre ella, y era más probable que estuviese desierta. Las probabilidades de ser oída o vista eran mucho más bajas en el agua. Naturalmente, en tierra las probabilidades de ahogarse eran cero, pero eso no podía ser evitado.

Kalenda trazó su curso y encendió el único motor que le quedaba con toda la lentitud y delicadeza de que fue capaz, tomándose sus buenos diez minutos para ponerlo a un cuarto de su potencia, cosa que hizo con el acompañamiento de un gran número de ruidos, crujidos y chirridos muy inquietantes producidos mientras los miembros estructurales de la nave trataban de resistir aquel impulso desequilibrado y restos metálicos se desprendían y rodaban ruidosamente de un lado a otro en los compartimentos situados detrás de la puerta de la cabina.

Kalenda no apartó los ojos de sus pantallas, y no necesitó mucho tiempo para que éstas la animaran a soltar una abigarrada sucesión de juramentos y maldiciones. Incluso a un cuarto de potencia, estaba viendo toda una serie de lecturas francamente alarmantes. El motor parecía querer recalentarse. Su sistema refrigerante debía de haber quedado dañado. Kalenda redujo la potencia a un octavo e intentó desviar energía refrigerante de los motores inutilizados, con muy poco o ningún efecto. Era más que probable que estuviese enviando órdenes a sistemas que ya ni siquiera estaban allí. Operar a potencia reducida significaba mantener encendido el motor durante más tiempo, naturalmente, pero eso siempre era preferible a ver cómo su motor se derretía. Kalenda introdujo varios ajustes de compensación en su curso y se dedicó a contemplar cómo Corellia iba aumentando de tamaño en el visor.

Por fin disponía de tiempo para preguntarse cómo se habían enterado de dónde debían esperarla, y pensar en qué demonios estaba ocurriendo en el planeta. Los corellianos parecían ser capaces de lanzarse directamente sobre los agentes de la INR, como en el caso de Kalenda, sin ninguna necesidad de tomarse la molestia de buscar entre los civiles para dar con ellos. Tenía que haber alguna clase de filtración en los cuarteles generales.

Kalenda tenía la corazonada de que los peces gordos del INR ya habían empezado a pensar en esa posibilidad. Eso quería decir que estaban trabajando en algunas operaciones contra Corellia más cuidadosamente compartimentalizadas, el tipo de planes en el que la mano izquierda no tendría ni la más leve idea de qué estaba haciendo la derecha. Kalenda sospechaba que había unos cuantos agentes de la INR infiltrados en las delegaciones comerciales.

Por lo que ella sabía, el intento de introducirla en Corellia había sido concebido al menos en parte como una diversión, a fin de conseguir que la oposición estuviese mirando hacia otro lado y no viera la llegada de otra persona. Se le ocurrió pensar que debería haberse sentido molesta ante la idea de ser la diversión de otra persona, pero así era como funcionaba el mundo..., por lo menos el mundo del espionaje. Si no deseabas correr el riesgo de ser una pieza en el tablero de otro, entonces más valía que te fueras olvidando de entrar a formar parte del servicio secreto.

Pero por lo menos había la esperanza de que aunque Kalenda no lo consiguiera, aunque no lograra averiguar qué estaba ocurriendo en aquel sistema estelar que parecía un manicomio, alguien lo haría. Quizá fuera ésa la razón por la que la idea de ser una mera diversión no le preocupaba demasiado. Si era una diversión, y si moría, y si conseguía que los corellianos mirasen en la dirección equivocada en el momento adecuado, entonces por lo menos no habría muerto en vano.

No era un gran consuelo, pero con los corellianos resueltos a acabar con ella y la decisión de haber confiado su vida a un motor que quería dejar de funcionar y un descenso nocturno en el agua, la teniente Kalenda necesitaba todos los consuelos que fuese capaz de imaginar.

Kalenda despertó sobresaltada con el zumbador de alerta resonando en su oído. Parpadeó, miró a su alrededor, recordó dónde estaba y deseó no haberlo hecho. Pero ¿qué había hecho sonar la alarma? ¿Algún otro sistema de la vieja bañera había dejado de funcionar? Inspeccionó los tableros y sus ojos se posaron en el cronómetro. Bien. No había ninguna avería. La alarma procedía de la simple y vieja función de reloj despertador. Era hora de espabilarse y prepararse para la reentrada. Kalenda presionó un botón, se removió en el asiento de pilotaje y se estiró cuanto pudo en un vano intento de eliminar las rigidez y dolores de sus músculos.

Pronto llegaría el momento de ejercer un poco de auténtica labor de pilotaje. Pilotar un carguero durante una reentrada manual y sin energía no era una tarea fácil ni siquiera en las mejores circunstancias. Llegar de noche, sobre territorio hostil, sin ninguna clase de guía y en una nave seriamente averiada iba a exigirle toda su habilidad y recursos..., y tal vez más.

Eh, un momento. Meterse en aquella aventura con una actitud inicial tan negativa no tenía ningún sentido. «Lléname la mente de pensamientos positivos, y piensa que el carguero es una vieja nave muy sólida que seguirá aguantando tanto tiempo como lo ha hecho ya.» Tenía que pensar en todo su adiestramiento, y en su meticulosa memorización de todos los mapas de Corellia. Tenía que pensar en lo improbable que era que hubiese alguien buscándola, y en que incluso en ese caso resultaría condenadamente difícil de encontrar.

Sí, ése era el tono que había que adoptar. Pensamientos positivos, pensamientos positivos. Hizo una última inspección de todos sus sistemas y deseó que tuvieran mejor aspecto, al mismo tiempo que daba gracias porque no estuviesen todavía peor de lo que ya estaban. Volvió la cabeza hacia el visor y vio la gigantesca masa de Corellia, hermosa y oscura, flotando tan cerca de ella que pensó que podía alargar la mano y tocarla. Se encontraba sobre el centro del lado nocturno del planeta, pero eso no quería decir que Corellia estuviese sumida en la negrura absoluta. Las luces de las ciudades brillaban aquí y allá, y la claridad de las estrellas relucía al quedar reflejada en las cimas de las nubes grises, el cielo azul y la negra tierra, haciendo que todo pareciese brillar como desde dentro, con nudos, remolinos y puntos de luz destellando en el mundo dormido que se extendía debajo de ella.

Era un mundo precioso, y estaba lleno de peligro. Kalenda tendría que ir con mucho cuidado allí abajo..., si sobrevivía al descenso. Echó un vistazo a su cuenta atrás. Ya casi había llegado el momento de apagar el motor.

El procedimiento normal para un descenso con energía motriz, naturalmente, era llegar con los motores a plena potencia e ir decelerando desde la velocidad orbital hasta la velocidad de vuelo mediante la fuerza bruta de los motores de la nave. Pero el único motor que le quedaba a su

carguero ya no disponía de nada ni remotamente parecido a las reservas de energía necesarias para eso. Kalenda tendría que hacerlo al viejo estilo, abriéndose paso a través de la atmósfera y utilizando la fricción del aire en vez de la potencia motriz para ir frenando su nave. En teoría, su carguero había sido construido para sobrevivir precisamente a esa clase de entrada de emergencia, pero a Kalenda no le habría importado en lo más mínimo no tener que comprobar la teoría. No tenía otra elección, desde luego. El reloj de la cuenta atrás fue desgranando los segundos que faltaban para apagar el motor, y llegó al cero con una rapidez espantosamente excesiva. El único motor superviviente que le quedaba se apagó y Kalenda reorientó la nave, apuntando el morro hacia la dirección adecuada para una reentrada de frenado aéreo.

En cualquier momento empezaría a notar los primeros y todavía débiles movimientos de la atmósfera sobre el casco de la nave...

Casi antes de que hubiera terminado de pensarlo, el carguero se encabritó y tembló, y los controles intentaron saltar de su mano. Kalenda agarró la palanca de vuelo con todas sus fuerzas y obligó a la nave a recuperar una trayectoria estable. Había hecho montones de reentradas, y el contacto inicial con la atmósfera había sido fluido y sutil en casi todas ellas. Aquello se parecía mucho más a chocar con una muralla de ladrillos. El exterior del carguero debía de estar peor de lo que había pensado. Aquello iba a ser interesante.

Hubo otra serie de estremecimientos y golpes ahogados, y después algo se desprendió de la popa de la nave con un prolongado gemido estridente y se alejó velozmente. El carguero intentó girar sobre sí mismo, y Kalenda tuvo que esforzarse al máximo para devolverlo a una trayectoria de vuelo nivelada. Puestos a mirar las cosas por el lado bueno, parecía como si la nave fuese repentinamente un poco más estable con aquel lo-que-fuese desprendido.

Kalenda volvió a comparar su trayectoria de vuelo con el curso planeado. Descubrió que estaba yendo un poco deprisa, y un poco demasiado alta. Hizo los ajustes que pudo, y después se dedicó a contemplar cómo las temperaturas del casco subían implacablemente. El carguero inició una segunda serie de estremecimientos, esta vez acompañados de un nuevo ruido más grave, una especie de golpeteo rítmico. Estaba claro que ahí atrás había algo más que también quería soltarse.

El carguero siguió sumergiéndose en la atmósfera de Corellia, oscilando, temblando, vibrando y aullando a cada momento de su descenso. El morro de la nave empezó a relucir con una intensa claridad color rojo cereza, algo que Kalenda nunca había visto antes. Estaba acostumbrada a descensos suaves realizados disponiendo de toda la potencia de los motores, no a aquella especie de aerofrenado primitivo.

Las fuerzas gravitatorias estaban empezando a incrementarse, y Kalenda sintió como si estuviera siendo ferozmente sacudida y aplastada al mismo tiempo. Una nueva alarma empezó a sonar, apenas audible en la cacofonía que llenaba la cabina de la nave. Kalenda era arrojada de un lado a otro con tanta violencia que le costó bastante poder centrar la vista en los diagnósticos visuales y entender lo que le estaban diciendo. Era una alarma de temperatura. Tenía que ser una alarma de temperatura.

Bueno, pues qué se le iba a hacer. Kalenda no se atrevía a apartar las manos de la palanca de vuelo el tiempo suficiente para hacer alguna clase de ajuste, y además en realidad había muy poco que pudiese hacer para mejorar la situación. Ya ni siquiera podía abortar el intento de descenso. Con un octavo de potencia, el motor que le quedaba se hallaba muy lejos de tener el empuje suficiente para volver a subirla hasta la órbita.

Y no había que olvidar que la órbita no era un buen sitio para estar a bordo de una nave que probablemente estaba perdiendo aire, y en la que no había comida ni agua accesible.

¡Wham! El ruido fue lo suficientemente potente y repentino para que Kalenda hubiera saltado de su asiento de no haber estado sujeta a él por las tiras del arnés de seguridad. Algo se había soltado en el interior de la nave. Un segundo estrépito no tan grande anunció que lo que fuese acababa de chocar con el mamparo de enfrente.

La vibración llegó a un máximo y después, justo cuando parecía que iba a hacer pedazos el carguero, empezó a debilitarse y se desvaneció más deprisa de lo que había surgido.

Kalenda empezó a tener alguna débil esperanza de haber dejado atrás lo peor. El carguero seguía temblando y oscilando de una manera francamente impresionante, pero por lo menos había sobrevivido a la fase de reentrada propiamente dicha. Se había convertido en una aeronave gravemente averiada, no en una nave espacial medio destrozada. No es que estuviera teniendo menos problemas en esa nueva situación, desde luego, ni que Kalenda fuese a estar menos muerta si perdía el control y el carguero sucumbía a su obvio deseo de estrellarse.

Oyó un ruidoso silbido detrás de la puerta de la cabina. Empezó siendo muy estridente y fue bajando gradualmente por la escala tonal hasta convertirse en un gorgoteo ahogado. Era el sonido del aire que volvía a infiltrarse en los compartimentos de popa de la nave. Kalenda no se atrevió a apartar los ojos del visor y las pantallas principales ni siquiera durante un momento para comprobar los datos del entorno inmediato, pero aire en los compartimentos de popa tenía que ser una buena noticia. Podría volver allí y coger el equipo de supervivencia.

Comprobó sus velocidades, la de bajada y la de avance. Seguía yendo muy rápido y estaba demasiado alta, pero el problema había pasado a ser un asunto de gestionamiento de la energía y de controlar su descenso, cambiando altitud y velocidad por distancia, en vez de la situación desesperada que hubiera sido arder en la atmósfera. Kalenda movió el carguero en una serie de grandes y suaves giros en forma de S para ir perdiendo un poco más de velocidad.

Bueno, por lo menos ella pretendía que fueran grandes y suaves. Si el carguero se había comportado como un bantha vivo que estuviera siendo presa de convulsiones durante la reentrada, en el vuelo normal aerodinámico se comportaba como un bantha muerto. La nave apenas respondía a los controles, y Kalenda tuvo que luchar desesperadamente durante cada momento de cada giro. Algo empezó a chirriar y golpear en el sistema de control, protestando contra lo que se le exigía que hiciera. Kalenda se rindió y volvió a su trayectoria normal, decidiendo que debía olvidarse de si estaba un poco rápida y alta.

La nave siguió descendiendo, adentrándose en la oscuridad aterciopelada del cielo nocturno de Corellia, y el morro del carguero no tardó en morder aire más espeso..., y de repente todas las preocupaciones acerca de la altura y la velocidad que había estado teniendo Kalenda se desvanecieron. El comportamiento de la nave dentro de la atmósfera inferior se volvió atroz. Tendría que habérselo esperado, con la mitad de las superficies aerodinámicas pulverizadas, pero había estado tan concentrada en mantenerse con vida el tiempo suficiente para llegar a los estratos de aire más profundos que no había pensado ni una sola vez en qué tal volaría la nave cuando estuviese allí.

De repente el problema dejó de ser una cuestión de rebasar su objetivo por unos cuantos kilómetros para pasar a ser una cuestión de no quedarse corta por varios centenares de kilómetros. Kalenda había planeado descender justo delante de la costa, no en medio de un profundo océano. No tuvo más elección que volver a conectar su motor y tratar de prolongar su deslizamiento el máximo de tiempo posible. Había esperado poder evitar el tener que hacerlo. No se fiaba nada de aquel motor, y no estaba muy segura de que la nave pudiera seguir de una pieza mientras estaba soportando tensiones simultáneas de las superficies aerodinámicas y de los motores. Con la tensión sobre los estabilizadores y el impulso descentrado de un solo motor, las cosas podían ir mal muy deprisa. Aun así, llegados a ese punto ya no le quedaba ninguna otra opción. O volvía a conectar el motor, o se ahogaba.

Kalenda miró por el visor. El panorama era precioso, y se sintió privilegiada por poder verlo incluso en pleno combate por su supervivencia. Se concedió un par de segundos para absorberlo todo y así poder morir con algún recuerdo de belleza reciente, si es que debía morir. El cielo límpido y libre de nubes era de un negro azulado y estaba tachonado de estrellas tan brillantes como gemas de color blanco, rojo y azul; diamantes, rubíes y zafiros que derramaban su claridad sobre el mar azul y negro y las crestas de espuma blanca que había muy por debajo de ella.

Precioso. Precioso. Pero si iba a vivir para merecer más privilegios como aquél, tendría que apartar los ojos de él y volver a concentrarse en la tarea que la esperaba. Conectó su único motor lo más despacio y delicadamente de que fue capaz, y lo fue subiendo hasta un dieciseisavo de potencia. El carguero se desvió un poco a babor, pero Kalenda logró compensarlo sin demasiada dificultad. Hubo un gemido ahogado procedente del casco cuando las distintas tensiones que soportaba la nave se realinearon, pero eso era de esperar.

Kalenda volvió a inspeccionar sus pantallas y vio que todavía estaba perdiendo más altura y velocidad de lo que podía permitirse, aunque el ritmo de pérdida se había frenado un poco. Seguiría sin poder alcanzar su zona de descenso prevista, y eso no era nada bueno. Si era necesario, podía nadar tres kilómetros hasta llegar a la orilla..., pero no podía nadar cincuenta.

Se mordió el labio inferior y subió el aflujo de energía hasta un octavo de potencia, moviendo el dial lo más lentamente posible. El casco reanudó sus gemidos, pero esta vez el sonido no se desvaneció, sino que se fue volviendo más ruidoso. La nave estaba tan dañada que no había demasiadas probabilidades de que soportara mucha más tensión. El morro del carguero empezó a desviarse hacia babor, y Kalenda desplazó la nave hacia estribor..., y después tuvo que volver a llevarla hacia babor cuando empezó a desviarse hacia estribor. Casi antes de que hubiera podido darse cuenta, la nave estaba moviéndose en una peligrosa serie de oscilaciones, con el morro temblando de un lado a otro e incapaz de mantener una trayectoria estable. Si la oscilación empeoraba mucho más, el carguero empezaría a girar sobre sí mismo y caería en una espiral que terminaría dentro del mar.

Kalenda redujo la potencia hasta que la oscilación volvió a desvanecerse y el gemido de los miembros del casco se apaciguó. Echó un vistazo a sus pantallas y soltó un juramento. No era suficiente. No era suficiente. Seguiría quedándose corta, y no conseguiría llegar al punto en el que pretendía descender.

Le quedaba una última carta que jugar. Kalenda subió un poquito el morro de la nave con la esperanza de engañar a las alas para extraerles una fracción más de impulso ascensional. Prodigio de prodigios, el truco pareció funcionar. La pérdida de altitud se frenó hasta desvanecerse, y Kalenda incluso logró alcanzar la altura de vuelo.

Pero sabía que no podía relajar su vigilancia. Alguna otra cosa tenía que ir mal tarde o temprano.

Empezó como un débil zumbido, casi por debajo de la gama auditiva, pero no permaneció así por mucho tiempo.

Bi-bi-bi-be-bee-bee-bee-bang-bang-bang-Bang-Bang-BANG BANG BANG ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! El estrépito se fue haciendo cada vez más ruidoso, e hizo temblar la nave de una forma cada vez más pronunciada. Alguna parte del estabilizador, o un trozo de aleta desprendido, estaba estrellándose contra el casco con una violencia increíble. Kalenda apretó los dientes y aguantó. A juzgar por lo poco que podía ver con la nave saltando y agitándose como si fuese un animal enloquecido, seguía volando en una trayectoria estable, y cada segundo que hiciera eso supondría unos cuantos centenares de metros más recorridos hacia la orilla. Mientras la llevara a la orilla, el carguero podía irse desintegrando en fragmentos todo lo que le diese la gana.

Se estaba aproximando. Kalenda escrutó el horizonte en busca de tierra. ¡Allí! Había una tira de oscuridad más oscura e inmóvil perdida en la lejanía. ¡Por las estrellas y el cielo, iba a conseguirlo!

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! El ruido estaba empeorando, mucho después del momento en que parecía imposible que lo hiciese. En nombre del espacio, ¿qué estaba intentando desprenderse allí atrás? ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BA...!

Hubo un silencio repentino, y un latido del corazón de Kalenda después el horripilante chirrido del metal moviéndose sobre metal y un último estremecimiento que recorrió toda la nave en una serie de espasmos. Kalenda sintió cómo la cola del carguero subía y se iba inclinando hacia estribor. Bueno, fuera lo que fuese lo que acababa de soltarse, debía de haber formado parte de los estabilizadores horizontales. Kalenda corrigió el rumbo hacia babor, pero no mucho. Mientras volara más o menos en línea recta, le daba igual que la nave estuviera suspendida en un extraño ángulo de ataque.

¿Qué distancia le faltaba para llegar a la orilla? Echó un vistazo a sus pantallas de navegación. No más de veinte kilómetros por recorrer. Si conseguía que aquel trasto siguiese entero durante el tiempo suficiente...

¡Ping-PING! ¡Ping-PING! ¡Ping-PING! Kalenda presionó el interruptor de la alarma e inspeccionó sus paneles. ¡Maldición! Era la alarma de recalentamiento del motor. Si continuaba forzándolo, estaba claro que el motor se iría calentando hasta fundirse. Sabía lo que tenía que hacer, pero no le gustaba nada. ¿De qué le serviría haber llegado tan lejos si el motor estallaba y acababa cayendo en aquel punto del mar? Redujo la potencia hasta un dieciseisavo con infinita reluctancia, y torció el gesto cuando el carguero volvió a perder altura y velocidad casi al instante.

¡Ping-PING! ¡Ping-PING! ¡Ping-PING! Kalenda volvió a presionar el interruptor de la alarma y masculló una sarta de maldiciones dotadas de una notable cantidad de creatividad. El motor continuaba recalentándose. Alguna última conexión refrigerante debía de haber dejado de funcionar por completo. Con todos los sistemas refrigerantes totalmente inutilizados, el motor estallaría dentro de muy poco tiempo sin importar lo reducida que fuese la potencia que Kalenda hiciera pasar por él.

Durante un momento de locura jugueteó con la idea de dejar que estallara, aceptando la explosión a cambio de las últimas gotas de empuje que pudiera exprimir del motor. Pero si había una cosa que aquella nave no aguantaría, sería otra explosión más.

Kalenda se preparó y cortó todo el flujo de energía al motor. El carguero se bamboleó violentamente e intentó levantar el morro para volcarse hacia arriba, pero Kalenda lo obligó a recuperar un vuelo más o menos planeado.

Y eso era todo. No le quedaba energía y no le quedaban más trucos por probar, y había explorado todas las opciones. Estaba atrapada en un planeo sin nada que la impulsara por encima de un océano en plena noche. La situación no podía empeorar mucho más. Kalenda intentó no decirse a sí misma que por lo menos tenía la suerte de que hiciera buen tiempo, por temor a que el universo conjurase una tormenta para ella sola en un acto de pura perversidad.

El volar se divide en dos clases distintas de tiempo: los largos ratos de atención tranquila y reposada en los que la idea principal es conseguir que todo siga más o menos como está, y los movimientos repentinos y veloces en los que la idea es pasar de un estado a otro lo más rápidamente posible sin que el hacerlo te mate. Los pilotos no deberían apresurarse o actuar sin pensarlo durante las operaciones del vuelo de crucero, pero tienen que moverse deprisa para los despegues y los descensos.

Como Kalenda estaba en el proceso de aprender, todo eso era doblemente cierto en el caso de un descenso acuático sin energía. El agua que se extendía bajo ella se aproximaba a una velocidad increíble. Sería mejor que se preparase. En cuanto estuviera abajo, tendría que salir de allí a toda prisa. Kalenda mantuvo una mano alrededor de la palanca de control y alargó la otra hasta la compuerta de escape superior, bajando la tapa de seguridad. Se atrevió a echar una rápida mirada hacia arriba para localizar los cierres de seguridad, y después volvió a clavar los ojos en lo que tenía delante. Se estaba aproximando. Estaba mucho más cerca. Levantó la mano sin mirar y abrió todos los cierres, y después tiró con fuerza de la palanca de eyección de la escotilla.

¡Blam! Los pernos explosivos estallaron y la escotilla salió despedida. El viento rugió repentinamente junto a ella, y la atmósfera estancada que sabía a aislamientos quemados de la cabina fue barrida por el picante frescor salado de una noche en el océano de Corellia.

Mucho, mucho más cerca. Kalenda luchó frenéticamente para reducir el ángulo de su trayectoria y se preparó para el impacto. El agua podía parecer más blanda que la tierra, pero seguía siendo capaz de golpearte muy fuerte si chocabas con ella a gran velocidad.

Y el momento crucial estaba a punto de llegar. Kalenda resistió la tentación de cerrar los ojos, volvió a poner las dos manos en la palanca de control y la aferró como si su vida dependiese de ello.

Acercándose cada vez más, más abajo, más deprisa..., deprisa..., ¡deprisa! Vista desde tan cerca el agua era un manchón borroso, con todas aquellas hermosas olitas que había podido distinguir tan claramente desde más arriba reducidas a una gran pincelada azulgrisácea sobre la que no podía centrar la vista. El viento rugía a través de la escotilla, y la cabellera de Kalenda se soltó y revoloteó locamente sobre su rostro. Kalenda la ignoró. Mejor llegar medio ciega que apartar las manos de la palanca de control. «Más cerca más deprisa no puede acercarse más tiene que estar ahí pero no estamos ahí más cerca más deprisa más deprisa...»

El carguero medio destrozado chocó contra las olas con un rugido ensordecedor acompañado de terribles vibraciones, rebotó en ellas saliendo despedido del agua y volvió a chocar con renovado vigor. Kalenda se agarró desesperadamente a la palanca de control mientras la nave chocaba de frente con una ola detrás de otra y otra más, con el agua subiendo por encima de los visores y apartándose después antes de que la ola siguiente volviera a cegarla. La aterradora cabalgada envuelta en bamboleos y sacudidas pareció seguir eternamente, la próxima ola apareciendo cada vez justo cuando se hundía la anterior.

Pero el carguero por fin empezó a avanzar más despacio, se hundió un poco en el agua y acabó deteniéndose, y aquel rugir del descenso —tan terrible que impedía hasta pensar— fue sustituido de una manera totalmente repentina por los absurdamente prosaicos y huecos sonidos llenos de ecos del agua que se agitaba debajo de un casco y de las olas estrellándose contra una costa cercana. Lo había conseguido. Por lo menos, había conseguido llegar hasta allí.

Kalenda se concedió a sí misma un momento para volver a respirar. Apartó las manos de la palanca de control, abrió las tiras de su arnés de seguridad y se levantó, sintiendo las rodillas más que un poco temblorosas. Quería darse tiempo para recuperarse, pero no había tiempo. El morro del carguero ya estaba alzándose hacia el cielo a medida que la popa de la nave se iba cargando de agua.

Kalenda fue hasta la compuerta de la cabina y abrió el panel de liberación manual. Bajó la palanca y sintió cómo los cierres de la escotilla salían de sus huecos. Se apoyó en la escotilla y empujó hasta abrirla. Allí estaban: el traje presurizado que nunca había tenido ocasión de coger y las mochilas de supervivencia del modelo estándar. Kalenda cogió los dos paquetes de raciones y la caja del equipo, y se dio cuenta de que tenía los pies mojados. Agua. El agua ya estaba entrando en la nave. Date prisa. Muévete. Los paquetes de raciones tenían correas, y Kalenda se colgó uno de cada hombro mientras cogía la caja del equipo por su asa. Sacó la caja por la

compuerta de escape superior y después se metió por ella moviéndose todo lo deprisa que podía hacerlo, por miedo a que la caja resbalara del casco sin ella. Consiguió agarrarla justo cuando ya amenazaba con deslizarse hacia el agua.

En teoría, había una balsa salvavidas dentro de ella, junto con el resto del equipo. Kalenda había planeado abrirla, sacar la balsa y sus remos, cerrar la caja, hinchar la balsa, cargarla con la caja del equipo y los paquetes de raciones, subir a la balsa y alejarse remando tranquilamente. Teniendo en cuenta de qué poco iban a servirle sus planes, daría igual que hubiera planeado componer unos cuantos sonetos selortianos mientras tanto. El carguero se estaba hundiendo debajo de sus pies y, después de todo, era noche cerrada y estaba demasiado oscuro para andar hurgando dentro de una caja de supervivencia en busca de una balsa salvavidas.

Bueno, si los diseñadores del equipo de supervivencia habían tenido una pizca de sentido común... Kalenda lanzó la caja al agua. Y, naturalmente y gracias al espacio, la caja flotó y, además, sobresaliendo bastante del agua. Reajustó las correas de los paquetes de raciones —que parecían tener bastantes probabilidades de actuar como unos sustitutos aceptables de un par de flotadores— y dio un paso adelante para zambullirse ruidosamente en la fría agua salada.

Después de un par de momentos de nervios y preocupación en los que pareció que la caja del equipo quería escapársele y perderse para siempre en el océano, Kalenda logró cogerla por el asa y acabó consiguiendo izarse encima de ella, con lo que se encontró acostada sobre el estómago encima de la caja con los pies colgando fuera de ella. Descubrió que la caja tenía un asa a cada lado, y agarró una con cada mano. Empezó a impulsarse vigorosamente con las piernas sin preocuparse demasiado de la dirección en la que avanzaba. Quería interponer una cierta distancia entre su persona y la nave que se hundía. Una nave, incluso una pequeña, produce una cantidad de succión considerable cuando se hunde, y Kalenda no tenía ningún deseo de ser arrastrada hacia abajo mientras el carguero descendía hasta el fondo.

En cuanto hubo decidido que ya estaba lo bastante lejos, hizo girar la caja con un par de patadas y contempló cómo su pobre y viejo carguero iniciaba su viaje final hacia su último lugar de reposo, en el fondo del mar corelliano.

El morro de la nave continuaba sobresaliendo del agua. Hubo un destello, y un surtidor de chispas iluminó la cabina desde dentro cuando algún sistema de energía se cortocircuitó. Las luces internas de la nave brillaron con más intensidad, se debilitaron, volvieron a brillar y acabaron apagándose del todo. Después oyó un ruido ahogado y una masa de burbujas sucias salió escupida del agua como un eructo en la parte de popa. El morro de la nave subió hasta quedar vertical. Luego hubo unos cuantos crujidos y el sonido del agua entrando rápidamente, y el morro de la nave se hundió bajando en línea recta, moviéndose con una extraña especie de dignidad. Un último chapoteo del oleaje, un gorgoteo, y el morro de su infortunado carguero se desvaneció debajo de las olas.

Kalenda siguió con la mirada clavada en el punto donde había estado, con más emociones de las que podía identificar y nombrar desfilando a toda velocidad por su mente mientras contemplaba cómo lo que muy bien hubiera podido ser su propia tumba acuática se cerraba sobre sí misma, igual que si nunca hubiera existido un carguero que se había estrellado contra el mar. La nave se había desvanecido por completo.

Kalenda levantó la vista hacia las estrellas que brillaban sobre su cabeza. Era posible que alguien hubiera visto la estela reluciente de su reentrada extendiéndose a través del firmamento, pero los cielos de Corellia estaban tan llenos de basura y chatarra como los de casi todos los mundos en aquellos tiempos. Ése era un feo legado de la guerra entre la República y el Imperio: la inmensa mayoría de los sistemas estelares estaban abarrotados de naves de una u otra clase que habían sido destruidas en los combates. Ya nadie se tomaba la molestia de informar ni aunque fuese de la más espectacular de las bolas de fuego. Kalenda había llegado de noche y sobre el

agua precisamente para evitar ser vista, pero si hubo algún testigo en el planeta, entonces su llegada habría resultado idéntica a la entrada de docenas de restos de cazas, sondas espaciales y navios auxiliares que se habían precipitado sobre el planeta durante los últimos años.

Había muchas probabilidades de que lo hubiera conseguido y de que los corellianos no supieran que estaba allí, y no tendrían ninguna manera de encontrarla en el caso de que lo supieran.

La nueva pregunta a la que debía responder era de qué iba a servir todo eso.

Una ola la levantó un poco, y Kalenda se irguió sobre la caja para tratar de orientarse. Bien. Bien. Ya se encontraba enfilada hacia la tierra, que parecía estar a sólo unos kilómetros de distancia.

Empezó a mover los pies, impulsándose hacia la orilla.

6

Adiós y hola

Luke se echó atrás la capa negra por encima del hombro, salió de las sombras y fue hacia la pista en la que esperaba el *Halcón Milenario*, preparado para el despegue. Era una escena de caos organizado o, para ser más exactos, dos escenas de caos entremezcladas.

A estribor de la nave, Han discutía con un miembro del servicio de inspecciones de seguridad del espaciopuerto, aparentemente acerca de alguna clase de requisito necesario para obtener el permiso de despegue, mientras que al mismo tiempo le gritaba a Chewbacca, que estaba inclinado encima de un panel de acceso en el ala de estribor del casco. Bueno, Han y Chewie llevaban discutiendo sobre cuáles eran las mejores maneras de conseguir que el *Halcón* siguiera funcionando desde que Luke los conocía. No había ninguna razón para esperar que dejaran de hacerlo en aquel momento.

A babor, Leia estaba rodeada por un grupito de gente del gobierno de todos los tipos y aspectos posibles. Luke recorrió aquella pequeña multitud con la mirada. Había secretarios, androides administrativos, oficiales del gabinete, senadores y unos cuantos militares. Allí tampoco había sorpresas. Incluso en un gobierno tan democrático y poco amante de los formalismos como el que Leia estaba intentando construir, no era posible permitir que la jefa del Estado se escapara para disfrutar de sus vacaciones sin que hubiera por lo menos unos cuantos detalles —y personas— problemáticos que resolver en el último minuto.

Una hilera de androides de servicio doméstico rodaban impasiblemente por entre los dos grupos y subían por la rampa de la nave, llevando los últimos bultos del equipaje a bordo del *Halcón*.

Los tres hijos de Han y Leia corrían de un lado a otro como animalitos salvajes, enloquecidos de emoción ante el comienzo de la gran aventura..., y sin duda muy conscientes del hecho de que estaban a punto de escapar a las quisquillosas atenciones y cuidados de Cetrespeó. Esa idea hizo sonreír a Luke. Teniendo en cuenta lo mucho que el viejo cubo de tuercas se preocupaba y se quejaba por todo, realmente no tenía nada de extraño que los niños hubieran querido construir su propio androide.

Leia estaba intentando atender al embajador de Bimm, por lo que Han no tenía más remedio que ocuparse de la supervisión infantil y estaba haciendo cuanto podía por controlar a los niños. Comprensiblemente, dadas las circunstancias, cuanto podía no era ni con mucho suficiente. Luke se dio cuenta de que la situación parecía estar a punto de entrar en una fase crítica, y decidió intervenir.

— ¡Jacen, Jaina! ¡Eh, calmaros un momento! —gritó—. ¡No os pongáis nerviosos! ¡Anakin! ¡Ese soporte de descenso no ha sido hecho para trepar por él! Baja de ahí.

—Pero Chewie trepa por la nave —protestó Anakin.

El pequeño bajó del soporte de descenso, aunque no porque le apeteciese hacerlo.

—Pero no está jugando sobre la nave —dijo Luke, reflexionando, y no por primera vez, en la futilidad de tratar de razonar con un niño de la edad de Anakin—. Está trabajando en ella, intentando conseguir que funcione mejor.

—Yo podría hacer que funcionara mejor —dijo Anakin, señalándose el pecho con un pulgar lleno de confianza en sí mismo—. De muchas maneras.

—Apuesto a que podrías —dijo Luke, y se rió. Anakin parecía poseer una notablemente precoz habilidad para el manejo de la maquinaria, desde luego, pero Luke dudaba que Chewbacca estuviese muy dispuesto a aceptar ayuda de él—. Pero ¿por qué no dejamos que tu padre y Chewie se preocupen de esas cosas? —Luke aprovechó que Anakin se lo estaba pensando para cambiar de tema—. ¿Estáis preparados para el viaje? —preguntó.

—Sí. Ya tengo todas mis cosas.

—Estupendo. Tendríais que pasarlo en grande. —Luke alzó la mirada y vio que Jaina estaba intentando sacar algo del equipaje que los androides llevaban a bordo del *Halcón*—. Vamos, Jaina, deja eso —le dijo.

—Pero quería coger mis librochips —protestó Jaina—. Creo que están dentro de esta bolsa.

—Bueno, pues de todas maneras no vas a tener ninguna ocasión de leer hasta después del despegue —dijo Luke, esperando que Jaina se hallara en un estado de ánimo tan (relativamente) razonable y dispuesto a la cooperación como el de Anakin—. ¿De qué te va a servir hacer que todas tus cosas acaben tiradas encima de la pista?

— ¡Pero quiero los librochips ahora!

Estaba claro que el ser razonable no funcionaría.

—Bien, en ese caso tendrías que haber pensado en ellos antes de hacer el equipaje.

—Yo no hice el equipaje. Si hubiese hecho el equipaje, entonces los habría dejado fuera. Los androides hicieron el equipaje por mí.

—Ya te dije que estabais dejando que hicieran demasiadas cosas por vosotros —replicó Luke—. Ésta es la clase de problema que suele surgir entonces. Haz las cosas tú misma y todo saldrá bien. Deja que las hagan otros, y no tienes derecho a quejarte luego. Así que nada de malas caras, y recuérdalo para la próxima vez. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Jaina, con una considerable reluctancia.

—Bien —dijo Luke. Tal vez, sólo tal vez, el castigo que ella y Jacen habían recibido por el accidente anterior con el androide había dejado alguna clase de huella—. Ahora llévate a Anakin y encuentra un sitio en el que podáis sentaros sin estorbar hasta que sea la hora de partir.

Luke alzó la mirada y vio a Jacen inmóvil junto a su padre. Se disponía a llamar al muchacho y decirle que dejara de molestar a su padre, pero un instante después Han le rodeó los hombros con el brazo en un gesto distraído y corno sin darse cuenta de lo que hacía mientras seguía discutiendo con el personal de la pista. Jacen parecía muy interesado en la discusión. Bueno, sería mejor permitir que siguiera donde estaba.

Luke, sin dejar de vigilar por el rabillo del ojo a Jaina y Anakin, que, milagrosamente y para variar, se habían sentado encima de un recipiente de carga y estaban muy quietecitos, fue a ver si podía ayudar a Leia a librarse del grupo de personas que parecían decididas a mantenerla en la pista, haciéndole «sólo una última pregunta» hasta que hubiera anochecido.

Pero tendría que haber escuchado con más atención cuando Mon Mothma le recordó que no era el único de los dos hermanos con capacidades que el otro no había desarrollado. El grupo que rodeaba a Leia ya se estaba disgregando, y cada dignatario y acompañante se iba con una sonrisa en su rostro masculino, femenino o neutro, claramente complacido con los resultados de la conferencia y cada uno de ellos con la inconfundible impresión de que la jefa de Estado había prestado una atención especial a sus preocupaciones. Luke nunca había sabido desenvolverse tan bien con la gente, y sintió una casi imperceptible punzada de envidia al ver la aparente falta de esfuerzo con la que Leia los manejaba a todos. Era la misma vieja historia de siempre, por supuesto: cuando practicabas las capacidades requeridas año tras año, todo resultaba fácil. Luke

había sido injusto con Leia. No podía reparar el error que había cometido con su hermana de golpe y mediante un solo gesto, pero por lo menos podía empezar a hacerlo.

Leia se estaba despidiendo del último de los visitantes cuando Luke se reunió con ella. Se volvió hacia él y le dirigió aquella sonrisa deslumbrante como un sol que siempre le derretía el corazón al verla. Detrás de aquella sonrisa no había ni la más pequeña sombra de esfuerzo o actitud forzada, nada salvo los sentimientos más profundos y sinceros. Tal vez ése fuera el secreto. Leia siempre sentía las emociones que estaba expresando.

—Hola, Luke —dijo—. Un día lleno de emociones, ¿eh?

—Desde luego —admitió Luke—. Por fin podrás echar un vistazo al sitio del que vino —dijo, señalando con una inclinación de cabeza a Han, que seguía dirigiendo gritos al wookiee y al personal de tierra mientras continuaba rodeando afectuosamente los hombros de su hijo con un brazo—. Debe de ser duro estar casada con un hombre lleno de misterios —añadió, y no hablaba del todo en broma—. Apuesto a que tienes muchas ganas de ver el lugar en el que empezó su carrera.

—Oh, Han no es un hombre lleno de misterios —dijo Leia—. Lo que ves es todo lo que hay. Su pasado es un misterio, sí. Nunca ha hablado mucho de él, y dudo que lo haga jamás. De todas formas, no creo que un viaje turístico en familia vaya a arrojar una claridad cegadora sobre los rincones ocultos de su historia personal.

— ¿Y eso no te molesta? —preguntó Luke.

Leia se encogió de hombros.

—Solía molestarme, pero ya no me molesta. Han es Han. ¿Qué más necesito saber?

—Supongo que nada —dijo Luke—. De todas formas, echa un buen vistazo a Corellia y cuéntamelo todo luego.

—Lo haré, desde luego —dijo Leia—. Estar lejos de aquí como una familia sin toda esa multitud persiguiéndome cada dos minutos —movió una mano, señalando la dirección en la que se alejaba el último dignatario— será muy agradable.

—Bueno, hablando de familia —dijo Luke—, tengo un regalo que quiero darte..., de hermano a hermana.

Sacó un paquete de la bolsa que colgaba de su hombro. Estaba envuelto en el terciopelo negro más suave que había podido encontrar. Era delgado y pesado, y de la longitud aproximada del antebrazo de Leia. Luke se lo dio.

— ¿Qué es, Luke? —preguntó Leia.

—Ábrelo y lo averiguarás.

Había una cinta plateada anudada alrededor del terciopelo. Leia deshizo el nudo, desdobló el terciopelo... y dejó escapar un jadeo ahogado de sorpresa.

—Pero..., pero...

—Sé que ya tienes una espada de luz —dijo Luke—, pero nunca te veo llevarla encima.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez en que me pareció que tenía derecho a llevar una espada de luz encima —dijo Leia mientras sacaba el arma del envoltorio—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez en que pensé estar aunque sólo fuese remotamente cerca de convertirme en una Jedi, Luke.

—Y por eso te doy una espada de luz —dijo Luke—. No se me ocurrió ninguna forma más clara de decirte que pienso que eres una Jedi.

—Pero yo debería construir mi propia arma —replicó Leia—. Es una de las pruebas.

Luke meneó la cabeza.

—Puede ser una prueba —dijo—. No tiene por qué serlo. Sí, todas las tradiciones dicen que se supone que los Jedi deben construir sus propias espadas de luz, como parte del progreso hacia el grado de caballero. Pero después de todo, es sólo una tradición y nada más. No existe ninguna ley que obligue a ello. Y recuerda que Obi-Wan Kenobi me dio mi primera espada de luz, después de todo. No la construí. Así que acepta ésta: la he construido para ti.

Leia contempló la espada de luz durante unos momentos y la sopesó en sus manos.

—Bueno, ¿qué sientes al tocarla? —preguntó Luke.

—Siento como si siempre hubiera sido mía —dijo Leia—. Como si se supusiera que ha de estar ahí, en mi mano. Es perfecta. Pero..., pero no he completado el adiestramiento —siguió diciendo—. Nunca construí mi propia espada de luz porque nunca me sentí preparada para hacerlo.

Luke meneó la cabeza.

—No, ahí es donde te equivocas —dijo—. Si hay alguien en esta galaxia que tenga el derecho a llevar encima una espada de luz, es Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República. Eres una Jedi. Tu adiestramiento ha sido completado. Es distinto del mío, pero ha sido completado.

— ¡Eso no es verdad! —protestó Leia—. Hay tantas cosas que ignoro, tantas cosas que todavía has de enseñarme...

—Pero Mon Mothma me recordó que lo inverso también es verdad —replicó Luke—. Hay muchas cosas que tú puedes enseñarme y que yo he de aprender. Ninguno de nosotros aprende jamás todo lo que deberíamos saber. Aunque dé la casualidad de que desconozcas unos cuantos trucos mentales o que no te hayas aprendido de memoria y a la perfección todos los movimientos que se pueden hacer con una espada de luz, eso no te ha evitado luchar por la justicia o saber distinguir el bien del mal y actuar basándote en ese conocimiento. Coge la espada de luz. Te la has ganado..., y puede que la necesites.

Leia volvió a sopesar la espada de luz y después retrocedió un par de pasos. Presionó el botón activador y la espada de luz cobró vida con un sordo zumbido de energía. Un reluciente haz color rojo rubí salió disparado de la empuñadura. Leia hizo girar la hoja a través del aire con un veloz giro de la muñeca, y el zumbido se volvió repentinamente más fuerte durante un momento cuando la hoja lumínica se deslizó a través del aire.

—Ponme a prueba —le dijo a Luke, retrocediendo otro par de pasos mientras alzaba la hoja delante de ella.

Luke titubeó durante un instante. Había algo distante y como absorto en la voz y la expresión de Leia. La forma en que sus ojos estaban clavados en la hoja de la espada de luz hizo que Luke no tuviera ningún problema para entender el porqué.

Luke retrocedió y se quitó su capa negra con un encogimiento de hombros, dejando que cayera al suelo. Después empuñó su espada de luz sin apartar los ojos de Jaina. Conectó la espada de luz y oyó aquel débil palpitante de energía que tan familiar le resultaba cuando la hoja cobró vida. Adiestrado para observar a su oponente y no a sí mismo, Luke no vio para nada su propia hoja mientras la mantenía baja y cerca de su cuerpo. Leia asió la empuñadura con las dos manos y la alzó en la clásica posición de guardia. Luke alzó su arma delante de la de Leia, rozó su hoja con la suya, y fue recompensado con un chisporroteante siseo de energía cuando las dos espadas de luz se encontraron.

El rostro de Leia era un estudio de concentración y excitación reprimidas cuando hizo retroceder su hoja. Luke podía entender su reacción. Su sangre, la sangre de su padre, corría también por las venas de Leia. En lo más profundo de su corazón Luke sabía lo mucho que amaba la emoción del peligro, del desafío y de la batalla. No pretendía saber si eso era algún aspecto del lado oscuro de la Fuerza o meramente un impulso competitivo perfectamente normal. Pero fuera lo que fuese, Luke reconocía la existencia de aquel impulso en su interior..., y en aquel momento también pudo reconocerlo en su hermana.

Leia había librado muchas batallas de la mente durante sus últimos años de servicio gubernamental, de eso no cabía duda. Había obtenido grandes victorias para la Nueva República, a menudo superando en capacidad de maniobra al enemigo de una forma tan impecable y venciendo de una manera tan completa en la mesa de conferencias que luego no había ninguna necesidad de luchar. Pero había transcurrido mucho tiempo desde que tuvo una oportunidad de luchar con sus manos, su velocidad y su agilidad en vez de únicamente con su mente. No tenía nada de extraño que le brillaran los ojos cuando alzó su espada de luz y la hizo girar hacia la hoja de Luke.

Luke desvió su primer golpe hacia abajo y hacia la izquierda, y luego volvió a la posición de guardia con el tiempo justo de detener otro golpe que estuvo a punto de pasar por debajo de su guardia. Leia dejó que su hoja bajara a lo largo de la de Luke y luego giró por debajo de su guardia, liberando su hoja para enfrentarse con él desde la derecha. Luke retrocedió y giró sobre sí mismo mientras adaptaba su postura para hacer frente al ataque de Leia. Su intención inicial había sido la de no emplearse excesivamente a fondo con ella, pero parecía que no iba a tener esa oportunidad. Leia era demasiado rápida, demasiado buena.

Luke decidió pasar al ataque. Apartó su mano izquierda de la empuñadura de la espada de luz y extendió su hoja en un golpe asestado con una sola mano para obtener un mayor alcance mientras avanzaba hacia Leia. Pero Leia no estaba dispuesta a permitir que se saliera con la suya. Dejó caer su espada de luz sobre la punta de su hoja, golpeando con la máxima violencia y precisamente en el ángulo necesario para hacer bajar la espada de luz de Luke. El golpe obligó a Luke a adoptar una postura muy incómoda con la mano vuelta hacia atrás, al mismo tiempo que debilitaba su presa sobre la empuñadura de la espada de luz. Su hoja se incrustó en el permacreto de la pista de descenso, abriendo un agujero en ella y obligándole a concentrarse, aunque sólo fuese por un momento, en liberar su hoja y no en su oponente.

Luke casi consiguió extraer la hoja, pero ya era demasiado tarde. Leia invirtió su golpe y atacó salvajemente su hoja desde la dirección opuesta, liberando la espada de luz del permacreto... y arrancándola por completo de la mano de Luke. La hoja de energía se desactivó automáticamente en cuanto la mano de Luke dejó de estar en contacto con la empuñadura. El arma salió despedida por los aires y aterrizó sobre la pista a quince metros de distancia.

Luke contempló a su hermana con los ojos llenos de sorpresa y perplejidad, y vio la gran sonrisa que había en sus labios. Leia alzó la hoja en un saludo, y después desconectó la espada de luz. La hoja color rojo rubí se desvaneció con un último zumbido de energía, y Leia se colgó la espada de luz del cinturón.

Luke fue hasta donde había caído su espada de luz, la recogió y se la colgó del cinturón. Después se quedó inmóvil y observó a su hermana desde un nuevo ángulo. Era una auténtica guerrera. Tal vez no le venciese la próxima vez, pero esta vez le había vencido, y vencer a Luke Skywalker aunque sólo fuese por casualidad ya era algo impresionante. A Leia le faltaba la fluidez que sólo podía obtenerse mediante años y más años de práctica, pero poseía un talento innato que necesitaba muy poco estímulo para salir a la luz. Luke fue hacia ella, meneando la cabeza con asombro.

—Eres buena —dijo—. Muy buena.

Leia sonrió y le dio una palmadita en el hombro.

—La próxima vez me ganarás —dijo.

—Quizá —dijo Luke—. Si lo hago, será porque sabré lo que he de vigilar.

Volvió la mirada hacia la nave y vio que los tres niños habían presenciado cómo su madre hacía puré a un Maestro Jedi. Bueno, si eso servía para que trataran a Leia con un poco más de respeto, quizá el ser derrotado no era algo tan malo.

—He estado practicando cuando puedo sin que nadie me viera —dijo Leia, hablando en un tono de voz un poco más serio—. Ni siquiera Han lo sabe.

—¿Y cómo has practicado? —preguntó Luke.

Leia se encogió de hombros.

—Con la espada de luz que ya tenía..., que no es ni con mucho tan buena como ésta, dicho sea de paso. Contra una serie de adversarios robot. Básicamente he estado trabajando en el patio detrás de mi despacho. No he podido practicar mucho, pero supongo que me ha servido de algo.

—Yo diría que sí —murmuró Luke mientras se daba masaje en la muñeca. Todavía le dolía un poquito debido al impacto que le había arrancado la espada de luz de la mano—. Creo que no te das cuenta de hasta qué punto has mejorado. Venga, vamos a ver qué tal le está yendo a Han con los tipos de seguridad.

—No me atrevo a mirar —dijo Leia—. Podría haber hecho que nos ahorraran todas las formalidades del espaciopuerto, naturalmente; pero se trata de un viaje particular. No me parecía correcto utilizar mi cargo sólo para que pudiéramos ir de vacaciones. Han me dijo que no me preocupara por ello. Dijo que presentara todos los papeles como viaje particular, y que luego él se encargaría de todas las formalidades a su manera.

Luke no pudo evitar sonreír. La forma de hacer las cosas habitual en Han rara vez solía ser la más discreta.

Han se las estaba arreglando todo lo bien que se podía esperar, lo cual quería decir nada bien. A esas alturas ya había una pequeña multitud de burócratas del espaciopuerto a su alrededor, todos ellos señalando una regla u otra en sus cuadernos de datos, y cada uno de ellos enzarzado en una ruidosa discusión con Han. Probablemente era una suerte para todas las partes involucradas que Han no llevara encima un desintegrador. Luke le creía perfectamente capaz de hacerlos callar a todos con unos cuantos disparos al aire..., y sólo las estrellas sabían cuántas reglas de seguridad habría violado eso.

En los viejos tiempos nunca hubo aquella clase de jaleos por un despegue. Te limitabas a sellar las compuertas de tu nave, obtenías el permiso de partida y te ibas. Pero en los viejos tiempos el tráfico de entrada y salida de Coruscant era como una décima parte del actual.

Durante los últimos años se habían producido un par de colisiones de más causadas por montones de chatarra remodelados que nunca deberían haber despegado del suelo. En cualquier otro lugar las reglas de vuelo seguían siendo flexibles y muy poco estrictas, pero Coruscant tenía sencillamente demasiadas naves llegando y partiendo para permitir que la situación se descontrolase. La realidad era que no había más elección que seguir la normativa al pie de la letra, y el que llevaras generaciones sin prestar ninguna atención a ella no significaba nada. El problema era que las normas requerían que naves tan viejas como el *Halcón* pasaran por una inspección muy concienzuda cada año estándar. El cómo no estaba muy claro, pero el *Halcón* se las había arreglado para saltarse todas y cada una de las inspecciones durante un montón de años..., y los burócratas por fin habían logrado caer sobre él.

Bueno, en realidad no podías culpar a los esgrimidores de lápices por querer que la jefe del Estado viajase en una nave espacial que estuviera por lo menos suficientemente cerca de las normas de seguridad como para poder saludarlas. Sin duda la antes mencionada jefe del Estado habría podido eliminar todos los pequeños obstáculos con una o dos palabritas dichas en voz baja, pero Leia no hizo nada para meterse en la conmovición; y si ella no sentía ninguna necesidad de involucrarse en ella, entonces Luke tampoco. Después de todo, y de una forma bastante extraña y peculiar, Han disfrutaba con aquel tipo de cosas. Que tuviera su diversión. Leia y Luke se quedaron a un lado y contemplaron el espectáculo.

— ¡Basta! —acabó gritando Han—. ¡De uno en uno! De uno en uno, o hago bajar al wookiee de la nave y dejo que le griten a él. —Eso hizo que se callaran—. Muy bien. Usted —dijo Han, extendiendo un dedo en la dirección del funcionario que ponía más pegas—. Adelante.

—Son sus reguladores de hiperimpulsión, capitán Solo. Los escudos de radiación no superaron su inspección la semana pasada...

Han alzó la mano para indicar al inspector que dejase de hablar.

—No es más que un pequeño malentendido. —Metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó una hoja de papel. Después la desdobló para mostrar la profusión de sellos, impresiones de tampón e iniciales oficiales que oscurecían la mitad del texto del formulario que había debajo de ellas—. Esto debería resolver ese problema, y también un montón de los otros problemas —siguió diciendo—. Este papel certifica que los reguladores de hiperimpulsión, el ordenador de navegación, los subsistemas repulsores y el resto de los sistemas han sido vueltos a inspeccionar y declarados en condiciones.

—Pero si tenía este certificado desde el comienzo, ¿por qué ha estado discutiendo con nosotros? —preguntó el inspector.

—Tal vez sea simplemente que no me gusta el papeleo —dijo Han.

«O quizá estaba esperando hasta que Leia, esposa de Han y máximo superior del funcionario, estuviera junto a él», pensó Luke. Armar un montón de jaleo porque el papeleo no estaba completo tenía que resultar mucho más difícil con la jefe del Estado esperando para poder irse mientras golpeaba impacientemente la pista con el pie.

—Tenga, tome —dijo Han—. Espero que le haga realmente feliz.

Entregó el certificado al jefe de inspectores, y el resto del equipo de inspección se apelotonó alrededor de la hoja de papel, estudiándola meticulosamente, señalando los distintos sellos, aprobaciones e impresiones de tampón, y comentándolas con una gran animación. Luke no pudo oír lo que estaban diciendo, pero a juzgar por el tono de sus voces resultaba claro que no estaban totalmente convencidos.

Sin embargo, había tres o cuatro funcionarios más que no parecían sentir ningún interés hacia el documento.

—Veamos —dijo Han, dirigiéndose al que había estado recibiendo sus gritos más potentes—, usted es de inmigración, ¿correcto? De acuerdo, tal como le dije mi esposa tiene todos los formularios de salida, pasaportes y demás papeles para la familia. ¿Leia?

Leia dio un paso hacia adelante y mostró los documentos, haciendo un pésimo trabajo a la hora de ocultar su diversión. Todos los funcionarios sabían muy bien que Leia era la jefe del Estado y, en última instancia, la que mandaba. Pero, de la misma manera, todos sabían igual de bien que Leia viajaba con su familia como ciudadana particular para ser tratada exactamente igual que cualquier otra persona.

Y si eso no era un montón de tonterías, entonces Luke no sabía qué podía serlo. La idea de que algún funcionario insignificante del departamento de pasaportes se atreviera a encontrar algo que

estuviese mal en los documentos de la jefe del Estado era risible. Y mientras que los inspectores de naves podían haber tenido el valor necesario para cuestionar la validez de los papeles de Han, ciertamente no estaban dispuestos a hacerlo delante de Leia Organa Solo. Luke no necesitaba la Fuerza para captar la duda y la incertidumbre que había en sus mentes incluso mientras estampaban las aprobaciones finales para la partida en el formulario.

Luke oyó un suave ruido de pasos detrás de él, y se volvió para ver a Lando Calrissian entrando en la zona de despegue. Lando estaba más deslumbradoramente elegante que nunca, suponiendo que eso fuese posible, con una capa turquesa sobre una reluciente chaqueta blanca y pantalones del mismo color que la capa. Pero a pesar de su atuendo, por una vez no parecía estar demasiado interesado en atraer la atención. Sus movimientos eran cautelosos y discretos, casi furtivos. Luke tampoco necesitaba su percepción de la Fuerza para saber que Lando había venido a ver, no a ser visto. Se estaba cociendo algo, aunque Luke no pudiera decir con exactitud el qué.

Lando se reunió con él y asintió distraídamente.

—Hola, Luke —murmuró mientras observaba cómo Han y Leia se ocupaban de los burócratas.

Luke observó a Lando con atención, pero su rostro no le dijo nada. Su expresión era totalmente indescifrable y vacía de emociones, y parecía decidido a no revelar nada.

Luke sintió la tentación de usar sus poderes de la Fuerza para establecer contacto con la mente de Lando y averiguar qué tenía que ver con todo aquello, pero su momentánea curiosidad no era excusa para una invasión de la intimidad tan enorme. Que Lando siguiera guardando su secreto.

—Bueno..., un..., hmmm —balbuceó el jefe de inspectores—. Todo..., eh..., todo parece estar en orden aquí—dijo, y la duda resultaba claramente perceptible en su voz—. Parece ser que no tenemos nada más que hacer salvo desearles un viaje agradable y sin contratiempos.

Han obsequió al jefe de inspectores con una burlona sonrisa torcida y una palmada en el hombro que estuvo claro que no gustó demasiado al burócrata.

—Gracias —dijo después, agarrándole la mano derecha y agitándola vigorosamente.

El jefe de inspectores asintió y pareció tragar saliva, y después retrocedió, giró sobre sí mismo y se alejó tan deprisa como pudo hacerlo sin dejar de mantener un mínimo de dignidad. Sus subordinados se apresuraron a seguirle, y los funcionarios de inmigración y los otros burócratas enseguida parecieron igualmente deseosos de marcharse.

Han dirigió una sonrisa de lobo a la espalda del jefe de inspectores.

— ¡Venga, chicos! —les gritó a sus hijos—. Adelante, subid a bordo. Chewie, ya puedes cerrar ese panel de inspección y dejar de poner cara amenazadora. Sube a bordo e inicia la secuencia preliminar para el vuelo. Estaré allí dentro de un minuto.

Chewie dejó escapar una corta mezcla de ladrido y gruñido y asintió. Sacó sus herramientas del compartimento de reparaciones —parecía como si en realidad no hubiera estado haciendo nada con ellas allí dentro— y cerró el panel con un golpe seco.

Luke se volvió hacia Lando con la intención de preguntarle qué estaba ocurriendo, pero Lando meneó la cabeza y soltó una risita antes de que pudiera hacerlo.

—Lo conseguiste, viejo pirata —dijo mientras daba un paso hacia adelante y estrechaba la mano de Han—. Supongo que eso significa que has perdido nuestra pequeña apuesta.

— ¡Han! Confío en que tú y Lando no habréis estado haciendo apuestas de nuevo con el *Halcón* como premio para el ganador —dijo Leia.

—No, no ha sido nada tan emocionante —dijo Han—. Sólo le aposté una cena a Lando a que no conseguíamos que los inspectores de seguridad nos dejaran salir.

—Bueno, entonces no pasa nada. —Leia sonrió y le dio una palmadita en el brazo a su esposo—. Será mejor que vaya a controlar a los niños antes de que intenten cambiar el cableado del panel de armamento.

Leia giró sobre sus talones y siguió a los niños hacia el interior de la nave.

Luke pensó que no cabía duda de que Leia se lo estaba tomando todo con mucha calma, y se sintió cada vez más confuso. ¿Han se estaba saltando una inspección de seguridad y a ella le daba igual?

— ¿Por qué no está preocupada Leia? —preguntó—. ¿Y qué tiene que ver Lando con el que tu nave haya obtenido el permiso para partir?

— ¿Quién crees que hizo los arreglos necesarios para obtener todos esos documentos de partida falsos? —preguntó Lando, sonriendo todavía más ampliamente que antes—. Bueno, ¿cuándo puedo cobrarme esa cena? —preguntó, volviéndose hacia Han.

Han frunció el ceño.

—Yo diría que aquí y ahora, a bordo con la familia antes de que despeguemos, pero el único problema es que tenemos un poco de prisa por irnos. Tu gente puede haber falsificado el documento y haberse introducido en los bancos de datos para que muestren que superamos todas las comprobaciones de seguridad, pero no creo que debamos abusar de nuestra suerte. Algo podría ir mal.

Lando volvió a reírse.

— ¡El hombre que planea pilotar una pieza de museo a través de la galaxia se preocupa pensando que puede abusar de su suerte con los inspectores de seguridad! —exclamó—. Ésa sí que es buena. De acuerdo, entonces yo escogeré el momento y el lugar para cobrarme la apuesta. ¿Te parece una buena solución?

—Me conformo con ella —dijo Han.

Pero Luke se dijo que él no estaba dispuesto a conformarse con esa solución. Oh, no, ni soñarlo.

— ¡Han, espera un segundo! —exclamó—. Arriesgar tu cuello a bordo de una nave de la que no te puedes fiar es una cosa, pero no puedes llevar a tu esposa y tus hijos en una nave que los inspectores de seguridad no consideran apta para volar.

—Tómalo con calma, chico —dijo Han—. ¿Crees que correría riesgos con mis hijos, o que Leia me lo permitiría incluso si yo quisiera intentarlo? Te prometo que todos los sistemas de seguridad que tanto les preocupaban cumplen los requisitos o los superan. Ése no era el problema.

—No lo entiendo —dijo Luke.

—Es realmente muy sencillo —dijo Lando—. Según los registros oficiales disponibles en el control de Coruscant, ahora el *Halcón* es un bonito carguero ligero de lo más normal. Todos los sistemas de armamento ilegal y todo el equipo especial para el contrabando han sido sacados de la nave. Pero... en realidad Han nunca llegó a eliminar todas esas pequeñas modificaciones, añadidos, armas y sensores de especificaciones militares que resultan tan útiles, y no sería nada bueno que los inspectores se fijaran en todas las cosas que a Han se le olvidó sacar de la nave.

—He tenido muchos asuntos en los que pensar —dijo Han, en un tono de voz y una expresión impasibles que no engañaban a nadie..., y que no pretendían conseguirlo—. Además, esa clase de

equipo podría resultar tremendamente útil ahí fuera. Con tiempos de paz o sin ellos, el Sector Corelliano puede ser un trocito de espacio bastante movido. Las normas de seguridad están muy bien, pero quiero tener un poquito de potencia de fuego extra a mano por si acaso los piratas deciden que ha llegado el momento de ir de compras.

—Bueno, ciertamente no puedo reprochártelo —dijo Luke. No necesitaba sus capacidades Jedi para darse cuenta de que Han estaba preocupado por algo más que la remota posibilidad de tener un tropiezo con piratas semi-míticos. Pero fuera lo que fuese lo que tenía preocupado a Han, Luke no le ayudaría nada insistiendo en que hablara del tema—. Cuida de tu familia, y olvídate de todo lo demás.

—Ése es el plan, chico —dijo Han—. De todas maneras, subid a bordo y despediros.

Han subió el primero por la rampa del *Halcón*, con Lando y Luke siguiéndole. Una vez dentro encontraron a Leia y los niños en la sala. Luke pensó que era muy agradable volver a estar a bordo del viejo *Halcón*. ¡Eran tantos los acontecimientos clave de su vida que habían tenido el *Halcón* como centro de una manera o de otra! Miró a su alrededor y permitió que el torrente de recuerdos invadiera su mente. Había sido allí, en el compartimento-sala, donde Obi-Wan Kenobi le hizo practicar por primera vez con una espada de luz. Era esta nave la que le había salvado la vida en la Ciudad de las Nubes, y la que le había proporcionado el fuego de cobertura que necesitaba para acabar con la primera Estrella de la Muerte.

Pero todo eso pertenecía al pasado. En aquellos momentos la nave parecía demasiado llena de vida y ajetreo para que esas cosas importaran. Han ya había ido a la cabina para inspeccionar las configuraciones preliminares de vuelo introducidas por Chewie. Los gemelos estaban en sus asientos, con los cinturones puestos pero dando tales saltos de excitación que no parecía probable que las tiras fuesen a retenerles durante mucho tiempo. Leia estaba preparando a un igualmente agitado Anakin para el despegue.

—Atención todo el mundo —dijo Han, volviendo de la cabina con Chewie detrás de él—. Es hora de despedirse de Lando y del tío Luke.

Después de un ensordecedor coro de adioses gritados con gran energía, Luke dio un beso y un abrazo a cada niño. Luego se incorporó, abrazó a su hermana, dio una palmada en el hombro a Han e hizo una reverencia de despedida a Chewbacca. Ponerse demasiado emotivo o demostrar tus sentimientos con un wookiee nunca era muy aconsejable. Si el wookiee decidía demostrar sus sentimientos y devolverte el abrazo, tendrías suerte si salías de él con sólo unas costillas rotas.

Lando estaba haciendo sus propias despedidas, complicando todavía más la coreografía en los reducidos espacios de la nave. Pero todos los adioses fueron completados por fin, y llegó el momento de bajar por la rampa, ofrecer un último adiós con la mano a Han mientras subía la rampa y cerraba la nave, y alejarse a una distancia prudencial para el despegue.

Ninguna nave despegue sin unos cuantos momentos de retraso que parecen inexplicables desde el exterior..., y menos el *Halcón*, por supuesto. Luke y Lando pudieron ver cómo Han y Chewie se instalaban en los asientos de la cabina, comprobaban los interruptores y activaban los controles.

Pero el instante llegó por fin, y los haces repulsores del *Halcón* cobraron vida con un destello de energía. Moviéndose con una gracia fluida y perfecta que parecía totalmente fuera de lugar en aquel siempre caprichoso viejo carguero, el *Halcón* se alzó por los aires, ejecutó un giro de noventa grados hacia babor y conectó sus motores sublumínicos principales para entrar en el cielo crepuscular.

—Allá van —dijo Lando, sin poder evitar que su voz le traicionara con un suave temblor de excitación.

Luke podía entenderlo. Quizá sólo fuesen una familia que se iba de vacaciones, un rápido viaje improvisado aprovechando hasta el último segundo antes de que Leia se viera atrapada en las conversaciones comerciales corellianas, pero eso no importaba. Estaban a bordo de una nave, y la nave ya se dirigía hacia las estrellas. Podría haber sido cualquier nave e ir a cualquier parte. Para Luke —y, pensándolo bien, también para Lando— no podía haber un símbolo más poderoso de la aventura, la posibilidad, la esperanza y la libertad que una nave poniendo rumbo hacia el espacio.

Mon Mothma le había dicho que anhelaba vivir aventuras, y Luke lo había negado. No había hecho falta gran cosa para demostrarle lo equivocado que estaba. Luke quería estar ahí fuera, allí donde ocurrían las cosas.

—Vamos, Luke —dijo Lando—. Tú y yo tenemos asuntos de que hablar.

Luke y Lando no eran los únicos que presenciaron la partida del *Halcón Milenario*. Pharnis Gieasry, agente de la Liga Humana, también la presenció, aunque desde una discreta distancia. Se encontraba a varios kilómetros de allí, sobre una plataforma de observación en otra de las gigantescas torres de Coruscant. La plataforma estaba repleta de turistas que tomaron a Pharnis por uno de los suyos y no le prestaron ninguna atención. Estaba lo bastante lejos como para que se viese obligado a usar macrobinoculares si quería ver algo. Los continuos empujones y codazos que le infligían los turistas no facilitaban en nada la labor de mantener inmóviles los macrobinoculares.

Pero aun así pudo ver despegar la nave, y también pudo ver dos siluetas diminutas inmóviles en la pista. Pudo contemplar cómo veían desvanecerse el *Halcón*, se daban la vuelta luego y volvían al interior de la terminal. Pharnis estaba prácticamente seguro de que el de la izquierda era Skywalker. En cuanto al otro, no cabía duda de que era Lando Calrissian. Excelente. Excelente. Pharnis se sintió muy complacido al obtener confirmación visual de que su objetivo se encontraba en el planeta. Con Organa Solo rumbo hacia su destino, era el momento de ocuparse de Skywalker. Pero Pharnis había hecho sus deberes. Sabía que el *Halcón Milenario* no era precisamente la más fiable de las naves. Sería mejor darle tiempo para que saliese del sistema. Si el *Halcón* se averiaba y Organa Solo volvía a Coruscant después de que Pharnis se hubiera ocupado de Skywalker, la situación podía volverse terriblemente embarazosa.

No. Había que darles el tiempo suficiente para que se alejaran. Mañana. Haría el trabajo mañana.

7

Propuesta aceptada

—Bueno, Lando, ¿cuál es ese proyecto para el que quieres mi ayuda? —preguntó Luke mientras se alejaban de la pista.

Lando Calrissian le sonrió mientras caminaban, y había algo más que una sombra de traviesa malicia en su expresión.

—Es todo un nuevo enfoque de mi manera de hacer negocios —dijo—. O tal vez sería más preciso llamarlo una oportunidad de invertir. En fin, el caso es que quiero tu ayuda para hacerlo despegar.

«¿Una oportunidad de invertir?», pensó Luke. Miró a su compañero. Lando siempre había perseguido los grandes riesgos y los proyectos a gran escala, pero nunca había invitado a sus amistades a tomar parte en esos planes enloquecidos. Incluso Lando sabía que había límites..., o por lo menos lo había sabido hasta aquel momento.

No es que eso importara, naturalmente. Lando podía pasarse el día entero intentando sacarle dinero a Luke, pero eso no le serviría de nada. Antes de poder dar dinero a alguien necesitabas tener dinero..., y Lando tendría que haber sabido que un Maestro Jedi no era la clase de persona de la que cabía esperar que tuviera un montón de créditos de los que pudiese prescindir tirados por ahí. Para expresarlo de una manera un tanto grosera, salvar el universo no era un trabajo muy bien pagado.

Pero Lando tenía que saber que Luke no era rico. ¿Sería algo todavía peor? ¿Estaría esperando quizá poder utilizar la reputación de Luke, conseguir que diese su bendición al plan para que Lando pudiera convencer a otros de que invirtiesen en él?

—Eh..., Lando, no creo que pueda ayudarte. Realmente no tengo la clase de grandes sumas de dinero que andas buscando. Y no creo que se me vaya a dar demasiado bien tratar de vender el proyecto a otros...

Lando se echó a reír.

— ¿Es eso lo que pensabas que pretendía conseguir de ti? ¿Inversiones Relámpago Calrissian, patrocinadas y aprobadas por Luke Skywalker, Héroe de la Galaxia? No, no, no se trata de eso. Ni siquiera yo soy capaz de emplear ese tipo de cara dura.

—Bueno, es un alivio —dijo Luke—. Temía que me fueras a pedir que me embarcase en alguna clase de gira de promoción.

Lando le miró de una manera bastante rara y sonrió.

—En cierto sentido, es justo lo que voy a hacer —dijo—. Pero no para la clase de producto en la que estás pensando.

—Lando, hasta el momento nada de lo que dices tiene el más mínimo sentido.

—No, supongo que no. —Lando dejó de andar durante un momento y Luke le imitó. Lando se volvió hacia Luke, le cogió del brazo y pareció a punto de decir algo más. Pero después miró a su alrededor, como si estuviera intentando evaluar la probabilidad de que hubiera oyentes no deseados—. Mira —dijo por fin—, hay algo que hace tiempo que quería enseñarte. Es un nuevo proyecto mío. Vayamos por aquí, Luke. Nos sentaremos tranquilamente un rato, tendremos intimidad y podré explicarte todo el asunto.

—Bueno, supongo que podemos hacerlo —dijo Luke, no demasiado convencido—. ¿De qué clase de proyecto se trata? —preguntó.

—Mi nuevo hogar —dijo Lando—. Es..., digamos que se trata de algo especial.

— ¿Especial en qué sentido? —preguntó Luke.

—Ya lo verás —dijo Lando, dándole una palmada en el hombro—. Ven, iremos por la ruta de los grandes panoramas.

Luke había pensado que conocía bastante bien Coruscant, pero Lando le guió por un laberinto de túneles, pasajes, ascensores y caminos móviles que Luke nunca había visto anteriormente y de los que nunca había oído hablar hasta entonces. Todos los caminos parecían llevar hacia todas las direcciones a la vez, pero no tardó en quedar claro que se estaban adentrando más y más en las entrañas de la ciudad.

Cuando Lando hubo llegado al nivel que deseaba alcanzar, Luke supuso que se encontraban como mínimo cien o doscientos metros por debajo del nivel del suelo..., suponiendo que se pudiese decir que Coruscant tuviera un nivel del suelo. La ciudad a escala planetaria de torres y estructuras monolíticas había sido construida y reconstruida y vuelta a construir encima de lo construido y excavada y enterrada tantas veces que en realidad ya nadie sabía dónde se encontraba la superficie original. Prácticamente toda la superficie terrestre había sido cubierta de edificaciones. Aquí y allá se podían ver montículos de tierra en los que una raquítica vida vegetal había conseguido establecer un precario asidero, pero casi ninguno de aquellos lugares se encontraba en un verdadero nivel «del suelo». No eran más que puntos protegidos en los que los vientos y las lluvias habían podido depositar la suficiente cantidad de polvo, tierra y restos para formar una especie de suelo, lugares hasta los que luego había logrado llegar una semilla extraviada procedente de los exuberantes jardines interiores.

Pero pese a todo ello, Luke sabía que no cabía duda de que se encontraban en el subsuelo. La mitad de los túneles no eran más que roca desnuda, puro granito sólido. Había sitios en los que las paredes de los túneles estaban tan secas como un hueso. En otros estaban mojadas y pegajosas, con riachuelos de humedad rezumando de las paredes y formando charcos aquí y allá.

Si Lando estaba viviendo en aquel sitio, Luke no pudo evitar pensar que —de una manera muy literal— Lando había caído muy bajo. Una dirección subterránea era considerada como una señal de posición social muy baja en Coruscant.

Eso inquietó a Luke. Siempre había sabido que Lando se preocupaba mucho por las apariencias. Hubo momentos en los que había visto a Lando prácticamente en la ruina, pero Lando siempre había hecho un decidido esfuerzo para parecer próspero incluso en los peores momentos..., y lo había conseguido. Una parte de ello era vanidad y amor propio, y Lando tenía grandes reservas de las dos cosas. Pero también existía un lado más práctico. Lando era, entre otras cosas, un vendedor, y un vendedor que no tuviese un aspecto próspero nunca llegaría demasiado lejos.

Lo único que no encajaba era que Lando tenía un aspecto excelente y, si había alguna diferencia, estaba en que hacía años que no se le veía con semejante apariencia de prosperidad. Pero sí todo le iba tan bien, ¿por qué estaba viviendo en el subsuelo? Tenía que haber una ruta más directa para llegar al sitio al que iban. Probablemente no era nada más que la fuerza de la costumbre. En los viejos y malos tiempos, Lando había sentido con mucha frecuencia la necesidad de mostrarse bastante reservado acerca de la situación del sitio en el que vivía.

Aunque nunca había tenido a la mitad de cazadores de recompensas de la galaxia detrás de él, como los tuvo Han en un momento dado, Lando Calrissian había conseguido adquirir un número bastante elevado de enemigos a lo largo de los años. Hubo momentos en que ni siquiera las amistades en las que más confiaba sabían dónde vivía. Incluso la persona de más confianza podía

ser seguida, o ser engañada para que llevara encima una loseta de rastreo, o torturada o drogada. Actualmente no había ninguna necesidad real para esas precauciones, pero las viejas costumbres se resisten a morir en los ex contrabandistas que no han muerto jóvenes..., y Lando todavía estaba muy vivo. Y era muy posible que Lando siguiera teniendo unos cuantos viejos socios comerciales con los que no quería tropezarse inesperadamente. Ir por el camino más largo quizá no fuese tan tonto y ridículo como parecía.

Lando mantenía un monólogo continuo mientras caminaban, parlotando animadamente sobre todos los temas imaginables, desde cuáles eran los mejores sitios para ganar dinero jugando que se podían encontrar en las muchas casas de apuestas pequeñas —legales o no— que había en las entrañas de Coruscant, hasta los enormes beneficios que podía conseguir cualquiera que estuviese en el lugar adecuado y en el momento adecuado si la Cumbre Comercial Corelliana tenía éxito. Luke pensó que en eso Lando no había cambiado nada. Seguía estando tan interesado en la apuesta de cinco créditos como en la inversión de cincuenta millones de créditos, y dada su suerte habitual en los asuntos de cincuenta millones de créditos, probablemente hacía bien prestando atención a los de cinco créditos.

Lando Calrissian era famoso por desarrollar un proyecto enorme, vivir a lo grande con los beneficios... y después ver cómo todo se derrumbaba sobre su cabeza sin que él tuviera ninguna culpa de lo ocurrido. Había hecho un trabajo espléndido dirigiendo y administrando la Ciudad de las Nubes en Bespin, y había acabado no teniendo mucho más que las ropas que llevaba encima. Su operación de minería con máquinas topo en Nkllon había sido más o menos la misma historia. Y después estuvo esa explotación minera en Kessel... De no ser por su considerable habilidad en las mesas de juego, Lando nunca habría sido capaz de recuperarse de aquellos desastres.

Y, al parecer, se estaba preparando para volver a empezar. Pero si no quería el dinero de Luke, y si no quería utilizar el nombre y la reputación de Luke, ¿qué relación podía tener aquel asunto con Luke?

Siguieron caminando, avanzando por pasadizos cada vez más mugrientos y de aspecto más miserable. Los charcos de agua ocasionales se fueron volviendo más frecuentes, y el agua que los formaba cada vez más sucia. Había un considerable número de olores desagradables, algunos de los cuales Luke pudo identificar y otros muchos se alegró de no poder reconocer.

El camino por el que estaban avanzando terminó delante de una enorme puerta blindada. Lando tecleó una combinación en un pequeño panel de control y la puerta se hundió en la pared con un lento gruñido de maquinaria.

Entraron en una terraza desde la que se dominaba una enorme caverna subterránea, una cúpula hueca que tendría fácilmente más de un kilómetro de un lado a otro. Luke, muy asombrado, se encontró en una plataforma que permitía contemplar toda una ciudad de bolsillo de edificios de piedra de poca altura y frescos parques verdes. La cúpula estaba brillantemente iluminada, el aire era deliciosamente puro, y los caminos y pasarelas estaban limpios y en un estado impecable. Los edificios se hallaban muy espaciados, y sus muros de piedra habían sido pintados con colores muy luminosos. Los senderos serpenteaban a través de extensiones de césped pulcramente cuidado, y el techo de la cúpula estaba pintado de color azul cielo.

—Bienvenido a Ciudad Cúpula —dijo Lando.

—Es muy bonita, Lando —dijo Luke mientras se apoyaba en la muralla de la terraza y admiraba el panorama—. Sí, es realmente muy bonita. No se parece en nada a lo que me esperaba.

—Bueno, nuestros promotores llevaron el asunto con mucha discreción —dijo Lando—. No querían que cualquiera pudiese enterarse. Descubrimos esta cámara subterránea, ¿sabes? Había sido construida por sólo el espacio sabe qué razón, y nadie sabe lo vieja que es. Por aquel

entonces estaba llena de maquinaria averiada, chatarra vieja, todo un rebaño de ratas mutantes de colmena y prácticamente todo lo demás que quieras llegar a encontrar. La limpiamos, pusimos en condiciones los sistemas de aire, agua y seguridad y construimos unas cuantas casas decentes. No está precisamente en el barrio más elegante que digamos, pero ¿a quién le importa eso? Aquí puedes alquilar un montón de espacio precioso por sólo una décima parte de lo que costaría conseguir un armario para escobas de clase alta en la superficie.

—Supongo que fuiste uno de los inversores en este pequeño proyecto, ¿no? —preguntó Luke.

Lando se rió y le dio una palmada en el hombro, y después llevó a Luke por una ancha rampa hasta la cúpula.

—Eres un buen suponedor —dijo—. Decidí, sólo por una vez, invertir mi dinero en algún asunto pequeño y local. Sólo por esta vez, ¿por qué no ser uno entre muchos socios, en vez de ser todo el espectáculo yo solo? ¿Por qué no pensar a pequeña escala y construir un barrio bonito y agradable? He tenido a mi cargo toda una ciudad y, créeme, esto resulta mucho más sencillo.

—Así que ya no estás pensando en proyectos a gran escala —dijo Luke.

Lando le miró mientras seguían caminando, claramente sorprendido y quizá un poquito ofendido.

—Nunca dejaré de hacer ese tipo de cosas, Luke —replicó—. Si no piensas a lo grande, ¿de qué sirve pensar? No, sencillamente me harté de no tener nada seguro con lo que pudiera contar en los momentos difíciles. Puede que Ciudad Cúpula no esté en un barrio de alta categoría, pero la categoría no lo es todo..., y de todas maneras nadie tiene por qué saber dónde vivo. Ahora tengo unos pequeños ingresos gracias a este sitio, lo suficiente para vivir y sólo un poquito más, y tengo un sitio para vivir que es de mi propiedad, que nadie puede quitarme. Y todo eso se encuentra en las profundidades más seguras y a prueba de bombas del planeta capital.

—Una inversión segura y sin riesgos —dijo Luke, sonriendo a su amigo.

—Lo sé, lo sé —dijo Lando—. No hagas correr la voz, o arruinarás mi reputación. Venga, mi casa está aquí mismo. Entremos.

Cinco minutos después estaban reposando en el elegante, si bien un tanto espartano, interior de la casa de Lando. Luke tuvo que admitir que Lando tenía razón en cuanto a lo del espacio. Sólo los más ricos, o los más altos cargos del gobierno, podrían haberse permitido una vivienda de aquel tamaño en cualquier lugar cercano a la superficie. La casa había sido construida con piedra —un material de construcción altamente barato y disponible cuando edificas en el subsuelo—, y las paredes y suelos eran de granito pulimentado. La casa era fresca y tranquila, y las habitaciones eran cómodamente espaciaosas.

Lando hizo que Luke se sentara en un mullido y cómodo sofá y le trajo una bebida fría antes de sentarse en un sillón contiguo que hacía juego con el sofá. Después Lando empezó a hablar..., y a hablar de todo salvo del asunto que quería abordar. Parecía no muy deseoso de ir al grano, y eso no resultaba nada propio de él. Lando se dedicó a ser el perfecto anfitrión, preocupándose de si la habitación estaba demasiado fría o demasiado caliente, de si Luke no estaba cómodo y de si su bebida necesitaba un poco más de hielo.

Luke acabó decidiendo que tendría que darle un pequeño empujón.

—No me has traído hasta aquí para averiguar qué cantidad de hielo me gusta tomar en la bebida, Lando —dijo por fin—. ¿Por qué estoy aquí?

—Muy bien —dijo Lando. Después guardó silencio durante unos instantes y se removió en su asiento. Aunque por fin iba a ir al grano, parecía sentir la necesidad de hacerlo gradualmente. Dejó su copa sobre la mesita que había junto a él y se inclinó hacia adelante con el rostro repentinamente serio—. Mientras veníamos hacia aquí y te hablaba de la construcción de este

sitio, te dije una pequeña mentira —siguió diciendo—. La verdad es que aquí dejé de pensar a lo grande durante algún tiempo. Al principio ni siquiera me di cuenta. Me concentré por completo en la tarea de crear Ciudad Cúpula. Era un asunto seguro y sin riesgos, y necesitaban a alguien con mis capacidades, y me gustaba el trabajo. Demonios, después de haber organizado Nkllon, construir este sitio era más una distracción que un trabajo..., y me gustaba la forma en que todo resultaba tan sencillo. Me habían disparado, pateado, hecho volar por los aires y borrado del mapa tantas veces que sencillamente no quería volver a tener que enfrentarme con esa clase de luchas a gran escala. Así que invertí todas mis energías en la limpieza y la creación de Ciudad Cúpula, y las familias fueron llegando.

—No hay nada de malo en eso —dijo Luke—. Has hecho algo realmente grande aquí abajo.

—Sí, lo he hecho —dijo Lando, con una sombra de orgullo en su voz. Recorrió el salón con la mirada, obviamente viendo la ciudad que había creado más allá de sus paredes—. Es decir, hice un buen trabajo aquí. Pero pasado un tiempo me di cuenta de que seguía haciendo el trabajo a pesar de que el trabajo ya estaba hecho.

—No lo entiendo —dijo Luke—. ¿Cómo podías estar haciendo el trabajo si estaba terminado?

Lando meneó melancólicamente la cabeza.

—Es muy sencillo de explicar, Luke. Miles de millones de seres lo hacen cada día. Se levantan por la mañana, cambian de lugar unas cuantas hojas de papel encima de un escritorio, hacen algunas llamadas por el comunicador, deciden que el pasillo se pintará de color azul grisáceo en vez de gris azulado, asisten a una reunión, y tienen la sensación de haber hecho lo suficiente por un día. Se van a casa, y luego vuelven al día siguiente y hacen todo eso otra vez. Puede que esté bien para algunos, pero no para mí, y cuando me sorprendí haciéndolo..., bueno, comprendí que ya iba siendo hora de pasar a hacer otras cosas.

— ¿Cuáles?

—No lo sé —dijo Lando, moviendo las manos de forma bastante brusca para indicar que le daba igual—. En estos momentos ni siquiera es muy importante saberlo. La gran pregunta a responder es con qué seguía adelante. Mi padre solía decir que no puedes pensar más allá de tus bolsillos, y hay mucha verdad en eso. Empecé a recordar todos esos planes míos que han acabado saliendo fatal de una manera u otra. Tuve la impresión de que habría podido salir adelante si mis bolsillos hubieran sido más grandes, si hubieran estado más llenos de créditos...

»Si hubiera tenido las reservas y los recursos necesarios, podría haber aguantado los malos tiempos y haber conseguido que Bepin o Nkllon volvieran a dar beneficios. Unos bolsillos grandes te proporcionan aguante. Te permiten resistir y perder dinero hasta que vuelves a ganarlo. Comprendí que la pregunta a responder era cómo conseguir dinero. Y hablo de mucho dinero, Luke... ¿Cómo podía conseguir esos bolsillos realmente grandes?

—Y ahora has encontrado la respuesta, y quieres mi ayuda para conseguirlos —dijo Luke, sintiéndose más que un poquito divertido.

—Exacto —dijo Lando—. Sí, es exactamente eso. He averiguado cómo se pueden conseguir unos bolsillos muy grandes llenos de dinero, y necesito tu ayuda para hacerme con ellos.

—Bueno, ¿cómo consigues unos bolsillos muy grandes? —preguntó Luke.

—Es lo más sencillo del universo —respondió Lando—. Te casas con ellos.

Hubo un momento de silencio absoluto mientras Luke miraba fijamente a Lando. Sorprender a un Maestro Jedi no era nada fácil, pero Lando lo había conseguido.

— ¿Te vas a casar? —preguntó Luke por fin—. ¿Con quién?

Lando se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —dijo—. Bueno, eso no es estrictamente cierto. Tengo una corta lista de candidatas, pero podría ser cualquiera de la lista, o quizá incluso alguien en quien todavía no he pensado.

—Pero..., pero... ¿cómo puedes casarte con alguien a quien no conoces?

—No me estoy casando con alguien —dijo Lando—. Me estoy casando con algo. Me estoy casando con dinero. ¿Qué tiene de tan extraño eso? La gente lo ha estado haciendo desde el comienzo de los tiempos. Una esposa rica podría hacerme muchísimo bien..., y yo también podría hacerle muchísimo bien a ella. Para empezar, podría hacer que fuese todavía más rica.

Luke contempló a su viejo amigo y escogió cuidadosamente sus palabras antes de hablar.

— ¿Y dónde entro yo en todo esto? —preguntó.

—Ah, ahora llegamos a la parte complicada —dijo Lando—. No soy totalmente desconocido en la galaxia. La gente ha oído hablar de mí. Por desgracia, a algunas personas no les ha gustado lo que han oído decir. Las historias surgen de la nada y empiezan a circular. Algunas de las historias que se cuentan ni siquiera son verdad, pero están ahí de todas formas. Por eso quiero que vengas conmigo mientras busco a mi esposa...

— ¿Qué? ¿Ésa es la razón del viaje que quieres que emprenda?

Lando pareció sorprenderse.

—Sí —dijo—. Pensaba que te había explicado esa parte. Quiero que vengas conmigo mientras ando a la caza de esposa.

— ¿Y qué he de hacer? —preguntó Luke—. ¿Convencerlas de que las historias verdaderas no son verdad? No puedo ir por ahí deformando los hechos sólo para complacerte, Lando.

—No, por supuesto que no —dijo Lando—. Pero he cambiado, Luke. No voy a decir que soy una persona totalmente nueva ni ninguna tontería por el estilo. De todas maneras tampoco conseguiría que lo creyeras, ¿no? Pero ya no soy como era en los viejos tiempos. Soy más sólido, más estable... ¿Crees que mi yo de antes podría haber construido este lugar? —preguntó.

«Sí —pensó Luke—. Podría haberlo construido, y luego lo habría perdido todo en una mano de sabacc.» Pero, afortunadamente para Luke, su sentido del tacto no tuvo que ser llamado para librar batalla contra su necesidad de decir la verdad. Lando había seguido hablando sin esperar una respuesta.

—No voy a negar mi pasado —estaba diciendo Lando—. No vale la pena ni siquiera intentarlo, porque de todas formas quien quiera obtener información sobre mí podría hacerlo con mucha facilidad. No tengo nada que esconder. —Se dio cuenta de cómo le estaba mirando Luke y se encogió de hombros—. Bueno, no tengo muchas cosas que esconder... Además, la inmensa mayoría de las mujeres a las que quiero echar un vistazo ya saben quién soy. A algunas mujeres incluso les gusta mi reputación. Piensan que es emocionante, o romántica, o yo qué sé. Además, piensa dónde empecé y piensa dónde estoy ahora, y piensa en todos los sitios que he visitado a lo largo del camino. Estoy orgulloso de lo que he hecho. —Lando volvió a mirarle y alzó las manos en un fingido gesto de rendición antes de que Luke hubiera tenido ocasión de protestar—. De acuerdo, tal vez no esté orgulloso de todo lo que he hecho, pero por lo menos sí de una parte.

—Y deberías estar orgulloso —dijo Luke, intentando sonar convincente—. Has hecho grandes cosas. Es posible que la Nueva República no estuviera aquí hoy de no ser por ti.

—Gracias —dijo Lando—. Lo agradezco, especialmente viniendo de ti.

— ¿Es para eso para lo que me quieres? —preguntó Luke—. ¿Quieres que le diga eso a todas tus posibles esposas?

—Noooo... En fin, no exactamente —replicó Lando—. Sólo quiero que estés allí conmigo. He pensado que si aparezco contigo a mi lado, eso va a hacerme más respetable incluso si nunca llegas a decir ni una sola palabra. Si aparezco con una escolta Jedi, sabrán que mis intenciones son honorables. Mientras tú estés por allí, no habrá juego sucio ni cosas raras.

Luke tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír.

—Espera un momento —dijo—. Espera, espera, deja que intente entender esto... ¿Quieres que sea tu carabina?

Lando recompensó a Luke con una de sus sonrisas más deslumbrantes.

—Exactamente. Ni yo mismo podría haberlo expresado mejor. Contigo a mi lado, seré respetable. Sabrán que soy sincero.

— ¿Y eres sincero? —preguntó Luke.

Lando volvió a parecer sorprendido.

— ¿Acerca del dinero? Nunca he sido nada salvo sincero acerca de eso.

—No —dijo Luke—, acerca del casarte. ¿Qué hay de la mujer en cuestión?

Lando puso cara de perplejidad.

— ¿Qué quieres decir con eso de qué hay de la mujer?

—Bueno, no puedes acercarte a una mujer y decirle: «Hola, he oído hablar de su enorme cuenta bancaria, así que casémonos». ¿Por qué iba a querer ella casarse contigo? ¿Y qué hay del amor, del romanticismo y el compromiso, y los niños, y todo lo demás? Ella querrá saber cuáles son tus opiniones sobre todas esas cosas.

Lando pareció quedar un poco perplejo. Quizá nunca le había pasado por la cabeza la idea de que hubiese una mujer viva que no quisiera casarse con él.

—Sí, en eso tienes toda la razón —dijo, en el tono de voz de un hombre que acaba de ser pillado con la guardia baja por una pregunta inesperada—. Debo admitir que no había pensado a fondo en todos esos puntos. Pero tú tampoco debes olvidar que los matrimonios son algo más que amor y flores. Son relaciones de negocios, incluso relaciones políticas.

»Además, aun suponiendo que dejes el amor fuera del asunto, la verdad es que no soy un mal partido. —Lando cortó el aire con una mano en un amplio gesto de barrido—. Tengo este sitio, y no me refiero sólo a la casa sino a toda Ciudad Cúpula, que me proporciona unos ingresos bastante buenos. No necesitaré el dinero de mi esposa para vivir. Sólo lo utilizaría para invertirlo. Podría coger dinero que no está sirviendo de nada y hacer que trabajara, hacer que creciese... Tengo un montón de experiencia en la dirección de grandes proyectos y en tratar con la gente. Tengo un historial de guerra bastante bueno y, seamos francos, también tengo algunas conexiones con los grandes poderes tácticos de Coruscant.

—Y llevarme contigo les recordaría todo eso —dijo Luke.

—Por supuesto que sí —admitió Lando sin inmutarse—. Serías una gran herramienta de ventas aunque no llegaras a decir ni una sola palabra.

—Comprendo. Bien, ¿quién figura en tu lista? —preguntó Luke, que ya ni siquiera intentaba reprimir la sonrisa.

—Un número de mujeres bastante elevado —dijo Lando en un tono repentinamente pensativo y lleno de energía, como un vendedor que quisiera estar seguro de que sabías hasta qué punto era impresionante la gama de artículos que te ofrecía—. He estado trabajando muy duro con los bancos de datos, naturalmente, y he llevado a cabo toda clase de búsquedas. Pero no todo va a

parar a los ordenadores. De hecho, la mayor parte de las cosas no están en ellos. Así que he estado prestando atención a todos los rumores, he leído las noticias de fuera del planeta, he hablado con capitanes de naves..., ese tipo de cosas.

—Has estado haciendo todo lo que haces cuando andas buscando una buena oportunidad comercial —dijo Luke.

Pero Lando no captó la ironía.

—Exactamente —dijo—. He hecho todo lo habitual, y he acabado con unas doscientas cincuenta candidatas.

— ¡Doscientas cincuenta! —casi gritó Luke.

—Eso es —dijo Lando, y sacó un lector de datos portátil del bolsillo de su camisa—. Las tengo a todas registradas aquí.

— ¡Lando, no puedo ir contigo de un lado a otro para visitar a doscientas cincuenta mujeres!

Incluso mientras pronunciaba esas palabras, Luke ya sabía que estaba atrapado. Lando, vendedor de categoría galáctica y experto en negocios de primera magnitud, había hecho que cayera en su red. Luke había permitido que Lando supiese que existía algún número inferior de mujeres a las que sí estaba dispuesto a visitar. En realidad Luke no había querido acceder, pero ya era demasiado tarde. A partir de aquel momento, todo había pasado a ser meramente una cuestión de regatear el precio, que consistía en el número de mujeres que Luke estaría dispuesto a visitar.

—Oh, no espero tanto de ti —siguió diciendo Lando en el mismo tono de voz enérgico y levemente preocupado—. De hecho, puedo asegurarte que yo mismo no tengo planeado ir a ver a tantas mujeres. He establecido una clasificación para la lista, y espero sinceramente no tener que ir más allá de las cinco o diez candidatas más deseables.

—Las cinco o diez más deseables, ¿eh?

—Claro. Dejaré de buscar en cuanto haya encontrado lo que quiero, naturalmente. Quizá tengamos..., quiero decir que quizá tenga suerte en el primer intento.

Luke alargó la mano hacia su copa.

—Bueno, ¿y quién es nuestra primera parada? —preguntó, preparándose para tomar un sorbo—. ¿Quién es tu candidata número uno?

—Una joven dama llamada Tendrá Risant. ¿Has oído hablar alguna vez de ella?

—No —dijo Luke—. ¿Existe alguna razón particular por la que debiese haber oído hablar de ella?

—No, en realidad no. Es una funcionaria menor de Sacorria, uno de los mundos más exteriores del Sector Corelliano. No es la más rica de mi lista, pero es lo bastante acomodada, y su familia es el auténtico motivo por el que la he incluido. Tienen contactos magníficos esparcidos por todo el Sector Corelliano, y esas conexiones podrían valer mucho más que el dinero en efectivo para la clase de hombre adecuado.

— ¿Para un hombre como tú, por ejemplo? —preguntó Luke.

Lando curvó los labios en una sonrisa lobuna.

—Para un hombre como yo, sí —asintió.

— ¿Quién más hay? —preguntó Luke.

—Veamos... —dijo Lando, consultando el lector de datos—. Está Condren Foreck, en Azbrian. Es un poquito joven, pero su padre ya es bastante viejo.

— ¿Qué tiene que ver eso? —preguntó Luke.

—Vamos, Luke, piensa un poco... Si voy a casarme con una heredera por el dinero, tengo que tomar en consideración el tiempo que tardaré en poder disponer de él. —Lando dedicó unos momentos a volver a repasar las anotaciones en el lector de datos—. De todas maneras, su padre tiene dinero a carretadas —añadió con voz pensativa—. Valdría la pena esperar, y aparte de eso ella recibe una cantidad de ingresos nada despreciable de los fideicomisos mientras tanto. No es una mala perspectiva, desde luego... Hmmm. Supongo que esa chica tendrá buena salud. Aquí dice que es una atleta famosa en su mundo. Por supuesto, podría tratarse únicamente de que papi le va abriendo camino hasta los trofeos a base de pagar. Nunca se sabe.

Luke no fingió haber entendido la última parte de lo que había estado diciendo Lando. Tal vez quería una esposa que se muriese pronto y le dejara como único poseedor del dinero o, de lo contrario, tal vez quería una esposa joven y sana con muchas probabilidades de sobrevivir a su padre y mantener el flujo de ingresos de los fideicomisos en marcha mientras tanto.

—De acuerdo, ¿quién es la siguiente de tu lista? —preguntó.

—En realidad es la primera a la que planeo visitar —respondió Lando—. No hay muchas probabilidades de que la cosa salga bien, pero vive en un mundo de la ruta al Sector Corelliano y ahí es donde quiero acabar, así que eso me permitirá asistir a la mitad final de la cumbre comercial y enterarme de a qué acuerdos están llegando.

— ¿Y quién es tu elección número tres?

Lando volvió a consultar sus notas.

—Karia Ver Seryan —dijo—. Vive en el planeta Leria Kerlsil. De mediana edad, o quizá incluso un poquito más. Viuda de un tal Chantu Solk, un tipo bastante listo al que conocí muy bien en los viejos tiempos. Era un armador y naviero que ganó su dinero sabiendo por qué lado debía apostar en la guerra contra el Imperio..., y que conservó su dinero sabiendo cuándo debía cambiar sus apuestas. Se casó con él hace ocho años, y Solk murió hace cinco años. Se lo dejó todo a su esposa. Ella vendió el negocio. No tengo mucha información sobre ella, pero según mis datos no parece hacer gran cosa ahora que tiene el dinero. Supongo que se le da mejor gastar el dinero que ganarlo.

Luke no tuvo que hacer un gran esfuerzo para formarse una imagen mental de Karia Ver Seryan que, para decirlo suavemente, no resultaba muy atractiva.

— ¿Y tú estarías dispuesto a casarte con una mujer así? —preguntó.

—Si con eso consiguiera la cantidad de dinero que ando buscando, por supuesto que sí. La dejaría en paz y pondría a trabajar su dinero haciendo más dinero, y ella me dejaría en paz y seguiría teniendo dinero para gastárselo. De hecho, en realidad tendría más dinero para gastar que antes... —Lando volvió a consultar el lector de datos—. Después, terminando con los cinco primeros puestos, tenemos a Dera Jynsol en Ord Pardron y..., eh..., oh, sí, una tal Dama Lapema Phonstom en Kabal. Podría seguir con la lista, pero no voy a pensar demasiado en esas candidatas hasta que me haya ocupado de los tres primeros nombres.

—Me estás helando la sangre, Lando.

— ¡Vamos, Luke! ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en el mundo real? El dinero es lo que hace girar la galaxia. La gente ha tratado el matrimonio como el negocio comercial que es desde el principio de los tiempos. La única diferencia que hay en este caso es que yo voy a buscar mi único y verdadero amor, y que además dará la casualidad de que será la mujer más rica que esté dispuesta a aceptarme.

—Pero todo esto es tan frío, tan calculado... Lo único que harás será buscar a la mujer que puedas utilizar de una manera más beneficiosa, como si quisieras comprar un deslizador de superficie y trataras de encontrar una ganga.

—Es la forma de hacerlo en montones de culturas. No tienen mucho interés en el verdadero amor, y sólo les interesan los matrimonios que puedan aguantar la prueba del tiempo. Además, la dama en cuestión también va a buscar lo mejor que pueda encontrar. La mejor clase de acuerdo comercial es aquel en el que ambas partes consiguen lo que quieren. Eso es lo que yo ando buscando, Luke: un hermoso y honrado acuerdo comercial.

— ¿Y realmente piensas que cualquiera de esas mujeres podría tomarte en consideración como esposo?

— ¿Por qué no? —replicó Lando—. Además, en realidad no espero cerrar el trato en este intento. No es más que un viaje de exploración. —Lando alzó el lector de datos—. Sé que una parte de esta información está anticuada o es incompleta, puede que incluso inexacta... Necesito acumular más datos. Quiero echar un vistazo a unas cuantas posibilidades y permitir que ellas me echen un vistazo a mí.

—Así que esas mujeres saben que vas a ir a verlas, ¿eh? —preguntó Luke.

—Por supuesto —dijo Lando—. No es que haya mantenido negociaciones muy intensas, claro. Sólo les he hecho saber que necesito la mercancía de la que hemos estado hablando, que estoy interesado en ellas y que me gustaría que llegáramos a conocernos a fondo.

— ¿Y ellas te han dicho que sí? —preguntó Luke.

Lando se encogió de hombros.

—Muchas no respondieron —dijo, moviendo el lector de datos de un lado a otro—. Éstas sí lo hicieron. —Dejó caer el lector sobre el sofá y miró a Luke a los ojos—. Bien, ¿qué me dices? —preguntó—. ¿Quieres venir conmigo? Necesito tener a alguien que evite que me meta en líos. Te iría bien alejarte una temporada de este bloque de apartamentos hipertrofiado que llaman planeta. Sal a la galaxia y despliega un poco tus alas.

Luke titubeó. No le gustaba admitirlo, pero se sentía tentado. La verdad es que llevaba algún tiempo sin salir de Coruscant, y que se había sentido como encerrado allí; y también tenía que confesar que experimentaba una cierta curiosidad. ¿Cómo demonios se las arreglaría Lando? Recorrer la galaxia con el único y declarado propósito de adquirir una esposa exigiría más descaro del que Luke era capaz de imaginar. Y Mon Mothma había apremiado a Luke a que acompañase a Lando en su viaje.

— ¿A cuántas de ellas tengo que ayudarte a ver? —preguntó, intentando conservar los últimos restos de su cautela.

—A las primeras diez de la lista —dijo Lando, con sólo una casi imperceptible sombra de excesivo apresuramiento—. Eso sería suficiente. Haría circular la noticia de que el gran Caballero Jedi viajaba conmigo. Aunque no siguieras acompañándome, el hecho de que hubieras estado conmigo ayudaría a mejorar mis credenciales.

—Tres —dijo Luke, sabiendo muy bien que no era lo que iba a conseguir.

—Ocho —dijo Lando.

—Cuatro —dijo Luke.

—Vamos, Luke... En memoria de los viejos tiempos, ¿eh? Seis.

—Bueno..., cinco —dijo Luke.

Una gran sonrisa iluminó el rostro de Lando.

— ¡Magnífico! Magnífico. Me parece perfecto —dijo.

Le ofreció la mano y Luke la tomó, con más que un poco de relucencia. Lando no había querido ni esperado que Luke le acompañara en más de cinco de aquellas absurdas visitas, pero aun así se las había arreglado para conseguir que cinco visitas pareciesen un maravilloso compromiso, una gran concesión por su parte..., mientras que era Luke el que le estaba haciendo el favor.

—Bien, ¿cuándo puedes estar preparado para partir? —preguntó Lando.

Luke se puso en pie y respondió con un encogimiento de hombros, sabiendo que no era gran cosa como respuesta.

—Mañana por la mañana, supongo —acabó diciendo.

Mon Mothma había dado muy cerca del centro de la diana cuando sugirió que no había demasiadas cosas que le ataran a Coruscant. Quizá tenía razón. Quizá le haría algún bien volver al espacio y a la acción, si es que hacerle de carabina a Lando podía ser considerado como una perspectiva muy prometedora en lo referente a la acción.

—Soberbio, soberbio —dijo Lando, y sacó una hoja de papel de su bolsillo—. Es la situación del muelle en el que está atracado el *Dama Suerte*. Queda justo al sur de los muelles del Viento. ¿Sabes dónde está eso?

—Por supuesto —dijo Luke, cogiendo la hoja de papel—. He hecho las suficientes visitas a Coruscant para saberlo.

—Excelente. ¿Nos vemos allí después del desayuno?

Luke casi sintió la tentación de regatear también la hora de la salida, meramente por una cuestión de principios generales, pero no parecía haber muchas razones para ello. Lando le había pillado, y tenía su palabra como Caballero Jedi de que iría con él. A Lando le daría igual cuál fuese la hora y la fecha de la partida. Mañana o al día siguiente o a la semana siguiente le irían tan bien como aquella misma noche. Lando sin duda ya tenía el *Dama Suerte* preparado en aquel mismo instante, sólo por si se daba el caso de que Luke hubiera estado dispuesto a partir inmediatamente. No, Lando ya le había tomado el pelo una vez. Seguir jugando no serviría de nada.

—Te veré entonces —dijo Luke, y volvió a ofrecerle la mano.

Lando sonrió y se la estrechó todavía con más vigor que antes.

—Trato hecho, amigo —dijo.

Lando le dio instrucciones detalladas sobre cómo regresar a los niveles superiores de la ciudad, y naturalmente Luke se las aprendió de memoria con sólo oírlas una vez, pero no se tomó la molestia de seguirlas. Prefirió recorrer la ciudad por su cuenta y siguió adelante, primero por los sórdidos caminos de la urbe subterránea, contruidos por trabajadores olvidados hacía mucho tiempo en días perdidos para la memoria, y luego por la esplendorosa ciudad superior, con sus castillos gigantescos, avenidas espaciosas y torres resplandecientes. Luke Skywalker no tenía nada que temer ni siquiera en los senderos más oscuros de la ciudad. Había muy pocas personas en Coruscant que fueran lo bastante insensatas como para molestar a un Maestro Jedi, y el número de aquellas cuya presencia Luke no pudiese percibir mucho antes de que atacaran era todavía más reducido. Podía ir donde quisiera sin miedo a ser atacado o molestado.

Pero Luke prestó poca atención a su ruta. Aquella noche un túnel fétido y una soberbia explanada le parecían iguales. Su mente estaba en otro sitio. Caminó durante horas, pensando en el consejo que le había dado Mon Mothma, su hermana y su familia disfrutando de sus

vacaciones, el asombroso descaro de Lando, la inmensidad de la ciudad, y la galaxia que se extendía más allá de ella.

Pero sus pensamientos volvían una y otra vez a Lando. Era un auténtico genio de los negocios, de eso no cabía duda. Lando no tenía absolutamente nada que Luke necesitara, y sin embargo se las había arreglado para convencerle de que hiciera exactamente lo que quería que hiciese.

Era realmente asombroso. Luke tenía el poder de ver lo que había en las mentes de los demás y de manipular sus pensamientos. Podía levantar toda una nave espacial con el poder de su mente..., y sin embargo Lando había conseguido manipularle como si fuese una marioneta.

Luke sonrió para sus adentros cuando llegó a su puerta. Bueno, estaba muy claro y tenía que admitirlo: algunas personas se las arreglaban estupendamente sin la más pequeña partícula de ayuda por parte de la Fuerza.

8

Rumbo al hogar

La paz y el silencio eran lujos muy raros en la familia de Han Solo, y tendrían que haber sido todavía más raros cuando la familia se encontraba confinada en una nave bastante pequeña. Y sin embargo, a dos días de viaje de Coruscant, las cosas parecían ir notablemente bien. Oh, se habían producido un par de pequeñas disputas, y la primera noche el ajetreo a la hora de irse a la cama había sido un poco superior a lo normal, pero en conjunto habían tenido muchos menos problemas de los que Leia esperaba de los hijos de su esposo.

Sonrió para sus adentros. Sin duda compartía esa costumbre con todas las madres de la historia. Cuando se portaban bien, eran sus hijos. Cuando se portaban mal, o cuando temía que podían portarse mal, eran los hijos de Han.

Bueno, en aquellos momentos estaba más que encantada de admitir haber dado a luz al trío. Resultaría muy difícil imaginarse a cualquier niño portándose mejor de lo que Jacen, Jaina y Anakin se estaban portando en ese instante.

Acababan de cenar, y el *Halcón* llegaría a Corellia dentro de dos días. El *Halcón* podría haber hecho el viaje en menos tiempo, por supuesto, pero por esta vez la velocidad no era el único factor a tomar en consideración. Leia había rogado a Han que no intentara establecer ninguna nueva marca. Prefería llegar a Corellia con un día o dos de retraso a no llegar porque habían puesto los hiperimpulsores al máximo de potencia y se les había fundido una bobina o lo que fuese. Por una vez, Han había resultado fácil de persuadir. Tal vez pensaba que no sería mala idea tratar con miramiento su nave..., sólo en esta ocasión.

Todo parecía estar tan tranquilo que Leia se preguntó si no se habría equivocado de familia. Los restos de la cena ya habían sido quitados. Chewie estaba sentado a la mesa con sus herramientas desplegadas delante de él, trabajando en algún sistema averiado. Anakin observaba a Chewie con fascinada atención, ofreciendo sus consejos de vez en cuando, hablando en voz baja y señalando aquí y allá en el interior del artefacto. O Chewie se tomaba en serio los consejos, lo cual parecía improbable, o de lo contrario estaba mostrando un grado de paciencia que parecía todavía más improbable.

Los gemelos estaban tumbados en el suelo —aunque Leia se recordó a sí misma que debería llamarlo cubierta, ya que se encontraban a bordo de una nave—, y los dos estaban leyendo. Han se encontraba en el puesto de control auxiliar en el extremo de popa de la nave, haciendo algún tipo de comprobación en los sistemas del *Halcón*. Probablemente se trataba de algo que no era realmente necesario hacer, sólo algunas manipulaciones con una parte del juguete más grande y maravilloso de todo el universo: una nave estelar. Han parecía contento y relajado, un estado de satisfacción que Leia llevaba algún tiempo sin ver en él.

Leia estaba sentada al final de la mesa, enfrente de Chewbacca y Anakin. En teoría ella también estaba leyendo, obsequiándose a sí misma con el raro deleite de disfrutar de un buen libro en vez de abrirse paso penosamente a través de algún informe burocrático. Llevaba mucho tiempo esperándolo y deseándolo, pero de repente descubrió que estaba haciendo muy poco aparte de permanecer inmóvil envuelta en una cálida aureola maternal. Estaba disfrutando de aquel momento de familia, con sus hijos y su esposo alrededor de ella, todos a salvo y en perfecto estado de salud, y todos felices de estar juntos.

— ¿Cómo es, papá? —preguntó Jaina, alzando la mirada de su libro.

Durante un buen rato la conversación había sido prácticamente inexistente, pero al parecer a Jaina se le acababa de ocurrir un tema del que hablar.

— ¿Como es qué, princesa? —preguntó Han, haciendo girar su asiento para quedar de cara a ella.

—Corellia. ¿Cómo es? Estoy oyendo a cada momento que todo el mundo está muy nervioso y emocionado porque vamos allí, pero nadie dice gran cosa sobre el lugar.

Jaina se levantó y fue hacia su padre.

Durante un momento Han pareció no saber cómo reaccionar, y Leia le miró fijamente. Han apenas hablaba de su mundo natal, y su vida en el Sector Corelliano era un tema del que hablaba todavía menos. Leia se había obligado a reprimir su curiosidad durante años, pero parecía haber llegado el momento de satisfacerla. Han seguramente por fin tendría que decir algo, ¿no?

—Bueno, es un lugar muy interesante —dijo Han con voz pensativa.

— ¿Y viviste allí cuando eras pequeño? —preguntó Jaina, instalándose en el regazo de su padre.

Jacen permaneció donde estaba, sentado en el suelo con las piernas cruzadas delante de él, pero Anakin decidió imitar a Jaina. Bajó de un salto del asiento que había estado ocupando al lado de Chewie, rodeó la mesa y trepó al regazo de su madre. Anakin siempre tenía muy claro cuándo había llegado el momento de contar historias.

—Eso es, viví allí—dijo Han, adoptando su mejor tono de narrador de cuentos—. Y es un lugar muy hermoso. El único problema que tiene es que muchos de los nombres suenan bastante igual, por lo que a veces los que no son de allí acaban un poco confundidos por ellos. Los corellianos nunca se confunden. Y si yo soy un corelliano y vosotros sois mis hijos, entonces eso os convierte en corellianos. Así que escuchadme con mucha atención y no cometáis ningún error, porque eso me haría quedar muy mal. ¿De acuerdo?

Jaina soltó una risita y Jacen sonrió. Anakin asintió solemnemente.

—Bueno, el Sector Corelliano está formado por un par de docenas de sistemas estelares, pero el sistema estelar más importante del sector es el sistema estelar corelliano. Y el planeta más importante del sistema estelar corelliano en el Sector Corelliano es Corellia, y la capital es Corona. La estrella alrededor de la que gira el planeta Corellia se llama Corell, y de ahí es de donde han sacado su nombre todas las otras cosas que llevan la palabra «Corell» en él. Pero nadie llama nunca «Corell» a la estrella. Todo el mundo hace lo que hace la gente en todos los sitios, y se limitan a llamarla «el sol». Todo el mundo hace eso.

—Aja —dijo Jaina.

—Bien. Y ahora, dentro de un momento os hablaré del planeta Corellia, pero una de las cosas más interesantes del sistema estelar corelliano es que tiene muchos planetas habitados. Es raro que una estrella tenga aunque sólo sea un planeta en el que pueda vivir la gente, pero es todavía más raro que una estrella tenga más de uno. Ésa es una de las cosas que hacen que el Sistema Corelliano sea tan especial. Tiene cinco planetas habitables. Los llamamos los Cinco Hermanos. Los cinco han tenido tanto que ver entre sí a lo largo de las generaciones que en realidad nunca hemos pensado en ellos como cinco sitios distintos. Estaban juntos, de la manera en que tú, Jacen y Anakin lo estáis. Pero Corellia es el que tiene más población y las ciudades más grandes, y por eso lo llaman el Hermano Mayor, o a veces sólo el Mayor.

—Pero ¿por qué hay cinco planetas habitables? —preguntó Jacen—. ¿Sabe alguien cómo ocurrió eso?

—Buena pregunta —dijo Han—. El Sistema Corelliano tiene muy confusos a los científicos. Las órbitas de los planetas están tan cerca las unas de las otras, y son tan extrañas, que algunos científicos piensan que todo el sistema estelar es artificial. Piensan que alguien lo construyó hace mucho, mucho tiempo.

— ¡Caray! —exclamó Jacen—. ¿Alguien construyó todo un sistema estelar?

—Bueno, es una idea. Otros científicos dicen que eso es una locura. Han elaborado una hipótesis para explicar la forma en que todo pudo ocurrir por sí solo. Pero hay una cosa segura: si los Cinco Hermanos fueron colocados en sus órbitas actuales deliberadamente, eso tuvo que ocurrir en las más oscuras nieblas del tiempo, incluso antes del amanecer de la Antigua República, hace más de mil generaciones.

»Pero lo siguiente que has de saber es que hay más que sólo humanos en el Sector Corelliano. Están los selonianos y los dralls, montones de ellos, y algunos seres de otras especies. Bueno, por lo menos solía haberlos... En realidad no sabemos qué tal están las cosas por allí ahora.

— ¿Por qué no? —preguntó Jaina.

—Bueno, es un poco difícil de explicar —intervino Leia—. Tenemos mucha información general sobre lo que está ocurriendo en Corellia, pero resulta muy difícil obtener detalles sólidos sobre un montón de cosas. Eso supone una gran diferencia. Es como si alguien supiese que vosotros dos, mi par de gemelos, os queréis el uno al otro, y eso fuese todo lo que supiera sobre vosotros. Si os vieran peleando entre vosotros..., y luego os vieran jugando juntos como si nada dos minutos después, no entenderían nada. Conocemos los contornos generales de lo que está ocurriendo en el Sector Corelliano, pero en realidad no conocemos el telón de fondo de lo que ocurre. Y no sabemos qué detalles son realmente importantes y cuáles carecen de importancia.

—Incluso en los viejos tiempos, si estudiabas Corellia siempre tenías que acabar haciendo muchas conjeturas —dijo Han—. El sector siempre ha estado muy concentrado en sí mismo, y no se ha preocupado demasiado por el exterior. Y no olvidéis que la mitad de la galaxia todavía se está recuperando de la guerra entre la Alianza y el Imperio. Corellia probablemente ha recibido sus golpes duros junto con todos los demás. Pero a los corellianos no les gusta enseñar sus trapos sucios en público. Así pues, podríamos encontrarnos con que es el planeta hermoso y bien dirigido del que oímos hablar, la clase de sitio que era cuando yo vivía allí..., o podemos descubrir que es un lugar duro y salvaje, con montones de problemas y muchas cosas que no funcionan demasiado bien.

—Yo no quiero ir a ningún sitio en el que se viva mal —dijo Jacen.

—Pero podría hacerte algún bien ir allí —dijo Han—. Tanto tu madre como yo pensamos que sería bueno para vosotros que vierais algo de la vida aparte de esa situación tan afortunada y cómoda de la que disfrutáis en Coruscant. Deberíais ver cómo vive la otra mitad. Después de todo, es como vivían vuestros padres no hace tanto tiempo.

— ¿Erais pobres y todo lo demás?

—Bueno, yo siempre lo fui —respondió Han—. Y tu madre..., bien, ella perdió cuanto tenía en la guerra.

Leia pensó que eso era una forma muy suave de expresarlo. El Imperio había destruido todo su planeta, sin ninguna razón mejor para ello que aterrorizar al resto de la galaxia.

—En fin, dejadme que os hable de los dralls y los selonianos —siguió diciendo Han—. Un drall adulto tiene más o menos tu altura, Jacen, pero es mucho más robusto. Tienen dos piernas cortas y dos brazos cortos en los sitios habituales. Tienen un pelaje no muy largo de color marrón, negro o gris..., o a veces rojo. Sus cuerpos recuerdan un tanto a unos ewoks un poquito más altos y delgados, con el pelaje más corto, pero sus cabezas son totalmente distintas. Son más

redondeadas y..., bueno, a los ojos de los humanos parecen más inteligentes, con un hocico un poco más pronunciado y las orejas pegadas a la cabeza en vez de sobresalir de ella. Son unas criaturas muy serias, solemnes y sensibles, y esperan ser tratadas con respeto. ¿Ha quedado claro eso?

La mirada de Han se fue posando en los rostros de sus tres hijos y se aseguró de que obtenía un asentimiento de cabeza de cada uno.

—Bien —continuó diciendo—. No he de advertiros de que debéis tomaros en serio a los selonianos, porque sabréis qué hacer cinco segundos después de haber visto a uno. Son grandes y fuertes y veloces, y el adulto promedio es un poco más alto que yo. La gran mayoría de los humanos opinan que es una especie de aspecto muy refinado. Son bípedos, como los humanos y los dralls, pero tienen cuerpos largos y esbeltos, y pueden moverse a cuatro patas si quieren hacerlo. Probablemente evolucionaron a partir de alguna especie de mamíferos nadadores muy ágiles y activos. Tienen un lustroso pelaje corto y rostros largos y puntiagudos con bigotes saliendo de ellos. Y tienen dientes muy afilados, y largas colas que resultan ideales para atizaros con ellas si no os portáis bien. Viven básicamente debajo del nivel del suelo, y son muy buenos nadadores. Pero hay otra cosa que deberíais saber sobre ellos: lo más probable es que los únicos que lleguéis a ver sean hembras estériles, y quien manda siempre es una hembra estéril. Todos sus machos, y todas las hembras que pueden tener hijos, tienen que quedarse en casa y han de estar todo el tiempo dentro de las madrigueras.

—Eso no parece muy justo —dijo Jaina.

—No, desde luego..., para un humano —dijo Han—. Tal vez ni siquiera les parezca justo a algunos selonianos. Pero es la manera en que funciona su sociedad. Montones de humanos han intentado entrometerse en sus vidas y decirles que cambiaran sus costumbres, pero sencillamente no funciona.

—¿Por qué no funciona? —preguntó Jacen.

Han se rió.

—Oh, no, ni lo sueñes. En algún otro momento. Pregúntamelo dentro de diez años...

—Cuando sea lo bastante mayor para entenderlo —dijo Jacen, poniendo los ojos en blanco.

—Exactamente. Bien, éstas son las tres especies principales corellianas. De vez en cuando un grupo de un mundo decide trasladarse a alguno de los otros mundos, así que hacen el equipaje y se van allí. Después, al día siguiente o mil años más tarde, otro grupo de otro de los Hermanos decidirá trasladarse, y se irán.

»El caso es que todo eso ha estado ocurriendo durante millares de años. Actualmente las poblaciones de todos los mundos se han mezclado, y hay grupos de todas las especies en todos ellos. A veces en una ciudad sólo hay gente de una especie: humanos, selonianos o dralls. En otros sitios, como Corona, hay gente de las tres especies viviendo allí, y no sólo ellos, sino también especies procedentes de otros cien sistemas estelares. Todos fueron a Corona para comprar, vender y hacer tratos comerciales. —Han titubeó durante un momento y una expresión de tristeza apareció en su rostro—. Por lo menos antes solía haber muchos comerciantes llegados de fuera... —añadió—. Las cosas han cambiado debido a la guerra, y muchos de los comerciantes se fueron de Corona hace bastante tiempo.

—¿Cómo cambió la guerra las cosas? —preguntó Anakin.

Han se lo pensó durante unos momentos antes de responder.

—Fue algo así como esos juegos en los que colocas toda una hilera de baldositas en posición vertical y luego tiras la primera de la fila. La primera derriba la segunda, y la segunda derriba la tercera, y así sucesivamente, hasta que todas se han caído una detrás de otra. Incluso antes de que

empezase la guerra, la armada cada vez tenía más dificultades para mantener un número lo suficientemente elevado de patrulleras en los caminos espaciales. No paraban de llamarles para que persiguieran a esa pandilla de incursores rebeldes, o para que enseñaran la bandera en ese puesto avanzado, o para que se ocuparan de aquellas crisis. Cuanto más tiempo pasaba la armada fuera de allí, más se dejaban ver los incursores y los piratas. Cuanto más perseguían los piratas a los comerciantes, menos beneficioso les resultaba a los comerciantes hacer negocios por allí. Y cuando los comerciantes se fueron, el comercio se fue también, y montones de personas del Sector Corelliano se fueron volviendo cada vez más y más pobres.

—Y después llegó la guerra —dijo Leia—. Y visto lo que ocurrió, el Sector Corelliano bien podría haber construido una muralla a su alrededor. El gobierno corelliano del Emperador se asustó —siguió diciendo—. No sólo tenían miedo de la Rebelión, sino que tenían miedo de todo el mundo. Decidieron que lo más seguro era no confiar absolutamente en nadie. Decidieron que no querían a los comerciantes. De hecho, no querían a nadie de fuera. El gobierno del sector se fue aislando progresivamente. No confiaban en nadie más. El gobierno empezó a dictar toda clase de reglas para mantener cada vez más cosas ocultas y en secreto. Obtener la clase de información más corriente se fue volviendo cada vez más y más difícil, y a los de fuera cada vez les iba resultando más difícil enviar mensajes o visitar cualquiera de los planetas corellianos. Y los líderes corellianos dejaron de confiar en su propia gente, y le fueron imponiendo un número cada vez más elevado de restricciones de esa misma clase. Y con el gobierno imperial respaldando al Diktat corelliano, así es como llamaban a su jefe de Estado, el Diktat podía hacer lo que quisiera sin ningún temor a que la gente protestara.

—Pero vosotros ganasteis la guerra hace mucho tiempo —dijo .Tacen—. Sin el Imperio, ese tipo al que llamaban el Diktat tendría que irse, ¿no?

Las palabras de Jacen hicieron sonreír a Leia. Ah, si el universo fuese tan lógico y ordenado y tuviera tanto sentido común, de tal forma que quienes habían perdido comprendieran que era hora de irse y dejaran de resistir de una vez y para siempre...

—El Diktat no renunció a su poder —dijo—. No de la manera a la que te refieres. No es que llegara un día en que el Diktat se pusiera delante de las cámaras y anunciara su dimisión, oh, no... Pero en cuanto no hubo más Imperio para proporcionar apoyo exterior, la gente empezó a estar cada vez menos asustada. Empezaron a hacer lo que querían, en vez de lo que las reglas decían que debían hacer. Cuantas más personas infringían las reglas sin que les ocurriese nada, más se envalentonaban y más reglas infringían. Las fuerzas de seguridad no se atrevían a poner fin a todo aquello..., y no querían salir a disparar contra su propia gente. Todo acabó derrumbándose por sí solo. El Diktat seguía en su palacio dando órdenes y exigiendo que ejecutaran a los infractores, pero ya nadie le escuchaba y nadie obedecía sus órdenes.

—Pero ¿qué le pasó? —preguntó Jacen.

—Oh, la verdad es que no gran cosa —respondió Leia—. La Nueva República no quería arrestarle. Después de todo, el Diktat era el jefe del gobierno legalmente constituido... Aunque lo hubiéramos metido en la cárcel, habríamos irritado a un montón de los viejos lealistas a los que estábamos intentando ganarnos. Seguíamos tratando de decidir qué hacíamos con él cuando desapareció. Creemos que se ha marchado a uno de los Sistemas Externos.

—¿Qué son los Sistemas Externos? —preguntó Anakin.

—Es el nombre que se da a los sistemas estelares del Sector Corelliano que son más bien pequeños y se encuentran muy lejos de Corell —le explicó Leia—. A la gente de los Externos les gusta tanto esconderlo todo que hacen que Corellia parezca no tener ningún secreto. Muchas personas del gobierno imperial del sector huyeron a esos sistemas y desaparecieron. La República instaló un nuevo Gobernador General del sector —siguió diciendo—, un froziano llamado

Micamberlecto, pero cuando los corellianos celebraron elecciones locales, muchos de los viejos altos cargos imperiales volvieron al poder.

—Pero ¿es que no podéis echar a los malos a patadas? —preguntó Jacen.

—No —dijo Leia—. No podemos hacerlo porque, aunque no nos gusten, han seguido las reglas. La gente los eligió.

—Así que este Gobernador General Micamberlecto es un bueno que tiene a un montón de malos trabajando para él, y no puede hacer nada al respecto —dijo Jacen.

Leia sonrió.

—Sí, más o menos es eso —dijo.

—¿Y cómo pensáis arreglarlo todo tú y papá? —preguntó Jaina.

Esa pregunta pilló por sorpresa a Leia. Al parecer su hija se limitaba a dar por sentado que Leia era la encargada de acabar con todos los males e injusticias.

—No haremos nada de manera directa —dijo por fin—. Si llegáramos y echáramos de sus despachos a todos los cargos elegidos que no nos gustan, entonces seríamos tan malos como el Imperio. A veces tienes que limitarte a taparte la nariz y aceptar la situación. Pero una parte de la idea de la cumbre comercial es hacer la vida más difícil a los malos en el futuro. Son la clase de tipos a los que les va bien cuando las cosas van mal. Utilizan sus problemas para crear agitación entre la gente. Cuando las cosas van bien, nadie quiere elegir a ese tipo de agitadores. Nuestra gran esperanza es que si conseguimos que el comercio vuelva a funcionar, entonces la gente no tendrá tantos problemas que puedan ser explotados por la clase equivocada de candidato.

Jacen hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Supongo que lo entiendo —dijo—. Pero..., bueno, ¿no crees que los malos a los que queréis echar también se habrán dado cuenta de lo que pretendéis hacer y tratarán de deteneros?

—Seguro que lo harán —dijo Leia—. Así pues, tendremos que ser más listos que ellos y pensar más deprisa de lo que lo hagan ellos.

—De todas maneras, volviendo a Corellia —dijo Han, hablando en un tono apenas un poco más alto de lo normal para llenar la pausa ligeramente incómoda que había aparecido repentinamente en la conversación—, es un lugar extraño y maravilloso. No se parece a nada de lo que hayáis visto antes. No se parece en nada a Coruscant.

Y después procedió a contar a los chicos todo lo referente a los mundos de Corellia. Les habló de la resplandeciente ciudad de Corona con sus grandes espacios abiertos, tan distinta de la ciudad-planeta asfixiante, atestada e hipertrofiada que recubría todo Coruscant.

—En Coruscant pasamos prácticamente todo el tiempo bajo techo —dijo—. Es la capital de la galaxia, ¡pero podríais pasar toda vuestra vida allí sin salir nunca fuera para ver el cielo! En cambio, Corona es distinta. Es montones de pequeños edificios, y mucho espacio entre ellos. Puedes estar al aire libre todo el tiempo. La ciudad está llena de plazas, parques y palacios. Y está la calle de la Nave del Tesoro, con todos los vendedores vendiendo cosas deliciosas para comer, y las tiendas repletas de artículos procedentes de toda la galaxia para comprar... En fin, por lo menos antes solía haber de todo. Bien, quién sabe, tal vez todavía sigan ahí...

Leia escuchó a Han, sintiéndose tan fascinada por sus palabras como los niños. Una ciudad llena de parques y grandes espacios abiertos le parecía una idea realmente agradable. Tanto si los niños estaban hartos de él como si no, Leia ya había tenido más que suficiente del estilo de vida troglodítico de Coruscant para una temporada. Y si Han no dijo gran cosa de los casinos, bares y clubs nocturnos y establecimientos de no muy buena reputación agrupados alrededor del espaciopuerto de Corona, Leia sabía que también estaban allí. Incluso aunque nunca llegara a

poner los pies dentro de ellos, también formaban parte de la leyenda del lugar, y eran una parte más de la dura y salvaje herencia de contrabandistas y piratas recibida por Corellia.

Había un cierto romanticismo en ese tipo de sitios. Leia tal vez iría a un par de ellos una noche. Podía dejar a los niños arropados en la cama, pedir a Chewie que se encargara de vigilarlos por aquella noche, ponerse algo que la jefe del Estado nunca llevaría, y luego salir con su esposo y hacer que le enseñara algunos de los locales de diversión más adultos de Corona. No podía haber nada de malo en ir a un par de espectáculos e incluso probar suerte en el sabacc. Pero entonces le pareció que Han había agotado el tema de Corona mientras ella estaba distraída, y que estaba hablándoles de los otros mundos.

— ¿Podremos ver Selonía y Drall? —estaba preguntando Jacen.

—Claro que sí —prometió Han—. Selonía y Drall y los Mundos Dobles, Talus y Tralus... Quizá incluso podamos echar un vistazo a la Estación Centralia.

— ¿Qué es la Estación Centralia? —preguntó Jaina.

—Bueno, Talus y Tralus son llamados los Mundos Dobles porque los dos tienen el mismo tamaño. Se orbitan el uno al otro. La Estación Centralia se encuentra en el punto de equilibrio, el baricentro, entre Talus y Tralus. Desde allí se puede disfrutar de un panorama realmente espectacular.

—Apuesto a que sí —dijo Jacen.

—Y luego está el Mar Hirviente en Drall, y los Picos Tierra de las Nubes en Selonía, y las Playas Doradas en Corellia. Nunca habéis nadado en un auténtico océano, ¿verdad, chicos? ¡Podemos ir todos a la playa, hacer castillos de arena y nadar en el enorme océano!

— ¿Y qué hay de los monstruos marinos? —preguntó Anakin, al que estaba claro que no le hacía demasiada gracia la parte del nadar.

—Bueno, por eso iremos a nadar en Corellia —dijo Han. Dio un empujoncito a Jaina, y la niña saltó de su regazo. Han se levantó, fue hasta Anakin y lo cogió en brazos—. Allí no hay ningún monstruo marino. Los tienen a todos en Selonía, porque allí los océanos son mucho más grandes.

— ¿No me engañas? —preguntó Anakin.

—No te engaño —dijo Han, todo solemne sinceridad—. Pero creo que ya va siendo hora de que algunos pequeños monstruos de tierra se vayan preparando para ir a la cama.

Eso bastó para arrancar un coro de gemidos a los niños, pero por una vez el prepararlos para que se fuesen a acostar apenas presentó ninguna dificultad. Los tres empezaron a bostezar de repente, y tuvieron que hacer un gran esfuerzo para permanecer despiertos el tiempo suficiente para lavarse la cara y cepillarse los dientes, quitarse la ropa y ponerse los pijamas.

Los tres treparon obedientemente a sus literas y apoyaron la cabeza en sus almohadas con expresiones de satisfecha felicidad en los rostros. Cuando Han se arrodilló junto a la cama de Anakin, le ayudó a taparse y le besó cariñosamente en la frente, Jacen y Jaina ya estaban profundamente dormidos y sus respiraciones se habían vuelto suaves y regulares.

Pero aunque tenía mucho sueño, Anakin todavía no estaba del todo preparado para dormirse.

— ¿Papá? —preguntó.

— ¿Sí, Anakin? ¿Qué ocurre?

—Papá..., ¿cuándo llegaremos allí?

9

Coqueteando con el desastre

Se había ido. Ya no podía caber ninguna duda de ello. Luke Skywalker se había ido. Pharnis Gleasry, agente de la Liga Humana, no podía seguir engañándose a sí mismo por más tiempo. El Maestro Jedi llevaba como mínimo un día entero sin aparecer por su casa. Una comprobación del no-tan-bien-escondido hogar de Calrissian en Ciudad Cúpula mostró que también estaba vacío, y su nave, el *Dama Suerte*, ya no se encontraba en su muelle acostumbrado. Teniendo en cuenta que había visto a los dos juntos la noche antes de que se esfumaran de Coruscant, parecía que lo más probable era que se hubiesen ido juntos.

Pharnis sabía que no podía hacer nada salvo seguir el plan de reserva, por arriesgado que pudiera ser. Tendría que utilizar la sonda de mensajes y esperar contra toda esperanza que el *Fuego de Jade* se atuviera a su plan de vuelo. De lo contrario...

De lo contrario, el Líder Oculto no se sentiría nada complacido. Y eso no era una idea agradable. De hecho quizá fuese mejor enviar la sonda y seguir el rastro de Skywalker después.

Teniendo en cuenta el mal genio del Líder Oculto, esfumarse quizá fuese lo más prudente.

—¿Tenías que traértelos contigo? —preguntó Lando, y no por primera vez.

Los objetos de su queja, los androides Erredós y Cetrespeó, se encontraban en el otro extremo de la sala del *Dama Suerte*, y ninguno de los dos parecía sentirse más feliz de estar con Lando de lo que se sentía Lando de estar con ellos. Luke y Lando estaban sentados en la mesa de la sala del *Dama Suerte*, descansando un rato después de haber comido. Por lo menos, se suponía que eso era lo que estaban haciendo. Resultaba obvio que la presencia de los androides producía un pésimo efecto sobre los nervios de Lando.

Luke sonrió para sus adentros. Había otras razones perfectamente legítimas para traerse consigo a los androides, pero si tenía que ser sincero, la verdad era que había querido que fueran con ellos en aquel viaje para devolverle un poco la pelota a Lando y cobrarse de la forma más sutil posible una parte de la deuda que había contraído con él al involucrarle en su loco proyecto. Nunca podría admitirlo ante ninguna persona aparte de él mismo, por supuesto, pero aun así la verdad era ésa.

Pero Cetrespeó respondió antes de que Luke hubiese tenido la oportunidad de hacerlo.

—Capitán Calrissian, le aseguro que tanto mi contrafigura como yo hemos demostrado el más alto grado de utilidad en un gran número de ocasiones. Podría añadir que yo en particular indudablemente seré de la máxima utilidad posible en una misión de características románticas. Además de estar familiarizado con más de seis millones de formas distintas de comunicación, me he equipado con una programación adicional. He llevado a cabo intensas investigaciones y búsquedas en las fuentes de datos de Coruscant que no están generalmente disponibles para el público. Ahora me encuentro ampliamente versado en los rituales de cortejo de dos mil cuarenta y siete culturas humanas, así como en los de quinientas dieciséis culturas no humanas.

—Pues ya te puedes ir guardando toda esa sabiduría —le dijo Lando al androide—. El día en que te pida que me des consejo sobre cómo tratar a una dama será el día en que haga voto de castidad.

Aquella observación no sólo dejó perplejo a Cetrespeó, sino que inspiró toda una serie de pitidos y gorjeos francamente malsonantes a Erredós.

—Eso es absolutamente inexacto, Erredós, y en cualquier caso dudo mucho que sea la clase de consejo en la que estaba pensando el capitán Calrissian.

Erredós emitió un ruido todavía más grosero que los anteriores y retrocedió, alejándose un poco de Cetrespeó mientras hacía girar su sensor visual hacia Luke.

—Venga, Erredós, cálmate —dijo Luke—. No hay ninguna necesidad de ser tan insultante.

— ¡Vamos, Luke! ¿Realmente tenemos que aguantar este parloteo de fondo durante todo el viaje? ¿No podemos desactivarlos, o enviarlos de vuelta a casa en el primer puerto, o lo que sea?

Luke sonrió y meneó la cabeza.

—Siempre que me los he traído conmigo he acabado alegrándome de haberlo hecho, Lando —dijo—. Confía en mí: nos serán muy útiles.

—Bueno, pues será mejor que demuestren su utilidad pronto —gruñó Lando—. De lo contrario, acabarán teniendo una cita con el compartimento de las piezas de repuesto.

—Eh, Lando, tranquilízate... Además, tienes otra cita a la que acudir antes —le recordó Luke—. Deberíamos salir del hiperespacio para entrar en el sistema de Leria Kersil en cualquier momento.

Lando echó un vistazo al cronómetro.

—Faltan unos quince minutos —dijo mientras se levantaba—. Deberíamos ir a la cabina. — Cetrespeó dio un paso hacia adelante como si se dispusiera a seguirle, pero Lando alzó una mano —. Tú te quedas aquí, chico dorado —dijo—. Vosotros dos os quedaréis en la sala calladitos y sin crear problemas mientras nosotros pilotamos la nave y mientras estemos en el planeta. ¿Ha quedado claro?

—Sí, ha quedado perfectamente claro, señor —replicó Cetrespeó—, pero me permito sugerir que quizá...

—Muy bien —dijo Lando, interrumpiéndole y volviéndose hacia la escotilla—. ¿Has estado alguna vez en Leria Kersil? —preguntó.

Luke meneó la cabeza al tiempo que se levantaba para seguir a Lando.

—No —dijo—, y en los bancos de datos que consulté tampoco había gran cosa.

—Bueno, pues pronto sabremos bastantes más cosas sobre ese mundo —dijo Lando.

La compuerta se hizo a un lado y los dos fueron a la cabina.

Cetrespeó contempló cómo la compuerta se cerraba detrás de los dos humanos..., y quedó asombrado al oír el chasquido de un pestillo de seguridad. El capitán Calrissian los había encerrado en la sala.

— ¡Vaya! —dijo—. Esto no se parece en nada a la clase de tratamiento refinado que esperaba del capitán Calrissian, tomando en consideración las circunstancias. Los modales toscos y bruscos pueden estar muy bien en una colonia minera, pero no cabe duda de que no son lo más adecuado para un caballero que busca esposa. Por lo menos el amo Luke ha tenido la amabilidad de salir en nuestra defensa.

Erredós dejó escapar una larga serie de pitidos interrogativos.

— ¿Cómo? —exclamó Cetrespeó—. No, no sé cómo se llama el sitio al que vamos. Nadie me cuenta las cosas, y nunca se me informa de nada.

Erredós soltó un gemido ahogado y después repitió su pregunta un poco más despacio y con una fioritura extra al final.

—Bueno, si te has dado cuenta de que dijeron que vamos a Leria Kerlsil, ¿por qué te molestas en preguntármelo?

Erredós replicó con una veloz ráfaga de pitidos y silbidos entrecortados.

— ¡Eso no es verdad! —dijo Cetrespeó—. No me limito a alardear de mis conocimientos, y realmente hago uso de ellos. ¿Qué objeto habría tenido el que investigara todos esos oscuros rituales de apareamiento en fuentes de datos tan recónditas y distantes si ni siquiera pensaba examinar la información y...?

Erredós lanzó un par de vigorosos trinos electrónicos y osciló hacia adelante y hacia atrás sobre sus ruedas.

— ¡Oh! Quieres decir que podría consultar mis datos para averiguar qué información referente a Leria Kerlsil tengo almacenada. Bueno, ¿por qué no lo dijiste más claramente? —Cetrespeó guardó silencio durante un momento, y accedió a su memoria de datos—. ¡Oh, cielos! —exclamó después—. ¡Oh, vaya! —gritó—. ¡Erredós! ¿Qué vamos a hacer?

Lando Calrissian estaba más que un poco acostumbrado a enfrentarse con sitios a los que no estaba acostumbrado. Ya hacía mucho tiempo que había perdido la cuenta de los planetas en los que había hecho negocios de alguna clase u otra. Cuando puso los pies en Leria Kerlsil por primera vez, no sabía casi nada sobre aquel planeta..., y sin embargo sabía más cosas sobre él que sobre la inmensa mayoría de los mundos que había visitado.

Había aprendido hacía mucho tiempo cómo improvisar, cómo fijarse en las costumbres locales y las formas de hacer las cosas de cada sitio, cómo detectar cuáles eran las diferencias triviales y qué diferencias eran vitales.

Pero también había aprendido que existía algo más que las diferencias, y había llegado a saber hasta qué punto todos los mundos remotos y provincianos se parecían en el fondo..., o por lo menos, hasta qué punto se parecían todos los mundos remotos y provincianos que podían interesar a un comerciante.

Tenía que haber un espaciopuerto, y automáticamente eso significaba todas las cosas que acompañan a un espaciopuerto: alojamiento para los tripulantes, casi siempre un bar o taberna de alguna clase, instalaciones para la manipulación del cargamento, algún sitio en el que cambiar créditos por la moneda local, etcétera. De hecho, en la inmensa mayoría de los planetas que había visitado Lando nunca llegaba a ver gran cosa aparte del espaciopuerto.

Bajaba, se reunía con los representantes locales para lo que fuese que estuviera comprando o vendiendo, mantenía un ojo bien abierto para vigilar el cargamento que entraba o salía de su nave, hacía y recibía los pagos requeridos en cada caso, comía algo y tomaba una copa en el bar, tal vez disfrutaba de una noche de sueño en el hotel si su cartera podía permitírselo y si las camas parecían lo suficientemente cómodas, y luego se marchaba a la mañana siguiente. Pasado un tiempo, todos los espaciopuertos, instalaciones para la manipulación del cargamento y funcionarios de aduanas parecían confundirse unos con otros. El que tantos de ellos fuesen muy parecidos no ayudaba en nada. Lando había «estado» en docenas de mundos donde no había visto nada de la cultura local aparte de los funcionarios de aduanas.

No siempre era así, por supuesto. También hubo muchas veces en las que había salido de aquella burbuja imaginaria que rodeaba el espaciopuerto para adentrarse por la vida y la cultura reales del planeta. Lando estaba decidido a que ésta fuese una de aquellas veces en las que salía y veía el mundo en el que se encontraba. Después de todo, si las cosas salían tal como quería, acabaría viviendo en aquel planeta —por lo menos una parte del tiempo— durante los años futuros. No le iría nada mal ver cuanto pudiese de él antes de comprometerse a nada que luego pudiera lamentar.

A primera vista, por lo menos, parecía un lugar bastante agradable. El cielo era de un azul cristalino, con algodonosas nubéculas blancas desfilando por él montadas sobre una brisa refrescante. El aire olía a limpio y a puro. El espaciopuerto era pequeño pero estaba bien cuidado, con todas las superficies limpias y relucientes, y todo el personal era afable y estaba dispuesto a ayudar.

Como suele ocurrir en muchos mundos pequeños, el espacio-puerto había sido construido bastante lejos de la ciudad, y después la ciudad había ido creciendo a su alrededor. Un viaje de cinco minutos en aerodeslizador los llevó al centro de la ciudad, y era un centro realmente muy hermoso. Árboles de corteza azul claro y pequeñas hojas redondas de color púrpura tan pequeños que sólo les llegaban hasta la cintura se alineaban a lo largo de avenidas mantenidas en un impecable estado de limpieza. Vehículos con ruedas se movían sin hacer ruido y a una velocidad muy razonable sobre los caminos bien pavimentados. Las casas y las tiendas eran de dimensiones modestas, pero estaba claro que era una ciudad de gente orgullosa de sus viviendas. Todo estaba limpio y cuidado, y todo era hermoso y había sido hecho a conciencia.

—No está mal —dijo Lando mientras caminaban—. No está nada mal... Puedo imaginarme este sitio como una pequeña base de operaciones muy conveniente.

Luke se rió.

—Estás yendo un poco demasiado deprisa —dijo—. ¿No sería mejor esperar hasta que hubieras conocido a la dama en cuestión?

—La conoceremos, la conoceremos —dijo Lando—. Aún falta media hora para nuestra cita. No quiero presentarme allí demasiado pronto y dar la impresión de que estoy impaciente por llegar a un acuerdo.

— ¿Y qué harás si ella parece impaciente por llegar a un acuerdo? —preguntó Luke.

Lando miró a su amigo y le guiñó el ojo.

—Entonces subiré la apuesta, naturalmente. Es la manera de jugar a este juego.

Los dos se echaron a reír y doblaron una esquina para contemplar otra calle en la agradable capital de Leria Kersil.

— ¡Deprisa, deprisa! Si no hay otra forma de abrirla entonces qué mala, miserable cubo de tuercas —le gritó Cetrespeó a Erredós.

La pequeña unidad astromecánica estaba intentando abrir la compuerta de la sala. Su sonda de datos estaba metida en una toma de la pared, y Erredós intentaba encontrar una conexión de circuitos que le permitiese operar la cerradura desde dentro.

—El capitán Calrissian podría estar en un gran peligro. ¡Vamos, date prisa! ¡No pierdas el tiempo con esas delicadas manipulaciones de datos que tanto te gustan! No van a funcionar, Erredós.

Erredós replicó con una tozuda serie de zumbidos y chasquidos..., y después la compuerta se hizo a un lado lo suficiente para que los dos androides pudieran salir de la sala.

— ¡Oh, buen trabajo, Erredós! —exclamó Cetrespeó—. Sabía que podías hacerlo. Oh, por qué el capitán Calrissian y el amo Luke no llevarán encima un comunicador para que pudiéramos advertirles... Ya podría ser demasiado tarde. Tenemos que llegar a una terminal de datos de la ciudad y averiguar si mi información es correcta. ¡Deprisa, deprisa!

Luke Skywalker caminaba al lado de su amigo, disfrutando de la agradable mañana..., pero también empezando a darse cuenta de que algo no iba del todo bien. Sus sentidos Jedi intentaban decirle algo, pero no estaba muy seguro de qué era.

Luke contempló la tranquila calle. En aquella zona había menos casas, y eran más grandes e imponentes que las del centro de la ciudad. Sólo había unos cuantos transeúntes en la acera, y se limitaban a mirar a la pareja de forasteros con la más leve de las curiosidades. Estaba claro que de aquella dirección no iba a surgir ninguna amenaza.

Y sin embargo había algo. Luke se dio cuenta de que su mano se había acercado a la empuñadura de su espada de luz. Estaba más asustado de lo que había percibido hasta aquel momento. Volvió la mirada hacia Lando, pero resultaba obvio que su amigo no sentía la más mínima preocupación. Bastaba con mirarle para ver que en su mente no había nada más inquietante que sus habituales y entusiásticos proyectos de ganar dinero a través de métodos más o menos dudosos. Así pues, ¿qué era? Durante un momento Luke tomó en consideración la posibilidad de agarrar a Lando por el brazo y apremiarle a dar la vuelta. Pero... No. Incluso un Maestro Jedi necesitaba algo más que un vago presentimiento de que algo no andaba del todo bien.

Los dos androides por fin consiguieron encontrar una terminal de datos pública en un oscuro rincón de la terminal principal del espaciopuerto.

— ¡Conéctate, conéctate! —gritó Cetrespeó, apremiando a Erredós a que actuase—. Busca todo, todo lo que puedas encontrar sobre Karia Ver Seryan. Sólo espero estar equivocado...

Erredós soltó varios silbidos y pitidos situados en la zona más alta de la escala tonal.

— ¿Qué quieres decir con eso de que no ves por qué esta vez debería ser distinta a las demás? —preguntó Cetrespeó, lanzando un manotazo contra la cúpula de Erredós—. Conéctate a la terminal de datos, y basta ya de tonterías. Como estaba a punto de decir, si tengo razón, y eso no es algo que ocurra tan raramente, muchísimas gracias, entonces es muy posible que necesitemos todas las evidencias que podamos encontrar para convencer al capitán Calrissian de la situación. ¡Venga, venga!

Lando y Luke consiguieron calcular la duración de su paseo bastante bien, y llegaron a la casa de Karia Ver Seryan sólo un par de minutos antes de la hora acordada.

La casa resultaba difícil de pasar por alto en aquella tranquila calle arbolada. Era, con mucho, la más grande del barrio. Casi todas las otras casas habían sido construidas con una especie de ladrillo color amarillo oscuro, con una edificación de madera azul grisácea aquí y allá. Pero la casa de Ver Seryan era de piedras de un gris oscuro meticulosamente unidas con mortero. Tenía cinco pisos de altura, aunque todos los edificios cercanos tenían dos o tres como máximo. Se alzaba en un solar como mínimo cuatro veces más grande que el de cualquier otra casa. La propiedad estaba rodeada por una verja de barrotes de hierro negro adornados con complejas molduras e incrustados en el suelo, con doce centímetros de separación entre uno y otro. Parecía más una fortaleza que un hogar.

Luke se dio cuenta de que las casas que flanqueaban la residencia de Ver Seryan estaban vacías y abandonadas y de que sus recintos habían sido invadidos por la maleza, formando un agudo contraste con los complicados jardines y pabellones privados que se podían ver por todas partes salvo en ellos.

A primera vista, los jardines que rodeaban la casa de Ver Seryan parecían un tributo a la ostentación ejecutado por puro amor a la ostentación. Había senderos y bancos de piedra, y plantas exóticas de una docena de mundos. Un arroyuelo decorativo artificial circundaba por completo la casa, sin duda impulsado por alguna clase de sistema de bombeo que movía el agua. Un camino llevaba desde la puerta principal y por encima de un diminuto puente levadizo hasta la entrada de la casa.

El arroyuelo se ensanchaba a la derecha de la casa, y en el centro de aquel ensanchamiento se alzaba una compleja fuente de tres niveles. Sus chorros de agua subían hasta una gran altura en

una intrincada pauta eternamente cambiante. Pero a pesar de la distracción de la fuente, a Luke no se le pasó por alto que si el puente estaba subido, el arroyo circular decorativo podía cumplir muy bien las funciones de un foso.

Y allí, en el centro de todo aquel esfuerzo paisajístico, se alzaba la casa propiamente dicha, y la casa no parecía tener nada que ver con el recinto. No había nada ornamental o bonito en ella. Había sido construida para que fuese grande y sólida, y eso era. A pesar del intento de disfrazarlo con plantas raras y fuentes caprichosas, saltaba a la vista que la casa de Ver Seryan era una fortaleza concebida para mantener a raya a los demás.

Luke alzó los ojos hacia la casa, y decidió que aquellas nuevas circunstancias le gustaban cada vez menos. ¿Qué clase de mujer necesitaba un hogar capaz de protegerla contra una turba enfurecida? Resultaba obvio que lo que preocupaba a la propietaria de aquella casa era precisamente una turba y nada más. Fosos y verjas de hierro no eran la clase de precauciones que detendrían a un ladrón decidido a salirse con la suya, o un ataque organizado con armas modernas. No. Se encontraban ante la clase de defensas concebidas para retrasar y desanimar a una multitud furiosa, y mantener a raya a una turba desorganizada impulsada por las emociones.

Y tampoco había ninguna forma de que Luke pudiera convencerse a sí mismo de que todo aquello era meramente decorativo, alguna clase de vestigio de una tradición arquitectónica. La prueba estaba allí, delante de sus ojos, en la pared de la casa, justo al lado de la puerta. Había alguna variedad de planta trepadora creciendo encima de ellas, pero se necesitaba algo más que unas cuantas hojas y zarcillos para ocultar unas quemaduras de desintegrador tan grandes.

—Parece que es una mujer bastante acomodada —dijo Lando.

Luke se disponía a decir algo, pero se lo pensó mejor. La diferencia existente entre su punto de vista y el de Lando era sencillamente excesiva. Allí donde Luke veía un sistema de defensa, Lando veía la evidencia de unos grandes ingresos. ¿Quién podía decir cuál de los dos tenía razón? Quizá todo lo que Luke había detectado estaba relacionado con el propietario anterior, o con algunas molestias provocadas por la guerra contra el Imperio.

Pero no podía convencerse a sí mismo. Había algo que no andaba nada bien. Luke desplegó la Fuerza e intentó captar una impresión general del lugar y de los estados anímicos de la gente. La sensación que le había estado inquietando antes volvió, más clara y con mayor intensidad. Luke pudo sentir cómo se centraba alrededor de aquel punto, de aquella casa.

Sabiendo al fin lo que tenía que detectar, buscó las mentes de cualquier persona que sus sentidos de la Fuerza pudieran localizar en los alrededores de la casa de Ver Seryan.

Cada mente que pudo encontrar contenía como mínimo alguna huella de la sensación. No ocupaba el primer lugar entre sus pensamientos, pero estaba allí, y se iba haciendo más intensa cuanto más cerca estaban aquellas personas de la casa. No era odio, ni ira. Era una especie de miedo apagado y sutil, algo más próximo al estado mental de alguien que intenta evitar tocar una planta con espinas, alguien que es consciente de estar sentado un demasiado cerca de una hoguera de campamento o que no se atreve a acercarse más a un animal potencialmente peligroso. En las profundidades de cada mente de la zona estaba la sensación de que no era prudente acercarse demasiado a la casa de Karia Ver Seryan.

Luke enfocó sus sentidos de la Fuerza en una nueva dirección, y se llevó otra sorpresa. Sólo podía percibir una mente inteligente dentro de la casa. Tenía que ser Ver Seryan. Pero el primer roce con su mente le dejó muy claro que no había nada malévolo allí. Ver Seryan no se consideraba a sí misma peligrosa, sino todo lo contrario. Luke percibió en ella una benevolencia casi opresiva, la esencia de una persona que anhelaba de forma casi desesperada poder hacer el bien a cualquiera y a todos, tanto si les gustaba como si no. También había algo más que un susurro de codicia en su mente, pero no encontró nada que pudiese explicar aquel miedo

cauteloso y precavido que la rodeaba. Si aquel grado de codicia era lo único que se necesitaba para inspirar miedo, entonces Lando tendría que haber causado un pánico de escala planetaria apenas había puesto los pies en el espaciopuerto.

Aun así, tampoco había que olvidar la vieja verdad de que ninguna persona se considera malvada. Hasta el Emperador creía estar haciendo lo correcto, y lo había creído incluso mientras aplastaba a la Antigua República y establecía su tiranía por toda la galaxia. El mero hecho de que Ver Seryan se tuviese por buena no significaba que lo fuese. Pero aun así, allí había algo que no encajaba.

—Vamos, Luke —dijo Lando, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—. ¿Vas a pasarte todo el día plantado aquí contemplando su casa? No quiero hacer esperar a la dama.

Luke puso la mano sobre el brazo de su amigo.

—Lando... —murmuró—. Ten mucho cuidado, ¿de acuerdo?

— ¿En una negociación? ¿Cuándo no he tenido cuidado? Anda, vamos.

Lando empujó la puerta de la verja y ésta giró sobre sus goznes. Precedió a Luke por el interior del recinto, y Luke le siguió a un par de pasos de distancia y con algo más que un poco de relucencia.

Fueron por el sendero, cruzaron el puentecito y subieron el tramo de peldaños hasta llegar a las puertas de acero de aspecto muy sólido de la casa. Lando esperó a que Luke se reuniera con él, y presionó el disco anunciador apenas éste lo hubo hecho.

Después de un retraso lo suficientemente breve como para que Luke supusiera que habían estado siendo observados desde dentro de la casa, la puerta se abrió para revelar a una joven impresionantemente hermosa. Luke se disponía a preguntar si Ver Seryan estaba en casa cuando recordó que sólo había percibido la presencia de un ser humano dentro de la casa. Tenía que ser ella., aunque aquella mujer no se parecía en nada a lo que esperaba encontrar.

—Bienvenidos —dijo la mujer—. Soy Karia Ver Seryan. Bienvenido, Lando Calrissian. Recibí su comunicación y tengo grandes deseos de hablar con usted. Es muy posible que consigamos llegar a un acuerdo de gran interés mutuo. —Se volvió hacia Luke—. Y, naturalmente, bienvenido sea usted también, muy exaltado Maestro Jedi. Sus hazañas son leyenda, y para mí es el más grande de los honores poder darle la bienvenida a mi humilde morada. Les ruego que entren, amables caballeros.

Lando le guiñó el ojo a Luke cuando Ver Seryan no estaba mirando. Estaba claro que era la reputación de Luke la que había abierto aquella puerta. Lando cruzó el umbral sin perder ni un momento, y Luke le siguió.

Luke no estaba muy seguro de qué había esperado del interior, pero ciertamente no era lo que vio. La oscura solidez del exterior no era visible por parte alguna. Dentro todo era suavidad y luz. Los muros interiores eran de piedra blanca, y estaban adornados con complejos y costosos tapices y cuadros procedentes de toda la galaxia. El recinto parecía formar una sola y gigantesca habitación. Una gran escalera recorría la pared del fondo yendo desde la izquierda hasta la derecha, y su curva quedaba rota por dos rellanos que interrumpían la línea de peldaños dividiéndola en tres tramos idénticos. En cada rellano había puertas, presumiblemente de dormitorios y habitaciones privadas.

Biombos, estantes y vitrinas de exposición dividían el gran espacio de la sala en varias zonas para sentarse de aspecto muy agradable y acogedor. Sofás y sillones de apariencia muy cómoda y mullidas alfombras estaban dispuestos de manera invitadora. Parecía la clase de sala concebida para acoger una espléndida fiesta, no para cobijar a una mujer solitaria.

Pero si la sala era inesperada, lo era mucho menos que su anfitriona. Basándose en la escasa información que Lando había conseguido acumular, Luke había estado imaginándose a Karia Ver Seryan como una mujer indolente y muy poco atractiva que se había casado por dinero, y que luego se había abandonado por completo en cuanto la muerte de su esposo le aseguró definitivamente la posesión de su fortuna. Por la forma en que había hablado Lando, estaba claro que esperaba más o menos lo mismo que Luke.

Pero la realidad de Karia Ver Seryan no podía estar más alejada de esa imagen. Era alta, esbelta y de piel morena, con unos impresionantes ojos violeta oscuro. Su cabellera era del color de los últimos momentos de la puesta de sol, y se movía con una gracia natural notablemente libre de artificiosidad. Vestía un sencillo y elegante traje negro de corte modesto que conseguía acentuar su silueta más de lo que hubiera podido hacerlo cualquier modelo más revelador, y un solitario diamante de gran tamaño colgaba de una cadena de platino alrededor de su cuello. Luke miró a Lando, y le resultó obvio que el grosor del rollo de billetes que haría falta para conseguir que se casara con ella acababa de encogerse repentinamente.

—Su casa es hermosa —dijo—, pero ni remotamente tan hermosa como su dueña.

Ver Seryan sonrió dulcemente y aceptó el cumplido con una inclinación casi imperceptible.

—Gracias, amable señor. Como ya puede imaginarse, me resulta difícil contratar sirvientes. No intentaré ocultarle los problemas que presenta atender las necesidades de mi casa únicamente mediante androides. Admito de buena gana que me encantaría tener a un hombre aquí..., aunque sólo fuese para que se ocupara de las pequeñas reparaciones y trabajos.

—Puedo asegurarle que es un puesto que me interesaría muchísimo —dijo Lando, en un tono de voz que no dejaba ninguna duda acerca de su sinceridad.

—Bien, tomen asiento y consideren que están en su casa.

La sonrisa de Lando fue tan radiante que pareció estar a punto de dislocarle unos cuantos músculos faciales. Dio un paso hacia adelante, tomó la mano de Ver Seryan en la suya y se inclinó sobre ella para besarla.

—Me encantará sentarme —dijo—, pero le aseguro que me resultaría imposible sentirme más en mi casa de lo que ya me siento en este momento.

— ¡Oh, cielos! —gritó Cetrespeó mientras se desviaban para evitar un vehículo de superficie que se movía más despacio que ellos—. ¡Le ruego que tenga cuidado, amigo conductor!

—O tengo cuidado o voy deprisa: elijan —gruñó el conductor sin mirar hacia atrás, y dejó caer el pie sobre el acelerador con más fuerza que antes.

Cetrespeó y Erredós estaban sentados en el compartimento trasero de un aerodeslizador lanzado a toda velocidad que se dirigía hacia el hogar de Ver Seryan. Erredós parecía bastante tranquilo, y tal vez incluso estuviera disfrutando del trayecto, pero Cetrespeó había descubierto que todo aquel asunto ya le resultaba terriblemente inquietante. Estaba seguro de que sus circuitos ya habían empezado a recalentarse a causa de la tensión.

Hay algunos espaciopuertos en los que es meramente difícil para un androide hacerse transportar por un aerodeslizador, y otros en los que es prácticamente imposible. El espaciopuerto de Leria Kerlsil, por desgracia, pertenecía a esa segunda categoría. Los vehículos automatizados se negaron en redondo a llevarles, y su programación se negaba a aceptar órdenes de otras máquinas. Eso había dejado a los androides sin más opción que probar suerte con los taxis manejados por humanos.

Incluso eso habría quedado totalmente descartado si Erredós no hubiera llevado encima una modesta provisión de créditos de Coruscant en uno de sus compartimentos ocultos. El amo Luke

había metido el dinero allí hacía algunos años, precisamente como precaución contra el tipo de emergencia a la que se enfrentaban en aquel momento.

Pero incluso con efectivo a mano, había resultado difícil encontrar a un conductor que estuviera dispuesto a pasear androides por la ciudad. El único que consiguieron encontrar, aquel tipo de pésima apariencia que en aquel mismo instante estaba infringiendo todas las leyes de tráfico de la ciudad, había parecido llevar a cabo alguna clase de estimación mental del valor de mercado de su desesperación, y luego había pedido un precio astronómico.

Cetrespeó, que estaba muy versado en el arte del regateo, había intentado convencerle de que rebajara el precio, pero Erredós lo había estropeado todo, como de costumbre. El pequeño androide se había lanzado deliberadamente contra la pierna de Cetrespeó para conseguir que se callara. Después Erredós se había limitado a ofrecer todo el dinero de que disponían al conductor.

Su método había dado resultado, cierto, y tenían mucha prisa, pero aun así había momentos en los que esa molesta manera de imponer su voluntad tan típica de Erredós resultaba muy irritante.

El vehículo se desvió hacia la izquierda cuando el conductor dobló una esquina a toda velocidad. Cetrespeó consiguió agarrarse justo a tiempo. Erredós, que se había subido al asiento junto a él, volvió a volcar, y enseguida empezó a soltar pitidos y zumbidos dirigidos a Cetrespeó para que le ayudase a ponerse recto.

—Esta vez debería dejarte donde estás —dijo Cetrespeó con voz malhumorada, a pesar de que mientras hablaba ya estaba ayudando a Erredós a incorporarse—. Te estás mostrando todavía más insoportable que de costumbre.

El conductor tomó otra curva de forma más bien violenta, pero esta vez Erredós conservó el equilibrio. Dejó escapar un borboteo triunfante y desplegó una abrazadera de trabajo para mantenerse inmóvil en un rincón del asiento.

— ¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó—. Sólo espero que todavía lleguemos a tiempo. Según mi información, el proceso es totalmente irrevocable.

Lando Calrissian no podía haber sido más feliz. Tendría que haber pensado en aquel asunto del matrimonio hacía años. Allí estaba, en el primer intento y, por lo que podía ver, haciendo magníficos progresos con rumbo a un acuerdo muy satisfactorio. Estaba seguro de ello incluso después de sólo unos minutos de charla. Karia y él habían congeniado maravillosamente. No sólo era rica, sino que además era joven, encantadora y hermosa. Estaba claro que su información contenía algunos errores, pero esperar una vieja solterona de aspecto temible y encontrarse con una joven diosa era la clase de error que podía digerir sin ninguna dificultad.

El único problema era Luke. Estaba siendo lo suficientemente cortés, desde luego, pero no exactamente encantador. Parecía distraído, distante. Si hubieran estado sentados alrededor de una mesa, Lando le habría dado una patada en la espinilla y habría intentado sacarle de aquel estado. Pero Lando, Karia y Luke estaban sentados en tres sillones extremadamente cómodos vueltos el uno hacia el otro; la alfombra fantásticamente mullida que había debajo de sus pies hubiese bastado para comprar y vender Ciudad Cúpula tres veces, y Karia estaba obsequiándole con una sonrisa que habría derretido la puerta de cualquier bóveda bancaria. Una pequeña parte del cerebro de Lando estaba manteniendo una conversación encantadora en piloto automático, permitiéndole relajarse y admirar a Karia sin tener que preocuparse demasiado. Todo lo demás iba a las mil maravillas. Podía tolerar que Luke no estuviera participando demasiado bien.

Pero al parecer Karia tenía algo en mente. Sonrió apreciativamente ante el encantador cumplido que acababa de salir de la boca de Lando, fuera el que fuese, pero después se inclinó hacia adelante sobre el brazo de su sillón, y su rostro adquirió una expresión un poco más seria.

—Toda esta charla tan agradable me ha encantado —dijo—, pero la gente que viene a verme suele disponer de poco tiempo. He descubierto que prefiero ir a lo realmente importante de la manera más rápida posible. ¿Le parece bien?

Lando sonrió con sólo una sombra de vacilación y asintió.

—Por supuesto.

—Magnífico —dijo Karia—. Está claro que ha hecho averiguaciones acerca de mí, pues de lo contrario no habría venido. ¿Hay algo que deba saber ahora y que ignore? ¿Tiene alguna pregunta que hacer?

Lando volvió a hablar, esta vez sintiéndose un poco más perplejo, pero todavía decidido a interpretar el papel del galante pretendiente.

—Hay..., ah..., hay muchas cosas sobre usted que me gustaría saber, y espero que llegaré a hacerlo, pero nada que deba saber inmediatamente.

—Excelente —dijo Karia—. No le ocultaré nada. Cuando recibí su primera comunicación, llevé a cabo mis propias averiguaciones. Debo confesar que, en circunstancias normales, no tomaría en consideración su propuesta. Pero las circunstancias no son normales. Aunque mi período de descanso ha terminado, mi vida con mi anterior esposo fue... agotadora. No me siento tan descansada y fresca como desearía. Aunque su riqueza no es tan grande como podría ser, aun así es considerable y está aumentando. He quedado impresionada por su trabajo en Ciudad Cúpula. Creo que con el respaldo suficiente, podría alcanzar grandes logros en un corto espacio de su tiempo. Ahora le ruego que me responda honorablemente: ¿piensa lo mismo que yo?

—Desde luego que sí —dijo Lando en el tono más fervoroso de que fue capaz.

—Sí, ya veo que sí —dijo Karia—. Todavía es joven, y está lleno de energías. Bien, hay una cosa que no he podido averiguar mediante mis investigaciones... Me parece que goza de una excelente salud. ¿Es ése el caso?

—Eh... Sí... Sí, por supuesto —dijo Lando, claramente sorprendido por la pregunta—. Todavía me quedan un montón de buenos años que vivir.

Karia se recostó en su sillón.

—Y sin embargo aquí está... Es muy interesante. No es algo inaudito, claro, y sin embargo es muy interesante. Se suele decir que la vela que arde más deprisa es la que da más luz. Hay quienes lo desaprobaban, pero nadie viene aquí salvo por voluntad propia y porque así lo ha decidido libremente. ¿Comprende que el proceso..., que el matrimonio es totalmente irrevocable? ¿Es consciente de que luego resulta totalmente imposible volverse atrás?

Lando estaba empezando a tener la sensación de que se había metido en algo que no entendía.

—Yo..., ah..., nunca se me ha pasado por la cabeza la idea de casarme con usted y luego divorciarme con la esperanza de obtener una compensación financiera, si es a eso a lo que se refiere. Cuando me case, tengo intención de seguir casado.

Karia sonrió y acabó echándose a reír.

—No habría esperanza de compensación financiera en ningún caso, por supuesto, así que tanto mejor.

Al parecer tenía mucha confianza en sus abogados. Era algo que Lando no debía olvidar.

—No, no —dijo—. Hasta que la muerte nos separe, y todo eso.

Karia volvió a ponerse seria.

—Y todo eso —repitió. Miró fijamente a Lando durante un instante muy largo, en lo que estaba claro que era un intento de llegar a una decisión—. Usted me gusta —dijo por fin—. Aunque es joven y tiene buena salud..., me gusta. La vida es para correr riesgos, y yo estoy totalmente a favor de la vida. Ahora su riqueza no es grande, pero es muy posible que llegue a serlo. Le acepto, si usted está dispuesto a aceptarme.

Luke se inclinó hacia adelante en su sillón, y sus ojos fueron de Lando a Karia.

—Qué rapidez tan tremenda —dijo—. ¿Realmente desea tomar ese tipo de decisión tan deprisa?

—Como ya he dicho, quienes acuden a mí rara vez disponen de mucho tiempo que gastar en titubeos. —Karia sonrió—. Tal vez, sólo en esta ocasión, desearía para mí misma el lujo de poder decidir a qué velocidad se hará todo. —Se volvió hacia Lando—. ¿Qué me dice, amable señor? ¿Aceptará, o no aceptará?

—Bueno, yo..., ah..., cualquier hombre se sentiría honrado de aceptarla, mi querida dama Karia. Pero seguramente debemos acordar las condiciones y cláusulas antes de completar el..., eh..., acuerdo matrimonial.

—Muy sabiamente expresado, mi amable señor —dijo Karia—. He hablado demasiado deprisa. Permita que le presente la oferta que le haré. Cásese conmigo, y viva conmigo. Yo le Apoyaré en todo durante cinco años, lo cual es más tiempo de lo normal.

—¿Me Apoyará? —preguntó Lando. Había podido oír con toda claridad la «A» mayúscula en la palabra «Apoyaré»—. ¿De qué manera?

Karia sonrió, como si se tratara de una pregunta estúpida.

—De todas. Cuidaré de su salud, atenderé sus necesidades financieras, le vestiré, le alimentaré y le daré un techo.

—¿Y a cambio? —preguntó Lando.

—Y a cambio usted vivirá bien. Por la ley de nuestro mundo, al casarse conmigo yo me convertiré en su única heredera.

—¿Y yo me convertiré en su heredero? —preguntó Lando.

Karia volvió a sonreír.

—Sí, así es.

—Hay algo que no me ha quedado del todo claro. ¿Qué ocurrirá pasados los cinco años? —preguntó Lando—. ¿Dejará de apoyarme? ¿Ya no estaremos casados?

—Como usted ha dicho, estaremos casados hasta que la muerte nos separe.

—Pero tendré que arreglármelas por mi cuenta, ¿eh? Bien, no cabe duda de que parece justo —dijo Lando—. Pero permítame aclarar algo antes. No quiero limitarme a vivir de usted, y no tengo ninguna intención de hacerlo. Quiero trabajar. Quiero hacer cosas, construir cosas, dirigir cosas. Quiero encontrar grandes proyectos que merezcan convertirse en realidad y hacer que se conviertan en realidad.

—Sí, por supuesto. Ése es su don. Debe dedicarse a él. Está queriendo usarlo, y está dispuesto a sacrificarlo todo por él. Busca una fuente de capital de inversión, y eso es lo que seré para usted. No cometeré la imprudencia de entregarle todo lo que tengo, pero le aseguro que esto... —movió la mano para señalar la increíble opulencia de la casa y los terrenos— es la parte más pequeña de lo que poseo. Dispondrá de la financiación necesaria para hacer lo que quiere hacer. ¿Le parece un acuerdo satisfactorio?

— ¡Sí! ¡Por supuesto! ¡Totalmente! —exclamó Lando.

Nadie le había ofrecido jamás unas condiciones semejantes con anterioridad. Tendría que estar loco para rechazarlas, o para darle una oportunidad de que cambiara de parecer.

Karia se puso en pie.

—Entonces llevemos a cabo la ceremonia —dijo.

Lando y Luke también se levantaron, guiados en parte por los reflejos, y muy sorprendidos.

— ¿Cómo, ahora? —preguntó Lando.

—Desde luego —dijo Karia—. ¿Qué objeto podría tener esperar más tiempo? Los dos sabemos lo que queremos, y cada uno de nosotros sabe qué puede proporcionar el otro. La vida es corta, y el retraso es muerte.

— ¡Espera un momento, Lando! —dijo Luke—. Aquí hay algo que anda mal. No sé qué es, pero algo anda mal.

La afabilidad de Karia desapareció en un instante.

— ¿Acaso el gran Maestro Jedi duda de mi veracidad? —preguntó, con un repentino filo acerado en la voz—. Adelante: mire dentro de mi alma, y vea si el engaño acecha allí. No tengo nada que temer.

—No es necesario —dijo Luke—. No dudo de que sus intenciones sean precisamente las que deberían ser. No pienso que tenga intención de engañarnos. Pero aun así, aquí hay algo que no me gusta. Le suplico que dé tiempo para reflexionar a mi amigo..., aunque sólo sea una hora.

Un destello de ira ardió en los ojos de Karia.

—Dentro de otra hora, tal vez haya llegado otro pretendiente. Dentro de otra hora, puede que su amigo no me guste tanto como me gusta ahora. No. Sabe todo lo que necesita saber, y sabe por qué ha venido aquí. Es ahora o nunca.

Lando agarró a Luke del brazo y tiró de él.

—No te metas en esto, Luke —susurró—. Ella tiene razón. Es justo lo que andaba buscando. No me lo echas a perder.

Luke le miró a los ojos.

—Te digo que hay algo raro aquí, Lando —dijo en voz baja—. ¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo?

Lando sintió que se le formaba un nudo en el estómago, y de repente comprendió que estaba asustado. Estaba muy asustado. De qué, no lo sabía. Pero si fuese un hombre que huía de lo que le daba miedo, entonces la segunda Estrella de la Muerte tal vez aún estaría en el cielo. El valor existía precisamente para emplearlo cuando estabas asustado.

—No, no estoy seguro —murmuró—. Pero como ha dicho la dama, la vida es riesgo. Si el aquí y el ahora es mi única oportunidad, entonces decido aprovechar mi oportunidad. —Se volvió hacia su anfitriona, se alisó los cabellos y tiró de su chaqueta para eliminar las arrugas—. Esa ceremonia... —dijo en el tono de voz más firme y tranquilo del que fue capaz— ¿en qué consiste exactamente?

Karia señaló un dosel rojo de cinco lados que se alzaba en el lado sur de la gran sala.

—La celebraremos allí —dijo—. Nos colocamos debajo del dosel, conectamos un sistema de grabación, repetimos un breve juramento delante de un testigo, ejecutamos el beso de sangre, y ya está hecho.

— ¿El beso de sangre? —preguntó Lando, con una cierta preocupación.

Karia sonrió.

—Un nombre de lo más espantosamente impresionante para un ritual de lo más inofensivo. No es nada: un pinchazo en su índice derecho, y un puntito de sangre. Yo lo beso. Usted hace lo mismo conmigo, y eso es todo. Estaremos casados.

— ¿Y eso es vinculante legalmente? —preguntó Lando—. ¿Estaremos casados a los ojos de la ley, de la sociedad?

Karia volvió a reír.

—Oh, sí, desde luego. No cabe duda de que es una ceremonia vinculante. Estaremos real y plenamente casados el uno con el otro.

Lando respiró hondo y dio un paso hacia adelante. Extendió su mano izquierda hacia su novia, y ella puso la mano en la suya.

—Entonces aquí está nuestro testigo, y el momento es ahora —dijo.

— ¡Lando! ¡No! —protestó Luke, y se dispuso a ir hacia él.

Lando extendió la mano derecha delante de Luke con la palma hacia fuera.

—Es lo que quiero, Luke —dijo—. Es lo que prometiste que me ayudarías a conseguir, sobre el juramento de un Maestro Jedi. Bien, pues te digo que ahora ha llegado el momento de que hagas honor a ese juramento. Serás nuestro testigo.

Lando pudo ver el conflicto de emociones en el rostro de su amigo, el miedo por lo que pudiera ocurrirle luchando con la promesa que había hecho Luke.

—Muy bien —dijo Luke por fin—. Por el juramento de un Maestro Jedi, llevemos a cabo el ritual.

El conductor había girado por donde no debía, y corrigió el error con una vuelta en U de notable violencia. Por fin estaban delante de la casa de Ver Seryan. Cetrespeó comprendió de repente que Erredos no podía salir del aerodeslizador sin ayuda, y sin embargo estaba obstruyendo la puerta.

— ¡Conductor! —gritó, dando golpecitos en la barrera de plástico transparente llena de rayas y arañazos que separaba el asiento delantero del trasero—. Me temo que debo volver a pedirle su ayuda para sacar a mi compañero del vehículo.

El conductor se dio la vuelta y lanzó una mirada de lo más desagradable a Cetrespeó.

— ¡Vamos, caja de latón! ¿Estás loco o qué? Meterle dentro del taxi en el espaciopuerto ya fue bastante duro.

—Cierto —dijo Cetrespeó—, pero cuanto más pronto salga mi compañero de su vehículo, más pronto podrá marcharse usted.

A Cetrespeó no le había pasado desapercibido que al conductor no le gustaba nada la idea de estar tan cerca de la vivienda de Ver Seryan. En cualquier caso, el argumento convenció al conductor. Abrió la puerta del compartimento de pilotaje, salió, abrió la puerta de atrás, colocó una gorda manaza a cada lado de Erredós y lo sacó del taxi con un único y potente tirón. Después dejó caer a Erredós sin más ceremonias sobre la hierba al lado del camino. Cetrespeó a duras penas consiguió salir del taxi antes de que el conductor volviera a colocarse detrás de los controles y se alejara a gran velocidad, utilizando la aceleración de su vehículo para que cerrase de golpe la puerta del compartimento de pasajeros.

— ¡Vaya! —exclamó Cetrespeó—. ¡No puedo decir que lamente perder de vista a ese tipo! Venga, Erredós, tenemos que darnos prisa.

Erredós consiguió enderezarse, pero resultaba obvio que iba a tener algunas dificultades para recorrer la distancia que los separaba de la casa. El pequeño androide hizo girar su sensor visual hacia Cetrespeó y silbó frenéticamente.

— ¡Oh! Cielos, Erredós, tienes toda la razón... Dadas las circunstancias, no cabe duda de que no debería esperarte.

Cetrespeó se volvió hacia la casa y empezó a avanzar hacia ella, moviéndose tan deprisa como podía llevarle su un tanto mal coordinado sistema de locomoción.

Llegar tarde después de todos los problemas que habían tenido sería de lo más lamentable. El amo Luke quedaría terriblemente afectado. Si resultaba que el capitán Calrissian estaba condenado a un peligro mortal, eso sería un tremendo inconveniente para todos.

Estaban inmóviles debajo del dosel rojo junto a la pared sur, y una suave música fantasmagórica brotaba de alguna fuente oculta. Una solitaria vela roja ardía sobre una mesita de cinco lados situada en el centro exacto del dosel, y ardía con una extraña llama azul. Lando estaba inmóvil al lado este de la mesita, y Karia estaba inmóvil en el lado oeste.

Luke, también inmóvil, les contemplaba desde el lado norte del dosel, justo fuera de éste y con toda la gran sala extendiéndose a su espalda. Aquello no le gustaba nada. Pero había hecho un juramento, y no veía ninguna manera de librarse de él. La ceremonia de boda empezó a desarrollarse ante sus ojos.

Karia levantó las manos y se las ofreció a Lando con la palma hacia abajo y poniendo una mano a cada lado de la vela. Lando puso sus manos sobre las de ella, lo bastante cerca de la vela para que la llama azul proyectara su luz sobre la piel.

—Mano izquierda en la derecha, mano derecha en la izquierda —empezó a decir Karia—. El este hacia el oeste, el oeste hacia el este. La salida del sol vuelta hacia el ocaso, como el crepúsculo está vuelto hacia la aurora —siguió diciendo Karia—. Vida, más corta que un momento. Vida, más larga que el recuerdo. Cada lado tocando a cada lado. Dos serán uno, y uno será todos.

Karia inclinó la cabeza, indicando a Lando que debía repetir las palabras.

—Mano izquierda en la derecha, mano derecha en la izquierda —dijo Lando—. El este hacia el oeste, el oeste hacia el este —siguió diciendo, pronunciando cada palabra despacio y con cuidadosa precisión—. La salida del sol vuelta hacia el ocaso, como el crepúsculo está vuelto hacia la aurora. Vida, más corta que un momento. Vida, más larga que el recuerdo. Cada lado tocando a cada lado. Dos serán uno, y uno será todos.

Karia asintió y apartó su mano izquierda de la mano derecha de Lando. Se inclinó sobre la mesa y cogió un instrumento con una empuñadura llena de complejas tallas que recordaba una daga ceremonial. Pero aquella daga carecía de hoja. En vez de ella, tenía una aguja de diez centímetros cuya punta estaba tan afilada que apenas se podía ver. Karia metió la punta de la aguja en la llama de la vela, que pasó de un azul claro a un reluciente rojo oscuro.

Su mano derecha seguía bajo la palma de la mano izquierda de Lando. Karia se la hizo girar hasta que la palma quedó vuelta hacia arriba. Tomó el índice de Lando entre su pulgar y su índice, alzó la daga-aguja y...

Hubo un repentino y violento estallido de golpes en la puerta, tan estrepitosos que tanto Lando como Karia retrocedieron, sobresaltados. El anunciador de la puerta resonó una y otra vez, y un instante después los golpes volvieron a hacer vibrar la puerta.

— ¡Un momento! —dijo Luke, con la mano repentinamente cerca de su espada de luz.

Fuera lo que fuese lo que había al otro lado de la puerta, podía proporcionar unos momentos de retraso. Luke desplegó sus poderes de la Fuerza y descubrió que no conseguía captar la presencia de ninguna mente viva. Eso quería decir que se trataba de alguna clase de androide.

Bueno, daba igual. Tal vez sólo fuese el androide de la tienda de la esquina que había venido a pedir a Karia que pagase su factura, pero a Luke no le importaba. Le proporcionaba un poco de tiempo, y estaba decidido a utilizarlo.

— ¡La ceremonia se interrumpe! —dijo—. No sé quién o qué está al otro lado de la puerta, pero la ceremonia se interrumpe hasta que lo averigüemos. Que ninguno de los dos se mueva.

Karia parecía disponerse a protestar, pero Luke pudo ver cómo sus ojos iban hacia la espada de luz y la contemplaban durante unos momentos. Después asintió y guardó silencio. Lando también asintió.

—Ve —dijo.

Luke giró sobre sus talones y corrió hacia la puerta. Descolgó su espada de luz del cinturón, sólo como precaución. Hizo retroceder el pestillo y abrió la puerta..., y se quedó asombrado al ver que Cetrespeó entraba corriendo en la casa.

— ¡Por todo el espacio! Cetrespeó, ¿qué estás...?

— ¡Alto! ¡Alto! ¡Alto! —gritó Cetrespeó mientras irrumpía en la sala.

El androide dorado se detuvo un momento mientras miraba a su alrededor y vio a Lando y Karia debajo del dosel. Cetrespeó fue a toda prisa hacia ellos, gesticulando frenéticamente. Luke le siguió, totalmente perplejo y sin entender nada.

— ¡No siga adelante, capitán Calrissian! —gritó Cetrespeó—. ¡Alto! ¡Alto!

— ¿De qué estás hablando? —preguntó Lando—. Cetrespeó, éste no es el momento más adecuado para tus intromisiones. Cuando armaste todo ese jaleo en la puerta, pensé que ibas a ser alguien importante. Sal de aquí ahora mismo.

— ¡Pero le digo que no debe seguir adelante! —Cetrespeó se volvió hacia Luke—. Le ruego que se lo diga, amo Luke... ¿Ya han llegado a la ceremonia del beso de sangre?

—No. Estaban a punto de celebrarla —dijo Luke.

—Entonces doy gracias al cielo por haber llegado a tiempo. No debe seguir adelante, capitán Calrissian. ¡Esta mujer es una bruja vital!

— ¿Que es una qué?

— ¡Una bruja vital! —gritó Cetrespeó, señalando a Karia—. El «Ver» honorífico delante de su apellido significa que es una bruja vital.

—Es un término que no me gusta oír —dijo Karia—. Nosotras nos damos el nombre de portadoras de la vida, porque eso es lo que somos realmente. —Miró a Lando—. Pero ¿es que no lo sabía? ¿No estaba al corriente? ¿Cómo ha podido venir a verme sin saberlo?

— ¿Qué es una bruja vital? —preguntó Lando—. ¿Y es usted una?

—Soy una portadora de la vida —replicó Karia.

—Llámelo como quiera —dijo el androide en un tono de voz todavía más preocupado y nervioso que de costumbre—. Pero es verdad. ¡Sí, es verdad! Erredós y yo examinamos los registros antes de venir aquí. Erredós ya debería estar aquí para enseñárselos, pero está teniendo bastantes problemas con esos peldaños. —Cetrespeó se volvió hacia Karia—. Adelante, cuénteselo. Tenemos los registros. Dígales cuántas veces se ha casado.

—Es mi don, el don de las portadoras de la vida —dijo Karia, ignorando a Cetrespeó y dirigiéndose a Lando con una calma muy inquietante—. Sólo se nos encuentra aquí, en este mundo. Nacemos de vez en cuando debido a la casualidad, e incluso aquí somos raras. El nuestro es un don y una habilidad muy especiales. Podemos mantener con vida durante un tiempo a los viejos, los enfermos y los agonizantes estableciendo una conexión muy íntima con ellos. El beso de sangre une mi química corporal a la de mi esposo. Puedo establecer una conexión con su esencia vital, y sustentarle de esa manera. Los enfermos y los agonizantes quedan libres de su dolor, y pueden vivir durante un tiempo disfrutando del vigor y la salud. Ése es el Apoyo del que hablaba. Pero no podemos proporcionar Apoyo eternamente. Podemos mantener a raya el dolor y evitar la muerte, pero sólo durante un tiempo. Después debemos retirar el Apoyo, o morir. Y una fuerza vital que ha llegado a depender del Apoyo no puede sobrevivir durante mucho tiempo por sí sola. Muere.

—Quiere decir que después de cinco años de haberme Apoyado...

—Yo retiraría el Apoyo y usted moriría —dijo Karia—. Pensaba que lo sabía. —Se encogió de hombros—. No sería el primer hombre joven y sano que cambia una vida larga y llena de incertidumbres por una vida corta llena de seguridad y comodidades. Y no, antes de que me lo pregunte, no puedo casarme sin proporcionar el Apoyo. Debemos tener un tiempo de recuperación entre un esposo y el siguiente, pero nuestras fuerzas vitales también acaban siendo moldeadas por lo que hacemos. Una portadora de la vida que no proporcione Apoyo durante un tiempo excesivamente largo no tardará en enfermar y morir.

Lando abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Su amigo Chantu Solk era un caso más típico —siguió diciendo Karia—. Cuando vino a verme ya sólo le quedaban unos cuantos meses, y habrían sido meses de dolor y de progresivo empeoramiento de su salud. Yo le di tres años de salud, comodidad y compañía, y a cambio me convertí en su heredera, y sólo tomé su riqueza cuando ya no podía servirle de nada. ¿No le parece un intercambio justo?

Los ojos de Lando fueron de Karia a Cetrespeó y volvieron a Karia antes de que consiguiera recuperar la voz y lograra dejar escapar una pregunta temblorosa.

— ¿Cuántos esposos? —preguntó Lando.

Karia se irguió cuan alta era, cruzó los brazos delante del pecho y habló en voz baja y con tranquila dignidad.

—No les ocultaré nada —dijo—. La portadora de vida no puede tener hijos. Somos estériles. Pero nuestra compensación es una vida larga, y el tiempo suficiente para hacer nuestro trabajo. Hasta el momento he tenido el honor de sobrevivir a cuarenta y nueve esposos.

— ¿Cuarenta y nueve esposos? —repitió Lando con horrorizado asombro.

Luke miró a Karia, sintiéndose perplejo. ¿Qué edad tenía aquella mujer? ¿Y era realmente una mujer, tenía algo de humana?

Karia Ver Seryan se volvió hacia Lando y sonrió.

—Pero yo pensaba que usted ya sabía todo esto —dijo—. En mis ojos y en mi corazón, nada ha cambiado. Estoy dispuesta a aceptarle, si es que usted quiere aceptarme. Lo único que falta es el beso de la unión, el contacto de mi sangre mezclándose con la suya. Sí, ha habido cuarenta y nueve antes que usted... Pero si todavía desea llevar a cabo la ceremonia, y el matrimonio, será su muerte feliz, dentro de cinco años a partir de hoy, la que redondeará ese número convirtiéndolo en cincuenta.

10

Empieza la función

Algo le estaba ocurriendo a la Estrella Número TD-10036-EM-1271, algo que iba en contra de toda la experiencia y todas las pautas de la mecánica estelar. Fuerzas extrañas se desplegaron sobre ella, y enormes manos invisibles manipularon su interior, obligando al calor y la presión internos a subir hasta niveles que una estrella de esas características nunca experimentaba.

La superficie de TD-10036-EM-1271 empezó a agitarse con un hervor cada vez más violento. Poderosas olas sísmicas empezaron a latir a través de la materia supercomprimida del núcleo de la estrella. Sus capas exteriores empezaron a expandirse como resultado del incremento del calor y la presión. Su color cambió del blanco al amarillo y blanco teñido por una sombra de azul, para pasar después a un palpitante resplandor blancoazulado que se intensificó hasta el ultravioleta...

Y después, de una manera totalmente imposible, TD-10036-EM-1271 estalló.

La cascara de energía producida por la detonación salió disparada al espacio en todas direcciones, un increíble estallido de luz y calor que sería claramente visible para el ojo desnudo en media docena de sistemas habitados..., en cuanto la luz de la explosión llegara a esos sistemas, años o décadas después.

Pero el acontecimiento no tuvo lugar sin ser observado. Por algo más que casualidad, una sonda automatizada estaba allí para presenciar la explosión. Registró meticulosamente cada detalle de la supernova, anotando el tiempo y el lugar y haciendo un examen de las estrellas del fondo para confirmar las coordenadas. Después desconectó sus sistemas de observación y activó su ordenador de navegación. La sonda salió del sistema de la TD-10036-EM-1271, y avanzó hacia el punto en el que podría lanzarse al hiperespacio sin correr ningún peligro. Salió del espacio normal y se precipitó por la oscuridad que se extendía entre las estrellas. Tenía una cita a la que no podía faltar.

Una cita en Corellia.

Han Solo se había ido a dormir sintiéndose muy feliz. Después de haber arropado a los niños, se acostó y cerró los ojos con la mente llena de pensamientos nostálgicos sobre su infancia. Se sentía lleno de amor hacia sus hijos y muy orgulloso de ellos, y se alegró de que todo el mundo estuviese sano y salvo a bordo del viejo y querido *Halcón Milenario*.

Pero todos esos sentimientos y emociones tan agradables se desvanecieron mientras dormía. Aquella noche Han se vio torturado por sueños terribles de todos los momentos más pesadillescos de sus viejas aventuras, los monstruos que habían intentado matarle o devorarlo, el aterrizaje forzoso al que no tendría que haber sobrevivido, las trampas mortíferas en las que se había visto atrapado y de las que, por pura lógica, nunca tendría que haber podido escapar. Han no era la clase de persona que tuviera pesadillas con mucha frecuencia, pero cuando las tenía su impacto siempre era terrible y profundo..., y los peligros a los que se había enfrentado en la vida real eran materia prima más que suficiente para llenar toda una existencia de malos sueños.

Pero los peligros reales a los que se había enfrentado en el pasado palidecían en comparación con el terror imaginario al que Han se había enfrentado en sus sueños durante aquella noche. Se encontró atrapado una y otra vez en los mismos momentos horripilantes. Algo, un algo sin rostro, secreto, oculto y letal, acechaba a Han y a su familia, persiguiéndoles a través de una jungla espantosamente distorsionada, llena de los aullidos y gritos del cazador y de las presas, y donde el aire estaba impregnado de la pestilencia de las criaturas muertas que se iban pudriendo en aquel

calor de baño de vapor. Pero justo en el mismo instante en que el calor, la pestilencia y los sonidos le golpeaban la cara, Han se encontraba corriendo, corriendo por su vida, con su familia unos centímetros por delante de él y Chewie unos centímetros detrás. Los niños lanzaban gritos de terror mientras huían, y Leia iba delante de ellos, abriendo un camino a través de la vegetación con mandobles de su espada de luz.

Han sabía que no debería desperdiciar tiempo o energías intentando ver el algo, pero no pudo contenerse. Se volvió, miró por encima de su hombro y tropezó con una liana que atravesaba el camino.

Se desplomó hacia adelante y cayó con el rostro vuelto hacia arriba, la vista alzada directamente hacia...

Sus ojos se abrieron de golpe y Han comprendió que estaba despierto, sano y salvo en su cama, a bordo de su nave, con Leia junto a él y sin que hubiese ningún peligro que los amenazara. Se irguió, sacó los pies de la cama y se quedó inmóvil en esa postura durante un momento, intentando calmarse. Se dio cuenta de que estaba cubierto por una capa de sudor frío. Respiró hondo y se obligó a relajarse.

Después se levantó, avanzó cautelosamente por entre la oscuridad del diminuto compartimento y salió al pasillo para ir al cubículo sanitario. Encendió la luz, entrecerró los ojos bajo aquella repentina claridad, hizo correr un poco el agua y se la echó en la cara. ¿Por qué le había asustado tanto el sueño?

No necesitó reflexionar mucho para dar con una respuesta. Su familia. El sueño no era sobre Han en peligro, sino sobre su familia corriendo peligro. Allí estaba, a punto de llevar a su esposa y sus hijos a Corellia, donde la Inteligencia de la Nueva República pensaba que había un peligro lo suficientemente serio para que sus agentes desapareciesen, pero no tan serio como para que el hacer que Han y su familia sirviesen como cebos de distracción pudiera provocar algún problema grave. Corellia, donde los piratas habían formado parte de la vida cotidiana incluso en los buenos tiempos... ¿En qué podía haber estado pensando cuando se le ocurrió llevar a Leia y los niños a un lugar semejante?

—Ah, olvídale —le dijo a su rostro en el espejo.

Leia habría ido de todas maneras para asistir a la cumbre comercial, y Han sabía muy bien lo decidida que estaba a mantener a su familia junto a ella. A lo largo de los años ya se habían producido demasiadas separaciones para que Leia —o Han— soportaran una más. Incluso Chewbacca habría insistido en ir..., especialmente si tenía la impresión de que los niños corrían algún peligro.

En resumen, que no había absolutamente nada que Han hubiese podido hacer para impedir que vinieran, por lo menos sin convencer previamente a todo el mundo de que el peligro era mucho más grande de lo que parecía ser.

Y sin embargo... Y sin embargo..., aquella agente de la INR sabía más de lo que les había dicho..., o quizá les había dicho más de lo que sabía en realidad. Había algo que no andaba nada bien. Han estaba seguro de ello.

Echó un vistazo al cronómetro y suspiró. Bien, de todas maneras se suponía que tenía que levantarse dentro de una hora. Volver a dormir no parecía tener mucho sentido, y ya que estaba despierto bien podía ir a la cabina y empezar a prepararse para la llegada al Sistema Corelliano, que tendría lugar dentro de unas cuantas horas.

Volvió al compartimento y se vistió haciendo el mínimo ruido posible. Leia murmuró algo en sueños y se dio la vuelta, pero no se despertó. Excelente. Han volvió a salir al pasillo y fue hasta la cabina de pilotaje.

No se sorprendió demasiado cuando vio que Chewbacca ya estaba allí, sentado en el sillón del copiloto y haciendo comprobaciones de sistemas.

— ¡En, Chewie! —exclamó Han, y dio una palmada en el hombro a su viejo amigo—. Tú tampoco podías dormir, ¿verdad?

Chewie soltó un gruñido gutural y siguió con su trabajo. Han se sentó en el sillón del piloto. Conectó unos cuantos sistemas de control y echó un vistazo a un par de las lecturas, pero después apartó las manos de los paneles de control, se recostó en su asiento, puso una pierna encima de la otra y se dedicó a quedarse absorto en sus pensamientos.

Sus conocimientos de política corelliana estaban veinte años anticuados, como mínimo, pero tal vez bastaran para poder construir algunas teorías. ¿Quién estaba creando problemas? ¿Humanos? ¿Los dralls? ¿Los selonianos? Y, naturalmente, no había que enfocarlo de una manera tan simple. Las tres razas tenían sus propias facciones y, después de todo, las tres razas estaban extendidas por los cinco planetas, lo cual creaba un número vertiginosamente elevado de aliados y enemigos potenciales para cualquier facción dada. ¿Y quién podía decir qué grupos se habían esfumado o habían surgido en todo aquel tiempo?

Pero Han comprendió que no tenía ninguna necesidad de preocuparse por nada de eso. Conocía demasiado bien Corellia. Los dralls eran excesivamente cautelosos e inteligentes para empezar a armar líos que no podían terminar, y los selonianos considerarían totalmente indigna de su atención, por no hablar de lo poco refinada que les parecería, una tarea como la de ir liquidando agentes de la INR. Además, la INR tenía una bien merecida reputación de no meterse con ningún grupo que pudiera haber estado oprimido bajo el Imperio. Para empezar, la INR nunca hubiese metido las narices en los asuntos de los dralls o los selonianos. Aun suponiendo que hubiesen querido intentarlo, habrían descubierto que era prácticamente imposible infiltrar agentes nativos. Decir que el número de dralls o selonianos que vivían fuera del espacio corelliano podía contarse con los dedos de una mano no era ninguna exageración. Incluso si la INR había conseguido encontrar unos cuantos, ¿cuáles eran las probabilidades de que dieran con uno que estuviera dispuesto a jugar a los espías para ellos en contra de su propia especie?

No, la INR no podía hacer gran cosa contra los dralls o los selonianos, y probablemente tampoco haría nada aunque pudiese, y no había muchas probabilidades de que los dralls y los selonianos le dieran una razón para intentarlo. Lo cual dejaba a los humanos, por supuesto. Y, si había varias razones externas que hacían improbable que las especies no humanas fuesen el origen del problema, entonces había montones de razones externas que hacían bastante sensato el considerar a los humanos como los sospechosos más probables de lo que estaba ocurriendo.

Para empezar, el Imperio había sido notoriamente pro-humano. Había tratado a los miembros de casi todas las otras especies como ciudadanos de segunda clase, y eso en el mejor de los casos. Han volvió la cabeza hacia el sitio en el que estaba trabajando Chewbacca. Algunas especies, como los wookies, fueron esclavizadas. Los no humanos con razones para llorar la muerte del Imperio eran muy escasos, pero había muchos humanos para los que la era imperial había sido el mejor de los tiempos. No cabía duda de que en el Sector Corelliano había bastantes humanos que lamentaban la desaparición del Imperio, y que tenían muy pocas razones para amar a la Nueva República.

Pero el simple hecho de que la INR estuviese involucrada hacía probable que la oposición fuera humana. La INR tenía montones de agentes humanos. Eso hacía que a la INR le resultara posible infiltrarse en una oposición humana..., y viceversa.

Han se irguió de repente. Un momento, un momento... Ésa era la parte que le había estado inquietando. Kalenda le dijo que la oposición había conseguido capturar o matar a un mínimo de seis agentes de la INR. Nadie era tan bueno. No a menos que tuvieran ayuda.

Así pues, se podía estar prácticamente seguro de que los malos habían logrado infiltrarse en la INR. Han echó un vistazo a sus instrumentos. Faltaba una hora y media antes de que abandonaran la velocidad lumínica. Bueno, entonces tendrían que usar ese tiempo de la mejor manera posible.

—Todo esto me tiene un poco preocupado, Chewie —dijo.

Chewie respondió con un complicado trompeteo y una exhibición de sus colmillos.

—Lo sé —dijo Han—. Yo también he estado pensando en lo que dijo Kalenda. Es posible que nos estén esperando con algo más que una banda de música preparada para desfilar.

Chewie emitió un sonido más o menos interrogativo y señaló el ordenador de navegación.

—No, eso sería peor —replicó Han—. Con los piratas y todo lo demás, los corellianos siempre han sido muy exigentes en lo concerniente a que la gente salga del hiperespacio en el momento y el lugar exactos. Si alteramos nuestras coordenadas de llegada, nos harán volar en pedazos primero y preguntarán después. No tenemos más remedio que llegar en el momento y en las coordenadas designadas, y estar preparados para cualquier sorpresa que puedan tener esperándonos. Quiero que inspecciones todos los sistemas, y que luego hagas una doble comprobación de los sistemas de armamento y defensa en cuanto hayas terminado. Aunque encuentres un fallo en un sistema secundario, no lo arregles a menos que estés totalmente seguro de que podremos luchar si no nos queda otra opción. Prefiero ver toda la fontanería averiada antes que descubrir en el peor momento posible que los cañones turboláser no funcionan. Volveré enseguida para echarle una mano con eso, pero antes iré a popa para empezar a preparar a todo el mundo.

Chewie sacudió la cabeza en un meneo melancólico y soltó una especie de resoplido con la boca abierta.

—Eh, relájate, ¿de acuerdo? Voy a hablar un ratito con Leia, nada más. No voy a hacerme el nervioso y asustar a los chicos, ¿entendido?

Chewbacca, claramente no muy convencido, respondió con un quejido ahogado.

Han se levantó del asiento y fue a la parte trasera del *Halcón Milenario* para descubrir que los chicos ya estaban levantados y, como era de esperar, que ya habían hecho levantar también a su madre. Los cuatro estaban en la sala comunal, desayunando juntos.

— ¿Qué tal se encuentra todo el mundo esta mañana? —preguntó Han.

— ¡Hola, papá! Estupendamente —dijo Jacen mientras abría un paquete de raciones—. ¿Vamos a llegar a Corellia hoy?

—Claro que sí —dijo Han, sonriendo con toda la jovialidad de que fue capaz—. Pero antes tenemos que salir de la velocidad lumínica, cosa que haremos dentro de una hora y media.

— ¡Caray! —exclamó Jacen—. Eso debe de ser muy interesante de ver. ¿Podemos ir en la cabina y mirar?

—Esta vez no, muchachote. —Si las cosas se ponían feas una vez que estuvieran dentro del sistema, lo último que necesitaría Han sería niños asustados en el asiento de atrás—. Tal vez en otra ocasión. Bueno, chicos, ahora quiero que los tres lo guardéis todo en su sitio, que hagáis lo que diga vuestra madre y que os pongáis los arneses de seguridad para el salto de salida del hiperespacio..., o damos la vuelta y nos volvemos a casa. ¿Entendido?

—Sí, papá —replicaron al unísono Jacen y Jaina mientras Anakin asentía solemnemente y con los ojos muy abiertos.

—Bien —dijo Han—. Ahora, quiero tomar prestada a vuestra madre durante un momento, y después tengo que regresar a la cabina de pilotaje; eso quiere decir que no os volveré a ver hasta

después de que entremos en el espacio corelliano, así que portaos bien hasta entonces. ¿De acuerdo?

Han fue recompensado con un ruidoso coro de muestras de conformidad y asintió. Salió al pasillo con Leia y cerró la compuerta de la sala detrás de ellos.

— ¿De qué se trata, Han? —preguntó Leia antes de que Han hubiera tenido una oportunidad de hablar.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Han, un poco sorprendido por el tono de voz un tanto seco que había empleado.

— ¿Qué es lo que te ha tenido tan preocupado desde antes de que nos fuéramos?

Han curvó los labios en una gran sonrisa torcida, más por reflejo que por ninguna otra cosa, y se preparó para negarlo todo. Pero enseguida cambió de parecer, y permitió que su sonrisa se desvaneciera. Aquella mujer era su esposa. Era la madre de sus hijos. Además, y eso quizá fuera todavía más importante, aquella mujer era Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República, heroína de guerra, con grandes habilidades en el uso de la Fuerza y capaz de llegar a ser tan implacable como un asesino noghri. Han no podía tratar de engañarla y tener ni la más leve esperanza de conseguir salirse con la suya.

Aparte de todo eso, el intentarlo estaría muy mal. Han tenía el deber de jugar limpio, y no había nada a ganar fingiendo que todo iba estupendamente..., no cuando resultaba obvio que no estaba logrando engañarla.

—No sé qué anda mal —dijo—, pero hay algo que anda mal. No vi que tuviera ningún sentido preocuparte cuando para empezar yo tampoco sabía nada. Una agente del INR vino a verme hace unos días y dijo que sus agentes en el Sector Corelliano habían dejado de informar. Ése es el único dato claro que conseguí sacarle. No creo que ni ella misma supiera mucho más.

—Bueno, ¿y por qué fue a verte y te dijo eso? —preguntó Leia.

—Querían que atrajese la atención en Corellia, que actuara de una manera sospechosa. Desean que haga que quienquiera que sea mire en mi dirección, porque así quizá dejará de crear problemas a su gente.

—Tampoco veo ninguna necesidad de pedirte que hicieras eso —dijo Leia—. No me acuerdo de cuándo fue la última vez en que no atrajiste la atención o no actuaste de manera sospechosa.

Han sonrió, pero sabía que Leia tenía razón.

—Lo sé, lo sé. Ningún malo corelliano creería jamás que sólo soy un turista. Tendrían que vigilarme.

— ¿Y entonces qué razón puede tener la INR para pedirte que hagas lo que harías de todas maneras a fin de que la oposición haga lo que haría de todas maneras?

—He estado pensando en eso —dijo Han—. Creo que era una advertencia. Cuanto más pienso en ello, menos seguro estoy de que esa agente estuviera autorizada a explicarme lo que se estaba cociendo.

— ¿Una advertencia de qué?

—De que tal vez estemos a punto de meternos en una situación bastante fea. No lo sé, Leia... He estado a punto de cancelar el viaje por lo menos media docena de veces desde entonces. Pero si la INR opinara que la familia de la jefe del Estado no ha de ir a algún sitio, entonces lo dirían. Pienso que la agente trataba de decirme que fuese con cuidado. No creo que estuviera intentando decir que corremos peligro.

Leia suspiró y apoyó la espalda en el mamparo.

—¿Y eso es todo? —preguntó—. ¿No hay nada más que te preocupe aparte de eso?

—Bueno, hay otra cosa. Cinco minutos después de que se fuera, Chewie detectó la presencia de un androide de exploración que andaba figoneando por allí. Intentamos capturarlo, pero ese androide de exploración nos devolvió el fuego en vez de autodestruirse. Chewie se lo cargó justo antes de que el androide se me cargara a mí. No creo que tuviera ocasión de informar antes de ser destruido, y en primer lugar tampoco creo que dijéramos nada que tuviese mucho interés.

Leia enarcó una ceja.

—Ya me pareció notar un cierto olor a quemado cuando volviste a casa esa noche.

—No sé por qué me tomo la molestia de tratar de engañarte —dijo Han.

—Bueno, pues no lo intentes. ¿Había algo más? Que un androide de exploración estuviera a punto de matarte ya es bastante malo, pero quiero saber si hay algo más que te preocupe aparte de eso.

—Nada aparte del hecho de que se trata de Corellia —dijo Han—. Pero eso ya es suficiente para hacer que quiera encontrar razones que me permitan olvidar todo el asunto. La vida política de este sitio es tan fea y complicada como la de una madriguera de serpientes, más o menos.

—Ésa es la razón por la que he venido aquí —dijo Leia.

Leia había logrado esquivar la mayor parte de las peticiones de que apareciese en la coronación de aquel planeta o pronunciara un discurso en el comienzo de curso de la universidad de tal otro, o de que saliera corriendo para resolver una pequeña disputa diplomática o apagar a pisotones un incendio político menor. Había hecho falta mucho tiempo y determinación por su parte para conseguir que las cosas funcionaran de tal forma que no la llevaran a rastras a todos los cortes de cinta y jaleos jurisdiccionales de la Nueva República.

El mismo hecho de que hubiese accedido a ir a Corellia demostraba lo importante que era el lugar..., y lo difícil que iba a ser resolver los problemas corellianos. Pero si conseguían que Corellia volviese a quedar abierta al comercio y reanudara las relaciones normales con el resto de los Sectores del Núcleo, sería un progreso increíble. Eso resolvería de un solo golpe la mitad de los problemas diplomáticos de la Nueva República. La simple presencia de Leia ya era una señal que decía claramente a todo el mundo la importancia que la Nueva República atribuía a resolver la situación corelliana.

Sin embargo, eso también elevaba muchísimo el nivel de visibilidad del viaje. Significaba que las apuestas, que ya eran altas, se habían vuelto repentinamente más altas. Los peligros eran demasiado hipotéticos y demasiado poco claros para poder permitir que interfiriesen. Además, los peligros tal vez ni siquiera existiesen fuera de la fértil imaginación de una agente de la INR.

—Tenemos que ir, ¿verdad? —preguntó Han.

—Pero no tiene por qué gustarnos —dijo Leia—. Ya casi es hora —añadió—. Será mejor que vayas a proa y empieces a prepararte.

Han dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo —dijo.

Dio un beso a Leia y volvió a la cabina, pero titubeó un momento delante de la compuerta sellada. Habérselo contado todo hacía que sintiera un extraño alivio. El peligro —si realmente existía un peligro— no había disminuido en lo más mínimo, pero por lo menos el secreto había dejado de serlo. A Han no le gustaba nada ocultarle cosas a Leia.

Pero ya había dedicado demasiado tiempo a todo aquello. A Han nunca le había interesado mucho la introspección en general, y en aquel momento tenía otras cosas de que preocuparse.

Colocó la palma de su mano sobre el botón, la compuerta se hizo a un lado y Han se dejó caer — más bien pesadamente— en el asiento del piloto.

Era hora de ponerse a trabajar.

Han volvió a echar otro vistazo al reloj de cuenta atrás del ordenador de navegación. Se estaban aproximando. Sólo faltaban unos minutos más para la salida del hiperespacio. Chewie había comprobado todos los sistemas cruciales por dos veces, prestando una atención especial a las defensas y el armamento. Dejando aparte el entrar en un muelle espacial y llevar a cabo comprobaciones visuales, estaban todo lo preparados que podían llegar a estar.

Y, presumiblemente, también lo estaban sus amigos de Corellia. Sin duda conocían las coordenadas de llegada del *Halcón Milenario* tan bien como el mismo ordenador de navegación del *Halcón*. Tal vez mejor, dado el un tanto accidentado historial del ordenador en lo que concernía al departamento de fiabilidad. Si había alguna sorpresa —para decirlo más claramente, si había alguien interesado en asesinar a la jefe del Estado—, era casi seguro que actuarían unos momentos después de que la nave saliese del hiperespacio.

Así pues, ¿por qué permitírsele? ¿Por qué correr el riesgo? ¿Qué sentido podía haber en seguir las reglas del Control de Tráfico de Corellia si eso significaba que iban a ser atacados? Han tomó una decisión.

—Chewie, olvida todo lo que he dicho antes. Vamos a salir del hiperespacio con veinte segundos de adelanto, y que esos chicos tan quisquillosos del control de tráfico se lo tomen como quieran.

Sus palabras hicieron que Han se ganara el rugido de queja que había esperado oír.

—Me da igual lo lejos de la zona de llegada que nos lleve el hacerlo —dijo—. Podemos echarle la culpa al ordenador de navegación, y dejar que la Nueva República pague las multas. Esta situación sigue sin gustarme nada, y prefiero estar fuera del curso que aparecer en el espacio normal centrado en la mirilla de tiro de algún pirata.

Chewbacca asintió para indicar que estaba de acuerdo con él e hizo una pregunta mediante un gruñido ligeramente más ronco.

—Sí, he pensado en seguir más tiempo dentro del hiperespacio y salir más cerca del planeta —replicó Han—. Pero me parece que es más inteligente aparecer por detrás de nuestro punto de llegada, en vez de por delante de él. Además, cuanto más pronto estemos dentro del sistema y podamos informar de nuestra llegada y posición, más pronto podremos pedir ayuda si la necesitamos.

Chewbacca se lo pensó durante unos momentos y acabó asintiendo.

—Muy bien, entonces vamos allá —dijo Han. Se inclinó hacia adelante y conectó el intercomunicador—. ¿Todo el mundo bien ahí atrás? —preguntó.

Hubo un ruidoso coro de gritos por parte de los miembros más jóvenes de la tripulación, y después Leia habló.

—Estamos estupendamente, Han. ¿Falta poco?

—Ya casi hemos llegado —dijo Han—. Voy a salir veinte segundos antes de lo previsto, sólo por si acaso.

Han mantuvo su voz firme y despreocupada, sabiendo que los chicos podían oírle y no deseando alarmarles. Quería que aquello pareciese un asunto de rutina en vez de un cambio importante en los planes.

—Me parece muy bien —dijo Leia, y su voz sonó tan tranquila como la de Han—. Estaba a punto de sugerírtelo.

—Me alegra oírlo —dijo Han—. Te veré al otro lado.

Movió la palanquita del intercomunicador hasta la posición de apagado, y después comprobó el sistema. Sería el momento ideal para dejarlo conectado por accidente. Si las cosas se ponían al rojo vivo, Han no quería que los chicos lo escucharan todo ahí atrás.

Extendió la mano derecha, flexionó los dedos dos veces y agarró la palanca de control de la velocidad lumínica. Después extendió la mano izquierda y desconectó el sistema automático del ordenador de navegación, pero dejó que la cuenta atrás siguiera funcionando.

—Bueno, Chewie, voy a sacarnos de la velocidad lumínica a menos veinte segundos. Mantente atento.

Los números fueron sucediéndose en la cuenta atrás, y los segundos se derritieron.

Han mantuvo los ojos clavados en el reloj de la cuenta atrás y empujó hacia adelante las palancas de control de la velocidad lumínica justo cuando el reloj llegaba a la marca de los veinte segundos. El universo volvió a aparecer y el visor se llenó de líneas estelares que se transformaron rápidamente en los familiares puntos de luz, las estrellas de Corellia. Las estrellas del hogar.

Durante un momento, y sólo durante un momento, Han se permitió el lujo de disfrutar contemplando las estrellas que había conocido y amado de niño. Escogió dos de las constelaciones que habían estado en el cielo cuando él estaba creciendo. Los recuerdos de su juventud inundaron su mente con una fuerza incontenible y sin que Han los hubiera llamado. Las cálidas noches de verano en que alzaba los ojos hacia un cielo lleno de estrellas invitadoras que parecían estar tirando de él, llamándole...

Un gruñido de advertencia de Chewie hizo que Han volviese a la realidad. Parpadeó, y descubrió que sus manos ya estaban encima de los controles adecuados. Se preparó para ponerse en marcha.

Pero el sistema de comunicaciones se iluminó antes de que pudiera actuar.

—Vehículo desconocido, se encuentra en una zona restringida. Aquí el Control de Tráfico de Corellia. Identifíquese inmediatamente —exigió una voz bastante brusca.

Han respondió con la pequeña mentira que ya tenía preparada.

—Control de Tráfico de Corellia, aquí el *Halcón Milenario*. Hemos sufrido un ligero error de navegación. Nos estamos preparando para proceder hacia las coordenadas de entrada designadas.

Hubo un corto silencio antes de que obtuvieran una respuesta.

—Muy bien, *Halcón Milenario*. Procedan a la velocidad de tránsito estándar hasta las coordenadas de cita designadas y esperen allí hasta recibir nuevas instrucciones.

¿Coordenadas de cita? No se suponía que tuvieran ninguna cita con nadie. ¿Sería posible que alguien de Corellia les tuviera reservada una sorpresa?

—Así lo haremos, Control de Tráfico de Corellia —respondió Han, mirando a Chewie. La expresión de su rostro dejaba bien claro que el wookiee también había captado aquel pequeño error—. Parece como si nos estuvieran diciendo más de lo que pretendían —añadió Han. Después confirmó su lectura del planeta Corellia, una resplandeciente canica azul y blanca suspendida en el cielo, hizo un rápido cálculo de trayectoria hasta las coordenadas de cita y conectó los motores sublumínicos—. Allá vamos, Chewie. Iniciamos el curso hacia el punto designado como objetivo. Bien, vamos a ver si hay algún comité de recepción...

Pero Chewie ya estaba haciendo que los sensores pasivos de largo alcance efectuaran un barrido..., y el barrido no tuvo que esforzarse mucho para encontrar algo. Estaba allí, centrado exactamente j en las coordenadas de entrada previstas para el *Halcón*: no menos de seis débiles ecos en una formación esférica. Si el *Halcón* hubiera aparecido donde se suponía que tenía que hacerlo, habría estado rodeado.

Han dejó escapar un suave silbido.

—Todo un comité de bienvenida —dijo—. Pequeñas naves militares de algún tipo... Ahora nos resulta difícil verlas, y si no dispusiéramos de los sensores de especificaciones militares no podríamos verlas en absoluto. Pero ¿es una guardia de honor para la jefe del Estado, o es que alguien ha tenido la brillante idea de arrestar a Leia?

Chewie soltó un resoplido levemente despectivo terminado por una especie de ruido de interrogación.

—Bueno, sí, podría ser a mí a quien quieren arrestar —dijo Han—. Pero esas órdenes de busca y captura tendrían que haber expirado hace años. Créeme, lo comprobé. Pero no importa. Con seis escoltas esperándonos, está claro que no podemos tratar de salir huyendo. Tiene que haber alguna otra patrulla preparada para cortarnos la huida.

Chewie emitió un gruñido ahogado para indicar que estaba de acuerdo con él.

—Bueno, de acuerdo —dijo Han—. Tienen sensores de calidad militar, y están recibiendo datos del Control de Tráfico de Corellia. Pero apuesto a que piensan que nosotros tenemos la parrilla comercial estándar que figura en nuestros registros. Y si no saben lo buenos que son nuestros detectores, pensarán que no podemos verlos desde tanta distancia. Así pues, ¿qué es lo que hacen cuando ellos pueden vernos y piensan que nosotros no podemos verlos?

Han contempló la pantalla en silencio durante unos momentos y obtuvo su respuesta.

—Se mueven —le anunció a Chewie, aunque el wookiee estaba viendo la misma imagen en su pantalla—. Vienen en línea recta hacia nosotros. Y eso no nos dice absolutamente nada, claro... Una guardia de honor o unos bandidos harían exactamente lo mismo.

Chewie borboteó una protesta.

—Sí, tienes razón —dijo Han—. Han abandonado su posición espantosamente deprisa. No pueden haber elegido un curso y haber cronometrado una maniobra sincronizada de ese tipo en tan pocos segundos. —Han reflexionó durante unos momentos—. Preprogramado —dijo por fin—. Acaban de llevar a cabo una maniobra preprogramada, y vienen directamente hacia nosotros. Salvo que estamos un millón de kilómetros más atrás de donde deberíamos estar. Chewie..., ¡desconecta los motores principales y dame imágenes de los detectores traseros, y aprisa!

La inmensa mayoría de las naves tenían puntos ciegos en la popa, allí donde los chorros de impulsión de los motores sublumínicos interferían de manera muy efectiva prácticamente todas las frecuencias visuales y sistemas de detección. El *Halcón* tenía un punto ciego mucho más pequeño de lo habitual, aunque seguía teniendo uno. Pero si desconectaba los motores sublumínicos, podía utilizar sus detectores traseros.

Al igual que a la mayoría de los pilotos, a Han no le gustaba demasiado esa maniobra porque era probable que necesitara emplearla en el preciso instante en que menos podía permitirse tener desconectados los motores. Normalmente se habría limitado a hacer girar la nave para poder emplear los detectores delanteros..., pero con una flota de seis naves armadas, posiblemente deseosas de apretar el gatillo y con unos motivos más bien dudosos acercándose a toda velocidad, no parecía ser el mejor momento para las maniobras violentas.

Los motores sublumínicos se apagaron con un gemido ahogado, que era normal, y un repentino golpe sordo, que no tenía nada de normal. Chewie y Han intercambiaron miradas, pero después Han se encogió de hombros.

—Esta vieja bañera siempre se está inventando nuevos ruidos —dijo, intentando sonar optimista—. Probablemente no es nada.

Chewie se disponía a replicar, pero la imagen del detector trasero llegó a sus pantallas justo en ese momento..., y de repente un posible problema con los motores sublumínicos dejó de ocupar el primer lugar de la lista. Tenían compañía aproximándose para hacerles una visita, y venía a toda velocidad y en línea recta hacia el *Halcón*.

Había tres naves que se dirigían hacia el *Halcón*, y ya estaban lo bastante cerca para que Han pudiera hacer un examen visual de ellas.

— ¡Tres Feos a popa! —gritó—. Odio a los Feos.

Han tenía razones para odiarlos. Los «Feos» eran una pequeña y desagradable especialidad de los astilleros corellianos de peor reputación, y consistían en aparatos montados a partir de cualquier tipo de restos que el azar hubiera llevado hasta sus pilas de chatarra. A juzgar por su aspecto, dos de aquellas cosas —Han era incapaz de llamarlas «cazas» o «naves»— habían iniciado su vida siendo alas-X. Pero las alas habían sido arrancadas, y los escudos laterales de un par de viejos modelos de caza TIE habían sido soldados al casco ocupando su lugar.

El tercer Feo ni siquiera era tan reconocible. Tenía una carlinga procedente de un carguero ligero corelliano —una de las naves hermanas del *Halcón*— unida con pernos y remaches al fuselaje de un ala-B seriamente dañado, con un cañón turboláser suspendido debajo del vientre de la nave. Dado su aspecto, el láser había iniciado su vida formando parte de una unidad terrestre. Al artillero tendría que haberle sido prácticamente imposible apuntarlo con mucha precisión, pero con un cañón de ese tamaño, al artillero le bastaba con tener un poco de suerte una sola vez.

El problema con los Feos era que resultaba imposible conocer sus capacidades. Los cazas X-TIE podían no tener ni un solo escudo, o contar con escudos el doble de potentes de lo habitual. Uno podía tener un armamento totalmente diferente del otro. No era probable que ninguna de las tres naves estuviera en condiciones de moverse demasiado bien por el espacio, lo cual significaba que los pilotos tenían que ser o idiotas o unos suicidas, si es que no ambas cosas. En cualquier caso, tampoco era probable que los pilotos de los Feos fuesen demasiado buenos..., y en una pelea a escasa distancia, un mal piloto desesperado a bordo de una nave de la que no podía fiarse podía ser más peligroso que un buen piloto que valorase su pellejo y supiera lo que su nave podía hacer y lo que no podía hacer. Lo peor de todo, sin embargo, quizá fuese el hecho de que sólo las auténticas heces del espacio corelliano usaban Feos. Aquellas cosas siempre eran pilotadas por piratas que habían agotado su suerte, mercenarios capaces de cambiar de bando en plena batalla si el precio ofrecido a cambio les parecía adecuado, perdedores a los que ya no les quedaba nada que perder... y personas que no deseaban ser identificadas.

Todo eso pasó por la mente de Han en un poco menos del tiempo necesario para que su corazón latiese una vez. Se volvió hacia Chewie y se dispuso a ordenarle que levantara los escudos principales y conectara los cañones láser delanteros, pero Chewie ya lo estaba haciendo. Han pasó al renglón siguiente en su agenda de preocupaciones.

—Tendrás que pilotar la nave, Chewie —dijo—. Yo manejaré el láser cuádruple de la torreta superior.

Chewie asintió y movió frenéticamente una mano, apremiando a Han a que se pusiera en camino. Han presionó el botón de apertura de la compuerta, y ya estaba al otro lado del umbral antes de que el mecanismo se hubiera abierto del todo. Fue rápidamente por el pasadizo de acceso

a la torreta láser superior y se instaló en el asiento de control. Después se puso el comunicador en la cabeza y conectó la torreta.

— ¡Chewie! —gritó—. Los tengo en campo visual. Todavía no están a nuestro alcance, y quiero que las cosas sigan así. —Con los chicos a bordo, Han estaba más interesado en correr que en liarse a tiros con una pandilla de Feos, y tal vez también con la guardia de honor si sus integrantes resultaban ser menos que honorables—. Vuelve a conectar los motores sublumínicos y sácanos de aquí.

Han hizo girar la torreta y centró la mira en el primer caza X-TIE. Se disponía a abrir fuego cuando el *Halcón* viró repentinamente, describiendo una rotación de noventa grados. Chewie estaba colocando la nave en una trayectoria que los sacaría de allí haciendo que pasaran por entre aquellas naves. Excelente. Si eso hacía que salieran de allí, a Han le daba igual haber perdido la oportunidad de disparar. Esperó a que los motores sublumínicos se encendieran y los alejaran de aquel lío.

Pero no ocurrió nada. Han, que había aprendido por amargas experiencias pasadas lo que significaba el que no ocurriese nada en aquellos momentos, ya sabía cuál era la historia antes de que Chewie llegase a rugir su frustración. Aquel golpe inesperado cuando Chewie desconectó los motores sublumínicos había significado algo después de todo. Han alzó la mirada hacia el panel de acceso justo a tiempo de ver cómo Chewie pasaba corriendo por la base del pasadizo, dirigiéndose hacia los paneles de acceso de los motores sublumínicos.

Han dirigió una silenciosa oración salpicada de juramentos a cualquier poder que pudiera estar observando lo que les ocurría y le pidió que, por una vez, fuese un problema menor. Después expulsó el ruego de su mente y se concentró en los Feos que seguían aproximándose. Examinó su pantalla táctica, y vio que estarían a su alcance dentro de 2,5 segundos. La pantalla táctica estaba preparando una pasada de fuego automatizado, pero Han la puso en manual. No confiaba en un ordenador para que se encargase de disparar por él. Empezaría liquidando el ala-B remodelado con el cañón láser. Era la nave que suponía la mayor amenaza. Después de todo, que el cañón láser del ala-B fuese difícil de apuntar no era más que una simple conjetura por parte de Han. Tenía que fijar la puntería, y rezar para que Chewie hubiera puesto todos los escudos al máximo antes de ir corriendo hacia los motores.

El ala-B se estaba acercando. Han esperó durante una fracción de segundo más de lo que hubiese querido, y permitió que el ala-B entrara de lleno en su radio de alcance. Después tiró del gatillo y lanzó una prolongada andanada de disparos. Consiguió acertar a su objetivo con una bonita serie de impactos en el centro mientras éste pasaba a toda velocidad, e hizo girar la torreta láser cuádruple para soltar otra descarga contra sus motores sublumínicos. Un motor de babor se iluminó repentinamente y después quedó a oscuras. Excelente. Eso no era meramente un impacto claro, sino uno que había causado algunos daños. Han volvió a hacer girar la torreta cuádruple para probar suerte con los cazas X-TIE, y de repente se dio cuenta de que habían pasado de largo junto con el ala-B, moviéndose en formación a estribor de éste.

Y un instante después se dio cuenta de algo más. Habían pasado de largo frente a él. Han había sido ignorado por completo. Ninguno de ellos había hecho ni un solo disparo.

—Oh, no —murmuró para sí mismo.

¿Acababa de disparar contra tres naves potentemente armadas que no tenían nada contra él, y que meramente daba la casualidad de que estaban moviéndose por el mismo vector que la suya? Cuando Han era suboficial de la Flota del Sector Corelliano de la antigua Armada Imperial había un viejo dicho bastante popular: «Nunca hagas enfadar a un Feo». Por lo que recordaba Han, existían muy buenas razones para ese consejo.

Los motores sublumínicos volvieron a funcionar de repente, encendiéndose con una brusca sacudida que se hizo sentir por toda la nave, con sistema de gravedad artificial o sin ella..., y después volvieron a apagarse tan deprisa como se habían encendido. Han supuso que Chewie había conseguido que volvieran a funcionar haciendo lo que hubiese hecho en la popa, y que luego se había visto obligado a desconectarlos hasta que pudiera volver a la cabina y encenderlos nuevamente desde allí. Han calculó cuánto tiempo necesitaba normalmente Chewie para llevar a cabo aquella clase de maniobra, añadió medio paso de retraso para compensar el que Chewie estuviera falto de práctica, y después echó otro rápido vistazo por el acceso. Y, por supuesto, allí estaba Chewie, volviendo a toda velocidad a la cabina.

Han se permitió lamentar durante un momento no haber puesto a Leia en el cañón cuádruple. De esa manera él podría haber permanecido en la cabina mientras Chewie iba corriendo de un lado a otro para encargarse de las reparaciones. Ya era demasiado tarde para esa idea, y además alguien tenía que vigilar a los niños. Los pobres chavales ya debían de haber sucumbido al pánico a esas alturas. Han no podía hacer nada al respecto, por supuesto, aparte de seguir ocupándose de la torreta láser.

Un sonido mitad gemido y mitad gruñido procedente de los auriculares de su comunicador indicó a Han que Chewbacca volvía a estar en los controles de vuelo. Hubo otra fuerte sacudida cuando el wookiee conectó los motores sublumínicos a plena potencia, y Han intentó no perder de vista a los Feos mientras éstos iban en línea recta hacia las naves de la guardia de honor. El *Halcón Milenario* empezó a moverse en ángulo recto con relación a la línea que unía los Feos y la guardia de honor. Pero algo andaba mal. Sí, algo andaba muy mal... Ni los Feos ni la guardia de honor estaban prestando la más mínima atención al *Halcón*.

— ¡Parada total, Chewie! —gritó Han—. Apaga los motores, haz un giro de ciento ochenta grados, invierte la impulsión y manténos en esa nueva posición. —Chewbacca replicó con un rugido de protesta totalmente predecible, pero Han lo acalló con otro grito—. ¡Hazlo! —ordenó—. Hay algo que no anda bien. Ese ala-B montado con remiendos podría habernos vaporizado con el primer disparo desde aquella distancia, y ni siquiera lo intentó.

La voz de Chewbacca volvió a resonar en el oído de Han, esta vez no con tanta potencia como antes.

—Conque si fuesen piratas habrían intentado dejarnos incapacitados, no freímos... Bueno, ¿y qué? Tampoco intentaron hacer eso. Y deberían haberlo hecho. Nos tenían bien pillados. Un disparo en nuestra parte trasera cuando estábamos saliendo del hiperespacio y seríamos almuerzo.

La voz de Leia llegó desde la sala de la nave.

—Han, aquí Leia hablando por un comunicador de cabeza. —Le estaba diciendo que los niños no podían oírles—. ¿Qué está ocurriendo?

—Más tarde, Leia. No me tires del codo precisamente ahora, ¿de acuerdo?

Han alzó la mano y eliminó la sala de su circuito de comunicaciones. No era la forma más respetuosa de tratar a su esposa, pero por otra parte una sola distracción de más podía resultar fatal en aquellos momentos. Ya podría pedirle disculpas más tarde, si es que seguían vivos.

—Parada total, Chewie..., y ahora mismo —volvió a decir—. Invierte el curso y mantén esta posición, y luego ajusta la altitud de la nave para que los dos tengamos una buena visión de..., de lo que sea que está pasando allí fuera.

La nave volvió a temblar cuando Chewie por fin obedeció sus órdenes, y el *Halcón* se quedó inmóvil en su nueva posición. Han comprobó sus sistemas para asegurarse de que la pantalla táctica estaba quedando grabada, y después usó el amplificador para obtener una buena imagen de los Feos.

Ya casi estaban encima de la guardia de honor..., pero en vez de enfrentarse a ella lo que hicieron fue virar y...

— ¡Potencia máxima a todos los escudos delanteros y de estribor, Chewie! ¡Ahora!

Los Feos estaban abriendo fuego contra el *Halcón*, desde un ángulo de disparo mucho peor y a veinte veces la distancia de su aproximación anterior, con el factor sorpresa desaparecido y con las naves de la guardia de honor —si es que eran una guardia de honor— prácticamente a punto de caer sobre ellos. Pero ¿por qué? ¿Por qué? Una andanada de haces de energía bastante mal dirigidos surgida del láser de superficie del ala-B pasó junto al *Halcón*, rebotando en los escudos y haciendo oscilar la nave. Habían fallado por poco, pero tendrían que haberse acercado mucho más.

La voz de Chewie volvió a gruñir en sus auriculares, pero Han le interrumpió.

— ¡No, no maniobres! —gritó—. Están disparando para no dar en el blanco. Ni siquiera una pandilla de Feos podría fallar tan completamente desde esa distancia a menos que lo estuvieran intentando deliberadamente. Si mueves la nave, podemos meternos en la trayectoria de un disparo que había sido calculado para que nos pasara rozando. Conserva la posición. No estoy seguro, pero creo que sé qué está ocurriendo.

Han contempló cómo las naves de la guardia de honor se lanzaban sobre los tres Feos, ninguno de los cuales hizo un trabajo muy creíble a la hora de responder a la amenaza. El ala-B ignoró su ataque por completo, y se concentró en seguir disparando haces que fallaban por muy poco y obtener algún que otro impacto de refilón en el *Halcón*. Los cazas X-TIE se volvieron contra los intrusos y lanzaron varias andanadas, todas con muy poco efecto. Para el ojo experimentado de Han resultaba obvio que o las armas de los cazas X-TIE andaban extremadamente escasas de energía, o las patrulleras de la guardia de honor contaban con unos escudos inconcebiblemente potentes, lo cual suponía un blindaje mucho mejor del que Han podía atribuir a un vehículo de esas dimensiones. Y si tenían escudos tan buenos, entonces ciertamente no podían tener cañones láser de ningún tamaño. Sin embargo, bastaron sólo cinco o seis disparos de la patrullera que lideraba la formación para dejar incapacitado uno de los X-TIE. Sus motores y su armamento dejaron de funcionar, y la nave se alejó a la deriva. Tres patrulleras llevaron a cabo una maniobra sincronizada innecesariamente compleja y aparecieron por debajo del otro X-TIE con todo su armamento haciendo fuego. El X-TIE viró, consiguió hacer unos cuantos impactos en la patrullera que abría la formación y después perdió su ala izquierda, que quedó arrancada del casco.

Con su cobertura de cazas desaparecida, el ala-B por fin interrumpió su nada efectivo ataque contra el *Halcón* y viró de una manera más bien torpe y lenta. Dirigió su cañón hacia la única patrullera que no había conseguido hacer gran cosa aparte de volar en línea recta, y el pequeño caza estalló bajo su primer disparo. Las cinco patrulleras restantes convergieron sobre el ala-B desde todos los lados y concentraron su fuego en ella. El ala-B sufrió varios impactos directos desde múltiples direcciones, y una pequeña explosión producida en el centro de la nave hizo que empezara a girar sobre sí misma. Las patrulleras siguieron lanzando su fuego sobre ella desde todos los puntos de la brújula. Otra explosión en la popa del ala-B hizo que los giros se volvieran todavía más incontrolables. Después toda una serie de detonaciones se abrió paso a través del interior de la nave, confundiéndose en una gigantesca tempestad de fuego que iluminó el cielo y dejó cegado a Han durante unos momentos antes de irse convirtiendo en un chisporroteo que no tardó en desvanecerse. El Feo improvisado con un ala-B y restos varios ya no estaba allí.

Han contempló cómo las patrulleras supervivientes ejecutaban un grácil giro de victoria conjunto sobre su eje.

—Muy bonito —dijo—. Oh, muy bonito. Casi hace que quiera creerlo... Pero me pregunto si tendrán el descaro necesario para seguir con la mascarada hasta el final.

—*Halcón Milenario*, aquí el capitán Talpron al frente del Escuadrón Dos, del Servicio Espacial de las Fuerzas de Defensa de Corellia. ¿Están bien?

—Ah, sí —dijo Han, intentando sonar convincentemente agradecido—. Estamos todos bien, gracias. Le agradecemos el rescate.

—Ha sido un placer, *Halcón Milenario*.

Previamente se había acordado que todas las naves corellianas se dirigirían únicamente a la nave y no mencionarían el nombre de ninguna de las personas que viajaban a bordo de ella, para proporcionar por lo menos una mota de seguridad a la visita privada de la jefe de Estado. Al parecer Talpron estaba decidido a respetar ese acuerdo, incluso si resultaba espectacularmente obvio que la seguridad estaba llena de agujeros.

Bueno, si Talpron quería fingir que todo iba estupendamente, Han tenía sus propias razones para seguirle la corriente.

— ¿De quién eran esas naves? —preguntó en un tono de conversación normal, como si no lo supiese ya.

—Son un grupo desconocido, *Halcón Milenario* —replicó Talpron—. Podría ser cualquier banda de piratas corellianos que tuviese ganas de capturar una presa importante. Podrían proceder de uno de los Sistemas Externos —añadió.

—Eso hará que resulte difícil seguirles la pista —dijo afablemente Han.

—Cierto, *Halcón Milenario* —dijo Talpron, y su tono sonaba entre cansado y harto de las eternas dificultades del universo—. Será difícil.

—Bueno, pues aunque no puedan dar con ellos no sé cómo decirle lo mucho que les agradecemos su ayuda —prosiguió Han—. Sentimos muchísimo que hayan perdido una de sus naves. Nos gustaría expresarle nuestras condolencias, así como a la familia del tripulante que ha perdido.

— ¿Cómo? —preguntó Talpron—. Oh, sí. Por supuesto. Haremos los arreglos necesarios.

—Sí, apuesto a que los haréis —murmuró Han en un tono de voz lo bastante bajo para que el micro no captara sus palabras—. Gracias de nuevo por su ayuda, capitán Talpron —siguió diciendo por el micrófono, hablando en un tono más alto—. Pero tengo que hacer un examen general de mi nave y llevar a cabo algunas comprobaciones de sistemas. ¿Tendrá la bondad de excusarme?

—Por supuesto, señor. Esperaremos hasta que esté preparado para reanudar el viaje. Avíenos cuando esté preparado para iniciar la aproximación a Corellia.

—Así lo haremos, capitán. *Halcón Milenario*, corto y cierro.

Han apagó el sistema de comunicación, colgó sus auriculares, se quitó el arnés de seguridad del asiento de artillería..., y después se quedó inmóvil durante unos momentos y se dedicó a pensar.

En el juego del sabacc, las reglas podían cambiar en mitad de una mano, y todas las cartas que iban a hacerte mucho bien podían convertirse repentinamente en la peor clase de malas noticias. Pero lo opuesto también era verdad. Una mano desastrosa podía invertirse con idéntica rapidez, y hacerte ganar todo lo que había apostado encima de la mesa. El truco estaba en saber exactamente cuándo, y exactamente con qué rapidez y por qué medios, podía llegar el cambio. Entonces podías estar preparado para él, y saber con toda exactitud cómo había que enfrentarse a la nueva situación.

De vez en cuando tu oponente cometía un error, como por ejemplo enseñar una carta que no debía mostrar, y entonces sabías más de lo que se suponía que debías saber. Los jugadores de sabacc más honrados eran lo suficientemente nobles como para avisar a sus oponentes cuando eso ocurría. Pero los jugadores de sabacc que querían ganar nunca eran tan honrados.

La oposición, fuera quien fuese, acababa de enseñar algunas de sus cartas a Han. Han no estaba dispuesto a permitir que se enterasen de que había visto ni una sola de ellas.

Pero tampoco tenía ni idea de bajo qué reglas estaba jugando.

Han entró en la cabina y no se sorprendió demasiado al ver a Leia sentada en el asiento del piloto con los ojos clavados en el visor principal. En realidad, Han no había esperado que se quedara tranquilamente sentada en un rincón mientras la nave estaba siendo atacada. Se alegró de que no lo hubiera hecho. Suponiendo que tuviera a los chicos controlados, y Han estaba seguro de ello, acudir como segundo piloto a la cabina era lo mejor que podía haber hecho. Leia se volvió hacia Han.

—¿Tuviste una agradable charla con nuestros nuevos amigos? —preguntó.

Estaba claro que no le había hecho demasiada gracia ser expulsada del circuito de comunicaciones.

—Oh, sí —dijo Han—. Son unos tipos estupendos. ¿Qué tal están los chicos? ¿Siguen bien?

Leia inclinó la cabeza hacia una pequeña pantalla repetidora que mostraba una imagen de la sala. Han pudo ver tres pequeñas siluetas de expresiones muy serias y solemnes.

—Les dije que si se salían del encuadre no habría cena durante una semana —explicó Leia—. Por una vez parece que saben cuándo necesito que obedezcan. Pero... Oh, por todo el fuego de los cielos, ¿qué está pasando?

—Siento haberte dejado fuera del circuito hace un rato —dijo Han, respondiendo a su tono dolido y preocupado más que a las palabras de su pregunta—. Necesitaba concentrarme. Si las cosas hubieran ido mal, podríamos habernos metido en un buen lío. —En realidad Han no estaba prestando mucha atención a lo que decía. Su mente se hallaba concentrada en el problema inmediato, no en ser cortés con su esposa—. Oye, deja que me siente ahí, ¿de acuerdo? He de hacer un pequeño experimento.

Leia se levantó del asiento, pero resultaba obvio que seguía estando un poco enfadada.

—¿«Podríamos habernos metido en un buen lío»? —repitió—. ¿Podíamos? ¿Cómo llamas tú a tener encima a un montón de piratas disparando contra nosotros?

—No había ningún pirata, y nadie estaba disparando contra nosotros —replicó Han con voz átona y llena de cansancio—. Por eso ordené a Chewie que no hiciera ninguna maniobra. Me preocupaba que pudiéramos meternos en la trayectoria de uno de esos disparos que fallaban deliberadamente el blanco por tan poco. —Han se instaló en el asiento del piloto—. Solicita el registro táctico y haz pasar la grabación, Chewie. Pantalla principal.

Chewie le miró de una forma bastante rara, pero obedeció. El registro táctico apareció en la pantalla, y mostró un diagrama esquemático del encuentro que acababa de tener lugar.

—Fijaos en la aproximación de los Feos —dijo Han—. Recordad que salimos del hiperespacio bastante por detrás de donde se suponía que debíamos estar, pero siguiendo una trayectoria de línea recta hacia nuestro punto de llegada. Los Feos estaban acercándose por ese mismo curso en el espacio normal..., pero esperaban que apareciéramos veinte segundos más tarde y a un millón de kilómetros de distancia. Entonces echan al cubo de la basura una posición de disparo perfecta y pasan de largo por delante de nosotros. Ni siquiera devuelven el fuego cuando yo disparo contra ellos. Durante un segundo pensé que acababa de conseguir que nos mataran a todos por haber

disparado contra una nave no hostil, pero después comprendí lo que estaba ocurriendo. Lo que hicieron fue pasar de largo, y después esperaron hasta estar casi encima de las naves de la guardia de honor antes de virar y abrir fuego contra nosotros. Y siguieron fallando. Ni siquiera Cetrespeó hubiera podido fallar a esa distancia.

Chewbacca soltó un gruñido y un borboteo.

—Exactamente —dijo Han—. Los Feos eran naves robot, y no demasiado bien programadas. No había nadie a bordo de esas naves. Habían sido programadas para volar hasta un punto prefijado en el espacio y para abrir fuego después contra una nave que encajase con la descripción del *Halcón*, fallando por poco en todos los disparos, listaban esperando que el *Halcón* apareciese más o menos en el centro de la formación esférica de la guardia de honor — siguió diciendo—. Si hubiéramos aparecido allí, el truco habría funcionado estupendamente. Abrir fuego allí donde lo hicieron hubiese tenido toda la lógica del mundo, ¿no? Sí, habría sido una táctica irreprochable... Pero llegamos desde un millón de kilómetros de distancia y pasaron de largo por delante de nosotros lo bastante cerca para haber podido disparar a quemarropa, adoptaron una posición de disparo que no podía ser más asquerosa y empezaron a hacer fuego. Como ya he dicho, alguien no sabe programar muy bien sus robots.

»Modifica el diagrama de la pantalla para mostrar el encuentro tal como habría tenido lugar si hubiéramos llegado siguiendo el plan de vuelo, Chewie. —La pantalla quedó en blanco durante un momento, y después mostró la imagen de un *Halcón* en miniatura surgiendo del hiperespacio en el centro de la esfera de la guardia de honor—. Si hubiéramos aparecido allí, en el centro de la formación esférica de las patrulleras, y hubiéramos llegado allí veinte segundos más tarde, el numerito habría funcionado. Los malos habrían aparecido viniendo en línea recta hacia nosotros y habrían efectuado un par de disparos, y después habrían sido hechos pedazos por los heroicos pilotos de la guardia de honor, que habrían disparado sus cañones láser de juguete contra las naves atacantes.

—Pero las patrulleras perdieron una de sus naves —protestó Leia.

—Otra nave robot —dijo Han—. La patrullera que acabó recibiendo esos impactos era la que estaba en la parte de atrás de la formación y llevaba a cabo las maniobras más sencillas.

—Eso no demuestra que fuese un robot —siguió objetando Leia—. Quizá fuese sencillamente el piloto menos hábil y experimentado el que recibió los impactos.

—Ah, pero al líder de la formación no parecía importarle en lo más mínimo que su piloto hubiera muerto. Cuando le ofrecí mis condolencias no parecía saber de qué le estaba hablando. Nunca ganará ningún premio de interpretación.

—Pero si todo era un engaño, entonces tendrían que haber pensado en esa clase de detalles antes de ponerlo en práctica.

—Si tú hubieras estado a cargo del engaño, habrías pensado en esa clase de detalles —replicó Han—. Puede que a esos tipos no se les den demasiado bien esta clase de cosas. O tal vez no dispusieron del tiempo necesario para organizarlo todo tal como querían. Quizá estaban improvisando. —Han siguió contemplando la pantalla durante un momento antes de volver a hablar—. Eso podría explicar lo del ala-B. No entiendo cómo se suponía que debíamos creernos que esas patrulleras tan pequeñas podían cargarse a ese ala-B remodelado. Quizá no dispusieron del tiempo necesario para utilizar un adversario que no estuviese tan por encima de ellas.

—De acuerdo. Supongamos que tienes razón. La siguiente pregunta es quiénes son. Era una operación bastante grande, ¿no? No puedes ordenar a unas cuantas patrulleras que salgan al espacio y jueguen a las batallitas. Tendría que haber existido una conspiración enorme con una tapadera preparada para entrar en acción. Puedo imaginarme sin ninguna dificultad algunos sobornos untando unas cuantas manos, pero ¿cómo puedes sobornar a todas las fuerzas armadas?

—Con un saco de dinero más grande —dijo Han—. Esto es Corellia. Aquí todo está en venta. Ah, y cuando todo es un secreto, entonces las tapaderas resultan bastante más fáciles de organizar... Podría ser que el máximo nivel de mando hubiese ordenado esto, o que no sepan nada de ello.

—Entonces o es una misión oficial o no lo es, y el gobierno y los militares pueden estar detrás de ello o pueden no estarlo —dijo Leia—. Eso nos ayuda mucho.

—Bueno, intenta verlo por el lado bueno —dijo Han—. Por lo menos de momento, tenemos como mínimo una ventaja: nosotros sabemos que alguien está jugando sucio, pero ellos no saben que nosotros lo sabemos.

Chewie había estado desusadamente callado durante mucho rato. El wookiee rompió su silencio con un trompeteo gutural que parecía estar impregnado de una cierta preocupación.

—Claro que no sé por qué —replicó Han con irritación—. Puedo hacer conjeturas acerca del por qué lo hicieron. Alguien de las Fuerzas de Defensa de Corellia quería asustarnos..., y hacer que confiáramos en las FDC.

—Si piensan que nos lo hemos creído, entonces... —empezó a decir Leia.

—Bueno, me alegra mucho que todo haya quedado aclarado —la interrumpió Han—. Pero por el momento me parece que no hay gran cosa que podamos hacer aparte de seguir a esos tipos y mantener los ojos bien abiertos.

—Lo más abiertos posible —dijo Leia—. Adelante, Han, vamos allá.

Han empezó a trazar un curso, pero después alzó la mirada hacia las patrulleras todavía inmóviles en su formación. Bueno, tampoco sería la primera vez que tenía problemas con auténticos pesos pesados en aquella parte del cielo.

—Igualito que en los viejos tiempos —le dijo a Chewie, quien replicó con un gañido que no era ni una afirmación ni una negación. Han asintió—. Tienes toda la razón —murmuró mientras volvía a concentrarse en su trabajo—. Bienvenidos a Corellia.

11

Mensaje interceptado

Mará Jade mantuvo los ojos clavados en el cubo de mensajes, deseando que pudiera enviárselo a otra persona o hacer que dejara de existir. O echarlo a la papelera, ignorarlo, fingir que nunca había llegado. Pero no podía hacerlo. No dadas las circunstancias.

Bueno, seguir contemplando aquel maldito objeto no iba a servirle de nada. No iba a averiguar nada más por mucho que lo mirase. De hecho, ése era precisamente el gran problema. Suspiró, se puso en pie, fue hasta el otro extremo de su compartimento, volvió a guardar el cubo dentro de la caja fuerte y selló la puerta. Salió al pasillo de su nave, el *Fuego de Jade*, giró sobre sus talones y fue hacia el puente. Ya puestos, bien podía dar las órdenes en persona.

En cuanto hubiese decidido qué órdenes dar.

Muchos años antes —tanto tiempo que parecía otra vida, cuando todavía existía un Imperio y un Emperador— Mará Jade había sido la Mano del Emperador y había obedecido sus órdenes en un centenar de misiones, cumpliendo su voluntad en secreto. Había sido su mensajera, su correo, su enviada y su asesina en más ocasiones de las que podía contar. El Emperador había percibido su poder para emplear la Fuerza y lo había utilizado. Le había dado órdenes y la había gobernado y controlado, y Mará Jade había sido suya en cuerpo y alma.

Y de repente la destrucción había surgido de la nada, veloz e incontenible. La Rebelión, la Alianza, había derrotado al Imperio y matado al Emperador.

Mará había caído de pie, más o menos, trabajando para el contrabandista y comerciante Talón Karrde y manteniendo su vida pasada tan en secreto como pudo. Nunca había llegado a desarrollar un gran amor hacia la Nueva República, por decirlo suavemente, pero ser capaz de reconocer y aceptar la realidad de una nueva situación era una habilidad de supervivencia. Y si había una cosa en la que Mará fuese realmente buena, era en sobrevivir.

Aunque en realidad, si las evidencias actuales podían ser consideradas como una señal fiable, también se le daba bastante bien el prosperar. Mará había puesto punto final a sus relaciones comerciales con Karrde hacía ya algún tiempo de una forma —razonablemente— amistosa, y había empezado a hacer negocios por su cuenta. El universo que se extendía ahí fuera era muy distinto del que había conocido, y ya no tenía tanta necesidad de los contrabandistas como antes. Mará logró establecerse una posición como comerciante independiente, y dirigía una pequeña compañía mercante que gastaba muy poco en publicidad, pero que era altamente lucrativa a pesar de ello. Como otras muchas personas que habían desarrollado una gran actividad durante las guerras, Mará había descubierto que el regreso a la vida civil era más que un poquito difícil. Después de haber luchado por el futuro de la galaxia, había que hacer un considerable esfuerzo para encontrar emocionante el conseguir un buen precio para las raíces de habbis. Aun así, Mará Jade seguía en el espacio y era la dueña de su propio destino, y podía ir a donde quería y hacer lo que quisiese.

Se detuvo delante de la compuerta cerrada que llevaba al puente, se alisó la chaqueta y adoptó su habitual expresión adusta y un poco sombría.

Podía haber otros capitanes que intentaran conseguir que su tripulación se sintiera a gusto en su presencia y que trataban de crear una atmósfera relajada en el puente. En la nave de Mará Jade esas cosas sencillamente no se hacían, muchas gracias. Su estilo de capitanear una nave procedía directamente de su estilo personal, lo cual significaba que era más que un poquito severo. Mará

Jade era una mujer asombrosamente hermosa, y su pálida piel acentuaba las elegantes líneas de sus pómulos. Su cabellera de un dorado rojizo bajaba por su espalda en una gruesa, pesada y magnífica trenza. Su cuerpo y la gracia de sus movimientos parecían más propios de una bailarina profesional que de una capitana de nave espacial.

En las raras ocasiones en las que una recepción o algún otro acontecimiento social la obligaban a vestirse con un atuendo menos utilitario que su habitual mono de vuelo de una pieza, el efecto podía resultar sorprendente. La gente la miraba una sola vez y al instante daban por sentado que Mará tenía que ser alguna miembro de la aristocracia meticulosamente criada y educada. Esperaban que se comportase con discreto refinamiento. Sin embargo, Mará nunca había estado dispuesta a permitir que las expectativas de los demás se interpusieran en su camino, y nunca había sido muy partidaria de las palabras melosas. Podía interpretar ese papel si convenía a sus propósitos, pero rara vez lo hacía.

Lo que se le daba mejor era hacer chasquear el látigo, imponer la disciplina, exigir respeto y ganárselo. Mará nunca daba trabajo a nadie que no fuese capaz de ganarse su respeto. Ésa era la forma en que dirigía su nave, y más o menos todo lo demás que había en su vida. Así pues, era importante para ella presentarse delante de su tripulación ofreciendo una imagen de calma, impasibilidad y dominio de sí misma..., a pesar de que se sintiera más nerviosa e inquieta de lo que lo había estado en mucho tiempo.

Un código imperial. El correo había utilizado un código imperial, uno que ya estaba anticuado años antes de que la primera Estrella de la Muerte estuviese en condiciones de funcionar, pero un código imperial de todas maneras.

¿Qué podía significar eso?

«Olvídalo. Paso a paso. Cada cosa a su tiempo.»

Mará presionó el botón y la compuerta se hizo a un lado. Entró en el puente de la nave y ocupó su puesto habitual en el centro de mando. El navegante, un mon calamariano de enormes ojos saltones, hizo girar un ojo hacia su capitana y después volvió a dirigirlo hacia su consola, pero por lo demás no reconoció su presencia de ninguna otra manera. El piloto, un humano, la miró y bajó la cabeza en una solemne inclinación. Excelente. Así le gustaba. Disciplina. Mará insistía mucho en ella, pero la gente que se levantaba de un salto para saludar a cualquier cosa que se moviera no le servía de nada.

Para ser abierto en presencia de Leía Organa Solo, que se hace llamar jefe de Estado de la denominada Nueva República, Han Solo y el Gobernador General de facto del Sector Corelliano, Código Bribón Ángel Siete.

El mensaje había estado allí, en el anticuado código imperial, escrito pulcramente sobre un lado del cubo de mensajes. Mará había quitado el sello del código casi sin pensar, pero sabiendo que las palabras le decían muy poco sobre lo que significaba el cubo. Estaba claro que procedía de alguien que no sentía mucho aprecio por la Nueva República, pero aparte de eso resultaba bastante difícil de comprender. Había otra etiqueta en el cubo, pero estaba escrita en un alfabeto que Mará no reconoció. A juzgar por su aspecto, la etiqueta del código imperial había sido colocada en el paquete con una cierta prisa, y uno de sus bordes había quedado encima de una esquina de la etiqueta ilegible. O la etiqueta imperial había sido puesta en segundo lugar y con un cierto apresuramiento, o alguien había querido crear la impresión de que así fue.

El cubo se encontraba a bordo de una unidad automatizada de mensajes que había interceptado al *Fuego de Jade* un par de días después de que llegase al Sistema Talfaglio, en los límites del Sector Corelliano. No es que la situación de la interceptación le dijera gran cosa, desde luego. La unidad estaba equipada con motores lumínicos, por lo que podía haber venido de cualquier sitio.

Pero fuera cual fuese su procedencia, Mará no podía entender por qué debía seguirla. Y la había seguido, eso estaba claro. No había ninguna posibilidad de que el *Fuego de Jade* se tropezase con la unidad de mensajes por casualidad. Ésta se había dirigido hacia la baliza identificadora del *Fuego de Jade*, y el cubo de mensajes estaba envuelto en un paquete con el nombre de Mará garrapateado encima de él.

Pero ¿quién lo había enviado? ¿Y por qué? ¿Y por qué se lo habían enviado a ella? La referencia «Código Bribón Ángel Siete» probablemente significaría algo para Organa Solo o uno de los otros, y les permitiría saber cómo abrir el cubo sin destruir su contenido. Pero si tenía que ser abierto en su presencia, ¿por qué enviárselo a Mará Jade?

¿Y por qué utilizar el código imperial? No estaba allí para ocultar información, de eso podía estar segura. La gente de la Nueva República seguramente podría leerlo si se les daba un poco de tiempo. ¿Estaría allí para inspirar las simpatías imperiales de Mará? La redacción del mensaje codificado no había sido calculada para gustar a nadie de la Nueva República, eso también estaba claro. ¿Sería posible que aún existiera algún resto del Imperio? Parecía totalmente improbable. ¿O sería quizá que todo aquel asunto sólo era un complicado intento de sus rivales comerciales para etiquetarla como pro-imperial y arruinar sus negocios?

Pero eso también era absurdo. El Imperio estaba tan muerto como un cadáver embalsamado. No quedaban restos de él. No quedaba nada acerca de lo que se pudiera ser pro-imperial. Además, aunque Mará hubiese conseguido mantener en secreto los detalles de quién y qué había sido en los viejos tiempos, todos los que se movían en sus círculos comerciales sabían que había trabajado para el Imperio. Había momentos en los que eso no la ayudaba nada a hacer negocios, pero no era ningún gran secreto. Tratar de arrumar su reputación diciéndole a la gente lo que ya sabían no era algo que tuviese mucho sentido.

Así pues, ¿a qué venía todo aquello? Mará sabía lo suficiente sobre los cubos de mensajes para comprender que ninguna cantidad de investigación mediante los ordenadores le permitiría descubrirlo. El mensaje del exterior podía estar en un código fácil de leer, pero Mará conocía ese modelo de cubo de mensajes y sabía que harían falta años de trabajo para forzarlo a revelar su contenido..., e incluso entonces cabía la posibilidad de cometer un error que borrara el contenido justo cuando por fin lo abrías.

No. Sólo había una forma de averiguar qué significaba todo aquello, y eso acabó de decidirla. Mará tenía muchos rasgos de personalidad que le habían permitido seguir entera a lo largo de los años, pero la pura y simple curiosidad era el que menos había podido satisfacer. Los contrabandistas y los agentes imperiales no podían permitirse el lujo de meter las narices donde les apeteciese.

Pero los comerciantes acomodados sí podían hacerlo, si tenían lo que otros querían. Y Mará tenía el cubo. Podía cambiar la posesión física del cubo por el conocimiento de su contenido, y el conocimiento siempre encerraba alguna clase de beneficios.

—Tenga la bondad de hacer virar la nave, señor Tralkpha —le dijo a su navegante de Mon Calamari—. Proporcione un curso directo hacia el Sistema Corelliano al señor Nesdin y, sólo por esta vez, pondremos la velocidad por delante del ahorrar combustible.

—Muy bien, capitana —dijo el taciturno Tralkpha.

—Señor Nesdin... —dijo Mará, dirigiéndose al piloto—. Mientras el señor Tralkpha está haciendo lo que le he pedido, póngase en contacto con nuestra parada prevista y avíseles de que nos veremos retrasados por una misión de correo de alta prioridad. —Si la persona que le había enviado la unidad de mensajes había tenido el suficiente sentido común para mantenerse al corriente de las transmisiones del *Fuego de Jade*, eso le diría que Mará había mordido el cebo y que iba a entregar el cubo—. Después llévenos a Corellia.

—Sí, señora —dijo Nesdin.

No hubo preguntas, cejas enarcadas ni intentos de recordarle que tenían un plan de vuelo que cumplir, sólo una tranquila y competente obediencia de las órdenes. Ésa era la clase de tripulación que le gustaba.

Pero algo más, una frase que Mará acababa de utilizar en sus pensamientos, estaba intentando decirle algo. ¿Qué era? ¡Ah! Por supuesto. Morder el cebo... El cebo era lo que ponías en las trampas. ¿Cuál era el plan en todo ese asunto? ¿Había alguien que estaba intentando atraerla hacia una emboscada?

Mará Jade sonrió para sí misma, y supo que no era una expresión agradable. Los que desearan hacer caer a Mará Jade en una trampa podían intentarlo cuando quisieran. Mará dudaba mucho que sintieran deseos de repetir el experimento.

—Estaré en mi compartimento —dijo, poniéndose en pie.

No le serviría de nada, naturalmente. Pero tenía que echar otro vistazo a ese cubo.

La teniente Belindi Kalenda, veterana agente operativa de la Inteligencia de la Nueva República y víctima reciente de un ataque que había acabado en un descenso forzoso y la pérdida de su nave, estaba acostada sobre el estómago en la cima de una pequeña colina y contemplaba el cielo. Estaba haciendo cuanto podía para pasar desapercibida mientras se encogía sobre aquel promontorio que se alzaba al este del espaciopuerto de Corona.

Las torres resplandecientes y gráciles cúpulas de la ciudad eran claramente visibles entre ella y el horizonte, un panorama espléndido en una mañana despejada. Pero Kalenda no les prestaba atención. Las aguas del océano del este se extendían a su espalda, y las crestas de espuma se volvían de una luminosidad casi cegadora debido al contraste con el azul oscuro del agua. El sol bailaba sobre el agua, una constelación iridiscente sumida en un proceso de cambio interminable que destellaba y relucía a través del rostro del abismo. El oleaje era un incesante rugir ahogado, y el aire estaba impregnado con el sabor salado de la arena cocida por el sol y el océano limpio.

Pero Kalenda no sentía ningún interés por esas cosas. Se pegó un poco más a la superficie del pequeño promontorio, y deseó poder haber encontrado algo con más sustancia debajo de lo que ocultarse que una escuálida mata de hierba navaja que descendía un medio metro escaso por encima de su cabeza. Si se hubiera tratado de una muestra más robusta de la especie, le habría dejado la ropa convertida en harapos sólo con que se rozara contra ella, pero Kalenda habría aceptado alegremente eso a cambio de tener un refugio mejor.

Llevaba un mono oscuro que había cogido de un garaje de deslizadores de superficie del otro lado del continente. En cuanto al deslizador de superficie que había obtenido al mismo tiempo y por los mismos medios, lo había abandonado en una cuneta en las afueras de Bela Vistal, una ciudad de tamaño medio que se encontraba a doscientos kilómetros de Corona. Con un poco de suerte, si alguien había conseguido seguirle la pista hasta tan lejos pensaría que se dirigía hacia Bela Vistal y no hacia la capital.

Kalenda había necesitado todas sus habilidades como carterista para obtener una provisión de créditos lo bastante grande para poder financiar su viaje el resto del trayecto, e incluso entonces se había visto obligada a economizar.

Por suerte había sido asaltada por una pandilla de bandidos más bien incompetentes poco después de haber bajado del monorraíl que venía de Bela Vistal. Los resultados de ese encuentro fueron doblemente satisfactorios. No sólo consiguió el uso de su deslizador de superficie, armas y demás equipo —cosas todas ellas que probablemente no serían de gran utilidad a los bandidos en

el otro mundo—, sino que además todo era de un origen clandestino al que sería prácticamente imposible seguirle el rastro.

Kalenda reajustó por centésima vez los macrobinoculares que había heredado de los bandidos. Los realzadores de contraste sencillamente se negaban a mantenerse alineados. Bueno, después de todo no se podía esperar que tipos como aquellos matones supieran cuidar adecuadamente de su equipo... No es que eso importara, por supuesto. Los macrobinoculares estaban funcionando lo suficientemente bien como para satisfacer las necesidades actuales de Kalenda. No necesitaba ver bien cuando no había nada que ver. Volvió a escrutar la zona del cielo por la que ya deberían haber llegado y dejó escapar un suspiro. No había ninguna necesidad de preocuparse. No, realmente no había por qué preocuparse. Sólo llevaban unas cuantas horas de retraso.

Había mil cosas que podían haber retrasado al *Halcón Milenario*. Podía haber sufrido un problema mecánico; no sería la primera vez, si las historias que corrían sobre esa nave eran ciertas. Algún problema político podía haber obligado a la jefe de Estado de la Nueva República a retrasar su partida. Podían haber llegado al Sistema Corelliano en el momento exacto previsto, pero luego podían haber decidido repentinamente visitar Drall o Selonía, o Talus y Tralus, antes de poner rumbo a Corellia. También cabía la posibilidad de que su plan de vuelo hubiese cambiado después de que Kalenda había salido de Coruscant.

O la nave que transportaba a la jefe de Estado de la Nueva República podía haber sido violentamente convertida en una nube en expansión de partículas atómicas disociadas. Por mucho que Organa Solo hubiera insistido en ello, jamás deberían haber permitido que se marchara en un juguete de cuerda como el *Halcón Milenario*. Viaje de familia particular o no, la jefe de Estado no tendría que haber volado en nada más pequeño que una corbeta.

Ya era demasiado tarde para preocuparse por eso. Pero si el *Halcón* no aparecía, el resultado sería un montón de problemas tan grande como una galaxia, y de eso no cabía duda. El hecho de que Corellia fuese a ser casi con toda seguridad el punto focal de dichos problemas no le había pasado desapercibido a Kalenda, y no le apetecía nada verse metida en el centro de ellos. Pero pedir prestados problemas al futuro cuando había tantos inmediatamente disponibles tampoco tenía ningún sentido, ¿verdad? El Servicio de Seguridad Pública de las Fuerzas de Defensa de Corellia tendía a formarse una opinión comprensiblemente oscura de las personas que se dedicaban a vigilar los espaciopuertos sin ser vistas. Pero dado que Kalenda tenía que dar por sentado que el SSP había estado siguiéndole la pista desde el momento en que llegó nadando a la costa, podía ser simplemente una cuestión de quién la pillaba primero, si los guardias del SSP que patrullaban el perímetro del espaciopuerto o un equipo de contrainteligencia del SSP.

«O tal vez —se dijo Kalenda—, y sólo tal vez, las cosas realmente son lo que parecen ser.» Quizá había conseguido llegar tan lejos sin ser detectada, y no se enfrentaba a ningún peligro inmediato más serio que el de los cortes que podía infligirle la hierba navaja. Bueno, podía albergar esa esperanza, pero no se atrevía a permitirse creerlo. No en su especialidad profesional.

Vamos, vamos... ¿Dónde estaban? Kalenda no sabía con exactitud qué haría si aparecían y estaban enteros, o qué haría —o qué podía hacer— si nunca llegaban a aparecer. Tendría que improvisar adaptándose al momento. Lo que sí sabía era que la jefe de Estado y su familia estaban a punto de poner los pies en un planeta que se hallaba al borde del caos. Superficialmente, en Corellia todo seguía pareciendo tranquilo y controlado. Pero Belinda Kalenda había pasado los últimos días encogida y agazapada, esforzándose para permanecer invisible en los rincones oscuros de una cultura extraña. No era la clase de persona que podía hacer eso sin darse cuenta de que las cosas andaban muy, muy mal. La proliferación de fuerzas de seguridad que competían entre sí no era una buena señal, por decirlo suavemente. Las FDC y su descendiente, el SSP, tan pronto parecían estar chocando entre sí como cooperando.

Pero había por lo menos tres fuerzas de seguridad oficiales más pisándose los dedos de los pies jurisdiccionales unas a otras, por no decir nada de las varias milicias privadas que parecían estar surgiendo por todas partes. La Liga Humana era la más grande, pero ni con mucho el único grupo de esas características. Y, naturalmente, ninguna de las milicias privadas, ni siquiera la Liga, podría haber sobrevivido diez minutos sin alguna clase de patrocinio o apoyo de alguien que ocupaba alguna posición de poder. Kalenda no tenía ninguna duda de que el Líder Oculto de la Liga contaba con montones de amigos en situaciones altas y bajas. Pero lo más importante de todo era que cuando tanta gente con mucho poder quería tener su propio ejército privado, estaba muy claro que las cosas no andaban nada bien.

Dado el escaso control que ejercía sobre los acontecimientos, el gobierno del Gobernador General Micamberlecto, instalado por la República, bien podría haber estado en otro sector de la galaxia. Resultaba obvio que se hallaba casi totalmente desconectado de la administración cotidiana del planeta. Los sobornos, la corrupción, la tradición a prueba de cambios y la pura y simple terquedad de la burocracia parecían decididos a evitar cualquier posibilidad de reforma.

Y si el planeta capital se encontraba en ese estado, ¿cómo era probable que estuviera el resto del sector?

Peor aún, la situación económica hacía que el clima político pareciese prometedor. Las ciudades de Corellia se estaban desmoronando. No había trabajo en ningún sitio y tampoco había perspectivas de trabajo, lo cual no ayudaba en nada a una economía basada en el comercio que se había aislado a sí misma de la mayor parte del universo exterior durante media generación o más. Y, naturalmente, la miseria económica era lo que convertía el lugar en un criadero de descontentos tan fértil.

Pero en aquel momento nada de todo eso importaba. Había algo más. No era nada que Kalenda pudiera definir con precisión, pero estaba a punto de ocurrir algo..., y sería algo grande. Kalenda podía notarlo, sentirlo y, casi, saborearlo. Cuando había tenido esas sensaciones en el pasado nunca se había equivocado. Tal vez ella también poseyera alguna pequeña capacidad para emplear la Fuerza que le permitía saber cuándo se estaba cocinando algo, y lo que fuese exactamente ese algo carecía de importancia por el momento.

Lo que importaba era que la jefa de Estado —si seguía con vida— estaba a punto de meterse en el centro del caos, y Kalenda tenía que suponer que ella era la única agente de la INR superviviente y la única fuerza de seguridad de cualquier clase de la Nueva República existente en el planeta. Kalenda sabía que la INR había estado planeando introducir un considerable número de agentes en Corellia. Quizá todos ellos habían conseguido infiltrarse, o tal vez ninguno lo había logrado. Por razones obvias, era preferible que no supiese nada al respecto. De esa manera, tampoco había nada que pudiera revelar.

Se le había pasado por la cabeza la idea de que en realidad no había ningún agente más de la INR en camino, y que sus superiores le habían dicho que había más meramente para proporcionar un dolor de cabeza a la oposición en el caso de que Kalenda fuese capturada. Bueno, sería mejor que no se preocupara demasiado pensando en esas posibilidades. En su rama laboral la vida ya era lo suficientemente parecida a un laberinto de espejos para que encima Kalenda se dedicara a alzar nuevos espejos a su alrededor. Siempre resultaba más aconsejable suponer que era la única que lo había conseguido. Eso la dejaba con la pregunta de qué debería hacer, y esa pregunta era muy fácil de responder.

Había sido enviada allí para acumular información, pero Kalenda había decidido que ya sabía más que suficiente. Tenía que concentrarse en la tarea de mantener con vida a Leia Organa Solo hasta la cumbre comercial, cuando su séquito oficial —y su equipo de seguridad— llegaría a Corellia.

Pero si quería mantener con vida a Leia Organa Solo, Kalenda también tendría que mantenerse con vida a sí misma. Ésa era la parte complicada. Tenía que dar por supuesto que las FDC y el SSP eran lo suficientemente listos para no dar por sentado que había muerto en la colisión y que andaban a la caza, de ella en particular y de agentes de la INR en general. Presumiblemente también habrían tenido el suficiente sentido común para mantener vigilada a la familia de Organa Solo, aunque sólo fuese para estar al corriente de sus actividades y nada más. En cuanto a la pregunta de si interferirían o no en el caso de que alguien intentara eliminar a la jefa de Estado de la Nueva República —o si harían ese intento ellos mismos—, Kalenda no podía responder a ella.

En cualquier caso, no había muchas probabilidades de que les gustara ver aparecer a una agente de la INR. Incluso podían decidir que Kalenda era una buena excusa para una provocación, y darse permiso a sí mismos para empezar a armar jaleo. Todo eso significaba que Kalenda no se atrevía a acercarse al grupo de Organa Solo.

En consecuencia, lo único que podía hacer era vigilar desde lejos, tratar de evitar que la capturasen y esperar que acabara surgiendo alguna forma de ponerse en contacto con ellos. Quizá, sólo quizá, incluso podría hacer algún bien desde lejos, aunque en aquellos instantes Kalenda era incapaz de imaginarse en qué podía consistir. Pero de momento lo único que podía hacer era aguardar. Aguardar y vigilar, y seguir manteniendo la esperanza de que no tardarían en llegar.

Varias largas horas después, Kalenda estaba empezando a preocuparse en serio. Faltaba poco para que anocheciese, y por muy buenos que llegaran a ser los sistemas infrarrojos, nunca eran tan buenos como la luz visible. Además, el sistema de infrarrojos de los macro-binoculares que había tomado prestados ya no era demasiado bueno para empezar.

Una y otra vez divisaba una espacionave, sentía cómo el pulso se le empezaba a acelerar, usaba la amplificación especial de los macrobinoculares..., y se encontraba contemplando una nave que no se parecía en nada al *Halcón*. Estaba empezando a preguntarse cómo se las arreglaría para seguir vigilando durante toda la noche cuando una nave más se hizo visible. Kalenda volvió a llevarse los macrobinoculares a los ojos una vez más, esperando recibir una nueva desilusión..., y de repente su corazón estuvo latiendo a toda velocidad.

No era una nave, sino seis. El *Halcón Milenario*, totalmente inconfundible, se encontraba en el centro de la formación, con cinco patrulleras de bolsillo volando en una formación de escolta estándar... para seis naves, no para cinco. La nave que habría debido ocupar la posición de babor a popa no estaba allí, o tal vez sencillamente quedaba escondida por el *Halcón*. Kalenda manipuló los controles intentando obtener una visión mejor, y por fin se le ocurrió pulsar el botón del sistema grabador de sus macrobinoculares. Era muy posible que quisiera volver a repasar aquellas imágenes más tarde. No, la sexta nave decididamente no estaba allí.

Kalenda saltó instantáneamente a una docena de conclusiones, y después se obligó a seguir concentrada en lo que estaba viendo. Ya habría tiempo más que suficiente para hacer conjeturas después.

El *Halcón* y sus escoltas pasaron por encima de los hangares públicos, conectaron sus haces repulsores y se quedaron inmóviles en el aire encima de la parte militar de la pista..., que, por pura casualidad, era justo la parte de la que Kalenda se encontraba más cerca. Tres naves de la escolta rompieron la formación y descendieron, cada patrullera en una punta de un impecable triángulo isósceles, mientras las otras dos patrulleras continuaban inmóviles encima de la pista. El *Halcón* fue bajando sobre sus haces repulsores, y acabó posándose suavemente en el centro exacto del triángulo formado por las patrulleras que ya habían descendido. Ésa no era la forma en que actuaba una escolta ceremonial. Había ocurrido algo. Pero ¿qué?

Kalenda cambió de postura para poder ver mejor el *Halcón*, y fue recompensada con un feo corte en el antebrazo asestado por un tallo de hierba navaja en el que no se había fijado hasta

aquel instante. Soltó una distraída maldición y usó el máximo de amplificación posible sobre el *Halcón*. La nave parecía intacta, al menos por lo que Kalenda podía ver desde una distancia tan grande. No pudo ver ninguna señal de que el carguero modificado hubiera estado metido en un combate recientemente, pero no podía estar totalmente segura. Quizá podría averiguar algo más cuando todos hubieran desembarcado. Kalenda concentró su atención en la rampa de la nave.

La rampa bajó por fin, y Kalenda pudo ver la diminuta silueta de Han Solo y la silueta bastante menos minúscula, incluso vista desde tan lejos, de Chewbacca el wookie, bajando por la rampa con una voluminosa pieza de equipaje cada uno. Había algo cauteloso e incluso preocupado en su lenguaje corporal, como si ya se hubieran llevado una sorpresa desagradable y estuvieran esperando otra. Kalenda volvió a reñirse por estar «leyendo» demasiadas cosas en la situación. Quizá lo único que les preocupaba eran las astronómicas tarifas que cobraba el espaciopuerto.

Los tres niños bajaron corriendo por la rampa y pusieron los pies sobre la superficie de Corellia cuando Solo y el wookie aún no habían acabado de llegar al suelo. Estaba claro que ellos sise alegraban mucho de haber dejado de estar encerrados en la nave. Después, en último lugar, apareció Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República, transportando una bolsa de viaje de tamaño mediano. Kalenda dejó escapar un suspiro de alivio y sintió disiparse una tensión de la que ni siquiera había sido consciente hasta aquel instante. Organa Solo estaba viva e ilesa. Eso era lo principal. Ah, si Kalenda pudiera garantizar que Organa Solo seguiría en ese estado... Continuó observando la pasarela.

Han Solo esperó hasta que su esposa hubo bajado de la nave, y después pulsó los controles de cierre. La pasarela se replegó y el *Halcón* se colocó en la modalidad de espera. Kalenda vio cómo un vehículo de superficie abierto se acercaba a la nave.

Organa Solo empezó a alejarse del *Halcón*..., y de repente titubeó un instante. Dejó de caminar y frunció el ceño con una cierta incertidumbre. Miró a su alrededor, aparentemente escrutando el horizonte..., y su cabeza se quedó súbitamente inmóvil con los ojos clavados en Kalenda. Durante un momento terrible Kalenda estuvo segura de que Organa Solo había detectado su presencia, había decidido que era una francotiradora o una terrorista y que iba a gritar una advertencia a su familia y alertar a las fuerzas de seguridad locales. Kalenda quería huir a la carrera o buscar un refugio, pero sabía que no debía hacerlo. Era mucho más probable que lograra seguir con vida si permanecía totalmente inmóvil. Y además, ¿cuáles eran las probabilidades de que ni siquiera una adepta Jedi fuese capaz de ver —o percibir— a una observadora solitaria desde una distancia tan grande?

Especialmente teniendo en cuenta que lo que hizo Organa Solo a continuación fue limitarse a encogerse de hombros, volver a fruncir el ceño y dirigirse hacia el vehículo de superficie. Kalenda dejó escapar un suspiro de alivio.

El resto del grupo empezó a seguir a Organa Solo hacia el vehículo de superficie. Todos parecían estar muy tranquilos. Kalenda empezó a decidir que estaba equivocada, que se había estado imaginando señales de que había problemas.

Pero entonces se dio cuenta de que Solo estaba hablando con el wookie.

O, más exactamente, de la manera en que Solo estaba hablando con el wookie.

Kalenda era una lectora de labios bastante buena, pero tenía la experiencia suficiente como para no confiar en sus habilidades estando tan lejos. Además, aun suponiendo que consiguiera captar lo que estaba diciendo Solo, no había ni la más ligera esperanza de entender al wookie. Pero uno de los muchos tópicos que han demostrado ser verdad a lo largo de la historia es el de que ningún piloto ha hablado jamás de volar con un colega sin utilizar las manos. Había algo muy próximo a una nomenclatura convencional y una gramática de los movimientos de las manos utilizadas para describir el vuelo y los encuentros con otros aparatos.

Y no cabía duda de que Han Solo estaba usando sus manos para describir una batalla espacial. Tal vez no estuviera enviando el mensaje de Kalenda, pero ella estaba interceptando uno..., y era un mensaje de la máxima importancia.

Kalenda contempló con fascinación cómo las manos de Solo oscilaban y serpenteaban por el aire, siguiéndose la una a la otra para separarse después a fin de mostrar dos naves —o dos modelos de nave— siguiendo un curso de colisión mutua. Solo señaló el cielo y las patrulleras de bolsillo que seguían flotando sobre su cabeza en posición de vigilancia, y después juntó las manos formando una bola antes de separarlas con los dedos extendidos. Bien, así que una patrullera había volado en mil pedazos... El wookiee estaba meneando la cabeza, discrepando acerca de algún punto y haciendo sus propios gestos.

Organa Solo por fin consiguió que el último de sus hijos la obedeciese y fuese con ella. Solo y el wookiee interrumpieron su conversación, obviamente no deseando que los niños la oyeran. Organa Solo hizo subir a los niños al vehículo de superficie e indicó al conductor que ya podía ponerlo en marcha.

El vehículo de superficie empezó a alejarse y Kalenda se apresuró a levantarse, estando a punto de decapitarse con el matorral de hierba navaja antes de acordarse de su presencia y agacharse. Si quería tener alguna oportunidad de seguirles, entonces tendría que volver a toda velocidad al sitio en el que había dejado su deslizador de superficie y meterse en el camino que llevaba al espaciopuerto, donde podría encontrarlos mientras iban hacia la ciudad. Haber conseguido ver cómo llegaban y perderlos luego era el típico caso de mala suerte descomunal que no podía permitirse. Kalenda echó a correr hacia su deslizador, sintiéndose más preocupada que nunca.

Alguien ya había intentado acabar con la vida de la jefa de Estado de la Nueva República. Kalenda no tenía ninguna duda de ello. Las cosas iban a estallar. Sí, las cosas iban a estallar en aquel planeta, y cuando eso ocurriese la jefa de Estado de la Nueva República se encontraría justo en el centro de la gran explosión.

Y no había absolutamente nada que Belindi Kalenda pudiese hacer al respecto.

12

Curva de aprendizaje

Lando Calrissian salió por la compuerta del *Dama Suerte* a la superficie del planeta Azbrian sintiéndose mucho menos seguro de sí mismo de lo que se había sentido en Leria Kersil. El encuentro con la bruja vital había hecho un trabajo de primera clase en lo referente a concentrar su atención sobre el gran número de cosas que podían salir mal en sus planes matrimoniales. Luke estaba justo detrás de él, y esta vez los dos llevaban comunicadores, y los androides no estaban encerrados en la nave. Lando sabía lo afortunado que había sido en Leria Kersil. No tenía ningún deseo de poner a prueba su suerte por segunda vez.

Acabó de salir de la nave y miró a su alrededor. El *Dama Suerte* estaba posado en alguna clase de pradera suavemente curvada. Había un rebaño de animales blanquinegros de ocho patas y aspecto plácido a unos cuantos cientos de metros de distancia. Estaban masticando las plantas verdes de tallo corto y aspecto de arbusto que llenaban el campo, y de vez en cuando uno de ellos alzaba la cabeza y emitía un largo trompeteo ahogado sin que hubiera ninguna razón aparente para ello. Una valla los separaba del campo en el que se alzaba el *Dama*, y aunque no parecían la clase de criaturas hechas para saltar o atacar, nada de eso engañó a Lando. Tal como estaba funcionando su suerte últimamente, todas saltarían la valla dentro de un instante y él y Luke serían atacados salvajemente por ellas.

«Eh, cálmate —se dijo mientras se abría paso a través de los gruesos tallos de aquellas plantas que le llegaban hasta los tobillos—. Tienes que controlarte.» Las cosas no iban a ir tan mal. No podían ir tan mal.

— ¡Eh, Lando, a ver si despiertas de una vez!

Lando se volvió y miró a Luke.

— ¿Qué pasa?

Luke señaló con la cabeza la granja que se alzaba al final de la suave pendiente de la ladera.

—Aquí viene el comité de recepción.

—Oh, chico —dijo Lando, obligando a sus labios a que se curvaran en una sonrisa—. Bueno, allá vamos. —Alzó la mano y la agitó de un lado a otro en un saludo dirigido a las dos siluetas vestidas de blanco que venían hacia ellos, y empezó a bajar por la ladera. Eran un hombre y una mujer, y ambos eran jóvenes—. ¡Hola! —gritó Lando.

— ¡Hola! —gritó la mujer—. ¿Hay algo que podamos hacer por ustedes?

—Estupendo —le murmuró Lando a Luke—. Las coordenadas de descenso no eran correctas. Hemos bajado en la granja equivocada. ¡Estamos buscando la granja de Condren Foreck! —explicó, alzando la voz.

El hombre y la mujer, que ya estaban bastante cerca de Luke y Lando, se miraron con una cierta perplejidad.

—Yo soy Condren Foreck —dijo la mujer pasando a emplear su voz normal de conversación, que resultó ser un poquito aguda y quebradiza—. Pero me temo que no esperábamos ninguna visita.

— ¿Y quiénes son ustedes? —preguntó el joven, en un tono de voz que no estaba demasiado lejos de la beligerancia.

—Yo soy Lando Calrissian y éste es mi amigo, el Maestro Jedi Luke Skywalker —dijo Lando.

Contempló con atención a Condren y su acompañante. Condren era pálida y de aspecto frágil, bajita y delgada, con una vaporosa y rizada cabellera rubia que le llegaba hasta los hombros y que no parecía muy interesada en permanecer bajo ningún control. Llevaba una holgada falda blanca larga hasta los tobillos y una sencilla blusa blanca. Su acompañante era alto y muy corpulento, de rostro moreno y con los ojos quizá un poquito excesivamente juntos. Vestía ropas de trabajo manchadas de tierra, y el fruncimiento de ceño de su rostro parecía ser permanente. Lando decidió que sería alguna clase de trabajador de la granja y se olvidó de él.

—¿Lando Calrissian? —exclamó Condren, y su voz sonó un poquito preocupada—. Oh, cielos. Y ha recorrido toda esta distancia... Sabía que tendría que haberme vuelto a poner en contacto con usted cuando las cosas..., eh..., cuando las cosas cambiaron. Pero en realidad nunca pensé que llegaría a venir, y las cosas ocurrieron tan deprisa, y bueno..., yo..., eh..., se me olvidó. Lo siento.

—No entiendo nada —dijo Lando—. ¿Tendría que haberse puesto en contacto conmigo cuando qué cambió?

—Las cosas —dijo Condren, lo que no ayudó mucho a Lando, mientras dirigía una mirada entre nerviosa y preocupada a su compañero—. Esta situación es realmente muy embarazosa —añadió, y después titubeó durante un momento muy largo que no ayudó en nada a que la situación se volviera menos embarazosa—. Oh, cielos —dijo por fin, y tomó la mano del joven—. Señor Calrissian, éste es Frang Colgter..., mi esposo. La semana pasada volvimos a casa después de nuestra luna de miel.

—No puedo creer que mi información sea tan pésima —dijo Lando mientras contemplaba cómo el planeta Azbrian se deslizaba por debajo del ala de babor del *Dama Suerte*. Se marchaban, y se alegraba de que así fuera. La nave estaba funcionando con el piloto automático, y Lando y Luke estaban sentados en la cabina, en los puestos del piloto y el copiloto, y observaban cómo el universo desfilaba ante ellos—. Quiero decir que..., oh, ¿qué va a ser lo siguiente? ¿Una novia en potencia que lleva cinco años muerta? ¿Una novia que en realidad es un novio? ¿Un wookiee?

—Tengo entendido que algunas hembras de la especie wookiee son extremadamente románticas si sabes abordarlas de la manera adecuada —dijo Luke, sonriendo.

—Ah, tú puedes permitirte el reír —replicó Lando—. No es tu reputación la que va a sufrir si estas meteduras de pata llegan a ser del dominio público.

—Eh, mis labios están sellados —dijo Luke.

—Sí, pero a esos androides no les importaría nada hacer correr la voz —dijo Lando, señalando con el pulgar la sala en la que estaban Cetrespeó y Erredós—. Y, pensándolo bien, puede que ni yo mismo sea capaz de resistir la tentación de contar la historia de la bruja vital —admitió, meneando la cabeza melancólicamente.

—Fue una de las escapadas de último momento más por los pelos que he visto jamás —dijo Luke, todavía sonriendo—. Aun así, tal vez deberías volver a pensártelo. Después de todo, era hermosa, joven..., y sin compromiso.

—Oh, sí —gruñó Lando—. Hermosa, joven siempre que no consideres que trescientos años de edad signifique ser vieja, rica, bondadosa, afable... Pero cuando realmente has llegado a conocerla, estás muerto y ella ya anda buscando su siguiente y afortunada víctima.

No, el asunto de la bruja vital ya fue bastante horrible. Pero ahora este asunto con Condren Foreck como propina... Admito que no es muy horrible, pero resulta muy molesto y embarazoso.

—Vamos, vamos —dijo Luke—. ¿Cómo ibas a saberlo? Habría podido ocurrirle a cualquiera. Fue ella quien no volvió a ponerse en contacto contigo cuando ese tal Frang Colgter le hizo la pregunta decisiva. No ha sido culpa tuya.

Lando puso los ojos en blanco.

—Seguro. Cualquiera podría descender en ese planeta, ir a ver a una rica y joven heredera para comentar las posibles perspectivas de contraer matrimonio con ella..., y descubrir que acaba de volver de su luna de miel. Exacto. Ah, no tiene sentido, Luke. Yo soy la única persona que tiene esa clase de mala suerte.

Luke se echó a reír.

—Bueno, tal vez tengas razón en eso —dijo—. Pero no habrás decidido rendirte, ¿verdad?

—Por supuesto que no —replicó Lando, intentando obtener el tono justo de orgullo herido—. Haría falta mucho más que esto para hacerme renunciar a la idea. —Reflexionó durante unos momentos y después se encogió filosóficamente de hombros—. Puestos a ver las cosas por el lado bueno, la verdad es que no estoy muy seguro de hasta qué punto podía interesarme Condren. No sé si habría sido capaz de vivir con esa voz chirriante. Bien, de todas maneras tenemos que darnos prisa... Nos esperan.

—En Sacorria, ¿no?

—Sí, en Sacorria —dijo Lando—. Vamos a ir a Sacorria, un planeta External del Sector Corelliano, y visitaremos a una joven dama llamada Tendrá Risant. Suponiendo que no resulte tener seis hijos, tres esposos y una barba que le llegue hasta los pies, claro...

—No me parece una combinación muy probable —dijo Luke, y volvió a sonreír.

—Dale una oportunidad —gruñó Lando—. En este universo el absurdo siempre tiende al máximo..., especialmente cuando yo estoy cerca.

—¿Sabes una cosa, Lando? Hay una forma de que puedas evitarle un montón de problemas de ese tipo, si no te importa gastar un poco de tiempo y de dinero —dijo Luke.

—¿Cuál? —preguntó Lando.

—Podrías tratar de llamar antes. La gente no espera recibir llamadas de larga distancia interestelar porque son muy caras, pero piensa en ello. Ya has tenido dos fracasos, y esos dos fracasos se han debido a que tu información estaba terriblemente anticuada. Podrías probar a hablar con esa tal Tendrá Risant vía holocomunicación. Te saldría caro, sí..., pero podría acabar ahorrándote un montón de tiempo y de molestias.

Un fruncimiento de ceño pensativo arrugó la frente de Lando.

—Y además —añadió maliciosamente Luke—, piensa en lo mucho que impresionará a la dama el recibir esas llamadas de holocomunicador tan caras.

Eso fue todo lo que hizo falta para convencer a Lando. Alargó la mano hacia su lector de datos y empezó a buscar el código de llamada de Tendrá Risant.

La teniente Belindi Kalenda sabía que había hecho cuanto podía. Había aprovechado el hecho de que las cosas estaban bastante mal y había encontrado una villa vacía a unos centenares de metros más arriba del camino que conducía a la villa en la que estaba alojada la jefa de Estado. Entrar en la villa y ocultar su deslizador de superficie robado y el resto de su equipo le había resultado relativamente fácil, y el dormitorio de arriba de la villa vacía era un puesto de observación ideal.

De hecho, casi era demasiado bueno. Que al equipo de seguridad de las FDC —los oficiales uniformados que Kalenda podía ver tan ocupados patrullando los alrededores de la villa de la jefa

de Estado— no se le hubiera ocurrido examinar su puesto de vigilancia era una mala señal: o no sabían hacer demasiado bien su trabajo, o alguien les estaba diciendo que no lo hicieran demasiado bien.

En cualquier caso, Kalenda podría verlo todo desde allí, siempre que no se tomara la molestia de comer, dormir y demás minucias por el estilo.

Pero eso era absurdo, naturalmente. Había llegado el momento de aceptar los límites de lo que podía hacer, y eran extremos. No podía proteger a la jefe de Estado o a su familia si las FDC decidían actuar. No podía seguir a cada miembro de todo el grupo, y tampoco podía estar en más de un sitio a la vez si decidían separarse. Y si viajaban en aerodeslizador, eso también significaría que se le había acabado la suerte. No había ninguna forma de que Kalenda pudiera pasar desapercibida volando detrás de ellos..., eso suponiendo que pudiera echar mano a un aerodeslizador que fuese capaz de mantenerse en el aire durante más de cinco minutos seguidos.

Pero había una cosa que la consolaba un poco. Las agencias de seguridad del tipo de las FDC muy rara vez utilizaban a sus agentes y oficiales uniformados para que hiciesen el trabajo sucio. Si decidían tratar de acabar con la jefe de Estado, enviarían operativos encubiertos de alguna clase, muy posiblemente sin que los agentes de uniforme lo supieran. De hecho, si los uniformados realmente estaban intentando proteger a Organa Solo, o quizá incluso morían en el intento, eso sería beneficioso desde el punto de vista de la conspiración. Les proporcionaría la capacidad de negarlo todo.

Ésa era la clase de ataque contra el que la presencia de Kalenda podía suponer una cierta defensa. Desde su posición privilegiada podía vigilar todas las rutas de aproximación a la casa. Si el destacamento de seguridad alteraba su rutina, por ejemplo de alguna manera que abriese un agujero en toda la pauta de seguridad, eso sería una señal de que Kalenda debía ponerse en estado de alerta. El plan de ataque más probable sería que un equipo de asalto se metiera por un agujero de ese tipo en la malla de seguridad, matara a unos cuantos centinelas uniformados en bien de la verosimilitud y acabara con toda la familia después.

Kalenda podía estar preparada para eso. Podía estar preparada para empezar a disparar contra la fuerza de ataque o, por lo menos, para hacer unos cuantos disparos que atraerían la atención de los centinelas uniformados.

Ese tipo de ataque era más probable que tuviera lugar de noche, o cuando hiciese mal tiempo a ser posible. Kalenda podía echar rápidas siestas durante las horas centrales del día siempre que colocara los macrobinoculares encima de un trípode, los apuntara hacia la ventana y ajustara el mecanismo detector para que la avisara si percibía algún movimiento repentino. Se vería bruscamente sacada de la cama cada vez que uno de los chicos cruzara corriendo el patio o un flotador oceánico pasara por delante de la ventana, pero por lo menos podría descansar un poco.

—Nadie dijo nada de un preceptor —dijo Jaina, contemplando el techo lleno de sombras de la habitación que estaban compartiendo los niños—. ¿Por qué hemos de tener un preceptor?

—Para que podamos aprender cosas, boba —replicó su hermano Jacen, y su voz llegó hasta ella desde la cama de al lado—. ¿Por qué otra razón iban a escoger un preceptor para nosotros?

Jaina se encogió de hombros, aunque sabía que su hermano no podía verla en la oscuridad.

—Sí, me imagino que es por eso. Pero se supone que esto han de ser nuestras vacaciones.

— ¿Y qué? —dijo Jacen—. Somos los líderes del mañana, o algo por el estilo, tanto si nos gusta como si no. ¿Piensas que mamá y papá dejarían pasar por alto una oportunidad tan grande para enseñarnos cosas que luego pueden hacernos falta para gobernar la galaxia?

Jaina soltó una risita. Le encantaba cuando Jacen hablaba de aquella manera, burlándose de la seriedad con que los adultos parecían tomárselo todo.

Dejó escapar un suspiro de satisfacción y se dio la vuelta en aquella cama tan grande y cómoda. Las literas de a bordo de la nave eran espantosamente pequeñas, y resultaba muy agradable volver a estar en un planeta. Era el final de su primer día en Corellia, pero hasta el momento apenas si habían visto nada del planeta. Todo el día había sido invertido en salir del espaciopuerto, llegar a la villa en las afueras de la ciudad, deshacer el equipaje y empezar a organizarse. Eso no importaba. Jaina se alegraba de haber llegado aunque aún no hubieran hecho gran cosa. El viaje en el *Halcón* había sido divertido, por supuesto, pero se estaba un poco apretado a bordo. Además, tampoco había que olvidar aquel extraño problema al final del viaje del que sus padres no estaban dispuestos a hablar. Jacen insistía en que otra nave había estado disparando contra ellos, pero a Jaina le parecía que eso no tenía ningún sentido. Mamá era la jefa de Estado de la Nueva República. ¿Qué razón podía tener nadie para querer disparar contra ella?

Oyó un débil murmullo procedente de Anakin, profundamente dormido en su cama al otro lado de la habitación. Volver a compartir un dormitorio como era debido, igual que hacían en casa, resultaba magnífico. Sí, no cabía duda de que se alegraba de estar fuera de la nave.

—Bien, ¿y qué crees que nos va a enseñar el preceptor? —preguntó—. Aparte de cómo gobernar el universo, quiero decir.

Jacen se rió.

—Bueno, supongo que ese tema ocupará la mayor parte del primer día de clases. Me imagino que tendremos que esperar un poco para enterarnos de lo demás.

La villa que habían alquilado tenía un soberbio panorama de la ciudad desde un lado, y un panorama todavía mejor del océano del este por el otro. Había sido construida sobre un pequeño acantilado, con un sendero que permitía un fácil acceso a la playa arenosa que se extendía por debajo de él.

Han estaba en el patio trasero de la villa, apoyado en la barandilla contemplando el mar. El cielo estaba despejado, el aire estaba limpio y soplabla una suave brisa. Se encontraba en su mundo natal en una mañana soberbia. Los tres chicos estaban en la playa, bajo la mirada vigilante de Chewbacca. Han se dijo que eso había sido todo mi detalle de amabilidad por parte del wookie. A nadie con tanto pelaje podía gustarle mucho acabar lleno de arena..., por no mencionar el mojarse.

Todo tendría que haber ido estupendamente. Todas las tradiciones y tópicos del espacio afirmaban que nunca estabas más cómodo y a gusto que en tu mundo natal, donde la gravedad, la presión atmosférica y la mezcla de gases del aire, y el lenguaje, el acento, la cocina y todo lo demás eran exactamente los que había conocido tu cuerpo al nacer.

Pero eso sencillamente no era verdad para Han. No aquella mañana. Y había algo más que el incidente con las patrulleras de bolsillo y los Feos. Eso era preocupante, pero no tanto como podía haber parecido al principio. Después de todo, estaba claro que podrían haberlos matado a todos, y sin embargo no lo habían hecho. Eso significaba que un alguien muy poderoso quería que siguieran con vida, al menos por el momento. No era un gran consuelo, pero no cabía duda de que era preferible a saber con absoluta certeza que alguien quería verte muerto.

Pero había más, mucho más. Leia le había dicho que había tenido una sensación muy clara de estar siendo vigilada en el espaciopuerto, y también le había dicho que se trataba de alguien que no formaba parte de la red de seguridad oficial. Cuando una adepta en la Fuerza, aunque estuviese a medio adiestrar, te decía algo semejante, probablemente harías bien en creerlo.

No, lo que más le inquietaba era el aspecto de los campos y la ciudad cuando los habían atravesado. Han había esperado una cierta cantidad de cambios, e incluso una cierta cantidad de declive. Había ido siguiendo las noticias de Corellia tan bien como podía hacerlo cualquier persona que estuviese fuera del sector.

Pero los campos descuidados, las casas sin pintar, las hileras de medio kilómetro de largo de tiendas con las puertas y los escaparates recubiertos de tablones, el aspecto agotado y sombrío de la gente... Las cosas estaban mal, peor de lo que había pensado. Han sintió una extraña e irracional culpabilidad por no haber estado allí, con su pueblo, para experimentar el sufrimiento con ellos.

Y de repente se sintió dominado por el impulso de hacer exactamente eso, estar con ellos. Quedarse en una villa de las afueras de la ciudad no le ayudaría en nada a averiguar lo que estaba ocurriendo en su planeta natal, en la ciudad capital. Han giró sobre sus talones y entró en la villa, y se encontró a Leia todavía sentada en la mesa del desayuno.

—Oye, Leia, ¿crees que podrías encargarte de este asunto del preceptor sin mi ayuda? —preguntó.

Leia alzó la mirada hacia él y le contempló con una leve sorpresa.

—Supongo que sí —dijo—. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No lo sé con exactitud —replicó Han—. Es sólo que tengo la sensación de que he de salir de aquí para ir a ver cómo son las cosas realmente en la ciudad. Quiero ir de un lado a otro moviéndome sobre mis pies, en vez de ir a todas partes metido dentro de un precioso vehículo de superficie blindado de las FDC. Puedo coger la lanzadera aérea en la estación del pueblo.

Leia asintió, y su expresión se volvió un poco triste y seria.

—La verdad es que ya me esperaba que querías hacerlo —dijo—. Adelante, ve a echar un vistazo... Ya me las arreglaré para encontrar un preceptor por mi cuenta. El primer candidato tiene que llegar dentro de una hora.

Han se inclinó sobre ella y depositó un beso muy suave en la mejilla de su esposa.

—Gracias —dijo—. Es algo que realmente necesito hacer.

—No te olvides de que esta noche cenamos con el Gobernador General en la Casa de Corona —le recordó Leia—. Se supone que el aerodeslizador ha de venir a buscarnos a las ocho en punto.

—Volveré con tiempo de sobra para prepararme —le aseguró Han—. Pero realmente he de ir a ver la ciudad, Leia. Llevo demasiado tiempo lejos de aquí.

Cuando hubo terminado con el tercer candidato a ocupar el puesto de preceptor, Leia ya estaba empezando a lamentar haber accedido a ocuparse de aquel trabajo en solitario. La secretaria del Gobernador General había enviado una lista de candidatos que habían sido sometidos a intensas investigaciones de seguridad y las habían superado, y además Leia contaba con sus capacidades para el uso de la Fuerza. Podía percibir cualquier intento de engaño o fraude. No tenía que preocuparse pensando en la posibilidad de que acabara contratando a algún agente encubierto para que educara a sus hijos.

Pero al parecer sí tendría que preocuparse por la posibilidad de contratar a un total y absoluto incompetente. Los primeros tres candidatos —una humana, una seloniana y un humano— eran muy afables y simpáticos, pero ninguno parecía lo suficientemente digno de confianza ni para que se le confiase la tarea de vigilar una tetera hasta que hirviese, por lo que no había ni que pensar en confiarles a tres niños traviesos y llenos de energías. El que cada uno pareciese superar a los demás a la hora de elaborar complicados elogios para Leia tampoco ayudaba mucho. Leia nunca había tenido demasiada paciencia para esa clase de tonterías, y en aquellos momentos tenía todavía menos.

Leia, que estaba sentada en el más bien austero estudio-despacho de la villa, se preparó para la próxima prueba y presionó el botón del escritorio que indicaría al siguiente candidato que podía entrar.

Un drall de edad avanzada cruzó el umbral, seguido de cerca —para gran sorpresa de Leia— por un androide de color negro azabache. El drall era bastante alto para su especie, y tendría aproximadamente un metro de altura. Su grueso y corto pelaje era de un color gris oscuro, pero mostraba zonas de un gris más claro esparcidas aquí y allá por su rostro y su garganta. No llevaba ropa ni adornos de ninguna clase.

Los dralls eran bípedos bastante convencionales, no muy altos, de pelaje oscuro, rostro solemne y un aspecto general muy digno y respetable. Tenían los miembros cortos, con pies y manos cubiertos de pelo y dotados de garras. Aquel drall estaba perfectamente a la altura de la reputación de confianza en sí mismo que tenía su especie.

El androide avanzó detrás del drall, y Leia lo examinó atentamente. Hacía pensar en una versión más alta y esbelta de Erredós, un cilindro con ruedas al final de patas extensibles. Parecía ser una unidad astromecánica altamente modificada pero, a diferencia de Erredós y por lo que podía ver Leia, aquel androide podía moverse no sólo sobre ruedas sino también sobre haces repulsores. Al menos las protuberancias que había al final de su cuerpo cilíndrico daban la impresión de ser almohadillas repulsoras. Leia nunca había visto un androide parecido. Sin embargo, la etiqueta corelliana seguía la pauta general en lo referente a los androides: a menos que el androide estuviera siendo utilizado, se suponía que debías ignorarlo.

El drall era tan imponente y solemne como la mayoría de los dralls que Leia había visto, y aunque no fue hacia ella moviéndose demasiado deprisa, tampoco había ni rastro de torpeza o incomodidad en su porte y su forma de caminar. Se movía con una impresionante majestuosidad, y sus ojos negro azabache permanecieron llenos de calma mientras se clavaban en el rostro de la jefa de Estado de la Nueva República.

—Soy Ebrihim —dijo con una voz un poco ronca y gutural.

Leia se encontró poniéndose de pie y caminando alrededor del escritorio para darle la bienvenida, algo que no había hecho con ninguna de sus visitas anteriores. Ebrihim era la clase de individuo que exigía respeto, incluso de una jefa de Estado.

—Soy Leia Organa Solo —dijo.

Decidió imitarle en lo referente a prescindir de los títulos honoríficos. Después de todo, y según la información de que disponía Leia, Ebrihim tenía una larga lista de logros.

—Está buscando un preceptor para sus hijos —dijo el drall, avanzando hacia el sillón de las visitas—. Desea que la misma persona actúe como guía para todo su grupo y organice viajes a los sitios más interesantes. ¿Es eso correcto?

—Sí —dijo Leia.

No hubiese podido explicar por qué, pero de repente había empezado a tener la sensación de que era ella la que estaba siendo entrevistada.

—Excelente —dijo el drall—. Le ruego que se siente.

Ebrihim se instaló en aquel sillón concebido para la altura humana. Leia volvió obedientemente a su asiento y se sentó, no sin ser consciente de la enorme cantidad de confianza en uno mismo necesaria para decirle a la líder de la Nueva República cómo tenía que comportarse en su propio despacho.

—Estoy buscando un preceptor —dijo. Aquel tipo parecía preferir ir directamente al grano sin ninguna clase de rodeos, ¿no? Muy bien, pues entonces Leia probaría a utilizar sus métodos—. ¿Por qué debería darle el puesto?

—Una pregunta muy lógica y justificada. Porque el trabajo me intriga. Conozco la historia de este sector. Porque tengo experiencia en el campo de la tutela de humanos acomodados. Si se me permite adelantar un par de conjeturas basadas en lo que sé, y a juzgar por sus circunstancias personales, usted desea que sus hijos tengan un preceptor no humano a fin de exponerlos a un punto de vista alienígena. Quiere que ese no humano pertenezca a una de las razas nativas de este sistema, para que de esa manera pueda proporcionar opiniones e ideas que nadie de fuera del sistema estaría en condiciones de aportar. Tengo más o menos la misma altura que sus hijos, y no se sentirán intimidados por mi presencia..., a menos que yo desee intimidarlos. ¿Son esas razones suficientes, o desea más?

—Esa lista de razones es perfectamente adecuada —dijo Leia, y sonrió.

—Excelente. Me imagino que mis cualificaciones figuran en ese cuaderno de datos que tiene delante. ¿Sabe lo suficiente para tomar una decisión, o desea examinarme con esos ridículos poderes de la Fuerza suyos y sondear las profundidades de mi alma?

— ¿No cree en la Fuerza? —preguntó Leia.

—Creo en ella, de la misma manera en que creo en la gravedad o en la luz del sol. La he observado, y en consecuencia sé que existe. Pero no me la tomo en serio. No hay ni un solo timador o tiburón de las mesas de sabacc en este planeta, y supongo que en ningún otro, que no afirme poseer vastas capacidades en el uso de la Fuerza.

—Hay algo de razón en lo que dice. Pero ¿de qué manera pueden las mentiras de un timador tener algún efecto sobre la importancia de la Fuerza?

—De la siguiente: en la vida cotidiana, y para la inmensa mayoría de los seres, la Fuerza no tiene ningún significado real. Usted vive en un mundo de poderes Jedi, donde los prodigios son algo corriente y normal. Yo vivo en un mundo donde no puedo saltar cinco veces mi altura por mucho que lo intente. He de conseguir una escalera, o hacer que Q9-X2 me levante. La galaxia que usted gobierna, y que es muy posible que sus hijos ayuden a gobernar, contiene muchos más seres de mi clase que de la suya. Sus hijos tienen considerables capacidades para el uso de la Fuerza, ¿no?

—Así es.

—Entonces no permita que confíen demasiado en ella —dijo Ebrihim—. La Fuerza puede llegar a convertirse en una muleta, un atajo, una salida fácil. Deje que aprendan la forma cotidiana de hacer las cosas. Deje que actúen como lo hacen las personas corrientes. Deje que vayan avanzando en esa dirección a partir de la Fuerza, en vez de permitir que confíen en la Fuerza para ponerse en movimiento.

—Ya veo —dijo Leia.

Se dio cuenta de que debería haberse sentido terriblemente ofendida por muchas de las cosas que había dicho Ebrihim, pero tal vez llevaba demasiado tiempo rodeada de cortesanos y aduladores. Su brusca sinceridad le pareció refrescante, y resultaba indudablemente agradable tratar con alguien que no se apresuraba a inclinarse delante de ella, tratándola como si Leia fuese alguna clase de criatura mítica. Ebrihim le recordaba más bien a un maestro de escuela dando consejos basados en toda una vida de experiencia, diciéndole a un padre que se estaba esforzando demasiado que se tomara las cosas con un poco más de calma.

Y Leia también comprendió que ésa era justo la clase de persona que quería para instruir a sus hijos. Ebrihim tenía cierta razón respecto a la Fuerza. A sus hijos tal vez les resultara muy

beneficioso verse expuestos a un punto de vista que no consideraba la Fuerza como el principio y el fin de todo cuanto existía, el punto de partida y el punto en el que acababan todas las cosas. Después de todo, sus hijos iban a vivir sus vidas en un universo donde la inmensa mayoría de los seres inteligentes nunca tenían absolutamente nada que ver con la Fuerza.

—El puesto es suyo —dijo Leia—. ¿Le parece adecuado el salario que se había anunciado?

—Sería un estúpido si rechazara un salario mayor en el caso de que lo ofreciera, pero sí, es «adecuado». Y si no tiene ninguna objeción, pondré manos a la obra inmediatamente.

—No tengo ninguna objeción —dijo Leia.

Ebrihim se levantó de su sillón y se volvió hacia su androide.

—Vamos, Q9 —dijo—. Tenemos trabajo que hacer.

Ebrihim había atraído la atención sobre su androide, y eso hizo posible que Leia pudiera permitirse hacer alguna observación acerca de él.

— ¿Le importa que le diga que es un modelo muy poco usual? —comentó—. No creo haber visto nunca uno parecido. ¿Me permite que le pregunte de qué puede servirle un androide astromecánico a un preceptor?

—Puede servirle de mucho —replicó Ebrihim—. Para empezar, solamente sus habilidades referentes al acceso de datos ya son inapreciables. Pero sus capacidades se extienden mucho más allá de eso. Ha...

—Soy capaz de hablar por mí mismo, amo Ebrihim —anunció el androide—. No necesita hablar de mí como si no estuviera aquí.

Leia enarcó una ceja, sintiéndose levemente sorprendida.

—Me parece que nunca había visto a un androide astromecánico que fuese capaz de hablar el básico —dijo, dirigiéndose a Ebrihim—. ¿Lo ha modificado, o es que este modelo ya era así desde el principio?

Pero el androide se volvió hacia Leia.

—Le pido que me disculpe, señora, pero como ya he dicho, puedo hablar por mí mismo. Y me permito añadir que también me he modificado a mí mismo en lo referente al habla.

—Ésa no es forma de hablarle a la líder de la Nueva República, Q9 —dijo Ebrihim.

— ¿Por qué no? —preguntó el androide, en un tono de voz que dejaba muy claro que formulaba la pregunta impulsado por una sincera curiosidad.

—Entre otras razones, porque podría ordenar que te desmontaran para que fueses utilizado como sistemas y repuestos sueltos.

—Usted no le permitiría que hiciese eso —replicó Q9—. Esa amenaza hueca en particular ya no me impresiona.

—Uno de estos días insultarás a la persona equivocada, y no seré capaz de evitar que te castiguen.

Leia no pudo reprimir una sonrisa.

—Bueno, te sugeriría que intentaras ser más cortés, pero puedo asegurarte que no seré yo quien ordene que te desmonten.

Q9 se volvió hacia su dueño.

— ¿Lo ve? —preguntó.

—No, no lo veo —replicó Ebrihim con tranquila afabilidad—. Ser perdonado dista mucho de ser lo mismo que tener razón.

—Tal vez sí —dijo Q9—. Pero hasta el momento he descubierto que es mucho más fácil ser perdonado que tener razón.

—Ésa es la razón por la que la gente habla de ti como si no estuvieras presente —dijo Ebrihim—. Enseguida descubren que no mereces que se te dirija la palabra.

Q9 volvió su sensor visual primero hacia Leia y luego hacia Ebrihim, pero fue claramente incapaz de dar con una réplica convincente. En vez de hablar, el androide se limitó a volverse hacia la puerta y salir del despacho.

—Debe de resultar tremendamente útil si merece aguantar esa manera de contestar suya —dijo Leia.

—A veces es difícil soportarlo —replicó Ebrihim—. Pero debo admitir que me parece un caso interesante. Nunca me he encontrado a un androide con sus puntos de vista y opiniones, y lo encuentro altamente estimulante. Tiene ideas muy claras sobre los androides, e intenta vivir de acuerdo con ellas. Creo que eso es una parte de la razón por la que siempre se está alterando y modificando.

—Ah, ¿entonces la mejora de la voz no es la única?

—Oh, no, en absoluto. No importa cuál sea la última y más grande mejora comercial disponible, él tiene que contar con ella. Calculo que en estos momentos menos de la mitad de Q9 es equipo original de la fábrica. Y, naturalmente, aparte de eso también diseña sus propias mejoras. Por ejemplo, construyó esos repulsores. Siempre tengo la esperanza de que la próxima adición será un módulo de cortesía, pero todavía no he tenido suerte en ese aspecto.

Ebrihim se estaba mostrando un poco más abierto o relajado, ya fuese porque le gustaba hablar de su androide o porque tenía el empleo.

—Bien, creo que ya es hora de que conozca a los niños —dijo Leia—Tengo muchas ganas de hacerlo —dijo Ebrihim, con una reverencia e invitando a Leia a que fuese delante de él.

Han Solo salió de la avenida del Meteoro, no muy lejos del espaciopuerto de Ciudad Corona, y entró en la calle de la Nave del Tesoro..., y no pudo creerlo. Por lo menos, no al principio y no cuando se acordó de cómo solía ser aquel sitio. ¿Cómo había llegado a su estado actual? ¿Estaba en el lugar correcto?

La calle de la Nave del Tesoro había sido el mercado, el bazar, el centro de entretenimientos, la leyenda que debías recorrer —o, si carecías de imaginación y espíritu de aventura, alrededor de la que debías dar un rodeo— durante tu camino desde el espaciopuerto hasta el centro de la ciudad.

Han se acordó de los centenares de puestos y tenderetes que habían ocupado el centro de la espaciosa calzada y en los que se vendía todo lo imaginable, procedente de todos los rincones de la galaxia. Se acordó de los vendedores, las criaturas de todas clases originarias de sistemas estelares de los que Han nunca había oído hablar, que se apiñaban en aquel sitio para pregonar sus mercancías. Cada día llegaban nuevas naves, y cada día algo nuevo e inesperado aparecía en las mesas de venta.

Hubo un tiempo en el que la calle de la Nave del Tesoro estaba atestada de compradores y vendedores procedentes de toda la galaxia. Hubo un tiempo en el que sólo el sonido de aquel lugar ya resultaba abrumador por sí solo. Las canciones de los cantantes callejeros, los trinos, tamborileos, trompeteos y retumbos de los músicos que iban de un lado a otro, el sonido de mil

lenguas siendo gritadas al mismo tiempo mientras los vendedores apremiaban a cada persona que pasaba por delante de ellos a examinar lo más delicado, lo más hermoso, lo más raro, todo ello en venta a los precios más absurdamente bajos..., y cualquier comprador que no consiguiera regatear el precio hasta que se lo redujeran por lo menos a la mitad merecía cualquier cosa que le ocurriera a continuación.

Hubo un tiempo en que el aire estaba saturado por los potentes olores de las carnes asadas, los licores y el pan recién horneado, y también por olores menos agradables. Tu nariz quedaba hechizada en un momento dado por el más exquisito de los perfumes, y era agredida al siguiente por una vaharada surgida de lo que eran o los despojos que cubrían el fondo de la jaula en la que yacía un animal medio podrido o la idea de lo que debía considerarse un banquete para otra especie.

Hubo un tiempo en que la calle de la Nave del Tesoro había sido un estallido de colores, con toldos abigarrados y letreros que parpadeaban, latían y guiñaban sus mensajes. Las fachadas de las tiendas habían sido pintadas con todos los colores del arco iris, y algunas estaban pintadas con colores que ningún humano podía ver. Pero sabías que la fachada que parecía gris o de un blanco sucio probablemente aullaba con un grito cromático vista bajo el ultravioleta o el infrarrojo, y que los comercios con exteriores de extrañas texturas, creadas mediante molduras colocadas en complejas disposiciones para reflejar los sonidos, estaban llenos de mercancías que atraerían a las especies que se orientaban mediante la localización de ecos.

La misma clase de regla se aplicaba a las pequeñas lámparas que colgaban discretamente delante de ciertas puertas no distinguidas por ninguna otra señal. No se necesitaba ningún gran esfuerzo mental para saber qué clase de negocios y transacciones se llevaban a cabo detrás de aquellas puertas, y las lámparas que parecían estar fundidas brillaban en el infrarrojo o el ultravioleta, anunciando la misma clase de servicios a aquellas especies que, literalmente, veían el mundo de una forma un poco distinta a la de los humanos. Un fragmento de sabiduría popular de los colegiales muy conocido afirmaba que existía un complejo y sutil código de colores en acción incluso entre las lámparas visibles a los ojos humanos, aunque Han jamás había conocido a nadie que pudiera llegar a explicar cómo funcionaba, o qué significaba un color determinado. Pero era una buena historia.

Hubo un tiempo en que las noches de la calle de la Nave del Tesoro habían sido como los días, sólo que todavía más fascinantes. Cuando llegaba el ocaso, la mitad de los vendedores cerraban sus puestos y luego volvían a abrirlos convertidos en juegos de feria, salones de sabacc, casas de tatuajes y garitos de apuestas. Los otros nunca cerraban. Los cantantes, bailarinas y músicos callejeros llegaban en números todavía más grandes, y las multitudes de los bares y los restaurantes invadían las aceras para disfrutar del cálido aire nocturno. Nunca querías quedarte quieto en un sitio durante demasiado tiempo, por miedo a perderte lo que estaba ocurriendo detrás de la siguiente hilera de puestos.

Hubo un tiempo en el que todo eso había estado allí. Pero los sonidos, los olores y los colores se habían desvanecido, y los días emocionantes y las noches misteriosas llenas de magia se habían esfumado. Los puestos de los vendedores ya no estaban allí, y su ausencia había dejado un paseo ancho y vacío en su lugar. Las tiendas de las aceras también estaban cerradas y clausuradas con tabloncillos, salvo aquellas cuyos escaparates estaban destrozados y las que mostraban las cicatrices de los daños causados por el fuego. Todo estaba en silencio, salvo por el soplar del viento y los correteos de pequeños carroñeros que se apresuraron a buscar un escondite más seguro cuando Han empezó a avanzar por la calle abandonada. Los únicos olores que flotaban en el aire eran las débiles sombras del moho y la carcoma, la madera a medio pudrir y los charcos de agua sucia y estancada.

Árboles de aspecto enfermo y grandes matorrales de malas hierbas brotaban aquí y allá en la calle, y también asomaban de los ventanales rotos de varias tiendas. Algunos trozos de vieja lona

maltratada por la intemperie y unos cuantos montones de palos abandonados y mesas plegables rotas esparcidos por la calzada eran todo cuanto quedaba, aparte de los recuerdos de los días y las noches gloriosas que conservaba Han.

Todo había desaparecido, todo se había esfumado y perdido para siempre. En otra vida que parecía tan lejana que podía haberle ocurrido a otra persona, la calle de la Nave del Tesoro había sido un lugar lleno de misterio, magia y emociones, de promesas y peligros para un Han mucho más joven. Pero la magia había pasado, y la calle de la Nave del Tesoro se había convertido en un vacío lleno de fantasmagórica tristeza.

Han se acordó de un famoso actor al que había conocido en el pasado. Lo había visto por primera vez desde la cuarta fila del teatro. El actor interpretaba a un joven y apuesto teniente, y Han nunca había visto a un hombre con tanta vitalidad, tan vivo y lleno de energías como aquel oficial imaginario. Después había conseguido meterse entre bastidores y había entrado osadamente en el camerino del actor. Vio el traje en su percha, la peluca, la espada e incluso la nariz del personaje, cada cosa pulcramente quitada y colocada en su sitio..., y sentado entre todo aquello había un anciano cansado y de rostro grisáceo con nada en sus ojos.

Han había necesitado un acto consciente de voluntad antes de poder empezar a creer que unos momentos antes el anciano había sido el deslumbrante oficial y que aquel viejo, tan preocupado por que era la última noche de aquella obra y no tenía ningún otro papel que interpretar, había estado desafiando al universo encima del escenario hacía tan sólo unos instantes.

Todas las ilusiones y todo lo especial, emocionante y magnífico había sido arrancado de la calle de la Nave del Tesoro, y lo único que quedaba en su lugar era la dura realidad de un paseo lleno de soledad.

Han llegó hasta el final de la calle y después se metió por la avenida de la Línea Estelar y encaminó sus pasos hacia el centro de la ciudad. Tenía que ver más, aunque en realidad no quisiera hacerlo.

«No todo está en ruinas —se dijo Han—. Sólo casi todo...» Mientras caminaba, vio que aquí y allá seguía habiendo casas bien cuidadas, negocios que continuaban estando abiertos, e incluso uno o dos que tenían una apariencia próspera. Pero Han sabía que sólo eran pequeñas partículas engañosas del horrible total. Ciudad Corona era una versión ampliada de la calle de la Nave del Tesoro.

La única diferencia estribaba en que la calle de la Nave del Tesoro estaba completamente muerta..., y la ciudad no. Las calles sólo estaban medio vacías, no vacías del todo. Había vehículos en las calzadas, aunque un gran número de ellos estaban averiados y seguían inmóviles allí donde habían sido abandonados meses o años antes. Había grupos de ociosos y gente sin trabajo en casi cada esquina.

Y prácticamente sólo veía humanos. Apenas había un drall o un seloniano visible. Las dos especies siempre habían tenido su enclave propio en la ciudad de Corona, pero en los viejos tiempos eso nunca había parecido importar demasiado. Los selonianos compraban en las tiendas de los dralls, los humanos iban a visitar amistades selonianas en sus casas, y los dralls iban a un espectáculo en cualquiera de los barrios humanos.

Ya no. No cuando no había dinero ni trabajo, y cuando todo el mundo tenía que arreglárselas por su cuenta..., y mirar por encima de su hombro mientras lo hacía.

No tendría que haberse sorprendido, y Han lo fue comprendiendo. Prácticamente todas las grandes industrias de Corellia habían dependido del comercio de una manera u otra: distracciones para las tripulaciones de las naves, servicios financieros para las compañías navieras, manufactura y reparación de androides, astilleros y reparaciones de navíos... Incluso las derivaciones criminales de esas industrias habían estado basadas en el comercio. Los juegos

amañados, el blanqueo de dinero negro, el contrabando, la manipulación de androides y las mejoras ilegales para las naves necesitaban clientes de fuera del sistema.

En los buenos viejos tiempos, seres de todas las especies habían acudido a aquel mundo para pasar un buen rato, vender sus cargamentos y hacer reparar sus naves y sus androides. Ocurría con demasiada frecuencia que obtuvieran más de lo que habían buscado en un principio..., pero eso también había formado parte de Corellia. En la actualidad, y gracias a la guerra, un miedo paranoide a los forasteros y las políticas antialienígenas del gobierno que equivalían al suicidio financiero, ya nadie venía a Corellia. No había nadie a quien vender y nada que comprar, y de todas maneras tampoco había créditos con los que comprar y vender.

A medida que Han se iba acercando al centro de la ciudad, las cosas parecieron mejorar aunque sólo fuese un poco. Había más tiendas abiertas, y los que formaban colas delante de ellas parecían aburridos y resignados, no llenos de ira.

Han atravesó un barrio todavía próspero que había conocido en los viejos tiempos, una zona llena de grandes mansiones antiguas, y le complació ver que por lo menos aquel lugar seguía teniendo un aspecto muy parecido al de antes..., hasta que se fijó en todos los guardias androides que patrullaban de un lado a otro, los generadores de campos de fuerza estáticos discretamente colocados, las cámaras de vigilancia y los puestos de guardia. Un guardia androide bajó del cielo para flotar junto a Han mientras caminaba. Han captó la indirecta y salió de la zona. Algunas personas todavía tenían dinero, pero estaba claro que también tenían mucho miedo de quienes carecían de él.

Ya era casi mediodía cuando los vagabundeos de Han acabaron llevándole al distrito comercial. Estaba a punto de buscar algún sitio donde comer algo cuando oyó gritos y cánticos que venían hacia él. Entonces comprendió que ya llevaba algunos minutos oyendo aquellos sonidos, que habían estado intensificándose en la lejanía.

Miró a su alrededor, y se dio cuenta repentinamente de que la calle se estaba vaciando. La gente se movía deprisa y sin hacer ruido, saliendo de la calle a medida que el sonido del desfile se iba aproximando. Han oyó los golpes de las puertas y el chasquido de los pestillos de las ventanas al ser corridos. El encargado salió a toda prisa de la tienda delante de la que estaba parado Han, miró calle abajo y después alargó la mano hacia una manivela instalada en la pared. Hizo girar la manivela y un gran postigo de plásticero empezó a bajar a lo largo de sus guías.

Una mujer cogió en brazos a su niño al otro lado de la calle, giró sobre sus talones y entró corriendo en su casa. Un hombre se metió en una pequeña taberna justo antes de que el dueño cerrase la puerta y empezara a bajar la persiana metálica.

La calle había quedado repentinamente vacía salvo por Han y los sonidos de puertas que eran cerradas de golpe y de los cerrojos que eran activados, y el estrépito de pies caminando al unísono y ásperos cánticos enronquecidos. El tintineo de los cristales rotos empezó a subir hacia el cielo, seguido por las risotadas.

Han echó a correr en lo que pensó que era la dirección opuesta al griterío, pero los edificios y las calles vacías hacían que los sonidos quedaran envueltos en ecos y dificultaban saber en qué dirección había que ir. Han decidió doblar por la próxima esquina...

Y se dio de narices con ellos, chocando con las primeras filas de la marcha antes de poder detenerse. Pero la masa de cuerpos era tan apretada y la multitud armaba tanto jaleo que, al menos durante los primeros momentos, lo único que sucedió fue que Han se encontró atrapado por ella y se vio arrastrado por aquella marea de cuerpos.

Estaban cantando con toda la potencia de sus pulmones, gritando de tal manera que resultaba totalmente imposible entender las palabras. Llevaban uniformes marrón oscuro de corte severo y confección muy barata. Sus pies estaban calzados con botas negras de puntera metálica. Lucían

brazales negros, y en cada brazal se veía la imagen estilizada de un sonriente cráneo humano con una daga entre los dientes, y las palabras “Liga Humana” debajo de él.

Sólo había hombres, y estaban haciendo un esfuerzo no demasiado entusiasta para desfilar siguiendo el ritmo de su canción, pero no estaban lo bastante bien organizados —o sobrios— para conseguirlo. El olor del licor barato impregnaba el aliento de cada hombre, y se mezclaba con el olor caliente de la carne sudada.

Han logró salir de la primera fila y se encontró marchando más o menos al paso con la tercera o cuarta fila. Intentó avanzar hacia el extremo de la fila, tratando de escapar del desfile... y de los que desfilaban.

Casi lo había conseguido cuando una robusta manaza se curvó alrededor del cuello de su chaqueta y tiró de él haciendo que los pies de Han dejaran de estar en contacto con el suelo, y otra manaza cayó sobre su hombro y le dio la vuelta. Han se tambaleó y recuperó el equilibrio para encontrarse cara a cara con un hombretón de aspecto grasiento que tenía los ojos inyectados en sangre, un rostro flácido y sucio, unos dientes en un estado bastante malo y un aliento todavía peor que sus dientes. El hombretón se había limitado a quedarse inmóvil en mitad de la calle. Permitió que el desfile siguiera fluyendo a su alrededor, ignorando los golpes y empujones que iba recibiendo a medida que los integrantes del desfile pasaban junto a él. Clavó la mirada en el rostro de Han y después volvió a alzar los ojos hacia los que desfilaban, y de repente alargó un brazo y agarró a otro hombre.

— ¡Eh, Flautis!

— ¡Barnley! Ten cuidado con cómo me coges, ¿de acuerdo?

—Echa un vistazo a este tipo, Flautis —dijo Barnley, ignorando la protesta de su amigo.

Flautis era una versión un poco más pequeña y más grasienta de Barnley. Miró a Han, y la sorpresa le desorbitó los ojos.

— ¿Qué te parece esto? —preguntó después, sin dirigirse a nadie en particular.

Han estaba acostumbrado a que la gente le reconociese incluso después de que hubiera pasado tanto tiempo desde las aventuras que le habían hecho famoso, pero en el caso de aquellos tipos no parecía tratarse exactamente de que le hubieran reconocido.

—Ah... ¿Hay algún problema, amigos? —preguntó, gritando en su tono de voz más afable para hacerse oír por encima del estruendo del desfile.

Flautis y Barnley intercambiaron miradas, y después cada uno de ellos agarró a Han por un brazo. Tiraron de él hasta llevarle a un lado de la calle, apartando a empujones a los que seguían desfilando. Llegaron hasta la acera y Barnley lanzó a Han contra la pared de un empujón.

—De acuerdo, amigo, ¿a qué estás jugando? ¿Quién eres?

—No estoy jugando a nada —dijo Han—. Yo iba caminando y me vi metido en vuestro desfile por accidente. Estaba intentando salir del desfile cuando me tropecé contigo —añadió, tratando de presentar una versión de lo ocurrido lo más inofensiva posible—. Siento haberlo hecho, de veras. Lo siento muchísimo, créeme... Ah, y gracias por rescatarme.

Barnley agarró a Han por la pechera de su camisa y tiró de él hasta que estuvieron tan cerca el uno del otro que Han pudo sentir el chorro caliente del aliento de Barnley en su rostro.

—Tu nombre, amigo. Tu nombre, y ahora mismo.

—Han —dijo Han en el tono más simpático y jovial que pudo conseguir—. Me llamo Han Solo.

Barnley contempló a Han con su grasiento rostro lleno de asombro.

— ¿Solo? Sí, seguro —dijo, y se volvió hacia su compañero—. Tenemos que llevárnoslo.

—Desde luego que sí —asintió Flautis—. Tenemos que comprobar esto.

—Pero... ¡Eh, esperad un segundo! —protestó Han—. Yo no he...

Pero entonces sintió un golpe en la parte de atrás de su cráneo, y el universo se ennegreció.

—Bien, niños, ahora empezaremos por el principio —dijo Ebrihim.

Los tres niños —Jacen, Jaina y Anakin— estaban sentados en un lado de la mesita del cuarto de juegos. Ebrihim estaba sentado al otro lado, en la misma clase de silla infantil que sus tres pupilos, y con sus ojos más o menos al nivel de los suyos. Q9 permanecía inmóvil junto a él, siendo más alto en esa posición que su amo estando sentado.

— ¿Qué principio? —preguntó Jacen con el ceño fruncido.

La expresión de su hermana Jaina era igual de desagradable, y el pequeño, Anakin, parecía estar intentando imitar a sus hermanos mayores. Por lo menos intentaba poner mala cara, pero su interpretación no estaba resultando demasiado convincente. Q9 parecía interesarle mucho.

Ebrihim suspiró. Resultaba obvio que a sus pupilos no les hacía ninguna gracia verse sacados de la playa en un día muy hermoso para tener que sentarse delante de un preceptor.

—El principio de vuestra educación concerniente al Sector Corelliano —dijo. Después guardó silencio durante el tiempo suficiente para que los gruñidos y quejidos se fueran disipando antes de seguir hablando—. Después de todo, difícilmente puedo llevaros conmigo de exploración si no sabéis adonde vamos —añadió.

— ¿De exploración? —preguntó Jacen.

Aquello había despertado su interés, tal como Ebrihim sabía que ocurriría.

—Por supuesto —dijo Ebrihim—. Hay cinco mundos que ver. Drall, Selonía, Tralus y Talus, Corellia..., y la Estación Centralia, naturalmente. Voy a ejercer las funciones de guía para vosotros y vuestras familias mientras visitáis todos esos lugares.

—Bueno, entonces de acuerdo —dijo Jacen—. ¿Adonde iremos primero? —preguntó.

—Si vamos a aprender cosas sobre la historia de este sistema, he pensado que sería mejor que echarais un vistazo a su pasado. Hay una gran excavación arqueológica no muy lejos de la ciudad de Corona. Vuestra madre ha dado su permiso para que vayamos allí y la recorramos mañana.

— ¿Qué clase de arqueología? —preguntó Jaina.

—El yacimiento arqueológico en cuestión se encuentra debajo del nivel del suelo. Parece ser alguna especie de gran zona industrial de hace mucho tiempo. Todavía no sabemos con exactitud qué clase de sitio es, pero está claro que los humanos, los selonianos y los dralls lo usaban para algo, y era algo grande, hace por lo menos dos mil años estándar, y posiblemente incluso bastante tiempo antes.

— ¡Caray! —exclamó Jacen—. ¿Veremos esqueletos?

Ebrihim asintió.

—Con toda probabilidad —dijo—. Se han desenterrado bastantes en las excavaciones.

— ¿Es como Erredós? —preguntó de repente Anakin, señalando a Q9 con un dedo regordete.

Q9 retrocedió unos cuantos centímetros e hizo girar su cámara-ojo para que enfocara a Anakin.

—Disculpa, ¿qué has dicho? —preguntó, claramente sorprendido.

—Ha dicho «Erredós» —explicó Jaina—. Es el androide que nuestro tío Luke tiene en casa. Creo que quiere saber si eres un androide del mismo modelo.

—No lo soy —dijo Q9, volviendo a acercarse a la mesa—. Te agradecería que no volvieras a hacer semejante sugerencia.

—Pero te pareces mucho a Erredós —insistió Anakin—. Bueno, más o menos... Pero él es más bajito, y tú puedes hablar normal.

—Soy un Q9, un tipo altamente modificado y experimental basado en la versión R7, que en sí misma es una versión mucho más avanzada de la serie R2. Podría añadir que me he automodificado considerablemente y bastante más allá de mis especificaciones iniciales. No tengo nada que ver con la serie R2.

— ¿Qué tiene de malo Erredós? —insistió Anakin.

Ebrihim dejó escapar una risita.

—Me temo que Q9-X2 tiene una opinión bastante baja de la serie R2.

— ¡Erredós es un buen androide! —protestó Anakin.

—Es posible —dijo Q9—. Pero los diseñadores de los R2 los concibieron como carentes de voz y los equiparon únicamente con ruedas.

— ¿Y qué? —preguntó Jacen.

—El resultado es que la serie R2 no puede hacer su trabajo tan bien como debería. La sola idea de un androide que no puede hacer correctamente su trabajo me resulta extremadamente inquietante y desagradable. No es sólo vuestra unidad R2, y no es meramente una cuestión de diseño. Aquí en Corellia, por ejemplo, muchísimos androides se encuentran en un estado de abandono y necesitan reparaciones, y nadie puede permitirse el lujo de repararlos. Es un gigantesco desperdicio de potencial. Lo encuentro tan escandaloso como lamentable.

Anakin fulminó con la mirada a Q9.

—No deberías decir cosas feas de Erredós —dijo, y después bajó de un salto de su silla y salió de la habitación.

— ¡Estupendo, Q9, te has lucido! —dijo Jacen—. Voy a ver si consigo que vuelva.

Jacen se levantó y fue en busca de su hermano pequeño.

—Me complace que el joven amo Jacen piense que me he expresado adecuadamente —dijo Q9.

Ebrihim se volvió hacia su ayudante.

—Sospecho que aún no has logrado dominar por completo el concepto del sarcasmo —dijo.

Cuando Han despertó en la celda, había muy poca luz. Sentía un sordo dolor palpitante en la base de su cráneo y un sabor horrible en la boca.

¿Qué razón podían tener aquellos dos tipos de la Liga Humana para haberle secuestrado en plena calle? Lo único que se le ocurrió fue que un héroe de la Alianza Rebelde quizá no fuese la clase de persona más popular a los ojos de un grupo que probablemente tenía simpatías imperiales. Pero ni siquiera esa idea se tenía en pie. Se le estaba escapando algo.

Han miró a su alrededor, y vio que en la celda no había nada aparte del catre en el que estaba sentado y un cubo en un rincón. Parecía como si la habitación no estuviera siendo utilizada para el uso concebido originalmente, y Han tuvo la impresión de que se encontraba en un sótano reconvertido. Bueno, tanto si había sido construida para ese propósito como si no, seguía resultándole totalmente imposible salir de la celda.

Han había estado en suficientes celdas el suficiente número de veces para no sentirse particularmente aterrado al encontrarse arrojado a una más. Dentro de la celda estaba a salvo. Los problemas empezarían cuando vinieran a por él.

Fue en el preciso instante en que acababa de tener aquella idea tan reconfortante cuando la iluminación se intensificó de golpe hasta volverse cegadoramente brillante y la puerta giró sobre sus bisagras. Han se levantó tambaleándose, luchando con sus ojos en un intento de conseguir que se adaptaran a la nueva luminosidad. Cuando fue capaz de ver con claridad, Barnley, Flautis y un tercer hombre, cuyas insignias parecían indicar que tenía un rango superior, estaban dentro de la celda observándole con gran atención.

—Bien, chicos —dijo el tercer hombre—, ya puedo ver por qué lo hicisteis, y habéis hecho bien. Podría haber sido un truco, pero resulta que no lo era. Soltadle.

—Pero... —protestó Flautis.

—Órdenes —le interrumpió el tercer hombre—. Desde arriba, si es que sabéis lo que quiero decir.

— ¿Del Líder Oculto? —preguntó Barnley, con algo parecido a un temor respetuoso en su voz.

El tercer hombre se limitó a asentir, como si el significado de lo que había dicho fuese obvio.

—Bueno, entonces de acuerdo —dijo Flautis, olvidando al instante todos sus deseos de protestar.

Han se volvió hacia el tercer hombre para preguntarle qué estaba ocurriendo, pero nunca llegó a tener la oportunidad de hacerlo. Se disponía a hablar cuando se dio cuenta de que había vuelto a darle la espalda a Barnley.

El golpe asestado en la parte de atrás de su nuca fue tan doloroso como el anterior. El universo volvió a ennegrecerse.

Estaba anocheciendo, y Leia no conseguía decidir si debía estar enfadada o preocupada. O Han se lo estaba pasando tan bien con algunos viejos amigos que se había olvidado de llamar a casa, o de lo contrario estaba metido en algún lío. Se suponía que el aerodeslizador del Gobernador General tenía que venir a recogerles dentro de media hora.

Fue entonces cuando oyó aproximarse un aerodeslizador, y se preguntó si el vehículo del Gobernador General estaría llegando con tanto adelanto sobre la hora fijada. Fue hasta la ventana y alzó la mirada hacia el cielo..., y la forma en que se estaba acercando aquel aerodeslizador — muy deprisa y sin ninguna luz de posición encendida— le indicó al instante que no se trataba del Gobernador General ni de ninguna otra visita de cortesía. Los equipos de seguridad de las FDC habían instalado botones de alarma por toda la casa. Una presión sobre cualquiera de ellos haría que los guardias entraran en estado de alerta roja. Había uno junto a la ventana, y Leia alargó el brazo para pulsarlo.

Kalenda se dijo que la noche estaba siendo muy tranquila, pero los momentos de más calma eran precisamente aquellos en los que había más probabilidades de que ocurriesen cosas. Y entonces lo oyó: era el zumbido ahogado de un aerodeslizador que se aproximaba sobre sus haces repulsores.

De repente la noche se llenó del sonido de las alarmas, y el recinto de la villa de la jefe de Estado quedó inundado de luz. Los guardias se apresuraron a ocupar sus puestos. Kalenda ignoró todo aquello y escrutó el cielo en busca del intruso.

¡Allí estaba! El aerodeslizador surgió del cielo nocturno a trescientos metros de la villa y descendió rápidamente, con el brillo azulado de sus repulsores proyectando extrañas sombras cambiantes sobre el angosto camino de campo. El aerodeslizador se posó sobre él con una brusca sacudida. Una puerta trasera se abrió, y una forma bastante grande fue arrojada por ella. El aerodeslizador volvió al cielo casi antes de que la forma hubiera quedado inmóvil y se alejó.

Varios guardias salieron corriendo de la villa y rodearon al recién llegado. Kalenda agarró sus macrobinoculares y conectó la amplificación máxima.

La silueta se levantó con una cierta dificultad y Kalenda vio que era Han Solo, y que parecía estar bastante maltrecho.

Kalenda lanzó una maldición ahogada. Aquello no le gustaba en lo más mínimo. Alguien estaba enviando otro mensaje y aunque Kalenda no pudiera leerlo, estaba muy claro que no se trataba de un mensaje amistoso.

Las cosas estaban empezando a ponerse realmente feas.

13

Conversación a la luz de las antorchas

La cena acababa de terminar, y no había sido demasiado alegre. Curar las lesiones de Han había hecho que se retrasaran, pero además habían convertido lo que pretendía ser una simple velada social en algo más próximo a un consejo de guerra.

El jaleo procedente del exterior tampoco ayudaba en nada, desde luego. A pesar de estar a seis pisos de altura y de las protecciones contra el sonido con que contaba la Casa de Corona, la residencia oficial del Gobernador General, los gritos y cánticos de los manifestantes eran demasiado ruidosos para que pudieran ser ignorados. Se habían retirado al estudio privado del Gobernador General, y allí los sonidos eran todavía más audibles. Ya habían abandonado toda pretensión de no oírlos y, de hecho, estaban contemplando la manifestación desde la ventana del estudio, con las luces de la habitación debilitadas para que resultara más fácil ver y, al mismo tiempo, para hacer más difícil el ser vistos. Se suponía que las ventanas eran a prueba de desintegradores, pero no había por qué correr riesgos. Las temblorosas llamas de las antorchas iluminaban sus rostros mientras contemplaban el desfile de los matones.

El Gobernador General Micamberlecto tenía los ojos clavados en la ventana y observaba con expresión lúgubre el espectáculo que se desarrollaba debajo de ellos.

—Allí están —dijo—. Esta noche han vuelto a salir. Y no me atrevo a llamar a las Fuerzas de Defensa de Corellia ni al Servicio de Seguridad Pública. Ni siquiera estoy seguro de que sigan estando de mi lado. De hecho, estoy casi seguro de que ya no lo están. Si les llamase, quizá se limitarían a unirse a la manifestación.

Suspiró y apoyó su delgado hombro en el marco de la ventana mientras seguía contemplando la ruidosa manifestación de abajo. Leia pensó que el sonido de su suspiro era la parte más triste de todo aquello. Era un sonido tan cansado, tan lleno de resignación y esperanzas frustradas que ya ni siquiera valía la pena recordar... Aquel débil suspiro le dijo que no quedaba ninguna esperanza.

Leia y Han estaban inmóviles junto a Micamberlecto, y también contemplaban la manifestación. Hilachas de humo grisáceo flotaban en el aire, y la efigie de Micamberlecto aún no había acabado de consumirse, aunque a esas alturas ya estaba tan pisoteada que apenas si era reconocible.

Los manifestantes, todos ellos humanos y casi todos ellos del sexo masculino, llevaban antorchas mientras desfilaban en círculo alrededor de la Casa de Corona. Las antorchas también desprendían su propia humareda y ésta se acumulaba en la atmósfera inmóvil de aquella noche sin viento, robándole los colores a todo y haciendo que la noche pareciese más oscura de lo que era en realidad. Los que no llevaban antorchas blandían pancartas y carteles llenos de consignas antidralls y antiselonianos.

Los cánticos —si se los podía llamar cánticos— se reanudaron, esta vez más potentes que antes. Las letras eran groseras y obscenas, y claramente en contra de la Nueva República. La canción llegó a su climax, los manifestantes aullaron la última y más gráficamente ofensiva frase de la letra y después se vitorearon a sí mismos.

—Todavía seguirán así, así durante un buen rato —dijo Micamberlecto. Hablaba el básico con sólo una sombra de acento, pero con un par de pautas de la gramática y la ordenación de las palabras frozianas, siendo la más perceptible de ellas la tendencia a la repetición para dar más

énfasis a lo que decía—. Seguirán desfilando durante un poco más de tiempo, un poco más de tiempo —continuó diciendo el Gobernador General—, pero a todos los efectos prácticos yo diría que éste es el final del espectáculo. No habrá mucho más que ver que no hayan visto ya. Cantarán y gritarán consignas, y se emborracharán e iniciarán unas cuantas peleas y romperán unas cuantas ventanas, y luego se irán al sitio del que han venido, sea el que sea..., hasta la próxima vez. La próxima vez... Pero dudo que las calles sean seguras esta noche. —Micamberlecto meneó la cabeza con visible tristeza—. Me temo que no han escogido, no han escogido el sitio ideal para sus vacaciones.

Micamberlecto era froziano, y los frozianos no eran conocidos por su jovialidad y aspecto alegre. Nadie podía poner en duda su probidad, honradez o diligencia, pero eran una raza un tanto melancólica. Aun así, en aquel momento no parecía haber muchos motivos para sentirse optimista.

—Las cosas no tienen buen aspecto —dijo Leia.

—No, no lo tienen —admitió Micamberlecto.

Dio la espalda a la ventana y volvió a sentarse detrás de su enorme escritorio. Micamberlecto era un típico froziano, una silueta de espantapájaros muy alta y flaca que superaba a Han por lo menos en medio metro de altura. Los frozianos eran una especie homínida bastante estándar, aunque también bastante alargada. La articulación extra de sus brazos y piernas hacía que al principio sus movimientos resultaran un poco desagradables e inquietantes. Vistos con los ojos humanos, los frozianos daban la impresión de tener todos los miembros fracturados. Ver a Micamberlecto replegado en un sillón con los brazos cruzados —y vueltos a cruzar en sus segundos codos—, era un espectáculo realmente extraño.

Micamberlecto tenía todo el cuerpo cubierto por un corto pelaje de color marrón dorado. No poseía orejas externas visibles, y sus profundos ojos castaños estaban muy separados. Su nariz se encontraba al extremo de su prominente hocico. Su boca era pequeña y carente de labios, como si hubiera decidido que no valía la pena ni tratar de competir con aquella magnífica nariz. Unos largos bigotes negros crecían a cada lado de su hocico, formando una especie de enorme mostacho erizado que se prolongaba hasta más allá de los lados de su cabeza. Micamberlecto movió pensativamente su hocico de un lado a otro, y los bigotes subieron y bajaron en un vigoroso meneo.

— ¿Siempre es tan serio? —preguntó Han.

—Sí y no —dijo Micamberlecto—. Oh, no me malinterprete: incluso esta noche, no cabe duda de que el noventa y cinco por ciento de la ciudad de Corona está silenciosa y en calma. A cuatro bloques de aquí, quizá nadie sepa que ha habido otra manifestación. Pero hace algún tiempo yo podía asegurar a los visitantes que el noventa y nueve por ciento de la ciudad estaba tranquila. Las cosas están empeorando, y nos aproximamos a una crisis. ¡Le juro por Froz que desearía que pudiéramos cancelar la cumbre comercial! Pero ya es demasiado tarde. Demasiado tarde... Los delegados ya vienen de camino, y la Nueva República no puede, no puede permitirse sufrir ninguna nueva humillación aquí en Corellia. No, no podemos permitirnoslo.

—Me temo que estoy de acuerdo con usted, amigo Micamberlecto —dijo Leia, hablando por encima del hombro mientras contemplaba el desfile con antorchas que serpenteaba alrededor del edificio—. No sabíamos que las cosas estuvieran así. Deberíamos cancelar la cumbre comercial, pero no podemos hacerlo.

—Bueno, pero ¿a qué viene todo esto? —preguntó Han, dando la espalda a la ventana. Torció el gesto al girar la cabeza, y se movía despacio y envaradamente. Estaba claro que aún sentía un poco de dolor—. Nadie parece ser capaz de responderme a esta pregunta. Éste debería ser un

planeta rico, un sector rico... Posee todos los recursos, talento y capital para inversiones que necesita. Solía ser rico, y pacífico. ¿Qué fue mal?

Micamberlecto movió los hombros en un encogimiento tan complicado como impresionante.

—En Froz solemos decir que las cosas van mal cuando hay más preguntas que respuestas, pero que van peor, van peor, cuando hay más respuestas que preguntas. Usted me formula una pregunta, pero yo podría darle una docena, un centenar de respuestas. —Extendió un largo brazo hacia la ventana y los manifestantes que había al otro lado de ella—. Me pregunto si alguno de nuestros amigos de ahí fuera podría dar una, dar una. En cuanto a mí, podría decirle que la economía anda muy mal, o que la gente está frustrada, o enfadada, o si lo prefiere, que hay mucha intolerancia.

—Todo eso es verdad —dijo Leia—, pero son síntomas, no la causa.

—Tiene toda la razón, toda la razón. Sí, las dislocaciones económicas causadas por la conmoción de la última guerra son la causa próxima, próxima de la inquietud, pero la raíz es mucho más profunda, profunda. Sin un gobierno externamente fuerte para mantener la paz, los descontentos y agitadores de todas clases están saliendo de sus escondites. Y no son sólo nuestros amigos los que están ahí fuera: también son las otras especies. Los dralls, los selonianos y los humanos..., todos han producido sus demagogos, y todos se han puesto a trabajar diligentemente para convertir en demonios a los demás. Pero todo eso, todas esas respuestas, no nos dicen nada. Su pregunta se interesa por los síntomas, no por la enfermedad. Creo que la verdadera respuesta es que usted hace la pregunta equivocada. Creo que lo que tiene que preguntar es por qué no había ocurrido antes de ahora.

Han frunció el ceño y se sentó en un sillón delante del escritorio de Micamberlecto.

—Siga —dijo.

—Es una pregunta muy simple —dijo Micamberlecto—. Lo que pregunto es qué ha cambiado para hacer que este caos se vuelva posible, y la respuesta es sencilla: el colapso del Imperio. No hay ningún poder que obligue a todos a portarse bien desde arriba. Durante mucho tiempo hubo un desintegrador apuntando a la cabeza de Corellia. «Finge que amas a tu vecino o te mataremos», decía el Imperio. Ningún disenso, ningún disenso era permitido, y los que estaban arriba sostenían y los que estaban abajo aguantaban. No había ningún movimiento posible. Pero la economía fue decayendo, decayendo durante las disrupciones comerciales, y todo el mundo se fue hundiendo cada vez más abajo. Eso agravó la crisis, pero no la causó.

Leia miró por la ventana, y bajó la vista hacia la noche cada vez más oscura y el lúgubre espectáculo de un desfile con antorchas visto desde lejos. Después dio la espalda al panorama, cruzó el estudio y se sentó al lado de Han.

—No estoy muy segura de que me gusten las conclusiones a las que quiere llegar con todo esto, pero continúe hablando —dijo.

—Durante milenios, todas las especies del Sector Corelliano vivieron bajo el gobierno monolítico de la Antigua República, y después bajo el Imperio. Pero entonces llegó la guerra, la guerra, y el Imperio se desmoronó. Aquí hubo algunos combates, pero no fueron gran cosa. Aquí el sistema imperial sencillamente se derrumbó sobre sí mismo. Se deshinchó, igual que un globo con un pequeño pinchazo que deja escapar el aire poco a poco.

»Desde que el Imperio dejó de gobernar aquí, el sector ha quedado abandonado a sus propios recursos, a sus propios recursos. Nuestra magnífica Nueva República me envía como Gobernador General, pero ¿qué hay aquí para que yo lo gobierne? ¿Dónde están mis herramientas para gobernar? Durante los últimos años los corellianos han aprendido a no prestarme ninguna atención. Padezco una inmensa, inmensa escasez de personal capacitado y políticamente fiable.

No hay las suficientes personas activamente pro-republicanas para llenar todos los puestos gubernamentales necesarios, o para mantener unas fuerzas de seguridad adecuadas. He de contratar ex soldados y burócratas imperiales. Peor aún, prácticamente cada uno de esos grupos disgregadores emplea alguna clase de mercenarios. La gran mayoría son ex soldados imperiales, pero hay unos cuantos, unos cuantos soldados retirados de las fuerzas armadas de la República. Sin embargo, muy pocos de ellos me son leales o son leales a la Nueva República, y la consecuencia de todo eso es que la gente sabe que mis soldados y burócratas no obedecen mis órdenes.

»Bajo el Imperio, los generales y burócratas acapararon los otros puestos de poder. Fueron directores de fábricas y de negocios, y estuvieron en la junta de control de esto, aquello y lo de más allá. Ahora, incluso con sus nombramientos y cargos imperiales desaparecidos, siguen teniendo el poder de esos otros puestos.

»Decimos que el Imperio está muerto, pero en Corellia el cuerpo sigue viviendo después de que la cabeza haya sido cercenada. Los jefecillos siguen allí, haciendo lo que siempre han hecho. Pero ahora esos agentes de la policía y burócratas imperiales no tienen que responder ante nadie, ante nadie. No hay ninguna autoridad más alta que pueda castigarles por ir demasiado lejos, y están descubriendo que les gusta que las cosas estén así. Pueden cobrarse venganza, venganza, por el daño que les hicieron hace cinco, diez, veinte, cien años estándar, sintiéndose seguros porque saben que ningún soldado de las tropas de asalto imperiales derribará la puerta de su casa y se los llevará. Y ése es el núcleo del problema.

»Durante muchos, muchos años fue el fuerte gobierno central lo que impidió que las distintas especies se enfrentaran entre ellas. Al Imperio no le gustaban demasiado los no humanos, pero los disturbios antialienígenas le gustaban todavía menos. Eran perjudiciales, perjudiciales para los negocios. La gente acabó aprendiendo la lección de que si causaban problemas serían castigados, así que no causaban problemas. Las tres razas corellianas vivieron en armonía porque fueron obligadas, obligadas a hacerlo así. Ahora nadie las está obligando a ello. Vivimos malos tiempos. Necesitan a alguien a quien echar la culpa de ello. Se culpan las unas a las otras.

»Durante la guerra, a los corellianos se les pidió que escogieran entre la alianza con la República y el vasallaje al Imperio. Ahora miembros de todas las razas del sistema de Corellia se preguntan con qué necesidad hay de tener alguna autoridad exterior. —Micamberlecto señaló la ventana con la mano—. Se están empezando a preguntar por qué han de estar dentro de la Nueva República si no puede prometerles orden. ¿Por qué no un planeta, un gobierno? ¿O una masa de tierra, o una raza, un gobierno?

Han meneó la cabeza con expresión sombría.

—No puedo creerlo. Puedo mirar por la ventana. Puedo verlo. Sé que está ocurriendo. Pero no lo creo. Nací y me crié en un Sector Corelliano unido...

—Salvo que en realidad no era así —dijo Leia—. Lo que está diciendo Micamberlecto es que el Imperio obligó a los corellianos a fingir que vivían unidos y en paz.

—Y ahora ellos..., ahora nosotros ya no tenemos que seguir fingiendo. Es increíble.

—Increíble sólo tal vez, pero verdad..., ciertamente, es verdad.

Los Cinco Hermanos, los mundos habitables del Sistema de Corell, se encuentran al borde de la anarquía. La sucesión de todas esas generaciones de paz forzosa entre las tres especies principales, los humanos, los selonianos y los dralls, ha llegado a su fin.

Leia miró a su esposo, y no necesitó ninguna capacidad referente al uso de la Fuerza para comprender su dolor, su aturdimiento y su perplejidad. Lo que habían visto ya era bastante malo para ella, y podía imaginar lo que había supuesto para Han. Pero en el caso de Leia, lo que estaba

diciendo Micamberlecto era mucho más inquietante que una turba de busca problemas callejeros. Toda su vida había girado alrededor de la elección entre la República o el Imperio. La pregunta siempre había sido cuál iba a ser la autoridad central, nunca si tenía que haber una autoridad central. Allí y en aquel momento ya no era así. La idea de actuar en solitario estaba empezando a echar raíces. No se necesitaba mucha imaginación para comprender lo deprisa que podía llegar a extenderse.

—No podemos permitir en absoluto que esto ocurra, Micamberlecto —dijo—. Si se permite al Sector Corelliano desintegrarse, la idea del separatismo podría difundirse..., y conducir al caos.

—Ya ha empezado a difundirse —dijo Micamberlecto en un tono de voz todavía más abatido—. Grupos de las tres especies, y de otras especies del Sector Corelliano, están empezando a crear estados independientes en los Sistemas Externos que nos rodean. Un cierto número de ellos ya se ha salido del sector, rechazando mi autoridad..., y con ello, y por extensión, la autoridad de la Nueva República como un todo. El sector corre el peligro de degenerar en un rompecabezas de mini-imperios y pequeños estados.

— ¿Y eso es tan malo? —preguntó Han—. Quiero decir que..., bueno, puedo ver los problemas, pero ¿qué importa si todos esos pequeños planetas son independientes, siempre que sean pacíficos y no hagan daño a nadie?

Micamberlecto meneó la cabeza en una negativa llena de tristeza.

—Pero es que se hacen daño los unos a los otros —dijo—. Ya ha visto a la clase de personas que pedían la independencia esta noche. Son agitadores, y los agitadores necesitan enemigos. La gente, como sus amigos de la Liga Humana, necesita a alguien a quien echar la culpa. No, no habrá separación pacífica y amistosa. Habrá guerra y disturbios y venganza que seguirá y seguirá interminablemente. Si el viejo enemigo era el Imperio, el nuevo enemigo es la fragmentación y el caos, el caos.

— ¿Hasta qué punto esa Liga Humana supone una amenaza realmente seria? —preguntó Han—. ¿Y quién es ese tipo al que llaman el Líder Oculto?

Micamberlecto volvió a menear la cabeza con visible melancolía.

—Si pudiera responder a esas preguntas, sería un froz muy, muy feliz. En un momento dado parece haber matones de la Liga Humana por todas partes, y al siguiente ya no queda ninguno. Se les da muy bien el desvanecerse cuando necesitan hacerlo. Y el Líder Oculto es sencillamente eso, un Líder Oculto... Alguien de dentro de la organización sabe quién es, pero nadie, nadie del exterior lo sabe. No dispongo de los recursos policiales y de inteligencia necesarios para llevar a cabo una investigación adecuada sobre ellos. Y naturalmente la INR parece tener sus propios problemas, sus propios problemas en Corellia. No recibimos mucha información de ellos.

Leia frunció el ceño.

—Si la situación empeora mucho más, la Nueva República no tendrá otra elección que empezar a actuar como el Imperio —dijo—. Tendremos que traer tropas de defensa de la paz para detener los enfrentamientos. Tendremos que imponer nuestra voluntad sobre el Sector Corelliano, de la misma manera en que lo hizo el Imperio.

—Pero libramos la guerra contra el Imperio para poner fin a esa clase de cosas —dijo Han.

—Ya lo sé —replicó Leia—. Y piensa en lo que supondría conseguir que se aprobara esa clase de política, y en lo cara que resultaría. Pero la alternativa es quedarse a un lado y permitir que se produzca un baño de sangre.

—Ni siquiera estoy seguro, seguro de que podamos imponer una paz —dijo Micamberlecto—. Apenas disponemos de naves pesadas en este sector.

— ¿No podemos traer naves y tropas de algún otro sitio? —preguntó Han.

—Eso costaría una tremenda cantidad de dinero que sencillamente no tenemos —le explicó Leia—. Además, por el momento no hay una gran necesidad de naves de guerra o ejércitos, y demos gracias a las estrellas por eso. La mayor parte de las fuerzas han sido licenciadas. Tenemos montones de naves de la Nueva República y de naves ex imperiales capturadas, pero la mayoría de ellas están almacenadas o están siendo desmontadas para usarlas como repuestos y chatarra. Y muchas de las naves que se supone que están en servicio activo se encuentran en dique seco para ser mejoradas y modernizadas. Las pocas naves efectivas de que disponemos están ocupadas en otros sectores.

—Tiene que haber alguna clase de fuerzas en reserva —dijo Han.

Leia se encogió de hombros en un gesto cargado de impotencia.

—Las hay, pero no son muy numerosas. Y las reservas de que disponemos tardarán algún tiempo en poder pasar al servicio activo. Estamos teniendo que ocuparnos de muchísimas cosas a la vez. La disponibilidad se encuentra en su punto más bajo desde hace años.

—Entonces esperemos que no ocurra nada para lo que necesitemos estar preparados —dijo Micamberlecto—. Sospecho que es una esperanza que se verá defraudada, pero es la única que nos queda.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —preguntó Leia.

Micamberlecto volvió a encogerse de hombros.

—No hay nada que podamos hacer —dijo—. Sin embargo, hay otro punto, otro punto. Aunque parece como si la captura del capitán Solo se hubiera debido únicamente al azar, podría haber sido una amenaza deliberada dirigida contra todos ustedes. Podría haber sido una advertencia.

— ¿Nos está diciendo que podrían estar tratando de echarnos de aquí? —preguntó Han.

—Posiblemente —respondió Micamberlecto—. El ataque organizado ciertamente hace que así lo parezca.

—Bueno, pues no vamos a permitir que se salgan con la suya —dijo Han—. No soy de los que se asustan al primer problema y salen huyendo. Digo que nos quedamos..., que nos quedamos y que hacemos exactamente lo que habríamos hecho si esto no hubiese ocurrido.

—Excelente —dijo el Gobernador General—. Sin embargo, yo sugeriría que adoptaran un par de precauciones. Sé que su nave se encuentra bajo vigilancia en el espaciopuerto, pero no es el más seguro de los sitios. Alguien podría colocar un trazador o..., eh..., algún otro artefacto a bordo.

—«Algún otro artefacto» —murmuró Leia—. Quiere decir una bomba, ¿no?

Micamberlecto asintió.

—Bien..., sí, es lo que quiero decir. En cualquier caso, sería mejor trasladar el *Halcón* a algún otro sitio.

—Yo también he estado pensando en eso —dijo Han—. Pero no hay ningún sitio cerca de la villa que sea más seguro que el espaciopuerto.

—Me disponía a sugerir que hay una pista de descenso muy pequeña y un complejo de hangares aquí, en el tejado de la Casa de Corona —dijo Micamberlecto—. Podrían guardar la nave aquí, y yo podría hacer que mi personal técnico la examinara para tener la seguridad de que nadie ha practicado alguna clase de manipulación en ella.

— ¿Se puede confiar en ellos? —preguntó Leia—. Nos ha dejado muy claro que no puede confiar en la mayor parte de su personal.

—Todos mis técnicos y mis guardias personales son veteranos condecorados de la guerra contra el Imperio —replicó Micamberlecto—. Todos han sido meticulosamente seleccionados, seleccionados, y todos ellos han superado las inspecciones de seguridad. Me siento muy cómodo dejando mi vida en sus manos. Son las personas reclutadas localmente que trabajan en otros departamentos las que me inspiran sospechas.

—Bien, entonces de acuerdo —dijo Han—. Haré que Chewbacca traiga la nave aquí a primera hora de mañana. Eso le dará algo con lo que entretenerse. En cualquier caso, tendrá más cosas que hacer que nosotros.

Leia sonrió, y esta vez por lo menos había un poco de verdadero buen humor en su expresión.

—Oh, tenemos muchas cosas que hacer si queremos mantener las apariencias, Han.

— ¿Como cuáles? —preguntó Han.

—Tenemos que jugar a los turistas.

Han dejó escapar un gemido ahogado.

—No sé, no sé... —dijo—. Es lo que he estado haciendo hoy, y mira cómo acabó todo.

La mañana siguiente no fue muy agradable. El tiempo había cambiado de repente, y la lluvia caía sobre la villa. Eso significaba que los chicos estaban atrapados dentro de ella, y eso significaba que estaban nerviosos, y eso significaba mucho ruido. Todos los esfuerzos del androide médico de las FDC no habían podido evitar que la cabeza de Han siguiese estando dolorida a causa de los golpes recibidos, y eso tampoco ayudaba en nada.

Han estaba sentado en la sala y contemplaba cómo los niños volvían a poner manos a la obra en un intento de construir otra torre imposiblemente alta y frágil con los cubos del juego de construcción. Cubos. ¡Con todos los superrecontrajuguetes de alta tecnología que había en el universo, y estaban jugando con cubos de construcción!

Por lo menos Chewbacca había conseguido escapar. El wookiee había pilotado el *Halcón* desde el espaciopuerto hasta el tejado de la Casa de Corona. Han pensó que las cosas tenían que estar bastante mal si la idea de pilotar una nave espacial durante una tormenta y a través de un espacio aéreo congestionado para posarla en un tejado le parecía una forma de divertirse en comparación. Leia se había retirado a su despacho con Ebrihim para planear su itinerario, y Han no veía el más mínimo atractivo en esa actividad.

La torre de cubos de construcción se derrumbó con un estrepitoso rugido totalmente predecible, y todos los niños se rieron de una forma demasiado ruidosa.

Han decidió batirse en retirada. Subió por la escalera y fue a la biblioteca, con la esperanza de poder estar solo. Necesitaba reflexionar durante un rato..., y tal vez un poco de calma y silencio evitarían que le empezara a palpar la cabeza.

Entró en la biblioteca y se sentó en uno de aquellos sillones de lectura infinitamente cómodos. Alguna parte de las profundidades de su mente que había sido adiestrada cuando Han era contrabandista le advirtió de que había cometido el doble error de dejar la puerta abierta y sentarse de espaldas a ella.

Pero Han enseguida expulsó de su cerebro esa ridícula preocupación. Lo único que ocurría era que estaba nervioso y que se sentía inquieto, y eso hacía que sus antiguos reflejos volvieran a emerger. Además, tenía otras cosas de que preocuparse. Recordó el incidente —no, había que usar el verdadero nombre de lo que había ocurrido—, el secuestro de ayer. ¿Por qué le habían

capturado? ¿Por qué le habían mantenido prisionero? Y, gran Corellia, ¿por qué le habían soltado después? Lo única respuesta que se le ocurría era que, de alguna manera...

— ¿Me permite hablar un momento con usted, amo Solo?

Han estuvo a punto de saltar de su asiento y se dio la vuelta para encontrarse con Q9-X2, aquel extraño androide de Ebrihim, flotando detrás de él junto a su sillón. Adiós a la idea de disfrutar de un poco de paz y silencio.

—No hagas eso —dijo.

— ¿El qué, señor?

—Aparecer a mi espalda tan silenciosamente. Haz un poquito de ruido. Utiliza tus ruedas en vez de ir flotando de un lado a otro de esa manera.

—Pero no habría podido subir por la escalera usando mi sistema de ruedas —dijo Q9.

—Y eso habría sido una auténtica pena, ¿verdad? —murmuró Han—. Oye, he subido hasta aquí en busca de un poco de paz y silencio. ¿Podrías hacerme el favor de irte, y me da igual que te vayas rodando, flotando o como sea?

—Pero hay algo de importancia que debo decirle —explicó el androide mientras flotaba por el aire hasta colocarse delante del sillón—. Es algo que he pensado que deberíamos discutir en privado.

— ¿Sí? —preguntó Han con voz llena de cansancio y recostándose en el sillón—. ¿Qué puede ser?

Según la experiencia particular de Han, lo que los androides consideraban importante rara vez tenía nada que ver con las ideas que él tenía sobre el tema.

—En primer lugar, cuando me enteré de que el amo Ebrihim y yo íbamos a servir en la casa de unas personas tan importantes como ustedes, y en una situación tan alterada como la que se está produciendo actualmente en Corellia, decidí hacer cualquier contribución que me fuese posible a su seguridad, y en consecuencia practiqué una serie de modificaciones a tal fin sobre mí mismo.

— ¿Eh? ¿Qué? —preguntó Han—. ¿De qué estás hablando?

—Disculpe que tarde tanto en llegar al centro de la cuestión, pero debe entender que he añadido a mi estructura una considerable cantidad de equipo de detección y observación muy sofisticado. Ahora cuento con una amplia gama de sensores y comparadores altamente capaces instalados en mis sistemas y he llevado a cabo repetidos barridos de los alrededores, siempre que ello era posible, en los intervalos entre la ejecución de mis deberes.

—Ah, pues me alegro por ti —dijo Han.

Seguía sin prestar mucha atención al asunto. ¿Por qué todos los androides sentían la necesidad de caer sobre él y empezar a parlotear de sus características y capacidades?

—Y yo me alegro por usted, amo Solo —dijo Q9—. Creo que haría bien tomándose más en serio lo que le digo.

— ¿Y por qué debería hacerlo? —preguntó Han.

—Porque están siendo vigilados.

Eso sí consiguió atraer toda la atención de Han.

—Si te refieres a los agentes de las FDC...

—Por favor, amo Solo. No soy ningún estúpido androide de protocolo, así que reconózcame un mínimo de capacidades. No. De hecho, y a juzgar por su conducta, creo que la observadora en

cuestión está haciendo cuanto puede para no ser detectada por esos agentes, y que eso le preocupa bastante más que ocultarse de usted y su familia.

— ¿Observadora? —preguntó Han.

—Sí, señor. No hay más que una, es una hembra humana, y al parecer trabaja en solitario. Por lo menos no he detectado a nadie más trabajando con ella. Se ha instalado en la villa vacía que se encuentra a poca distancia de aquí. Vigila desde una ventana del piso de arriba, haciendo cuanto puede para mantener oculta su presencia. Tal vez debería añadir que probablemente sea casi totalmente invisible a la visión humana normal. La transparencia de la ventana es pobre, la habitación en la que se encuentra está a oscuras, y ha mostrado una considerable habilidad a la hora de pasar desapercibida. Sin embargo, conseguí grabar unas cuantas imágenes bidimensionales de ella en infrarrojos polarizados de baja resolución antes de que empezara a llover esta mañana.

—Veamos.

Han había esperado que Q9 proyectase una borrosa imagen holográfica sobre la pared o algo por el estilo. En vez de eso hubo un suave zumbido, y una foto surgió de la ranura de impresión del pecho de Q9. Bueno, quizá hubiese algo bueno que decir de un androide que se automejoraba continuamente.

—Los macrobinoculares la ocultan la mayor parte del tiempo, naturalmente —siguió diciendo Q9—. Ésta es la imagen de su rostro de más alta resolución que he podido conseguir. La calidad sigue siendo bastante baja, aunque la he sometido a todas las rutinas de realce y mejora adecuadas.

Han sacó la foto de la ranura y la contempló. Era bastante granulosa y extremadamente contrastada, y la imagen en sí estaba un poco borrosa. Pero no podía haber ninguna duda: era Kalenda, la agente de la INR, pillada en el acto de llevarse sus macrobinoculares a la cara. Han no hubiese podido explicar por qué, pero no se sintió muy sorprendido. Kalenda era justo la clase de persona que podía surgir de la nada, a años luz de donde se suponía que estaba.

Tenía expresión de estar preocupada, y se la veía cansada y un poco enflaquecida. Pero era ella, desde luego. Aquellos ojos desconcertantemente separados eran inconfundibles. Han se acordó de lo que había dicho Leia cuando le habló de su sensación de estar siendo vigilada en el espaciopuerto. Sí. Todo encajaba.

Pero ¿qué significaba todo eso? ¿Qué demonios estaba haciendo Kalenda allí y, si estaba allí, por qué no había intentado ponerse en contacto con él? La única respuesta que se le ocurrió fue que Kalenda tampoco confiaba en las FDC.

— ¿Le has hablado a alguien más de esto? —preguntó.

—No, señor. Me pareció que antes debía acudir a usted.

Han reflexionó durante unos momentos.

—Has hecho muy bien, Q9 —dijo—. Esta información es vital..., pero debo ordenarte que no le hables a nadie más de esto. No hables de esto ni a tu amo, ni a mi esposa, ni a nadie. Que yo vaya de un lado a otro fingiendo que no sé que estoy siendo observado ya será bastante complicado. Si toda la casa tuviera que fingir, alguien cometería un error.

— ¿Entonces esta observadora es una enemiga, señor?

—No, no..., es una amiga. No sé exactamente qué pretende, pero está de nuestro lado. El problema es que no estamos totalmente seguros de que las FDC estén de nuestro lado. Es posible que esté intentando protegernos de las FDC de alguna manera. Si sus agentes la descubriesen, podríamos perder un recurso muy útil.

— ¿Útil para qué?

Han meneó la cabeza.

—Todavía no lo sé. Antes de poder decirte para que necesitamos tener a esa mujer aquí, tendré que averiguar a qué juego estamos jugando. Pero está aquí, y la gente en la que no confiamos no lo sabe. Eso podría resultarnos útil.

— ¿Debo tratar de ponerme en contacto con ella de alguna manera? —preguntó Q9—. ¿Desea que intente utilizar algún método que los agentes de las FDC no puedan detectar?

—No —dijo Han—. Todavía no. No hasta que sepa algo más. La situación ya es lo suficientemente complicada sin necesidad de introducir una nueva variable, y las FDC podrían tener algunos trucos ocultos en la manga sobre los que no sabemos nada.

—Muy bien, señor —dijo Q9—. La situación es más bien seria, ¿no?

—Más de lo que cualquiera de nosotros piensa, si quieres saber mi opinión —dijo Han, y le devolvió la foto—. Destruye esto. Vigila a nuestra amiga, pero hazlo con mucha discreción. Ah, y no hables de todo esto con nadie..., ni siquiera conmigo, a menos que yo saque a relucir el tema, o a menos que la situación cambie. ¿Ha quedado entendido?

—Por completo, señor.

—Gracias, Q9. Es muy posible que acabes de hacer el trabajo más importante de toda tu vida.

Q9 retrocedió y descendió unos centímetros sobre sus haces repulsores, en una imitación bastante lograda de una reverencia.

—Hasta el momento, por lo menos —dijo, y en su voz no había ni el más pequeño rastro de ironía—. Hasta el momento.

Han vio marchar al androide y masculló un juramento. Algo iba a estallar. Sí, algo acabaría estallando... Aquella situación tan inestable no podía seguir aguantando tanta presión durante mucho tiempo sin que ocurriese algo.

Y mientras tanto, lo único que podían hacer era jugar a los turistas y fingir que no sabían nada y que todo iba estupendamente.

Han odiaba la política.

Fuera de la casa seguía diluviando.

14

Lugares de interés

La lluvia siguió cayendo al día siguiente, pero a esas alturas ya todo el mundo estaba harto de permanecer encerrado dentro de la casa. Con lluvia o sin ella, subieron a un aerodeslizador que les había prestado el Gobernador General y despegaron, con Han a los controles. Han ganó altitud lo más deprisa posible, abriéndose paso a través de la melancolía grisácea de la tempestad, haciendo saltar y oscilar el aerodeslizador durante su trayectoria por entre las nubes de tormenta y llevándolo luego hasta los luminosos y despejados cielos azules que se extendían por encima de ella.

El cambio que supuso la visión de cielos azules fue notable. El estado de ánimo de todo el mundo mejoró enseguida, incluso el de Chewbacca, encajado como estaba en un asiento de copiloto que no era ni con mucho lo suficientemente grande para él. Los niños, que se habían estado peleando, callaron súbitamente y se olvidaron de las malhumoradas discusiones sobre quién estaba invadiendo el asiento de quién. De repente todos se estaban señalando unos a otros las cimas de las nubes que se alzaban debajo de ellos, y diciéndose a qué monstruos y alienígenas se parecían las nubes.

Han también se sintió mejor. Salir de debajo de la lluvia formaba parte de ello, por supuesto, pero también estaba la idea de alejarse —y mucho— de Corona, aunque sólo fuese durante un tiempo. Si jugar a los turistas te mantenía fuera de la ciudad, entonces jugar a los turistas no era algo totalmente despreciable.

Kalenda contempló el aerodeslizador de la familia sintiendo una mezcla de alivio y miedo. No podía seguirlos. Podría descansar, al menos durante un tiempo. Sin embargo, no parecía que se hubieran llevado consigo una gran cantidad de equipaje. Probablemente sólo habían ido a pasar el día fuera. Pero eso sería suficiente para que Kalenda se aseara un poco, pudiera disfrutar de una comida decente y recuperar parte del sueño atrasado. Naturalmente, siempre existía la posibilidad de que la oposición aprovechara su ausencia para hacer alguna de las suyas; pero Kalenda podía ajustar los macrobinoculares en grabación espaciada mientras dormía, y examinar la grabación más tarde. Si había alguna clase de juego sucio, todavía podría detectarlo en la grabación y actuar a tiempo.

La situación no había mejorado, y Kalenda sabía que no era probable que mejorase para nadie en un futuro próximo. Pero no se le ocurría ninguna actividad más útil que permanecer cerca de la familia de la jefa del Estado.

Después ya pensaría en qué debía hacer a continuación.

Mientras tanto, podía dormir un rato.

Dejaron atrás las nubes, y el paisaje de Corellia apareció debajo de ellos. Colinas cubiertas de árboles y abruptos valles interrumpieron el ordenado desfile de campos bien cuidados y, aquí y allá, un pueblo se deslizó velozmente a la izquierda o a la derecha de la trayectoria de vuelo del aerodeslizador.

Han miró hacia abajo, y se sintió mejor al poder ver todo aquello. Ésa era la Corellia que recordaba, o por lo menos podía fingir que lo era. Quizá todas aquellas granjitas impecables y todos esos hermosos pueblecitos se hallaban en tan mal estado como Corona, pero por lo menos Han podía imaginarse que eran felices y prósperos.

La alerta del piloto automático emitió un pitido, y una luz indicadora se encendió. Se estaban aproximando a la excavación arqueológica. Han miró hacia adelante y vio un gigantesco abismo, una mancha oscura en el paisaje.

— ¡Ebrihim! —llamó.

Ebrihim se desabrochó el cinturón del asiento, saltó de éste y fue hacia él.

—Sí, capitán Solo. ¿Qué ocurre?

— ¿Es ahí adonde vamos? —preguntó Han.

—Sí, señor. Por lo menos tiene justo el aspecto que he oído describir.

Han lanzó una mirada sorprendida al drall.

— ¿Nunca había estado allí antes? —preguntó—. Pensaba que iba a ser nuestro guía.

—Y lo seré —replicó Ebrihim sin inmutarse—. Ya hace algún tiempo que vengo estudiando esta excavación desde lejos. He leído todos los estudios y artículos concernientes a ella que se han publicado, y he hablado con muchos de los investigadores principales. Es el primer gran yacimiento arqueológico estudiado en este planeta, por lo que tiene un considerable interés. Lo que ocurre es, sencillamente, que hasta ahora nunca había podido conseguir la autorización para visitarlo.

—Así que está usando a la jefe de Estado de la Nueva República como billete personal para este sitio, ¿eh? —preguntó Han, en un tono de voz que estaba a medio camino entre la diversión y el enfado.

—Desde luego —dijo Ebrihim—. ¿Cómo podía dejar pasar por alto la oportunidad?

— ¿Es el primer yacimiento arqueológico que ha existido jamás en todo el planeta? —preguntó Leia desde la segunda hilera de asientos—. ¿Cómo es posible eso?

Ebrihim volvió las palmas de sus manos hacia arriba y meneó la cabeza.

—Resulta difícil de explicar —dijo—. Creo que es debido a los repentinamente fuertes sentimientos acerca de las distintas especies que han surgido hace poco en Corellia y en los otros mundos de este sistema.

—No veo la conexión —dijo Leia.

—Bueno, el pasado se ha convertido en algo de lo que se puede estar orgulloso. ¿Quién estuvo aquí primero? ¿Quién tiene más derecho a reclamar este o aquel trozo de tierra, o este o aquel planeta? Las antigüedades se han convertido en la nueva moda, que hace furor en los cinco mundos incluso entre los que no están particularmente interesados en esa clase de política. Se me ha informado de que hay equipos de investigadores dralls, selonianos y humanos en cada uno de los Cinco Hermanos, llevando a cabo excavaciones e investigaciones y compitiendo los unos con los otros para probar que su especie fue la primera en surgir, o la que consiguió los mayores logros más pronto, y todo ese tipo de cosas.

—Arqueología política —dijo Han—. Eso es algo nuevo para mí. Y, de todas maneras, ¿qué vamos a ver ahí abajo?

—Una pregunta muy interesante —dijo Ebrihim—. Nadie sabe muy bien de qué se trata. Es un sistema extremadamente antiguo de cámaras subterráneas artificiales, muchas de las cuales se derrumbaron o acabaron llenas de sedimentos u otra clase de restos. Pero algunas de las cámaras se encuentran en bastante buen estado. Están llenas de maquinaria de distintos tipos, y nadie sabe para qué son las máquinas, o quién las construyó, o por qué.

Han frunció el ceño.

—Pero normalmente la arqueología consiste en chozas de barro y trozos de cacharros de cerámica, ¿verdad? —preguntó.

—Así es como solemos pensar en ella, sí —admitió Ebrihim—. Pero la civilización lleva mucho tiempo existiendo de una manera u otra. Hablamos de las mil generaciones de la Antigua República, como si eso fuese todo lo que hubo antes de nosotros. Pero eso sólo es..., ¿qué, veinte mil años estándar o algo por el estilo? ¿Quizá veinticinco mil como máximo?

—Eso es mucho tiempo —dijo Jacen.

— ¿Lo es? —preguntó Ebrihim—. ¿Cuánto tiempo llevan brillando las estrellas? ¿Cuánto hace que existe vida en los planetas?

— ¿Realmente un montón de tiempo? —preguntó Jacen.

Ebrihim rió, un curioso er-er-er.

—Un montón de tiempo, ciertamente —dijo—. Mil, tres mil o cuatro mil veces tanto tiempo como esas mil generaciones; tiempo más que suficiente para que ocurrieran toda clase de cosas sobre las que ya no sabemos nada.

—Así que alguien construyó ese lo-que-sea de ahí abajo algún tiempo antes de que la Antigua República empezara a existir, ¿eh? —preguntó Han.

—La creencia general es que el lugar tiene toda esa antigüedad, sí —dijo Ebrihim—. En realidad nadie lo sabe con certeza. Existen técnicas de fechado que probablemente podríamos usar, pero nadie en el Sector Corelliano sabe cómo utilizarlas. Puede que esa clase de experto venga hasta aquí en tiempos futuros y mejores y vuelva a visitarnos.

Han examinó sus controles.

—Quizá lo harán —dijo—, pero de momento nosotros tenemos que bajar. Vuelva a su asiento, Ebrihim, y los demás asegúrense de que lleváis puestos los cinturones..., y allá vamos.

El nivel superficial del yacimiento arqueológico parecía una colonia de insectos sociales que hubiera sido pisoteada por alguien, con los insectos frenéticamente ocupados en reparar los daños.

Trabajadores —todos ellos humanos— iban y venían velozmente en todas direcciones, sacando montones de tierra y restos de la excavación en grandes vehículos de transporte. Androides de todos los modelos y formas estaban sacando y metiendo equipo de varias clases en el enorme abismo.

Era el caos organizado, y Han y su familia salieron del aerodeslizador sintiéndose un poco inseguros de adonde ir o qué hacer. Pero en la mente de Han había algo más que incertidumbre.

—Fíjate en los uniformes de esos trabajadores, Leia —le murmuró a su esposa.

— ¿Qué pasa con ellos? —preguntó Leia.

—Son idénticos a los de esos chicos tan graciosos que se pusieron un poco duros conmigo. Lo único que les falta son los brazales de la Liga Humana. Los que desfilaban alrededor de la Casa de Corona también los llevaban.

—Tienes razón —dijo Leia—. Pero no podemos hablar de ello ahora. Creo que ahí viene nuestro guía.

Un hombre de mediana edad, cuyo aspecto general hacía pensar en una buena alimentación y una cierta tendencia a la obesidad, venía hacia ellos. Tenía la piel morena, llevaba el cabello oscuro bastante corto y lucía una gran sonrisa llena de dientes. Llevaba el mismo uniforme que el resto de su equipo, y su uniforme mostraba las mismas manchas de sudor que el de todo el

mundo, pero había una complicada insignia en un hombro de su guerrera, y nadie más llevaba esa insignia. Su sombrero también era un poco más aparatoso, y lo llevaba garbosamente inclinado hacia un lado.

—Saludos a todos —dijo con una voz sorprendentemente suave y dulce, y con el acento ligeramente pastoso del norte de la principal masa de tierra corelliana—. Soy el general Brimon Yarar —siguió diciendo—. Bienvenidos a nuestro pequeño proyecto. —Se inclinó respetuosamente ante Leia—. Señora Organa Solo..., es un honor tenerla aquí. —Después le ofreció la mano a Han—. Capitán Solo, también es un honor.

Han no pudo evitar darse cuenta de que su anfitrión le estaba examinando con gran atención, como si Han fuese algún objeto particularmente curioso que llevaba mucho tiempo teniendo ganas de ver. No era una sensación demasiado agradable.

—Gracias —dijo mientras aceptaba la mano que se le ofrecía—. Nos alegramos de estar aquí. ¿General de qué, si me permite preguntarlo? ¿Estuvo en la guerra?

«¿Y en qué bando?», quiso preguntar también, pero no lo hizo.

— ¿Hmmm? ¿Qué? Oh, eso —dijo el general, al que estaba claro que no le había gustado mucho la pregunta—. Me temo que sólo es un tratamiento honorífico..., un título informal usado dentro de una organización privada.

— ¿La Liga Humana, tal vez? —preguntó Han—. ¿Está usted con ellos?

La sonrisa de Yarar se debilitó, aunque sólo por un momento.

—Ah, sí —dijo—. Nos proporcionan el grueso de nuestra financiación, pero intentamos que ese hecho no llegue a ser excesivamente conocido. Algunas personas podrían formarse ideas equivocadas. Pero los trabajadores de hoy son de un Pelotón de Herencia de la Liga Humana, y están trabajando para poner al descubierto el glorioso papel que nuestra especie ha interpretado en Corellia. ¿Está familiarizado con nuestro trabajo, capitán Solo?

—Estoy empezando a familiarizarme con él —replicó Han.

—Y éstos deben de ser sus hijos —dijo Yarar, superando elegantemente el momento de tensa incomodidad—. Me alegro mucho de conocerlos —añadió, poniéndose en cuclillas delante de Jacen y guiñándole afablemente el ojo.

—Sí, es estupendo —dijo Jacen, retrocediendo un poquito—. Yo también me alegro de conocerle.

Jaina se obligó a sonreír, y lo dejó en eso. Anakin no movió ni un músculo, y se limitó a mirar fijamente a Yarar.

Yarar volvió a incorporarse, sonriendo como si hubiera conseguido que los tres niños se enamorasen instantáneamente de él.

— ¿Vamos? —preguntó.

—Claro —dijo Han.

Ya se había dado cuenta de que Yarar había ignorado por completo a Chewbacca y Ebrihim. Han intercambió una rápida mirada con Chewbacca, y Chewie respondió con una casi imperceptible sacudida de cabeza. Después miró a Ebrihim y obtuvo la misma respuesta. Han estaba de acuerdo con ellos. Forzar una presentación y convertir el asunto en un incidente no hubiese tenido ningún sentido. Eso desviaría su atención de...

¿De qué? ¿De ver una caverna llena de maquinaria oxidada? No. No, allí había corrientes ocultas, corrientes que tenían que ser exploradas. ¿Qué estaba haciendo una organización como la Liga Humana desenterrando viejas máquinas?

Yarar tenía que saber que no estaba engañando a nadie. Eran los ejércitos los que tenían generales, no los clubs arqueológicos; y eran los ejércitos los que podían reunir y financiar la cantidad de fuerza de trabajo que estaba siendo exhibida allí.

Así pues ¿qué estaba haciendo un ejército privado, excavando no tan secretamente una civilización antigua? Ebrihim podía haber sugerido que estaban allí para demostrar algún matiz ideológico, y tal vez Yarar les diría lo mismo, pero Han no estaba dispuesto a creérselo. Aquellos chicos estaban allí porque buscaban algo, y Han quería averiguar qué era. Ése era el asunto del que no quería que desviarán su atención.

—Nos alegra mucho estar aquí —dijo—. Todos tenemos muchas ganas de ver qué están haciendo en este sitio.

Yarar se rió, y su sonrisa se volvió deslumbrante.

—En este sitio no estamos haciendo gran cosa, pero vengan y echen un vistazo a lo que hacemos debajo del nivel del suelo.

Los adultos tal vez encontrarán interesante todo aquello, pero en el caso de Jacen no cabía duda de que estaba empezando a darse cuenta de que le costaba mucho prestarle atención. Al principio estar debajo del nivel del suelo en los viejos y extraños túneles había resultado bastante divertido. Tal como había dicho Ebrihim, se habían encontrado con que los túneles estaban llenos de tierra que caía de la entrada, y de agua que se había filtrado, y estaba claro que algunos de ellos sencillamente se habían derrumbado. Los túneles que habían limpiado hasta el momento le producían una curiosa impresión de extrañeza. Tal vez fuera sencillamente que Jacen no estaba acostumbrado a estar debajo del nivel del suelo. Resultaba difícil saberlo.

Aquel tipo al que llamaban general Yarar estaba entusiasmadísimo con todas las misteriosas viejas máquinas que habían encontrado, pero Jacen no entendía por qué. Había un montón de grandes salas en las que podías ver los suelos, las paredes y los techos que habían sido blancos, lisos y perfectos hacía cosa de un montón de miles de años, pero en aquellos momentos estaban agrietados y medio desmoronados, y seguían sucios y en bastante mal estado incluso allí donde habían sido limpiados y se habían hecho algunas reparaciones.

Y la mayoría de las máquinas que estaban encontrando parecían estar un millón de veces peor que las salas. Casi todas ellas no eran más que montones de óxido, plástico podrido y mecanismos sintéticos cubiertos de moho. Jacen no conseguía imaginarse ninguna manera de que pudieras llegar a saber gran cosa sobre ellas. Las letras —si eran letras— que había encima de algunas de las máquinas estaban tan borrosas que apenas se podían ver, y el general Yarar les explicó que no pertenecían a ningún alfabeto o sistema de escritura conocido. Incluso Ebrihim pareció quedar un poco decepcionado por el recorrido.

Ni siquiera pudieron ver gran cosa de los tipos que hacían el trabajo. No querían a un grupo de turistas paseándose por las excavaciones activas, lo cual era muy comprensible. El general permitió que vieran una sala en la que estaban trabajando con toda clase de complicadas máquinas excavadoras, pero después de eso se limitó a llevarles por una serie de túneles laterales en los que ya nadie estaba haciendo nada.

Pero había otra cosa que Jacen encontraba extraña. Había leído algunos libros sobre arqueología en los que se explicaba que siempre tenías que ir con mucho cuidado de dejarlo todo tal como lo habías encontrado, y que nunca debías olvidarte de examinar todo el barro y la tierra que sacabas para asegurarte de que no se te pasaba por alto alguna pista increíblemente vital que estuviera escondida allí.

En aquel sitio no estaban haciendo eso y, por lo que pudo ver Jacen, tampoco estaban haciendo prácticamente nada para investigar las cosas que encontraban. Ni siquiera acababan de desenterrarlas del todo. Atravesaron sala tras sala que sólo habían sido medio excavadas. Era

como si únicamente excavaran lo suficiente para asegurarse de que no habían encontrado lo que andaban buscando, y luego se fueran a otro sitio. Incluso habían dejado unos cuantos esqueletos a medio desenterrar —selonianos y humanos, y un drall—, y algunos de los huesos parecían haber sido dañados durante el proceso de excavación. Si había una cosa que los libros de Jacen le habían dejado bien clara, era la importancia de ir con mucho cuidado al desenterrar huesos, y la cantidad de cosas que podía llegar a revelarte una osamenta. Pero aquellos tipos se comportaban como si los huesos no les importaran en lo más mínimo.

Bueno, al menos poder ver los esqueletos resultaba un poco emocionante, así como disfrutar del pequeño escalofrío de miedo que sentías delante de los cráneos sonrientes y las cuencas vacías.

Pero Jacen ni siquiera tuvo oportunidad de dedicar mucho tiempo a esa diversión. El general Yarar siempre estaba decidido a llevarles lo más deprisa posible a la sala siguiente para alardear de la rapidez con la que sus hombres habían sacado la cantidad tal de tierra y la cantidad cual de roca, y lo mucho que costaba todo aquello, y de que era el equivalente a cavar un agujero en línea vertical que tuviese la anchura tal y la profundidad cual.

El general Yarar estaba doblando una esquina para llevarles hacia otro túnel, que era igual a todos los demás. Al principio Jacen, su hermano y su hermana habían estado al frente del grupo, adelantándose para explorar y ardiendo en deseos de ver la sala siguiente. Pero a esas alturas los tres niños ya se habían quedado rezagados, hartos y aburridos de todo aquello. Jacen avanzaba detrás de los adultos, con Anakin y Jaina detrás de él.

Pero entonces Jacen se dio la vuelta y vio que sus hermanos ya no le estaban siguiendo. Dobló la esquina para averiguar qué estaba ocurriendo.

Anakin tenía los ojos clavados en un punto del suelo del túnel, y hablaba consigo mismo en susurros. Jaina estaba observando a su hermano pequeño.

— ¿Qué está haciendo? —preguntó Jacen.

Jaina meneó la cabeza.

—No lo sé con exactitud. Fue hasta allí y se detuvo de repente, y luego empezó a hablarle al suelo.

— ¿Le ha respondido? —preguntó Jacen.

Estaba bromeando, pero sólo a medias. Con Anakin presente, podían ocurrir cosas aún más extrañas.

—Todavía no —replicó Jaina.

Los gemelos siguieron contemplando a su hermano y se preguntaron qué haría a continuación. Fuera lo que fuese, tenía que ser más interesante que escuchar al general Yarar parlotteando incesantemente sobre la cantidad de tierra que habían sacado de allí.

— ¡Ahí! —anunció Anakin de repente.

El pequeño señaló el otro extremo del túnel lateral por el que se habían ido los adultos. Después giró sobre sus talones y empezó a trotar por él, sin apartar los ojos del suelo del túnel. Jacen y Jaina se miraron el uno al otro, se encogieron de hombros con una sincronización perfecta y siguieron a Anakin.

— ¡Anakin! —gritó Jaina—. ¿Qué ocurre? ¿Qué estás siguiendo?

— ¡Allí! —dijo Anakin—. Debajo.

— ¿Debajo del suelo del túnel? —preguntó Jacen, resoplando un poco por el esfuerzo de hablar mientras corría—. ¿Es un cable o algo por el estilo?

— ¡Allí debajo! —gritó Anakin—. ¡Una energía muy grande que se mueve!

El pequeño continuó corriendo, siguiendo al lo-que-fuese. El túnel llegó a otra intersección, y Anakin dobló la esquina tan bruscamente que su hermano y su hermana estuvieron a punto de pasar de largo. Cuando consiguieron alcanzarle, Anakin ya bajaba por una rampa que conducía hasta un nivel inferior.

— ¿Qué está persiguiendo? —preguntó Jaina.

Jacen meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Pero sí sé que me alegro de que Anakin no esté haciendo esto con ese general cerca. Me parece que sus hombres han estado buscando algo muy determinado..., y tengo la corazonada de que Anakin acaba de encontrarlo.

Q9-X2 flotaba sobre sus haces repulsores, siguiendo al grupo del recorrido y sin sentirse excesivamente útil. Estaba firmemente convencido de que los androides debían ser útiles en todo momento y en todo lugar, y consideraba una afrenta moral que la tecnología increíblemente sofisticada que era un androide debiera desperdiciarse en un universo tan obviamente lleno de trabajo que hacer.

Pero seguir al resto de un grupo al que se le estaba soltando un montón de información inútil tenía que ser una de las cosas más inútiles que se podían llegar a hacer, y además su anfitrión estaba fingiendo que el amo Ebrihim ni siquiera se encontraba allí. A Q9 nunca le gustaba ser ignorado, como lo eran generalmente los androides, pero de alguna manera ser el androide ignorado de una persona ignorada resultaba todavía peor. Estaba claro que aquel general Yaraar era uno de esos humanos con una creencia totalmente irracional en la inferioridad de todas las otras especies y que, si podía evitarlo, no iba a prestar ninguna atención al amo Ebrihim. El wookie se hallaba en la misma situación.

Y para lo que estaba sirviendo su presencia allí, Q9 bien podría haber sido uno de los niños.

Los niños...

Q9 se dio cuenta de repente de que los niños ya no estaban con el grupo. Jugueteeó durante toda una décima de milisegundo con la idea de dar la alarma, pero después la rechazó. El amo Solo había dejado claro que nada estaba muy claro. Podía haber alguna razón que explicara la ausencia de los niños. Sus padres tal vez les habían dado instrucciones de que buscaran algo y lo encontraran. Sus anfitriones tal vez se tomarían bastante mal descubrir que los niños habían estado metiendo las narices donde se suponía que no debían hacerlo.

No. Después de todo, Q9 había instalado todos aquellos equipos sensores y de detección tan sofisticados. Ya iba siendo hora de que los utilizase.

Fue reduciendo la velocidad de su avance hasta quedarse inmóvil y permitió que el grupo se le adelantara. Después giró sobre sí mismo y se alejó en dirección opuesta, desplegando sensores mientras avanzaba. Ya había activado su olisqueador molecular y su direccionalizador de rastros residuales de calor, y estaba empezando a absorber datos de ellos cuando se le ocurrió mirar hacia abajo. Pisadas. Había pisadas en el sucio suelo del túnel excavado. Q9 volvió a introducir los sensores en sus huecos, sintiéndose levemente frustrado mientras lo hacía. ¿Qué sentido tenía contar con el mejor equipo disponible si nunca había ninguna necesidad de utilizarlo?

Q9 siguió avanzando por el túnel.

Anakin se movía más deprisa, y estaba corriendo a toda velocidad por los pasadizos sumidos en la penumbra del nivel inferior. Suponiendo que eso fuera posible, todo aquel lugar estaba un poco más tenebroso y húmedo que el nivel de arriba. Jacen intentó ver algo en la semioscuridad del túnel. Quien había instalado las luces allá abajo tuvo que trabajar con un presupuesto muy ajustado, de eso no cabía duda. Todo estaba muy oscuro. Pero eso no parecía molestar a Anakin.

El pequeño avanzaba en línea recta, sin apartar los ojos del suelo del túnel. Jacen y Jaina tenían que esforzarse considerablemente para no quedarse atrás.

Anakin se detuvo de repente y los gemelos casi chocaron con él y lo derribaron al suelo antes de que pudieran detenerse. Por lo que podían ver, Anakin estaba inmóvil delante de un tramo de pasillo que parecía exactamente igual a cualquier otro tramo que hubieran visto hasta el momento. Pero aquello no parecía molestar a Anakin, que estaba dando saltitos de pura excitación.

— ¡Aquí! —murmuró—. ¡Aquí, aquí! Necesito... —Anakin se calló y dejó de moverse. Después se puso en cuclillas sobre el suelo del túnel, extendió el índice derecho y señaló el suelo del túnel con él—. Aquí —susurró—. Y sube por...

Anakin fue moviendo la mano hacia la pared, manteniendo el dedo a unos diez centímetros de distancia del suelo, y después la fue subiendo lentamente por ella.

—Está siguiendo la pista de algo —murmuró Jaina—. La sigue de vuelta hasta su origen.

—Sí, pero ¿de qué? —replicó Jacen, también en un murmullo—. ¿Y qué es ese origen que anda buscando?

Anakin estaba señalando un punto de la pared que se encontraba sus buenos quince centímetros más allá de su alcance. El pequeño saltó hacia arriba intentando llegar hasta él, pero no lo consiguió. Se volvió hacia los gemelos, y Jacen tuvo la impresión de que no había sido consciente de su presencia hasta aquel momento.

— ¡Arriba! —exclamó Anakin—. Necesito subir. Déjame subir encima de tus hombros.

Jaina se arrodilló junto a su hermano, y Anakin se encaramó a sus hombros. Después Jaina se incorporó con mucho cuidado, y Anakin se balanceó un poquito de un lado a otro cuando Jaina tuvo un pequeño problema de equilibrio.

— ¡Hacia adelante! —gritó Anakin—. Más, más. Para. Bien. Ahora a la izquierda... No, a la derecha. No, no, no tanto. Atrás..., atrás... ¡Para! Bien, bien. Ahora no te muevas.

— ¿Qué está haciendo Anakin, Jacen? —preguntó Jaina—. No puedo verlo.

—Ha puesto la palma de la mano encima de la pared —dijo Jacen—. Está empujando la pared, con fuerza... ¡Oh, caray!

Hubo un pequeño diluvio de guijarros y polvo.

—Estupendo, ahora tengo toda la cara cubierta de grava —farfulló Jaina, tosiendo y resoplando—. ¿Qué ha ocurrido?

—Es un panel —dijo Jacen—. Como un panel de teclado, pero un poco distinto. Es una parrilla de botoncitos verdes, de cinco por cinco. Una puertecita se ha abierto en la pared del túnel, y había ese pequeño panel detrás de ella. Se encendió con un montón de lucecitas verdes y púrpura en cuanto se abrió la puertecita.

— ¿Está encendido? —preguntó Jaina—. ¿Quieres decir que hay una fuente de suministro de energía activa aquí abajo?

—Supongo que sí. Probablemente eso fue lo que Anakin detectó y estaba siguiendo.

— ¿Y qué está haciendo ahora? —preguntó Jaina—. Venga, Anakin, sea lo que sea lo que estás haciendo date prisa... Empiezas a pesar mucho.

—Un momento —dijo Anakin—. Ya casi lo tengo.

—Creo que está intentando averiguar cuál es el botón que ha de pulsar —dijo Jacen—. Todo esto es muy raro, y cada vez se va poniendo más raro.

Anakin clavó la mirada en el teclado púrpura, habló en susurros consigo mismo y señaló los botones verdes.

—De acuerdo —dijo por fin—. Allá va.

Empezó a pulsar un botón detrás de otro. Cada vez que presionaba un botón, una de las luces verdes se apagaba.

— ¿Allá va qué? —preguntó Jaina—. ¿Qué está haciendo, Jacen?

—Lo que se le da mejor —respondió Jacen—. Está pulsando botones.

—Se acabó —dijo Anakin—. Dejadme bajar.

Jaina se apresuró a satisfacer su petición.

— ¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Qué va a pasar ahora?

Y entonces una sección de pared del túnel de diez metros de anchura empezó a moverse hacia adelante con un sordo gruñido de maquinaria pesada y acabó descendiendo hasta desaparecer dentro del suelo. Hubo un repiquetear de guijarros, y una pequeña nubecilla de polvo húmedo se desprendió de la pared.

Detrás de la falsa pared había un enorme panel liso que brillaba con un impoluto resplandor plateado. Una línea apareció repentinamente en la pared plateada, y un gran trozo de ella giró hacia atrás, como la puerta de una colosal bóveda de banco que se abriese. Los niños se apresuraron a hacerse a un lado para apartarse de su camino.

Una luz muy potente se derramó por el túnel cuando la puerta de la bóveda acabó de abrirse, y los niños tuvieron que protegerse los ojos durante un momento antes de poder ver con claridad.

Al otro lado de la puerta había un largo pasillo de la misma sustancia plateada que la puerta de la bóveda. El pasillo parecía abrirse al otro extremo, pero no pudieron distinguir qué había allí. No parecía haber ninguna clase de sitio del que pudiera proceder la luz, pero aun así estaba allí. Los tres niños permanecieron inmóviles con los ojos clavados en ese pasillo durante un instante muy largo. Sabían qué debían hacer a continuación, pero había todo un universo de valor entre «saber» y «hacer».

— ¿Qué es, Anakin? —preguntó Jaina volviéndose hacia su hermano pequeño.

Anakin se encogió de hombros.

—No lo sé. Sentí que estaba ahí y lo seguí. No sé qué es.

—Bueno, pues si nos quedamos aquí nunca lo averiguaremos —dijo Jacen, en un tono mucho más seguro de sí mismo de lo que se sentía en realidad—. Vamos.

Los tres niños se cogieron de la mano, con Anakin en el medio, y entraron en el pasillo resplandeciente.

El pasillo tenía sus buenos cien metros de longitud, y avanzaron por él andando despacio y con cautela. Acabaron llegando al final, y se quedaron inmóviles contemplando... algo que Jacen nunca había visto antes. Hasta aquel momento, Jacen ni siquiera había visto nada que se le pareciese.

El suelo continuaba más allá del final del pasillo, y terminaba en una plataforma de observación de unos cinco metros de anchura. La plataforma se extendía por el espacio vacío, sin barandillas ni ninguna otra clase de protección alrededor del borde.

Y era justo la clase de plataforma que deseabas que tuviera barandillas. Se alzaba en el ápice de una caverna artificial imposiblemente profunda, hecha del mismo material de color plateado y que tendría medio kilómetro de profundidad como mínimo. La caverna tenía la forma de un cono

muy puntiagudo, con la plataforma en el vértice y la base del cono en el suelo de la caverna, muy por debajo de ella.

Jacen soltó la mano de su hermana, se puso a cuatro patas y avanzó a rastras hacia el borde de la plataforma. Asomó la cabeza al vacío, y tragó saliva.

Lo primero que vio fue que no parecía haber ninguna clase de soporte o apoyo para la plataforma encima de la que se encontraban, aparte del trozo de pasarela que sobresalía del extremo del túnel por el que habían venido.

Muy por debajo de él pudo distinguir otras formas cónicas, considerablemente más pequeñas que la caverna y aun así extremadamente grandes. Había siete conos, con seis formando un círculo alrededor del séptimo cono central. Todos ellos parecían tener las mismas proporciones de altura-anchura que la caverna.

— ¡Gran espacio! ¿En qué lío os habéis metido ahora, niños? —preguntó una quejumbrosa voz de androide.

Los reflejos de Jacen intentaron hacerle saltar fuera de su piel, y estuvieron a punto de hacerle salir despedido de la plataforma. Cuando pensó en cómo podría haber caído por el borde, tuvo que cerrar los ojos durante un segundo. Descubrió que estaba temblando, y tuvo que acostarse unos momentos antes de poder recobrar la calma.

—Hola, Q9 —dijo—. Gracias, casi has conseguido matarme del susto —dijo, volviendo hacia el centro de la plataforma antes de sentarse y acabar poniéndose en pie.

— ¿Ese agradecimiento era sincero, o es otra muestra de esa cosa llamada sarcasmo? —preguntó Q9.

—Oh, era sarcasmo —dijo Jacen—. Sí, no cabe duda de que era puro sarcasmo. ¿Has venido en nuestra busca? ¿Los otros también nos están buscando, o eres sólo tú?

—Sí, he venido en vuestra busca —dijo el androide—. Y no, ninguno de los otros os está buscando. Por lo menos no estaban haciéndolo cuando me fui.

—Estupendo —dijo Jacen—. Jaina, Anakin: tenemos que salir de aquí.

—Pero si acabamos de llegar —protestó Anakin.

—Lo sé, lo sé. Yo también quiero explorarlo. Pero cuanto más tiempo estemos aquí, más probabilidades hay de que empiecen a buscarnos... y encuentren este sitio. ¿Queréis que el general como-se-llame...?

—Yarar —intervino Q9.

—Eso, Yarar. Por mucho que se esfuerce en sonreír, no es un tipo muy recomendable. ¿Queréis que sus hombres encuentren este... lo que sea? Tiene que ser lo que andan buscando, y tiene que ser algo muy grande e importante.

Anakin se lo pensó durante unos momentos y acabó meneando la cabeza en una violenta negativa.

—Nanay —dijo—. No, no. No podemos dejar que ese general entre aquí.

—Pues entonces tenemos que irnos —dijo Jacen—. ¿Puedes hacer que la puerta de la bóveda y el panel vuelvan a esconderse?

—Claro —dijo Anakin—. Cuando salimos es automático.

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó Jaina.

Anakin la miró, entre confuso y sorprendido.

—Lo sé, eso es todo. Lo noto.

—Pero... —empezó a decir Jaina.

Jacen la interrumpió.

—Luego, Jaina, luego. Escuchadme los dos..., y tú también, Q9. No vamos a decir nada sobre esto a nadie, ¿entendido? Todavía no, por lo menos. Podría haber ojos espía o fisgones en el aerodeslizador o en la villa. Esperaremos hasta que todos nosotros podamos reunirnos en algún sitio seguro y hablar del asunto, y entonces tomaremos una decisión. ¿De acuerdo?

Jaina asintió enseguida, y Anakin tardó un poco más. Los tres niños se volvieron hacia el androide.

—Oh, estoy totalmente de acuerdo —dijo Q9—. Sin embargo, creo que sería mejor que me permitáis llevar a cabo un sondeo lo más completo posible antes de que nos vayamos. Puede que deseemos tener un registro de este lugar para referencia futura.

—De acuerdo —dijo Jaina—, hazlo, pero deprisa. Jacen tiene razón. Tenemos que salir de aquí. Ven, Anakin.

Anakin tomó obedientemente la mano izquierda de su hermana mayor con la derecha y ofreció su mano izquierda a su hermano mayor. Los tres niños fueron a toda prisa por el pasillo plateado, con Q9 quedándose atrás durante unos momentos para flotar sobre la plataforma de observación y obtener el mejor sondeo de que fue capaz. No podía acercarse al borde de la plataforma mucho más de lo que lo habían hecho los niños, ya que sus repulsores eran modelos de poca potencia que no funcionarían a más de unos cuantos metros por encima de una superficie. Si hubiese avanzado hasta dejar atrás el borde de la plataforma, habría caído igual que una piedra.

Los tres niños esperaron al androide en la entrada del pasillo plateado, y Q9 acabó apareciendo por él deslizándose a toda velocidad.

Entró en el túnel de tierra y flotó unos cuantos metros hacia atrás, para asegurarse de que estaría lo suficientemente alejado de la puerta cuando se cerrara.

Jacen fue hacia el teclado púrpura.

— ¿Qué he de hacer, Anakin? —preguntó.

—Pulsa el botón del centro, y no lo sueltes hasta que hayan pasado tres grinnals.

— ¿Y qué cuernos es un grinnal?

—No lo sé —dijo Anakin—, pero es el rato que has de mantenerlo apretado.

Jacen suspiró y meneó la cabeza. El universo era muy grande y en algún lugar de él quizá hubiera alguien con un hermano pequeño todavía más raro que Anakin. De ser así, le hubiese gustado mucho conocer a esa persona. Dejó caer el dedo sobre el botón central de la parrilla de cinco-por-cinco. Todos los botones volvieron a ponerse verdes al instante. Jacen siguió presionando el botón hasta que la puerta de la bóveda empezó a cerrarse, y después apartó el dedo y retrocedió un par de pasos.

La puerta de la bóveda siguió girando hasta quedar cerrada con un chasquido. La sección de pared del túnel se levantó del suelo con un gruñido ahogado, y la tapa del panel-teclado se cerró sobre él. El pasillo plateado y la enorme cámara cónica habían quedado tan bien escondidos como antes.

—Ahora lo único que tenemos que hacer es volver allí antes de que se den cuenta de que nos hemos ido —dijo Jacen.

— ¡Espera un segundo! —protestó Jaina—. ¿Cómo nos encontraste, Q9?

— ¿Acaso no resulta obvio? —preguntó el androide.

—Si resultara obvio no te lo preguntaría. Dime cómo nos encontraste.

—Vuestras pisadas —dijo Q9—. Me limité a hacer lo obvio y seguí vuestras pisadas.

—Oh, estupendo —dijo Jaina, bajando la mirada hacia el suelo—. Los hombres de Yarar las seguirán hasta aquí y enseguida sabrán dónde han de buscar.

—Tal vez no —dijo Jacen—. Retroceded un poco por el túnel. Quiero probar algo.

Los demás se apartaron obedientemente, y Jacen concentró su atención en el muy pisoteado polvo del pasillo. El tío Luke podría haberlo alisado todo sin que el esfuerzo le costara ni una sola gota de sudor.

Jacen desplegó la Fuerza y deseó que el polvo se alisara delante de la entrada de la bóveda. Durante un momento no ocurrió nada, pero después el polvo empezó a removerse de una manera casi imperceptible..., y de repente todas las pisadas se desvanecieron, y el suelo de tierra del túnel se alisó a sí mismo.

Después de haberle pillado el truco, Jacen retrocedió un poco y probó suerte con otra sección del túnel, obteniendo los mismos resultados satisfactorios. Su hermana comprendió lo que estaba haciendo y se unió a él. Trabajando con aquella clase de coordinación sin palabras que formaba parte del ser gemelos, los dos se turnaron para alisar los suelos de los túneles detrás de ellos a medida que iban volviendo sobre sus pasos.

Los tres niños y el androide ya habían regresado al nivel superior, y estaban bastante cerca del sitio en el que se habían separado de los adultos, cuando su madre dobló una esquina a la carrera y los vio.

—Ahí estáis —dijo, y el alivio en su voz resultaba obvio—. Podía percibirlos con la Fuerza, pero no conseguía encontrarlos. ¿Dónde habéis estado?

—Oh, nos fuimos a dar un paseo con Anakin y nos alejamos un poco —dijo Jacen, esperando estar consiguiendo que su voz sonara tranquila y natural—. Q9 nos encontró y nos trajo de vuelta.

Leia miró al androide.

—Buen trabajo, Q9. Me alegra que estés con nosotros. Ahora vamos a reunirnos con los demás antes de que nuestro anfitrión decida poner toda la excavación patas arriba buscándoos. Venid conmigo.

Jacen y Jaina intercambiaron una mirada de complicidad mientras su madre les daba la espalda y volvía por donde había venido. Estupendo. Habían conseguido lo que se proponían.

Al menos por el momento.

Leia se volvió hacia ellos y les llamó con un impaciente gesto de la mano.

—Vamos, vamos —dijo—. No podemos tenerles esperando.

Jacen pensó en todas aquellas enormes máquinas escondidas que estaba claro que llevaban muchísimo tiempo esperando, y sonrió. Tenía el presentimiento de que no tendrían que seguir esperando durante mucho más tiempo.

—Ya vamos, madre —dijo, y echó a correr por el túnel para reunirse con ella.

15

En tránsito

Luke metió la cabeza en el compartimento de Lando y volvió a sorprenderle con los ojos clavados en la unidad holocomunicadora.

—¿Es que todavía no has reunido el valor suficiente? —preguntó.

Lando se volvió en su asiento y contempló a Luke poniendo cara de reproche.

—No sé si lo sabes, Luke, pero llamar a una mujer así porque sí no resulta tan fácil como parece.

—Pero tú haces esa clase de cosas continuamente —dijo Luke, entrando en el compartimento y sentándose sobre la cama—. No cabe duda de que conseguiste dejar totalmente fascinada a Karia Ver Seryan.

—Sí. La fasciné hasta tal punto que casi conseguí dejarme la piel allí. Pero eso era distinto. Eso era en persona, Luke: yo estaba allí, delante de ella. Sabía que era bienvenido, y la forma en que estaba de pie, la postura de su cabeza... En fin, había un millón de pequeñas cosas que me decían que se hallaba en un estado de ánimo receptivo a mis propuestas. Una llamada de holocomunicador sin ningún motivo o invitación previa es algo mucho más parecido a una intrusión. No sé nada sobre Tendrá Risant. ¿Qué voy a decirle?

—Podrías empezar saludándola, y luego ya verías qué tal iba todo a partir de ahí —sugirió Luke.

—Un gran consejo de Luke Skywalker, famoso mujeriego —dijo Lando.

—De acuerdo, puede que yo no sea el rey de la labia galáctica. No afirmo serlo, pero tú sí. Haz esa llamada. —Luke se levantó y le dio una palmada en el hombro a su amigo—. Ahora —añadió, y después giró sobre sus talones y salió del compartimento.

—Oh, a ti te resulta muy fácil decirlo —murmuró Lando.

Pero Luke tenía su parte de razón, desde luego. Si iba a hacerlo, tanto daba que lo hiciese ya sin esperar ni un momento más. Lando empezó a teclear el código de llamada de Tendrá por centésima vez. Pero en esta ocasión, y por primera vez, consiguió teclearlo entero hasta el último número y permaneció inmóvil el tiempo suficiente para que se estableciera la conexión.

El holocomunicador cobró vida, y el rostro de una mujer joven apareció en él. Tenía la piel muy clara, los pómulos bastante marcados y unas facciones esbeltas y expresivas.

—¿Hola? —dijo.

—Eh... Sí, hola —dijo Lando, con el corazón palpitándole tan ruidosamente que el micrófono del holocomunicador tendría que haber captado sus latidos—. Me llamo Lando Calrissian. Estoy intentando hablar con Tendrá Risant, y...

La mujer le sonrió afablemente.

—¡Capitán Calrissian! Qué amable ha sido al llamar antes. Soy Tendrá Risant.

Lando sonrió y se sintió muy aliviado. Tendrá Risant no había cortado la conexión, y no tenía cuernos creciéndole en la cabeza. Era un buen comienzo.

—Encantado de conocerla, dama Tendrá.

—Yo también estoy encantada de conocerle a usted. ¿Vendrá pronto a Sacorria? —preguntó Tendrá.

—Voy de camino hacia allí mientras hablamos, dama Tendrá.

—Oh, le ruego que me llame Tendrá. No puede ni imaginarse cuántas ganas tengo de conocerle, capitán Calrissian.

—Mis amistades me llaman Lando —replicó Lando—, y espero que usted vaya a ser una de ellas.

Tendrá sonrió.

—Tengo muy pocas dudas al respecto..., Lando.

Lando le devolvió la sonrisa, y se preguntó por qué había pensado que aquello iba a ser difícil.

—Me alegra muchísimo oír eso, Tendrá —dijo—. Sí, me alegra muchísimo.

El universo cobró existencia con un estallido alrededor del *Fuego de Jade* y Mará Jade contempló plácidamente cómo las líneas estelares se convertían en estrellas y el Sistema Corelliano aparecía alrededor de ellos.

—En curso y en ruta —informó el piloto—. El Control de Tráfico de Corellia ha acusado recibo de nuestra transmisión, y estamos avanzando hacia Corellia por el centro de nuestra calzada de tráfico.

—Excelente, señor Nesdin —dijo Mará—. Señor Tralkpha —dijo, dirigiéndose al navegante de Mon Calamari—, aprovechemos que se encuentra libre de funciones en estos momentos y tenga la bondad de proporcionarnos un sondeo profundo del sistema.

El calamariano sin duda ya había iniciado el sondeo —en realidad Mará se habría irritado bastante si no hubiera demostrado esa capacidad de iniciativa—, pero la orden tenía que ser dada, aunque sólo fuese para guardar las formas.

—Sí, señora —replicó Tralkpha—. Estoy obteniendo algunos resultados interesantes del equipo especial.

El *Fuego de Jade* contaba con algunos sensores de tecnología avanzada por los que cualquier capitán de la armada de la Nueva República habría dado su brazo derecho. Los sensores eran capaces de integrar la información derivada de la salida del hiperespacio convirtiéndola en una imagen instantánea de todo el sistema estelar de llegada. El sistema funcionaba con un asombroso grado de detalle..., en algunas ocasiones. Las condiciones tenían que ser precisamente las adecuadas. Pero, por lo menos hoy, parecía como si las condiciones estuvieran realmente dispuestas a cooperar.

—¿Qué tiene? —preguntó Mará.

—Nada, señora. No hay prácticamente ninguna nave en el espacio de este sistema.

—¿Y qué hay de tan interesante en eso? —preguntó Mará.

—Hay mucho, mucho menos tráfico del que debería haber incluso tomando en consideración la pésima situación económica. No hay vuelos militares, una o dos lanzaderas de pasaje aquí y allá, y sólo dos o tres vehículos de carga aproximándose a Corellia. Las únicas otras naves que puedo ver aparecen identificadas como las que transportan a los delegados de la cumbre comercial..., y tampoco hay muchas. Pienso que va a haber algunas ausencias.

—Supongo que eso debería sorprenderme —dijo Mará—, pero la verdad es que no estoy sorprendida, señor Tralkpha. Una tormenta muy fea se aproxima a este lugar —siguió diciendo—, y nadie quiere estar fuera del puerto cuando estalle.

—¿Todavía no podemos dejar de divertirnos? —preguntó Han.

Tenía los ojos entrecerrados mientras pilotaba el aerodeslizador a través de la oscura noche de Corellia y lo dirigía hacia las brillantes luces de Corona, que ya se encontraba delante de ellos. El interior del vehículo estaba oscuro y silencioso, con los sonidos del sueño surgiendo de los asientos traseros.

Leia, que estaba sentada en el sillón del copiloto junto a él, le obsequió con una sonrisa adormilada.

—Pronto podremos dejar de hacerlo —dijo—. En cuanto lleguemos a casa, se habrá acabado la diversión.

—Dondequiera que esté ese sitio —dijo Han.

Leia se rió.

—Parece moverse mucho, ¿verdad? —preguntó. Estiró los brazos, arqueó la espalda y se removió en su asiento antes de volver a recostarse en él con un bostezo—. Bueno, aunque tengamos que salir de la villa para hacerlo, la verdad es que no me importa ir a la Casa de Corona. No me sentiré tan expuesta.

—No sé qué decirte —replicó Han, adoptando un tono de voz más serio—. La Casa de Corona parece más segura, pero no tengo tan claro que lo sea en realidad. Aunque supongo que tenemos que estar allí para el gran espectáculo, claro... Ir y venir desde la villa sería muy pesado, y el tener que volar de un lado a otro por encima de la ciudad tampoco nos proporcionaría una seguridad de primera clase que digamos. Pero tengo que admitir que me alegraré cuando no tengamos que ver más lugares de interés turístico durante una temporada.

Un ensordecedor rugido de trueno surgió de la parte de atrás del aerodeslizador, y después hubo una especie de golpe sordo y un gimoteo. Chewbacca, junto con todos los demás, estaba dormido en los asientos traseros, con Anakin hecho un ovillo encima de su regazo. Cada vez que Chewbacca empezaba a roncar, Anakin se despertaba justo el tiempo suficiente para darle un puñetazo en el pecho y hacerle parar. Jacen y Jaina estaban dormidos en la última hilera de asientos y Ebrihim también dormía, enroscado a los pies de Jacen y respirando con una extraña especie de jadeo relajado. Incluso Q9-X2 había reducido al máximo su consumo de energía. El androide estaba inmóvil en la esquina trasera del vehículo correspondiente al lado del conductor, con todos los indicadores de energía apagados salvo un diminuto punto de luz ambarina que no paraba de parpadear.

Habían estado jugando a los turistas por todo el continente principal de Corellia durante tantos días que Han ya había perdido la cuenta de ellos. También había perdido la cuenta de todos los sitios que habían visto. Todas las meticulosas explicaciones de lo que estaban viendo dadas por Ebrihim —junto con las quisquillosas interrupciones y correcciones de Q9 cada vez que su amo se saltaba algún detalle trivial— se habían confundido en la mente de Han.

Incluso ignorando todo el asunto del hartazgo turístico, no había resultado nada fácil mantener la ficción de que eran una alegre y despreocupada familia de turistas..., especialmente después de que los gemelos les hubieran contado lo que Anakin encontró en las excavaciones del general Yarar y hubieran visto la grabación de los sondeos de Q9. No podía haber ninguna duda de que la gente de Yarar andaba buscando lo que fuese aquella cosa, y eso suponiendo que no la hubieran encontrado ya a aquellas alturas. Ninguno de ellos —ni Chewbacca, ni Q9, ni siquiera Ebrihim— tenía la más mínima idea de qué era aquella gigantesca instalación, pero nadie podía dudar que

era importante. De lo contrario, la gente de Yarar no estaría dedicando tanto tiempo y esfuerzos a la tarea de encontrarla.

Lo único de lo que todo el mundo estaba seguro era que tenía que haber problemas más tarde o más temprano..., y probablemente más temprano. Sólo había una cosa que todos supieran sin lugar a dudas, y era que alguien quería que se fuesen, que se asustaran. Y por esa razón, si no por ninguna otra, era importante que permaneciesen donde estaban y que dejaran lo más claro posible que no tenían ningún motivo de preocupación.

Y por eso habían hecho un esfuerzo deliberado para no notar la presencia de los aerodeslizadores y patrulleras de bolsillo de las FDC que siempre estaban revoloteando por encima y por detrás de ellos, proporcionándoles escolta. Habían ignorado a los discretos guardias que aparecían mágicamente alrededor de ellos en cada museo, antiguo edificio histórico y parque de diversiones. Fingir que no veían el muro que se alzaba a su alrededor no había sido nada fácil.

Si se podía decir que había algo positivo que hubiera surgido de todo aquello, era el hecho de que Han y su familia habían acabado confiando en las fuerzas de superficie de las FDC. El Servicio Espacial de las FDC ya era otro asunto, pero por lo menos Han ya no tenía ninguna duda en lo concerniente a los agentes que protegían a su familia. Quizá había visto más equipos de seguridad, pero nunca había visto uno que se esforzara tanto. Habían sido demasiado cautelosos y meticulosos para que Han creyera que todo aquello podía ser una mascarada.

En cualquier caso, no tardaría en dejar de verlos. Aquella noche marcaba el último día de sus vacaciones, y Han tenía la corazonada de que no era el primer padre de la historia que anhelaba volver a la jornada regular de trabajo. Mañana era el primer día de la cumbre comercial, y las FDC transferirían sus funciones de vigilancia al servicio de seguridad oficial de Leia.

Aquella noche también traería consigo el abandono de la villa junto a la playa por parte de la familia. Irían directamente a la Casa de Corona, donde tendría lugar la conferencia, y dormirían en los apartamentos preparados para ellos que les estaban aguardando allí.

En realidad, todos menos Han dormirían allí aquella noche. Conseguirlo había exigido algunas delicadas maniobras por parte de Han, pero finalmente había logrado convencer a Leia de que sería mejor que dejara a todo el mundo en la Casa de Corona y que luego volviese a la villa, durmiera allí y recogiese las últimas pertenencias de la familia por la mañana. Leia parecía pensar que Han quería disfrutar de una noche de paz y silencio antes de sumergirse en el agotador torbellino social de una reunión diplomática, y Han estaba más que dispuesto a dejarla con esa impresión. Tenía algunos asuntos particulares de los que ocuparse aquella noche, y no podría hacer lo que tenía que hacer a menos que estuviese solo.

Quince minutos después el aerodeslizador se posaba sobre el tejado de la Casa de Corona. Chewbacca y Eubrihim despertaron y Q9 volvió a activarse, pero resultaba obvio que los tres niños estaban profundamente dormidos y que iban a seguir así. Han cogió en brazos a Jacen, Leia se ocupó de Anakin y Chewbacca se encargó de Jaina. Sacaron a los niños del aerodeslizador, bajaron por el turboascensor hasta el apartamento que les habían asignado en el decimoquinto piso del edificio de veinte plantas, y los despertaron el tiempo suficiente para quitarles la ropa, hacerles ejecutar un mínimo simulacro de que se cepillaban los dientes y se lavaban las caras, y conseguir que se pusieran sus pijamas.

Los tres niños ya volvían a estar profundamente dormidos antes de que sus cabezas entraran en contacto con las almohadas. Chewbacca asintió para sí mismo en señal de satisfacción y abrió la boca en un gigantesco bostezo que mostró una aterradora colección de dientes. Después salió de la habitación, dejando allí a Han y Leia inmóviles y con la mirada bajada hacia sus hijos.

—Son preciosos, ¿verdad? —preguntó Leia, deslizándolo su brazo alrededor de la espalda de su esposo mientras contemplaban a las tres personitas, inocentes y dormidas, cuyas mentes ya habían olvidado por completo todas las preocupaciones de la galaxia.

—Oh, sí —dijo Han—. Eso lo han sacado de tu lado de la familia. Son preciosos, una auténtica maravilla de niños.

Leia apoyó la cabeza en el hombro de Han.

—Tendrás mucho cuidado esta noche, ¿verdad? Quiero que estos chicos sigan teniendo un padre por la mañana.

Han suspiró y le dio unas palmaditas en el hombro.

—No sé por qué me tomo la molestia de tratar de evitar que te preocupes —dijo—. Oye, lo de esta noche no es nada: no hay ningún peligro real. Sólo necesito hacer algo sin que me vean.

—¿Y yo no debería saber nada al respecto? —preguntó Leia.

—Probablemente sería mejor que no supieras nada. Para empezar, realmente no sabemos quién puede estar escuchándonos en este mismo instante. Pero podrías decir que voy a contratar una pequeña póliza de seguros, y cuanto menos se sepa sobre ella más probabilidades hay de que funcione. Además, no sé si es la clase de cosa en la que podemos confiar.

—Muy bien —dijo Leia, pero no parecía demasiado convencida o contenta—. Te amo. Confío en ti. Haz lo que tengas que hacer para cuidar de nosotros.

—Eh, Su Adorabilidad —dijo Han, llamándola por el viejo apodo que usaba cuando quería tomarle el pelo—, eso es lo que hago siempre.

Leia se echó a reír y alzó la mirada hacia él.

—Siempre has sido un buen mentiroso —dijo, y le besó.

Han se despidió de Leia y después fue a las habitaciones de Chewbacca, que se encontraban al otro extremo del pasillo de su apartamento. No utilizó el anunciador de la puerta, sino que llamó suavemente. La puerta se abrió al instante. Chewie también había adivinado su próximo movimiento. Han decidió que iba a dejar de tratar de engañar a nadie y entró en el apartamento del wookiee.

—Tienes que prometerme una cosa, Chewie —dijo apenas se hubo cerrado la puerta.

El wookiee inclinó la cabeza a un lado y dejó escapar un suave trompeteo lleno de cautela.

—Sí, antes te diré de qué se trata. Voy a salir, y sin duda te veré por la mañana y todo irá estupendamente. Pero... Sólo por si las cosas no van estupendamente o por si no tenemos ocasión de vernos, quiero que me prometas algo ahora: prométeme que cuidarás de los chicos.

Chewie enseñó los colmillos, dio un paso hacia Han y soltó un rugido aterrador mientras agarraba a Han por los hombros y lo levantaba en vilo.

—Eh, tómatelo con calma, ¿quieres? —protestó Han, con los pies colgando en el aire—. ¿Quieres despertar a todo el mundo en la Casa de Corona? No estaba olvidando tu deuda de vida, por mucho que me pudiera gustar el hacerlo.

Han había liberado a Chewbacca de unos esclavistas hacía mucho tiempo, y Chewie había jurado proteger la vida de Han a cambio..., aunque no había consultado con Han acerca de esa idea antes. Han había vivido montones de momentos en los que tener un guardaespaldas wookiee que se había nombrado a sí mismo para el cargo resultaba más que incómodo. Pero una deuda de vida wookiee era irrevocable..., y se extendía a los niños. Por lo menos, eso era lo que ocurría en el

caso de aquella deuda de vida. Han no pretendía saberlo todo sobre el código ético de los wookies.

Pero en aquel momento Chewbacca estaba amenazando a Han con arrancarle la cabeza de los hombros porque el wookie se había tomado su petición de que protegiese a los niños como alguna clase de sugerencia de que la deuda de vida wookie no era garantía suficiente..., lo cual suponía el insulto más mortal posible para un wookie.

Han decidió volver a intentarlo, y esperó que esa vez pudiera expresarse de una manera lo suficientemente clara para poder salir con vida de allí.

—Lo único que quería decir era que te concentrases en ellos. No te preocupes por Leia o por mí, ¿entendido? Si las cosas se ponen feas, y pienso que van a ponerse feas, es posible que Leia o yo tengamos que correr algunos riesgos. Si lo hacemos, y si tienes que elegir entre nosotros y los chicos..., bien, en ese caso ni siquiera pienses en nosotros, ¿vale? Y que no se te ocurra embarcarte en una gloriosa batalla o dejarte dominar por la sed de sangre wookie o ninguna otra de esas tonterías. Consigue que te maten y los chicos pueden acabar metidos en un lío muy serio. Si la situación llega a ser lo bastante grave, puede que sólo dispongas de una fracción de segundo para decidir qué has de hacer..., y tienes que decidir sacar a los chicos del peligro. No pienses en ninguna otra cosa. ¿De acuerdo?

Chewie reflexionó durante un momento, acabó asintiendo y soltó a Han, volviendo a ponerle en el suelo.

—Bien, entonces de acuerdo —dijo Han, alisándose la camisa—. Y la próxima vez no seas tan susceptible.

Han volvió a coger el turboascensor para subir al tejado de la Casa de Corona y sonrió educadamente a la centinela de las FDC que montaba guardia allí.

—Hola —dijo—. Voy a sacar unas cosas del *Halcón Milenario* antes de volver a la villa en el aerodeslizador. ¿Le parece bien?

La centinela se encogió afablemente de hombros.

—Claro, es su nave —dijo—. Haga lo que quiera.

—Pensé que sería mejor decírselo antes —explicó Han—. La situación es un poco delicada, y no quiero causar ningún problema por accidente.

«Prefiero causarlos deliberadamente», pensó, pero se guardó la idea para él.

—Sí, probablemente es lo más prudente —dijo ella—. Cuídese.

—Oh, tengo intención de hacerlo —dijo Han—. Que pase una buena noche, y ya la veré luego.

Ser un don nadie salido de ninguna parte tenía ciertas ventajas. Los tipos de seguridad podían preocuparse por la jefe del Estado, pero a nadie le importaba demasiado lo que le ocurriese a un contrabandista retirado. En cuanto se hubo librado de Leia, Han podía tener la esperanza de que conseguiría ir de un lado a otro sin estar acompañado por todo un rebaño de canguros de las Fuerzas de Defensa de Corellia.

Y lo mismo podía decirse de la villa. Dado que Leia Organa Solo ya no iba a estar allí, y como los equipos de seguridad de las FDC estarían más que ocupados con la cumbre comercial, las FDC ya habían decidido hacer el equipaje y marcharse. Han pilotó el aerodeslizador en un curso directo hacia la villa, y fue recompensado con la visión del equipo de seguridad de las FDC en pleno proceso de largarse. Esperaba que hubiera calculado lo suficientemente bien el momento. Si Kalenda también se había ido, eso podía suponer un grave problema.

Posó el aerodeslizador en el suelo y volvió la cabeza hacia la playa y la villa «vacía». ¿Seguiría estando allí? Y aun suponiendo que estuviera, ¿serviría de algo? Bueno, preocuparse por eso no tenía ningún sentido..., no cuando tendría la respuesta dentro de unas horas. Pero antes sería mejor que diera tiempo a los últimos miembros del equipo de las FDC para que se fueran.

Después lo intentaría.

Belindi Kalenda se había sentido al borde de la desesperación cuando vio que el equipo de las FDC se estaba preparando para marcharse. Si se iban, eso quería decir que Organa Solo se había ido y que no iba a volver. Y eso significaba que toda la vigilancia de Kalenda, toda su espera, todo su preocuparse y todos los riesgos que había corrido no habían sido de ninguna utilidad. El servicio que le había prestado a la jefa de Estado era totalmente inexistente. Podría haber contado el número de zapatos del ejército producidos por la Compañía de Calzado de Corona y dividirlo por dos para calcular las dimensiones del ejército, y eso habría sido de más utilidad para la Nueva República que lo que había hecho.

Lo único que podía hacer era esperar a que las FDC se hubieran marchado y efectuar su propia retirada en cuanto tuviese el campo libre. No tenía ni idea de qué haría a continuación. Saber que todo aquello no había servido de nada ya era bastante duro.

Pero entonces... Oh, entonces había visto regresar a Han Solo. Y, sin que pudiera explicar por qué, lo supo. Tal vez fuese ese diminuto embrión de potencial para el uso de la Fuerza que creía que quizá tuviese. Tal vez fuese algo en la forma en que Solo pareció volver la mirada hacia la villa en la que se escondía Kalenda. Tal vez fuese la falta de sueño, y estuviera teniendo alucinaciones. Pero de repente Kalenda se sintió invadida por la inquebrantable convicción de que Solo sabía que ella estaba allí, y de que había vuelto para establecer contacto.

El corazón empezó a latirle más deprisa a causa de la excitación mientras observaba cómo Solo bajaba del aerodeslizador, charlaba con los guardias de las FDC, estrechaba un par de manos y les daba las gracias durante el camino hacia la casa. ¿Qué otra razón podía tener para haber vuelto una vez más? No, tenía que ser eso. Tenía que estar aquí por ella. Tenía que ser eso.

Kalenda se preparó para una última vigilancia, la que compensaría todo lo demás. Vio cómo los últimos agentes de las FDC recogían su equipo, subían a sus vehículos de superficie y aerodeslizadores y se alejaban hacia la oscuridad. Siguió observando, con los ojos pegados a los macrobinoculares, durante cinco minutos, diez minutos, quince minutos, dando tiempo de sobra a los agentes de las FDC para que se acordaran de algo que se habían dejado y volvieran a buscarlo.

Y justo en el momento en que calculaba que ya había transcurrido el tiempo suficiente, que el lugar estaba desierto y que ya no iban a volver, un puntito de luz color rojo rubí apareció en una ventana del piso de arriba de la villa de Solo. Hubo tres destellos largos, después hubo una pausa, tres destellos largos más, otra pausa, y tres nuevos destellos largos.

Era el código de parpadeos de Mon Calamari, transmitido mediante un haz láser muy anticuado. Algo absolutamente sencillo, increíblemente tosco. Algo que todo marinero espacial aprendía, algo que te metían a martillazos dentro de la cabeza en la Academia de la INR. Y algo que los hombres de las FDC, con todo su equipo de comunicaciones de alta tecnología y sus sistemas de fisgoneo, probablemente no detectarían ni aun suponiendo que volvieran justo en el momento equivocado. Y, lo que era todavía más importante, algo que muy probablemente no serían capaces de interpretar.

Conjúntese a mí con medianoche a la portera, decía el mensaje.

De acuerdo, Solo había perdido un poco de práctica. Pero el significado estaba muy claro.

Y tal vez su vigilancia había valido la pena después de todo.

Kalenda le vio venir por el camino, moviéndose despacio y sin hacer ruido, justo al paso de un hombre que había decidido salir a dar un pequeño paseo nocturno.

Vio cómo se detenía durante un instante en el sendero que llevaba hasta su puerta. Han Solo miró a su alrededor, haciendo una última comprobación en busca de cualquiera que pudiese haberse quedado apostado allí para vigilar, y después fue por el sendero en línea recta hacia su puerta. Kalenda la abrió justo cuando llegaba al porche, y Solo entró sin detenerse. Kalenda cerró la puerta detrás de él y movió una mano para indicarle que la siguiese hasta el sótano de la villa. Han Solo asintió y la siguió sin decir nada. En el improbable supuesto de que todavía hubiese alguien vigilando, un figón de sonido o un haz espía tendrían muchas más dificultades para atravesar el suelo, y además así podrían correr el riesgo de encender una luz en cuanto la puerta que llevaba a la planta baja estuviese cerrada. Kalenda esperó a que Han Solo bajara por la escalera sumida en la penumbra, cerró la puerta y movió el interruptor de la pared.

Una cálida luz amarilla inundó el sótano-almacén, y Kalenda dio un respingo de sorpresa. No se había atrevido a utilizar una luz artificial desde hacía más tiempo de lo que quería recordar.

—Le he traído unas cuantas cosas —dijo Han sin más preámbulos, y vació una pequeña bolsa de viaje sobre una vieja mesa que los propietarios de la casa habían relegado al sótano en algún momento de los últimos años—. Un poco de dinero en efectivo, un par de mudas de ropa..., son monos de vuelo de Leia..., algo de comida fresca y en raciones y agua, por si estaba harta de lo que tenía o se le estaba acabando. Una varilla luminosa, un desintegrador de bolsillo... y un comunicador.

Kalenda asintió, y durante los primeros momentos se sintió incapaz de hablar. Alguien le estaba hablando. Tenía delante a una persona en la que podía confiar y que confiaba en ella, alguien que estaba haciendo algo por ella. Notó cómo una lágrima se deslizaba por su rostro, pero se obligó a mantener la calma, o por lo menos algo aproximado a la calma, y habló.

—Gra... Gracias —dijo.

Cogió uno de los paquetes de raciones y lo abrió. Había tenido que empezar a racionarse la comida, y además cualquier cosa, cualquier cosa —aunque sólo fuese otra marca de raciones de supervivencia espaciales—, sabría mejor que otra cena a base de uno de esos paquetes monótonamente iguales unos a otros de los que había estado viviendo. Kalenda dio un gran bocado y masticó vigorosamente.

—Ha estado vigilando la casa todo el tiempo —dijo Han, y no era una pregunta—. Por si acaso teníamos problemas, por si acaso la gente de aquí intentaba algo. Apenas ha dormido, y ha comido fatal.

Kalenda tragó saliva para poder responder.

—Sí..., sí —dijo.

Se dio cuenta de que su voz estaba áspera y quebradiza debido a la falta de uso. Llevaba demasiado tiempo sin tener a nadie con quien poder hablar.

—Estoy impresionado —dijo Han—. Creo que yo no podría haberlo aguantado.

—¿Qué..., qué quiere que haga? —preguntó Kalenda.

—Quiero que descanse —dijo Han—. Busque algún hotel o albergue cómodo y tranquilo en Ciudad Corona donde pueda pagar en efectivo y pasar desapercibida, y descanse durante algún tiempo. Haga lo que le apetezca. Vaya a algún espectáculo, salga a dar un paseo. Lo único que ha de hacer es llevar encima ese comunicador y responder cuando la llame. Quiero que siga vigilándonos y cuidando de nosotros, pero ahora podremos llamar pidiendo ayuda si la necesitamos.

— ¿Qué clase de ayuda pedirían? —preguntó Kalenda.

Han meneó la cabeza.

—No lo sabré hasta que sepamos en qué clase de lío nos hemos metido. Pero tengo la corazonada de que usted podría ser una carta oculta muy útil que tener en la manga, sólo por si acaso.

— ¿Qué piensa que va a ocurrir? —preguntó Kalenda.

—Guerra —dijo Han, haciendo que la palabra sonase como la obscenidad que era—. En cuanto a quién luchará contra quién, no lo sé. Tal vez sea una guerra pequeña, no mucho más que un disturbio un poco crecido. Pero seguirá siendo una guerra. Aquí hay demasiadas personas que arden en deseos de disfrutar de una buena pelea. Hay demasiadas personas que están jugando duro.

Kalenda asintió.

—Creo que tiene razón —dijo—. Pero tenga cuidado. Tenga todavía más cuidado del que crea que ha de tener. Alguien ha conseguido infiltrarse en los niveles superiores de la INR, aunque no sé cómo lo ha hecho. Llegué al sistema en una operación totalmente secreta y con una historia de tapadera de primera categoría, lo mejor que pudo hacer la INR..., y estaban esperándome apenas salí del hiperespacio. Dispararon contra mi nave. A duras penas conseguí salir con vida. No sé quién es o cómo lo ha hecho, pero saben lo que estamos haciendo.

Han Solo frunció el ceño.

—Eso es peor de lo que pensaba —dijo—. Si saben todo eso, entonces saben lo escasos que son nuestros recursos en cuanto a tropas y naves en estos momentos.

— ¿Qué quiere decir? —preguntó Kalenda.

—Quiero decir que si yo fuese un corelliano que quisiera salirse de la República, y tuviera acceso a información de la INR, entonces creo que pensaría que ahora mismo era el momento ideal para actuar.

Han se apoyó en la pared del sótano y se cruzó de brazos.

—Lo cual deja una pregunta por responder... ¿Qué es lo que van a hacer?

16

Hola y adiós

Lando Calrissian salió del *Dama Suerte* y tuvo la clarísima impresión de que su suerte estaba cambiando. Allí estaba: Tendrá Risant. Se encontraba a unos cien metros de distancia, justo al otro lado de la barrera de seguridad, esperando a que él bajara de la nave y saludándole con vigorosos gestos de la mano. Eso tenía que significar algo.

Se quedó inmóvil un momento y respiró el aire fresco y limpio de Sacorria. No era un mal sitio. No, no estaba nada mal aunque fuese uno de los Mundos Externales. Los externos tenían una cierta reputación de ser gente un poco problemática, pero hasta el momento Lando no había visto ninguna señal de ello.

Lando se volvió para ver a Luke saliendo de la nave.

— ¿También hay algo que te haga sentirte nervioso con ésta? —preguntó.

Luke se echó a reír y meneó la cabeza.

—En absoluto —dijo—. Me siento maravillosamente.

—Estupendo, estupendo —dijo Lando mientras iban hacia su anfitriona—. Y además podría añadir que ella también tiene un aspecto realmente estupendo —dijo mientras sus ojos recorrían la silueta de Tendrá.

Tendrá Risant tendría unos treinta años estándar. Era alta, fuerte y sana, y resultaba obvio que gozaba de una posición acomodada. Su tez era más bien clara, y sus pómulos bastante marcados, y la esbeltez de sus facciones resaltaba de una manera espectacular sus ojos castaño oscuro. Tenía una figura bonita, aunque no espectacular, a pesar de que quizá fuese un poco más opulenta de lo que estaba de moda últimamente. Llevaba un bonito y delicado vestido azul de cuello alto y corte conservador, con una falda modestamente larga sin llegar a parecer excesivamente recatada. Sus cabellos eran de un rubio castaño, y los llevaba elegantemente cortos. Todo en ella parecía abierto, relajado y afable.

En resumen, que en ella no había absolutamente nada que recordase a las sirenas depredadoras, las diosas del sexo de aspecto peligroso que exhibían todos sus encantos y las mujeres con ojos abrasadores y provocativos, y pasados llenos de oscuros secretos, que eran más del gusto habitual de Lando.

Y en aquellos momentos eso era justamente lo que deseaba ver Lando y lo que le convenía.

—Hola, Lando —dijo Tendrá Risant en cuanto estuvieron lo bastante cerca de ella.

El afable calor que había en su voz y en su rostro hicieron que Lando tuviera la sensación de haberla conocido durante toda su vida, que eran viejos amigos que volvían a reunirse en vez de desconocidos que nunca se habían encontrado antes. Lando tuvo que admitir que Luke había tenido una gran idea. No cabía duda de que las largas conversaciones mantenidas a través del holocomunicador tenían sus ventajas.

—Hola, Tendrá —dijo Lando mientras cruzaba la barrera de seguridad.

Tendrá le ofreció su mano y Lando, cosa que le asombró incluso a él, no se inclinó para besarla y no hizo ninguna clase de ampuloso gesto melodramático. Tomó su mano en la suya y la estrechó, tal como lo hacían las personas normales.

«Esto empieza a ponerse interesante», se dijo.

—Me gustaría presentarle a mi gran amigo Luke Skywalker, Tendrá —dijo.

Lando se dio cuenta de que no había dicho ni una palabra acerca de que Luke fuese un gran Maestro Jedi y, de hecho, que no había mencionado para nada ese tema. Tendrá lo sabía, naturalmente..., pero Lando ya la conocía lo suficientemente bien para saber que eso no le importaría en lo más mínimo.

—Hola, Luke —dijo Tendrá—. Bienvenidos a mi mundo. Espero que pueda hacer que su estancia en él sea muy agradable.

—Gracias, dama Tendrá —dijo Luke, aceptando la mano que le ofrecía.

—Oh, le ruego que me llame Tendrá —dijo ella—. Bien, vengan conmigo. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar.

Lando se encontró pasando la mayor parte de la tarde sintiéndose asombrado, principalmente de sí mismo. Había perseguido a muchas mujeres a lo largo de los años, naturalmente, y su reputación de conquistas femeninas distaba mucho de ser exagerada; pero con Tendrá se encontró haciendo algo que le parecía que nunca había hecho antes. Se encontró hablando con la mujer en la que estaba interesado, manteniendo una auténtica conversación con ella sobre temas distintos a lo hermosa que era, todas las cosas maravillosas que Lando iba a hacer por ella, o cualquiera de las otras viejas tonterías de siempre.

Los tres cenaron en un restaurante público en la hermosa y antigua plaza adoquinada del centro de la ciudad, y hablaron nada menos que de política. Lando no podía recordar cuándo había disfrutado más de una conversación con una mujer..., o, de hecho, de una conversación con nadie. Cuando los servidores androides se hubieron llevado los platos del postre y hubieron servido los licores de la sobremesa, ya habían repasado toda la agitada vida política de Coruscant y habían empezado a ocuparse de algunas cuestiones más locales.

—La situación está empezando a ponerse francamente tensa aquí —dijo Tendrá.

—Lo sabemos —dijo Luke—. Los de aduanas estuvieron a punto de no dejarnos bajar.

Tendrá asintió.

—Me costó muchísimo conseguirles el permiso de descenso, y no me sorprendería nada que su visado de tránsito fuera cancelado. Sea lo que sea lo que está ocurriendo en el Sistema Corelliano, no cabe duda de que también está provocando problemas aquí.

—¿Qué está ocurriendo en el Sistema Corelliano? —preguntó Luke—. Tengo familiares allí en estos momentos.

—Por no mencionar que se supone que es nuestro siguiente destino —dijo Lando—. Se supone que he de ver a algunas personas en esa cumbre comercial.

Tendrá meneó la cabeza con expresión abatida.

—Nadie lo sabe con certeza —dijo—. Hay rumores volando en todas direcciones, y proclamaciones de este drall, aquel seloniano o esos humanos de más allá de que están a punto de tomar el poder, o expulsar a los opresores de sus cargos, o lo que sea. Parecen dedicar la mayor parte de su tiempo a llamarse mentirosos los unos a los otros.

—¿Y qué hay de aquí? —preguntó Lando—. Después de todo, esto es parte del Sector Corelliano. Seguramente todo eso tiene algún efecto directo sobre ustedes, ¿no?

Tendrá se encogió de hombros.

—Sí y no. Estamos gobernados por la Tríada, así que al gobierno le resulta un poquito difícil entretenerse jugando al juego de mi-especie-es-la-primera.

— ¿La Tríada? —preguntó Lando.

—Oh, lo siento... Ustedes no son de aquí, claro. ¿Cómo iban a saberlo? La Tríada es un consejo de tres miembros: un humano, un seloniano y un drall. Toman todas las decisiones importantes referentes a la política. Antes la Tríada no era mucho más que un portavoz del Diktat de Corona, pero Corona no se ha interesado mucho en nosotros durante los últimos años. Hemos tenido que aprender a cuidar de nosotros mismos, y actualmente la Tríada funciona de una manera casi totalmente independiente y hace lo que quiere.

—Y parece ser que lo que quiere en estos momentos es controlar la situación sin miramientos —dijo Lando, volviendo la mirada hacia la cristalera del restaurante.

Un pelotón de selonianos de aspecto bastante irritado vestidos con uniformes de la policía se aproximaba a través de la plaza, y venía en línea recta hacia el restaurante. Los selonianos eran generalmente considerados como una especie bastante hermosa, con sus largos y esbeltos cuerpos que estaba claro que eran el resultado de la evolución a partir de unos mamíferos nadadores ágiles y muy activos, y su lustroso pelaje corto. Pero aquellos selonianos no parecían tener mucho atractivo. Eran especímenes enormes y corpulentos con aspecto de matones, y tenían el pelaje no demasiado brillante ni cuidado y los cuerpos engordados por un exceso de comida y no hacer el suficiente ejercicio. Estaba claro que eran simplemente unos tipos duros a los que les encantaba buscar pelea, no unos atletas.

—No me gusta ninguna clase de policía —dijo Lando—, y especialmente menos los que parecen tan enfadados.

—Y además tengo el presentimiento de que nos están buscando —dijo Luke.

Tendrá meneó la cabeza.

—Me temía algo por el estilo —dijo—. Algún burócrata que ha estado haciendo horas extras acaba de decidir que ustedes dos son indeseables por alguna razón.

—Pero ¿cómo nos han encontrado? —preguntó Lando.

Tendrá enarcó una ceja.

—Seguir a la gente es una de las pocas industrias de Sacorria que continúan prosperando —dijo.

—Sólo disponemos de unos segundos, Lando —dijo Luke—.

Eres tú quien ha querido venir aquí y quien tiene un motivo para estar en este sitio. ¿Cómo quieres que nos enfrentemos a esta situación?

Lando volvió la mirada hacia Tendrá, y después giró la cabeza hacia la cristalera y los policías. No cabía duda de que venían en línea recta hacia el restaurante. Su primer instinto fue armar algún escándalo, crear una diversión, tratar de sobornarlos: cualquier cosa en vez de seguirles la corriente y dejar que se salieran con la suya. Pero un instante después cayó en la cuenta de que querría volver a aquel sitio, y lo más pronto posible. Sería mejor que respetaran la ley todo lo posible.

—Cooperaremos —dijo, de muy mala gana. Se volvió nuevamente hacia Tendrá y le sonrió—. Debo admitir que estaría más acorde con mi imagen que sacáramos nuestros desintegradores y destruyéramos la mitad del barrio en nuestro heroico intento de escapar, pero me parece que la dirección del restaurante tendría algo que objetar a eso.

—Me temo que sí —dijo Tendrá. Abrió un pequeño compartimento disimulado en el brazo de su asiento y tecleó una rápida secuencia de órdenes—. Ya está —explicó—. Acabo de invitarles a cenar. Bien, ¿qué me dirían de enfrentarnos a nuestros amigos uniformados fuera en vez de provocar una escena aquí dentro?

—Está claro que no tiene usted ningún talento para el melodrama —dijo Lando mientras se ponía en pie.

Tendrá le obsequió con una gran sonrisa mientras se levantaba de su asiento.

—Póngame a prueba en alguna otra ocasión —dijo—. Tal vez consiga hacer que cambie de parecer.

Luke también se levantó, y los tres salieron a la fresca y agradable noche de Sacorria.

El pelotón de policías selonianos fue inmediatamente hacia ellos, y no desperdició ni un solo instante en cortesías preliminares.

— ¿Calrissian? ¿Skywalker? —preguntó una seloniana, que era la que tenía la barriga más protuberante del grupo.

—Así es —dijo Lando—. ¿Qué podemos hacer por ustedes, agentes?

—Pueden largarse del planeta —dijo la agente de policía que estaba al mando, sonriéndoles de una manera muy desagradable y mostrando toda su extremadamente afilada dentadura—. Sus visados han sido cancelados. Disponen de seis horas para irse del planeta, y de dieciocho para salir del sistema. ¿Lo han entendido?

—Sí, desde luego —dijo Lando, haciendo un considerable esfuerzo para mantener un tono de voz afable y educado. Aquella era justo la clase de policías que más odiaba—. Lo hemos entendido, y de todas maneras ya estábamos a punto de irnos. Buenas noches, agentes —añadió.

—Tenga mucho cuidado con todas esas cortesías de tipo listo —dijo secamente la agente que estaba al mando del pelotón, y Lando pensó que cuando unas mandíbulas de ese tamaño se cerraban bruscamente, su chasquido recordaba bastante el de un cepo—. Vuelva a su nave, chico guapo, y llévase a su amigo con usted.

—Ya nos vamos —dijo Lando, sin poder mantener por más tiempo su tono educado y suave—. Respetaremos el plazo fijado.

—Asegúrese de hacerlo, chico guapo, o se pasará diez años golpeando una roca con otra en la prisión de Dorthus Tal. Tendremos policías vigilando para asegurarnos de que se van..., y ahora largo.

Los cuatro agentes dieron la espalda a los tres humanos y se fueron, claramente desilusionados porque no se había producido ninguna pelea.

Luke contempló cómo se iban, y después se volvió hacia Lando y Tendrá.

—Bien —dijo—, espero no causar ninguna molestia a nuestros amigos los policías si me voy en solitario, pero supongo que tienen los suficientes agentes de servicio para vigilarnos incluso si nos separamos. Ya no os queda mucho tiempo para poder pasarlo juntos, y no me necesitáis para que os vaya pisando los talones. Dama Tendrá..., Tendrá, ha sido un placer conocerla, pero creo que será mejor que me despida aquí y ahora.

Tendrá sonrió afablemente.

—Gracias, Luke —dijo—. Es muy generoso por su parte.

—Gracias, Luke —dijo también Lando—. Te debo una.

Luke sonrió.

—Te veré en la nave —dijo—. Buenas noches a los dos.

Se inclinó cortésmente ante Tendrá y se fue.

—Es un gran hombre —dijo Tendrá.

—Ésa es una forma bastante suave de expresarlo —dijo Lando—. ¿Quiere volver a mi nave dando un paseo conmigo..., sin prisas?

—Sin la más mínima prisa —replicó Tendrá—. Ha sido muy agradable conocerle y poder verle en carne y hueso, Lando. No quiero perder el contacto con usted.

—No hay ninguna razón por la que eso deba ocurrir —dijo Lando mientras empezaban a caminar—. Puedo seguir llamándola por la holored.

—Sí, al menos por el momento puede seguir haciéndolo —dijo Tendrá—. Pero se está hablando mucho de restringir el acceso a la parrilla de comunicaciones interestelares, quizá incluso de prohibirlo por completo. Quieren evitar que estemos en contacto con ideas extranjeras y no-corellianas, o algo por el estilo.

—Oh, eso tiene que dar un resultado magnífico en la práctica —dijo Lando—. Las ideas son algo muy difícil de controlar. Pero significaría que no tendríamos ninguna forma de seguir en contacto, suponiendo que no pueda conseguir otro visado durante algún tiempo. Supongo que la gente de aquí tiene grandes dificultades para poder viajar, ¿no?

Tendrá meneó la cabeza.

—Es casi imposible —dijo.

—No parece justo —dijo Lando—. Acabo de conocerla, y no quiero perder el contacto con usted.

—Ah, bueno, así es la vida —dijo Tendrá, con una sombra de resignación en su voz—. Supongo que tendrá que ir al siguiente sistema estelar y probar suerte allí.

—¿Qué es lo que quiere decir con eso del probar suerte? —preguntó Lando.

—Pues... tratar de encontrar una esposa rica, por supuesto —dijo Tendrá—. Ha venido aquí para eso, ¿verdad? ¿Objeto de su visita, el matrimonio?

—Debo admitir que estoy empezando a repensarme toda esa idea de casarme por dinero —dijo Lando—. Las cosas son mucho más complicadas de lo que me había imaginado.

—Bueno, pues por si le sirve de ayuda la verdad es que tampoco soy tan rica —dijo Tendrá—. Es mi padre quien tiene el dinero.

—Bueno, supongo que podría ser paciente.

—Ni siquiera es tan sencillo —dijo Tendrá—. Me temo que hay un par de problemas de los que no le he hablado.

—Oh, oh —dijo Lando. Se detuvo y se volvió hacia ella—. Aquí viene la parte fea.

—El primero no es tan grave. En este mundo a las mujeres no se les permite casarse sin el consentimiento de su padre, y no importa la edad que tengan. Es una ley bárbara, pero existe. Si mi padre no le aprueba, entonces pierdo mi herencia.

—¿Y eso no es tan grave? —preguntó Lando.

—Creo que usted le caería bien a papá —dijo Tendrá—. Yo podría acabar convenciéndole de que diera su consentimiento. —Volvió a sonreír—. Si decidiera que quiero casarme con usted, claro.

—Bien, pienso que debo darle las gracias por haber dicho eso. Pero ¿cuál es la parte mala? —preguntó Lando.

—Bueno, pues que usted anda buscando una esposa rica. No ha intentado adornarlo ni tratarme como si fuese una estúpida, así que supongo que será mejor que sea franca. Ya hace algún tiempo que ando buscando un esposo de otro mundo, alguien que pueda sacarme de este mundo y llevarme bien lejos de la Tríada y de todas las reglas y las normas. Casarse con un hombre de otro mundo era prácticamente la única forma de que una mujer pudiera obtener el permiso para marcharse. Puse anuncios aquí y allá, y así es como terminé figurando en la lista de datos que usted estaba utilizando.

Lando asintió.

—Sí, la verdad es que más o menos ya me lo había imaginado —dijo. Pero aun así le alegraba oírsele decir con tanta claridad y sin rodeos—. Bien, ¿y cuál es el problema?

—El problema es que aquí la xenofobia está empeorando a cada momento que pasa. No se están limitando a echar a patadas a todos los extranjeros del planeta. Ayer por la mañana la Tríada anunció que es ilegal casarse con alguien de otro mundo, y la nueva norma era efectiva al instante de dictarse.

—¿Qué?

—Tendría que habérselo contado enseguida —dijo Tendrá—, pero su nave ya había iniciado el procedimiento de descenso cuando oí las noticias.

Lando no sabía qué decir, y ni siquiera sabía por dónde empezar. No se trataba de que alguno de los dos estuviera locamente enamorado del otro. Todavía no. Era demasiado pronto para eso. Y después de sus aventuras con la bruja vital, Lando ya había comprendido que quería estar totalmente seguro de que conocía muy bien a su futura esposa antes de hacer nada irrevocable. Se repitió a sí mismo que no era amor..., todavía no. Podía llegar a serlo, si se le daba tiempo y una pequeña oportunidad.

Y entonces Lando comprendió que no quería probar suerte en el siguiente sistema estelar y ver qué mujeres ricas había en oferta allí. No. Había encontrado a alguien en Sacorria, aquella misma noche, alguien que tal vez pudiera ser la mujer ideal para él. Era rica, sí, y eso siempre era una ventaja añadida. Lando incluso fue lo suficientemente honrado consigo mismo para llegar a preguntarse qué estaría pensando si Tendrá acabase de decirle que era pobre, Pero la riqueza y la pobreza no lo eran todo, de la misma manera que el hecho de que él fuese de otro planeta tampoco lo era todo para ella. Podían hablar el uno con el otro. Se comprendían el uno al otro, y lo hacían de una forma que era totalmente nueva para Lando. Tendrá era una persona con la que siempre tendría que ser sincero, y Lando lo sabía de una manera instintiva. Aquello no era amor, por supuesto..., pero era algo que nunca había sentido antes, y no iba a permitir que se marchitara y salir corriendo sólo porque algún burócrata estúpido había decidido inventar unas cuantas reglas nuevas.

Y entonces tuvo una idea de repente.

—Oye, se me acaba de ocurrir algo —dijo—. Podría ser una forma de salvar el obstáculo si llegan a cerrar la red de holocomunicaciones. Sería un poco incómodo y no tan eficaz, pero... sería una manera.

—¿De qué se trata? —preguntó Tendrá.

—Es un viejo truco que aprendí durante mis tiempos de contrabandista.

—¿Contrabandista? —preguntó Tendrá.

—Ésa es otra historia, y me la guardaré para más adelante —dijo Lando—. Pero hay un sistema de comunicaciones muy viejo que no utiliza el hiperespacio para nada. Emplea la modulación de la radiación electromagnética de baja frecuencia, en la banda radiofónica del espectro. Lo llaman radiónica. Está limitado por la velocidad de la luz y también tiene un alcance limitado, a menos que lo concentres y lo enfoques o que utilices un montón de energía. Pero nadie lo utiliza, así que los policías y las patrullas fronterizas nunca se toman la molestia de mantenerse a la escucha. Tengo un juego de emisores y receptores guardado en la bodega del *Dama Suerte*.

—Pero yendo a la velocidad de la luz, si estuvieras en otro sistema estelar un mensaje tardaría años en llegar hasta ti de esa manera..., suponiendo que llegara hasta ti.

— ¿Y quién dice que voy a estar en otro sistema estelar? —replicó Lando—. He de ir a la cumbre comercial. Se lo prometí a ciertas personas. Pero después volveré a este sistema, y lo haré muy discretamente y con muchísima cautela, de la manera en que sólo sabe hacerlo un antiguo contrabandista. —Lando titubeó durante un momento, esperando que la inspiración le ayudara..., y entonces vio su respuesta en el cielo—. Y me colocaré allí mismo —añadió, señalando un grueso creciente lunar suspendido en el cielo.

— ¿En nuestra luna? —preguntó Tendrá—. ¿En Sarcófagus? No es más que un enorme cementerio. Nadie va nunca allí, salvo para enterrar a sus parientes.

—Entonces nadie me buscará nunca allí. Pero tú sacarás tu radio de donde la tengas escondida y apuntarás la antena hacia Sarcófagus, y yo estaré sentadito allí, esperando recibir el mensaje. Tendremos tiempo para dar con alguna forma de volver a vernos. Ya se nos ocurrirá alguna manera de que yo pueda regresar al planeta, o algo por el estilo.

—Parece una locura —dijo Tendrá—, pero no puedo ver nada malo en la idea.

—Oh, yo sí puedo —dijo Lando—. Hay montones de cosas que podrían salir mal. Pero permitir que te fueras de mi vida sin tratar de conocerte estaría todavía peor.

Tendrá se echó a reír y sonrió, y le rodeó con los brazos.

Y, por una vez, cada una de las palabras de su elaborado cumplido eran sinceras y habían surgido de lo más profundo del corazón de Lando Calrissian.

17

Las noticias viajan despacio

—¿Qué pasaría si celebraran una cumbre comercial y no viniera nadie? —murmuró Han.

No era una descripción totalmente exacta de lo que estaba ocurriendo, desde luego, pero Han había visto unas cuantas hileras de recepción bastante más largas. Llevaba sus mejores ropas y estaba en el grupo de recepción con Leia, el Gobernador General Micamberlecto y unos cuantos peces gordos locales. Estaba claro que la delicada situación política había asustado lo suficiente a muchos de los delegados que eran esperados en las conversaciones como para que no vinieran, y Han estaba dispuesto a apostar a que algunos de los supuestos delegados presentes en realidad eran agentes de la INR. Las delegaciones comerciales ofrecían una cobertura sencillamente demasiado buena para pasarla por alto.

—Cállate, Han —dijo Leia, manteniendo la sonrisa en sus labios y haciendo que pareciese cálida y sincera mientras reñía a su esposo en un susurro. Han tuvo que admitir que Leia estaba impresionante con el traje azul claro que había elegido, que le dejaba los hombros al descubierto. El modelo realzaba de una forma maravillosa su piel, sus ojos y su cabellera—. Todas estas personas han corrido grandes riesgos viniendo aquí para la reunión —siguió diciendo sin dejar de sonreír—. Esta cumbre es importante para ellas..., y para tu planeta, en el caso de que lo hayas olvidado. Así que pórtate bien y haz que todo el mundo se sienta a gusto y como si estuviera en su casa.

—En su casa, ¿eh? —replicó Han—. Como si vivieran en una fiesta perpetua. Ésa sí que es mi idea de una tortura interminable. Hola, ¿cómo está? —le dijo a la siguiente delegada, interrumpiéndose para saludar a una selonianiana de aspecto bastante majestuoso que era sus buenos seis o siete centímetros más alta que él.

—Estupendamente, capitán Solo. Es un placer conocerle.

—Yo también estoy encantado de conocerla. —replicó Han. Después esperó unos momentos hasta que la delegada estuvo lo bastante lejos para no poder oírle y añadió—: Seas quien seas. Eh, ¿por qué no vas directamente al bar? La bebida es gratis. Ajá, ya va hacia allí... Hola, hola —le dijo al mon calamariano de ojos saltones que acababa de materializarse delante de él, y aceptó la mano-aleta que le ofrecía—. Bienvenido a nuestra pequeña fiesta.

El mon calamariano asintió, gorgoteó algo en un dialecto que Han no pudo entender y le asestó una entusiástica palmada en la espalda que estuvo a punto de hacerle doblarse sobre sí mismo. Cuando se hubo recuperado, el mon calamariano ya había desaparecido.

—Otro gran momento en los anales de la comunicación —dijo Han—. ¿Quiénes son todas estas personas?

—Son comerciantes, como sabes muy bien —replicó Leia—. Hola, me alegra muchísimo que haya podido venir —le dijo a la siguiente persona de la fila.

—Es un gran y profundo honor poder conocerles a los dos —dijo el drall.

Después se inclinó en una reverencia tan pronunciada que faltó poco para que perdiese el equilibrio y cayera. Al parecer unos cuantos delegados no habían esperado a pasar por la fila de recepción antes de dirigirse al bar.

—No abuses de mí —dijo Han después de haber ayudado al drall a recuperar el equilibrio y haberle hecho seguir su camino—. Me siento sencillamente incapaz de seguir manteniendo esta sonrisa fija en mis labios durante mucho más tiempo.

—Bueno, ¿qué te parecería fingir que estás totalmente asombrado en vez de sonreír? —preguntó Leia—. ¿Crees que podrías conseguirlo?

—Supongo que sí —dijo Han.

—Pues entonces mira quién está ocupando el cuarto lugar en la cola.

Han alzó la vista y quedó lo suficientemente asombrado para ser incapaz de hacer ningún comentario burlón o despectivo acerca de los tres delegados siguientes. De hecho, ni siquiera fue consciente de haber hablado con ellos. Mará. Mará Jade. Ex Mano del Emperador. Ex contrabandista. La mujer que había jurado matar a Luke, y que luego había cambiado tan profunda como repentinamente. Allí estaba, con un traje largo de color negro que parecía hacerla todavía más alta, todavía más esbelta... y todavía más amenazadora. Los años habían sido buenos con ella. Mará no había perdido ni una partícula de su aplomo o de su belleza, y parecía tan peligrosa como siempre. Han y su familia estaban en mejores términos con ella últimamente, pero había algo en la mirada de Mará aquella noche que hizo sonar timbres de alarma dentro del cerebro de Han. Sería mejor que se anduvieran con mucho cuidado mientras ella estuviera presente.

—Buenas noches, capitana Jade —dijo Leia, ofreciéndole la mano.

Mará la aceptó con una pequeña inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señora jefe de Estado. Buenas noches, capitán Solo. Tengo un mensaje para usted. —Mará dirigió su atención hacia Leia—. En realidad, es un mensaje para los dos y para el Gobernador General.

— ¿Un mensaje? —preguntó Leia.

—Un cubo de mensajes, para ser más exactos —dijo Mará—. No he podido abrirlo..., y no me importa admitir que lo he intentado. Me permito sugerirles que ustedes y el Gobernador General busquen una sala tranquila y libre del peligro de indiscreciones donde todos podamos reunirnos inmediatamente.

Leia pensó a toda velocidad durante unos momentos.

—Mis habitaciones —dijo—, en el piso número quince. Cada día se lleva a cabo un barrido para detectar la presencia de sensores y aparatos de escucha. Reúnase con nosotros allí dentro de veinte minutos. Han, dale un pase de pulgar para el turboascensor.

— ¿Eh? Oh, sí, claro —dijo Han.

El turboascensor estaba funcionando en la modalidad de alta seguridad. Tenías que introducir una tarjeta de pase en una ranura y mantener tu pulgar encima de un lector de huellas antes de que te permitiera entrar. Podías proporcionar acceso a los invitados dándoles una tarjeta de pase que leía la huella de su pulgar y la registraba. Leia habría llevado unas cuantas encima, pero su traje azul no tenía ningún bolsillo. Han sacó de su bolsillo un pase de pulgar para invitados, un pequeño rectángulo de plástico blanco. Lo presionó sobre una de las dos zonas de lectura, y la segunda zona se iluminó.

—Ejerza presión con el pulgar derecho —le dijo a Mará, y ella así lo hizo. El resplandor desapareció de la segunda zona de lectura. Han le entregó el pase—. Esto le permitirá entrar y salir del ascensor, y entrar en nuestras habitaciones —dijo—. Espérenos allí. Subiremos en cuanto hayamos acabado con la fila de recepción.

Mará Jade aceptó el pase, y sus labios se curvaron en una gélida sonrisa dirigida a Han.

—Allí estaré —dijo mientras empezaba a alejarse—. Y no se preocupe, no robaré la plata.

—Quizá no —le murmuró Han a Leia—, pero recuérdame que luego cuente las cucharillas de todas maneras.

En teoría los tres niños estaban profundamente dormidos. En la práctica, por supuesto, el hecho de que todos los adultos estuvieran en el piso de abajo significaba que era su gran oportunidad de quedarse levantados hasta más tarde de lo habitual. Sin embargo, amargas experiencias les habían enseñado la lección de que era más seguro permanecer dentro de su dormitorio, con la puerta cerrada y las luces bajas. Los adultos tenían la fea costumbre de regresar cuando no te los esperabas.

Aun así, ninguno de ellos estaba totalmente preparado para oír el chasquido de la cerradura o el sonido de la puerta al abrirse. Los tres abandonaron inmediatamente el tablero de su juego de aventuras heroicas y se lanzaron debajo de las sábanas. Jacen no se dio cuenta de que se habían dejado una luz encendida hasta que ya estaba en la cama, con los ojos cerrados y fingiendo estar dormido con todo el entusiasmo de que era capaz a la hora de fingir. Una sola mirada a esa luz, y mamá y papá sabrían de inmediato que habían estado levantados después de la hora de acostarse. Jacen jugueteó con la idea de usar la Fuerza, pero sabía que no poseía un control lo suficientemente delicado de sus capacidades. Tendría tantas probabilidades de hacer añicos la lámpara como de apagarla correctamente. Decidió correr el riesgo. Salió de la cama, atravesó la habitación hasta llegar a la lámpara y la apagó. Se disponía a volver a zambullirse en su cama cuando se dio cuenta de algo. Aguzó el oído para asegurarse de que no había cometido un error, y después fue de puntillas hasta la cama de Jaina.

—Pssst, Jaina —susurró.

—¡Silencio! —siseó Jaina—. ¿Quieres que nos pillen?

—¡Escucha! —dijo Jacen—. No son mamá y papá. No es más que una persona que va de un lado a otro, y no son las pisadas de mamá o papá. Hay alguien en el apartamento.

Jaina se irguió en la cama y escuchó.

—Tienes razón —dijo—. Vamos.

Jaina ya estaba fuera de la cama y había cruzado el umbral casi antes de acabar de hablar. Jacen quiso preguntarle qué creía estar haciendo, o qué esperaba ser capaz de hacer contra un ladrón que había podido superar todos los sistemas de seguridad de la Casa de Corona, pero ya era demasiado tarde. Sabía que tendría que seguirla. De lo contrario, tendría que pasar el resto de su vida oyendo repetir una y otra vez lo cobarde que era. Jacen fue detrás de su hermana, salió al pasillo y no se sorprendió en lo más mínimo al ver que Anakin saltaba de la cama y empezaba a seguirle.

La familia había sido alojada en un apartamento de dos niveles, con los dormitorios en el piso de arriba y la sala de estar y el comedor en el de abajo.

El techo de la sala de estar llegaba hasta la misma altura que el techo del piso de arriba, como si alguien hubiera cogido todas las habitaciones que deberían haber estado encima de la sala de estar y las hubiera convertido en un espacio de techo extra. La escalera que llevaba al piso de abajo subía a lo largo de la pared oeste de aquella sala de techo tan alto, y terminaba en un rellano que se extendía a lo largo de toda la pared norte. El rellano contaba con una barandilla para evitar que la gente se cayera a la sala de estar que había debajo. Una entrada en el extremo del rellano opuesto a la escalera llevaba a un estrecho pasillo, donde estaban las puertas de los dormitorios. Después de haberse trasladado al apartamento, los niños necesitaron aproximadamente dieciocho

segundos para comprender hasta qué punto el rellano era un sitio magnífico desde el que espiar la entrada. Podías quedarte inmóvil entre las sombras, y ver prácticamente todo lo que ocurría en la sala de estar.

Los tres niños se acurrucaron entre las sombras y bajaron la vista hacia la sala de estar, y lo que vieron no se parecía mucho a un robo. Para empezar, los ladrones rara vez encendían las luces.

Una señora alta y guapa de cabellos dorado-rojizos que llevaba un largo traje negro iba y venía de un lado a otro de la sala. Parecía preocupada, y no paraba de mirar hacia la puerta. Resultaba obvio que aquella señora estaba esperando a alguien, y ese alguien tenían que ser mamá y papá.

Jacen reflexionó durante un momento y después agarró la manga de Jaina y tiró de ella mientras movía la otra mano para indicar a Jaina y Anakin que le siguieran de vuelta al dormitorio. Jacen cerró la puerta en cuanto los tres volvieron a estar dentro del dormitorio, pero no dejó que se cerrara del todo por miedo a hacer ruido.

—Escuchad —dijo, hablando en el susurro más débil de que era capaz—. Está ocurriendo algo. Tiene que ser eso. Esa señora ha venido aquí para hablar con mamá y papá. En cuanto vuelvan, lo primero que harán será venir a echarnos un vistazo para asegurarse de que estamos dormidos y de que pueden hablar.

—He reconocido a esa señora —dijo Jaina—. Es Mará Jade.

Jacen abrió mucho los ojos. Jaina tenía razón. ¿Cómo se le podía haber pasado por alto?

Pero Jaina seguía hablando.

—Hemos de estar en la cama, y cuando vuelvan papá y mamá tendremos que fingir que estamos durmiendo mejor de lo que lo hayamos hecho nunca hasta ahora. Después de que hayan venido a echarnos un vistazo podremos volver al rellano sin que nos oigan.

Anakin y Jacen asintieron, y los dos se apresuraron a volver a sus camas y a taparse.

Aquello iba a ser muy interesante.

Leia se hizo a un lado para permitir que Han y Micamberlecto entraran en el apartamento y después los siguió y cerró la puerta detrás de ella.

—Sólo será un momento —dijo—. Quiero ir a ver qué tal están los niños.

Fue hasta la escalera y subió rápidamente a la habitación de los niños. Abrió la puerta y contempló los tres cuerpecitos que respiraban suavemente. El brazo de Anakin había vuelto a salirse de la cama. Leia se arrodilló junto a su cama, le metió el brazo debajo de la sábana y le dio un beso en la frente. Anakin emitió un murmullo ininteligible y se dio la vuelta hasta quedar de lado. Leia miró a los gemelos. Estaba claro que los tres se encontraban perfectamente. Satisfecha, giró sobre sus talones y salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de ella para volver al piso de abajo.

—Los tres están dormidos —anunció—. Bueno, Mará, ¿cuál es el mensaje?

Mará había traído consigo una pequeña bolsa de viaje y la abrió. Después miró a su alrededor y señaló el otro extremo de la habitación.

—Allí, en los sofás —dijo.

La habitación había sido concebida para acoger pequeñas reuniones informales. En el centro de la sala había tres sofás dispuestos formando una U y encarados hacia una mesita que les servía como centro. El extremo abierto de la U daba a la pared sur, por lo que cualquier persona sentada en el sofá central estaría dando la espalda al rellano del piso de arriba..., y cualquier persona que estuviera de pie en el lado sur de la habitación sería claramente visible para todas las personas

que hubiese en la habitación. La pared sur contenía una pantalla plana. En aquellos instantes mostraba una reproducción de algún cuadro que describía un emocionante momento épico de la historia corelliana, pero la pantalla podía ser ajustada para que mostrase prácticamente cualquier imagen de dos o tres dimensiones.

Han, Leia y el Gobernador General encontraron sitios en los sofás, y Mará sacó el cubo de mensajes de su bolsa de viaje y lo colocó encima de la mesita. Después se quedó inmóvil delante del extremo abierto de la U, y movió la mano en un barrido que abarcó a las tres personas que la contemplaban.

—Aquí está —dijo.

Ninguno de los tres se movió para examinarlo. Todos sabían que podía haber sido preparado para que se activara bajo el contacto de sus huellas dactilares, su química corporal o lo que fuese. Los tres se inclinaron sobre el cubo y lo observaron atentamente.

—¿Hay alguna clase de marca en el fondo? —preguntó Han.

—Puedo asegurarles que he examinado ese artefacto por arriba, por abajo y por los lados —replicó Mará—. No hay nada en el fondo. Las únicas marcas son las que están viendo en la parte de arriba.

—Que son sospechosamente parecidas a un código imperial que yo solía descifrar de vez en cuando por razones muy provechosas —dijo Han—. «Para ser abierto en presencia de Leia Organa Solo —leyó—, que se hace llamar jefe de Estado de la denominada Nueva República, Han Solo y el Gobernador General de facto del Sector Corelliano, Código Bribón Ángel Siete.»—. Bueno, está claro que no van a obtener una puntuación muy alta en la asignatura de educación y cortesía, de eso no cabe duda. ¿Qué es todo esto del Bribón Ángel Siete?

—Oh, no es nada muy importante —dijo Leia—. No es más que la frase clave de mi código diplomático particular. Alguien quiere que sepamos que pueden leer mi correo.

Micamberlecto dejó escapar un suave silbido, un sonido que parecía totalmente incongruente procediendo de él. Después descruzó sus largas piernas multiarticuladas y se inclinó encima del cubo para poder verlo mejor.

—Alguien sabe, sabe mucho sobre nosotros —dijo.

—Lo que no entiendo es el por qué esas personas, sean quienes sean, me han utilizado como correo —dijo Mará—. Tendrían que saber que mis relaciones con ustedes nunca han sido muy cálidas.

—Yo puedo responder a esa pregunta —dijo Leia—. Fue su segunda elección, a falta de poder emplear la primera. Luke..., Luke tenía que haber sido el correo que trajera este mensaje. —Señaló el cubo, que seguía evitando tocar, e indicó las letras que sobresalían por debajo de la etiqueta—. No sé leerlo, pero eso parece la forma escrita del jawa.

—¿El jawa? —preguntó Mará.

—El lenguaje de una raza de Tatooine, el mundo natal de Luke. Él puede leerlo con bastante facilidad, pero la inmensa mayoría de las personas no podrían sacar nada en claro de ese mensaje sin una gran cantidad de esfuerzo previo..., de la misma manera que usted ha podido leer el código imperial. Apostaría a que es el mismo mensaje que el del código, y que ha sido concebido de esa manera para los ojos de Luke.

—¿Y entonces por qué no lo ha traído Luke?

Leia se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo.

—Yo sí —dijo Han—. Acuérdate de que tenía que ir a ver a Lando para discutir algún negocio justo antes de que nos fuéramos. Lando me contó que planeaba ir de viaje antes de presentarse en la cumbre comercial. Supongo que Luke decidió ir con él, tal vez por un impulso repentino.

—Y la consecuencia es que no estaba allí para recibir el cubo de mensajes —dijo Mará—. Cuando no pudieron encontrarle, improvisaron un plan de emergencia y vinieron en mi busca. Tiene sentido.

—Bueno, y ahora que todos nos sentimos mucho mejor acerca de eso, ¿qué os parecería si leyéramos el mensaje? —sugirió Han.

—Muy bien —dijo Leia—. Han, ¿quieres poner en marcha el registro de imagen y sonido? Quiero tener una grabación de esto, por si se trata de una de esas unidades que sólo emiten el mensaje una vez.

Han abrió un pequeño panel en una esquina de la mesa y pulsó un botón.

—Todo listo —dijo después.

—Pues entonces allá vamos —dijo Leia. Alargó cautelosamente una mano y cogió el cubo, que dejó escapar un suave zumbido nada más ser tocado. Después se oyó un chasquido, y la tapa del cubo subió un par de milímetros—. Sí, estaba sintonizado con mis huellas dactilares —dijo Leia. Levantó la tapa y miró dentro—. Bueno, esto es un poquito anticlimático. Pensaba que iba a haber una imagen holográfica surgiendo de la parte superior, pero sólo hay un chip de datos. — Leia extrajo el pequeño chip negro del cubo—. Han, ¿los controles del lector también están ahí?

—Sí —dijo Han, y tomó el chip de entre sus dedos y lo examinó—. Bueno, está claro que no es una unidad de un solo uso. Podemos hacerle repetir el mensaje todas las veces que queramos.

Han dejó caer el chip dentro de la ranura del lector instalado en el tablero de la mesa. La pantalla dejó de ser repentinamente una heroica escena corelliana y se ennegreció. Mará se apartó de la trayectoria del haz de proyección.

— ¿Todo el mundo preparado?

Hubo un murmullo general de asentimiento, y Han presionó el botón de avance.

Una masa de números apareció sin ningún preámbulo y llenó la pantalla. Una voz de hombre empezó a hablar en básico con un fuerte acento corelliano.

—Ésta será su única notificación anterior a los acontecimientos —dijo—. No informen a nadie de este mensaje y aguarden instrucciones a fin de evitar la necesidad de nuevas acciones. Estaremos vigilando todas las comunicaciones. No intenten pedir ayuda. Cualquier violación de las instrucciones dará como resultado una aceleración de la puesta en práctica del plan.

Los números siguieron en la pantalla, pero la voz no dijo nada más. Han frunció el ceño.

—Esa voz sonaba casi igual a la mía —dijo—. ¿Por qué iban a querer simular mi voz?

—Si quisieron hacerlo, no hicieron un trabajo demasiado bueno —dijo Mará—. Se acerca bastante a su voz, pero no es exactamente usted.

— ¿Qué son esos números? —preguntó Leia, alzando la mirada hacia la pantalla—. ¿Se trata de otro código? ¿Qué se supone que han de decirnos?

—Los de la derecha son coordenadas estelares estáticas —explicó Han—. Y con tres decimales extra... La Armada Imperial solía hacerlo, pero las únicas personas que tienen archivadas esas coordenadas con tanta precisión están en la Armada de la Nueva República. Quienquiera que haya escrito esto sacó sus informaciones de los bancos de datos secretos de la flota. Debe de haberse introducido en un ordenador o haber utilizado el viejo truco del soborno, o

si no..., bueno, si no, esto significa que la oposición tiene amigos en sitios muy altos. Y además son datos recientes.

Las estrellas estaban en continuo movimiento, ya que orbitaban el núcleo de la galaxia. La consecuencia de ello era que no sólo era necesario consignar dónde estaba un objeto en el espacio, sino también cuándo había estado allí.

Han examinó los números con más atención.

—Si lo he entendido bien —dijo—, todos son puntos en una esfera trazada alrededor del sistema estelar de Corellia..., y el último conjunto de coordenadas es para la estrella de Corellia. Las reconozco porque programé nuestro ordenador de navegación cuando vinimos. Supongo que los otros conjuntos de coordenadas también indican posiciones estelares.

—Los números de la izquierda son notaciones temporales en formato astronómico —dijo Mará—. No están en notación astrogatoria, sino en el formato de tiempo que utilizan los astrónomos. Esas notaciones temporales también son extremadamente precisas. La primera es de hace unos dieciséis días estándar. Todas las demás corresponden al futuro.

—En otras palabras —dijo Han—, que algo va a ocurrir en esos sitios en esos momentos, a menos que hagamos lo que sea que ese tipo que habla con una voz tan parecida a la mía nos dirá que hagamos en el próximo mensaje.

— ¡Cielos en llamas! —exclamó Micamberlecto mientras se erguía cuan alto era—. Cielos en llamas, en llamas... Hace tres días una sonda robot surgió del cielo y activó una señal de baliza de las FDC. Las FDC captaron la transmisión, y encontraron un mensaje para mí. Era una imagen de una explosión estelar, con coordenadas de espacio y tiempo. No había nada más. La fecha correspondía a hace dieciséis días.

Han se encogió de hombros.

—Bueno, así que alguien grabó imágenes de una estrella que estallaba. ¿Y qué? ¿Cuándo recibió este mensaje, Mará?

—Hace catorce días —dijo Mará—. Después de que la estrella estallara.

—Pero se suponía que el mensaje debía ser recibido por Luke —dijo Leia—. Teniendo en cuenta el tiempo que necesitaron para descubrir que no estaba allí, y para encontrar a Mará y hacer que el cubo llegara a sus manos... Sí, podría haber llegado a manos de Luke antes de que la estrella estallara.

—A menos que se trate de un súper fraude —dijo Han—. La clase de timo que Lando podría haber llevado a cabo en los viejos tiempos... Supongamos que alguien detectó la explosión y que falsificó el cubo de mensajes para que pareciese que iba destinado a Luke, y que el cubo sencillamente hubiera llegado demasiado tarde. Si fueran realmente listos, podrían crear la impresión de que habían hecho estallar la estrella.

—Pero mis científicos me han dicho que la estrella de la imagen era de un tipo que no podía sufrir una explosión supernova —intervino Micamberlecto—. No sabían cómo explicarlo. Querían enviar inmediatamente una nave para que echara un vistazo. Les dije que no podíamos permitirnos gastar el dinero que costaría esa misión y...

—Pero ahora más valdrá que se lo gasten —dijo Mará—. Han Solo tiene razón. Podría ser un timo extremadamente inteligente..., y también podría ser que a alguien se le dé mejor hacer estallar estrellas que enviar mensajes. Me parece que no puedan permitirse el lujo de dar por sentado que es un truco.

—No, no podemos hacerlo —asintió Han, que estaba tecleando coordenadas estelares en un cuaderno de datos—. La primera estrella de esa lista corresponde a un sistema deshabitado. Todas

las demás tienen planetas habitados. Parece como si estuvieran relacionados en orden de población. La segunda estrella sólo tiene un pequeño puesto avanzado, pero la siguiente de la lista... —Han examinó sus cifras y meneó la cabeza—. Un planeta habitado, con ocho millones de habitantes según el último censo. Y, como ya he dicho, la última estrella de la lista es Corell.

—«Hagan lo que decimos —murmuró Leia—. Hagan lo que decimos o mataremos a todo el mundo.»

Y al fondo de la habitación, al final de la escalera, tres niños asustados ocultos entre las sombras de la entrada la escuchaban horrorizados.

En un bunker secreto a gran profundidad debajo de la ciudad de Corona, el Líder Oculto de la Liga Humana leía los últimos informes con impasible tranquilidad. Sus subordinados tal vez habrían esperado que mostrara alguna señal de júbilo al ver que el momento por fin había llegado y que la última pieza del rompecabezas por fin estaba en su sitio. Pero por eso era el Líder, y por eso ellos eran subordinados. Que revelaran cada una de sus emociones y reacciones. El Líder Oculto escondería sus emociones al igual que también escondía su identidad.

Pero a pesar de todo eso, el momento había llegado. Todo estaba preparado. Todo aquello por lo que había trabajado, conspirado y hecho planes estaba donde debía estar. Sí, el momento había llegado.

El Líder Oculto dejó caer los informes sobre su escritorio y se recostó en su sillón.

—Que empiece —dijo.

18

Levantamiento

— ¡Han! ¡Han! Despierta y ven a la ventana.

Leia le estaba sacudiendo sin ninguna clase de miramientos.

Han se sentó en la cama y se levantó, todavía bastante aturdido.

— ¿Qué pasa?

Echó un vistazo al reloj de la pared y confirmó su sospecha de que no había podido dormir mucho. La noche había sido realmente interminable, y se había consumido tratando de averiguar las implicaciones de la amenaza contenida en el mensaje y de dar con alguna respuesta, algún plan de acción..., y no habían logrado obtener ningún resultado concreto.

— ¡Mira por la ventana! —dijo Leia—. Allí, hacia el sur.

Han fue hasta la ventana, miró..., y masculló una maldición ahogada.

—Demonios en el espacio —dijo—. Ha empezado. Ha empezado.

Una gruesa columna de humo negro brotaba de la ciudad a unos tres kilómetros de distancia. Han abrió la ventana y oyó, lejanos pero inconfundibles, los sonidos de sirenas, gritos y disparos de desintegrador.

— ¿Qué ha empezado? —preguntó Leia.

—Eso que está ardiendo es el Enclave Seloniano —dijo Han, y su voz estaba llena de cansancio y amargura—. Algo ha iniciado el incendio..., y ahora se extenderá a partir de allí.

Hubo un sordo retumbar en la lejanía, y un segundo o dos después un ligero temblor que envió un estremecimiento casi imperceptible a lo largo y ancho de la ventana.

—Una granada expansiva de dispersión amplia, a unos tres kilómetros de distancia —dijo Han—. Probablemente justo en el centro de todo eso. —Mientras miraban por la ventana otra columna de humo empezó a subir perezosamente por el aire, seguida por otra y otra más—. Esto no es una coincidencia —dijo Han—. No puede serlo. Hay gente vigilando. En cuanto supieron que Mará nos había traído el mensaje, pusieron en marcha todo el jaleo. Tiene que ser eso.

—Vamos, Han —dijo Leia—. Tenemos que hablar con el Gobernador General.

— ¿Y qué hay de los chicos? —preguntó Han.

—Chewbacca está con ellos, al igual que Ebrihim y Q9. No les pasará nada. ¡Vamos!

Micamberlecto estaba en su despacho, desde donde habían presenciado el desfile con antorchas. Cuando llegaron allí, volvía a haber llamas visibles desde la ventana, pero esta vez lo que ardía era el Enclave Seloniano. La noche del desfile el despacho había estado oscuro y silencioso, pero en aquel momento era el centro brillantemente iluminado de un manicomio, con ayudantes entrando y saliendo a toda prisa, secretarios gritando por los teléfonos y dos hombres con uniforme de la armada instalando un mapa a gran escala de la ciudad. Y, cosa que no sorprendió nada a Han, varios de los supuestos delegados comerciales de la noche anterior estaban en el centro de toda aquella confusión y echaban una mano con el sistema de comunicaciones. Bueno, los agentes de la INR ya no tenían ningún motivo para seguir manteniendo sus historias de cobertura.

—Está por todas partes, por todas partes —les dijo el Gobernador General cuando Han y Leia entraron en el despacho—. No sólo aquí en Corona, sino por todo el planeta. Los otros planetas también.

—¿Dónde y cuándo empezó? —preguntó Han.

—Parece ser que el primer incidente tuvo lugar en el barrio seloniano de Bela Vistal hace unas ocho horas. Alguien le dio un puñetazo a alguien, y eso lo inició todo, todo. Pero desde entonces se ha extendido por todas partes. Dralls atacando a selonianos, dralls y selonianos atacando a humanos, y humanos atacando, atacando por todas partes. Aquí, en Drall y Selonía, y estamos recibiendo los primeros informes de disturbios en Traius y Talus.

—Tienes razón, Han —dijo Leia—. Todo está demasiado bien cronometrado, todo encaja de una manera demasiado perfecta. Alguien había preparado todo esto, y envió el código de activación en cuanto hablamos con Mará.

—Sí, sí —dijo Micamberlecto—. Ésa también es mi conclusión.

—¿Qué hay de las FDC? —preguntó Han.

Ayer había decidido que confiaba en ellas. Pero hoy ya no se podía estar seguro de nada.

—Casi todas las fuerzas de superficie siguen con nosotros, con nosotros, y son leales a la República. Pero no he podido contactar con nadie que ocupe un puesto de autoridad en el servicio espacial.

—Y fue la rama espacial de las FDC la que organizó aquel falso ataque contra nosotros —dijo Han—. Olvídense de ella como un recurso con el que pueda contar, gobernador. Ya no es suya. Nunca lo fue.

Un panel de comunicaciones se iluminó en el escritorio del gobernador, y Micamberlecto pulsó el botón de respuesta.

—Aquí el gobernador —dijo.

—Aquí el capitán Boulton, señor, de los contingentes de superficie de las FDC.

«Los contingentes de superficie—pensó Han—. La facción lealista...» Al parecer las FDC ya habían encontrado nombres para los dos bandos.

—Mi unidad estaba intentando llegar a los cuarteles de las FDC en el recinto de la armada para recoger nuestro equipo antidisturbios —siguió diciendo Boulton—. El servicio espacial ha cerrado nuestra base y ha tomado el control de las instalaciones. Estoy casi seguro de que vi personal con uniforme de la Nueva República ayudándoles.

—¿La armada? —preguntó Leia—. ¿La armada se ha pasado al otro bando?

—No —dijo Han—. Sólo la base-astillero, aunque eso ya es bastante malo. No te olvides de que yo estuve en la Armada Imperial. Hay montones de ex militares imperiales alistados en la flota de la República aquí en Corellia. Ahora sabemos por qué. —Han se volvió hacia el Gobernador General—. ¿Qué hay del espaciopuerto civil? —preguntó.

Micamberlecto meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Resulta muy difícil conseguir información. Estamos demasiado escasos de personal... Todos están aquí, trabajando, y todos son leales y de confianza, pero la mitad de los sistemas de comunicación no funcionan. No podemos hacer nada, nada más que observar.

Han miró al Gobernador General y comprendió que Micamberlecto tenía razón.

Lo único que podía hacer era ir hasta la ventana y ver arder su planeta.

Unas horas después ya habían recibido la información suficiente para que fuese posible formarse una imagen más clara de toda aquella confusa situación. No tardó en resultar obvio que los rebeldes humanos, la Liga Humana, habían estado esperando la señal para iniciar los disturbios. Pero sus enemigos dralls y selonianos estaban preparados y esperándoles, lo cual parecía haber sido toda una sorpresa para los liguistas.

En la ciudad de Corona, parecía que de momento los Enclaves de Selonía y Drall habían logrado rechazar los ataques de la Liga, aunque por los pelos. No había información clara de Bela Vistal ni de cualquiera de las otras grandes ciudades de Corellia.

Hasta el momento sólo contaban con informes dispersos sobre los combates en Drall y Selonía, pero no se disponía de información realmente fiable.

La situación en los Mundos Dobles era más complicada. En Talus, una fuerza mixta de dralls y humanos parecía estar enfrentándose a un salvaje ataque seloniano, eso suponiendo que se pudiera confiar en las transmisiones. Una coalición drall/humana estaba resistiendo en la Estación Centralia. Pero en Tralus, los selonianos y los dralls estaban haciendo causa común contra los humanos.

En resumen, los tres bandos —humanos, selonianos y dralls— estaban ocupadísimos tratando de hacerse con todo el territorio posible, junto con todas las naves y equipo a los que pudieran echar mano.

Era el caos.

Chewbacca rugió su frustración y abrió otro agujero en la pared con el puño. Después cogió una lámpara y la arrojó contra el agujero, y la lámpara quedó atascada allí, mitad dentro y mitad fuera de la pared.

—No pasa nada, Chewbacca —dijo Jaina—. No tienes por qué estar asustado.

Chewbacca le enseñó los dientes y fue al otro lado de la habitación.

—No creo que esté asustado, Jaina —dijo Jacen—. Quieres luchar, ¿verdad, Chewie?

El wookiee asintió vigorosamente, y después alzó las manos hacia el techo y volvió a rugir.

—Yo tampoco sé contra quién —dijo Jacen—. Parece como si todo el mundo estuviera luchando con todo el mundo ahí fuera.

En su fuero interno, Jacen estaba bastante seguro de que la mitad de la frustración de Chewbacca era un resultado directo del estarse viendo obligado a hacer de canguro para una pandilla de niños tontos, pero no parecía haber ninguna manera diplomática de decirlo en voz alta.

— ¿Tú entiendes quién está luchando con quién, Ebrihim? —preguntó Jaina, volviéndose hacia su preceptor.

Ebrihim y Q9 estaban inmóviles delante de la ventana, como habían estado la mayor parte de la mañana, viendo progresar el desastre.

Ebrihim meneó la cabeza en una negativa llena de tristeza.

—Lo entiendo y no lo entiendo. Es un caso de especies contra especies, pero creo..., no, sé que la inmensa mayoría de las tres especies preferiría vivir en paz. Son los agitadores, los estúpidos que sólo saben echar la culpa de sus propios fracasos a los demás, quienes han empezado toda esta lucha. Pero me temo que ahora sólo puede extenderse. Un humano matará a un seloniano, y un seloniano matará a un humano en venganza..., y de paso matará a un drall que no le cae bien. Los dralls tomarán represalias contra ambos, o contra unos u otros. Los lazos de sangre harán que la gente se vea arrastrada a la lucha contra su voluntad.

—Tengo miedo —anunció Anakin desde su asiento enfrente de la ventana.

Jaina fue hasta él y se sentó a su lado en el sofá.

—No pasa nada, Anakin —dijo, repitiendo lo que le había dicho a Chewbacca.

Al parecer la fórmula daba mejor resultado con los hermanos pequeños que con los wookies.

Fue en ese momento cuando la primera explosión hizo temblar la Casa de Corona. El sonido fue ensordecedor, tan terrible que casi no parecía ser un sonido, y terminó tan de repente que fue como si nunca lo hubiesen oído. Todo el edificio se estremeció, y la ventana quedó hecha añicos. Q9, moviéndose con una velocidad increíble, apartó a su amo de la trayectoria de los fragmentos de cristal, y recibió la mayor parte de la fuerza del impacto. Anakin gimió de terror, y enterró la cabeza en el hombro de Jaina.

La primera onda expansiva derribó a Jacen, y apenas había logrado levantarse cuando...

¡Blam!

Otra explosión, más ruidosa y cercana, hizo temblar el edificio. Jacen se disponía a volver a levantarse cuando un gigantesco brazo peludo lo alzó en vilo. Jacen levantó la mirada para ver que Chewbacca ya tenía a su hermano y su hermana en el otro brazo.

El wookie le soltó un rugido tan ensordecedor como atropellado, pero por lo menos Jacen consiguió entender la sustancia de lo que quería decirle.

— ¡Ebrihim! —gritó a través del vendaval que había empezado a soplar repentinamente en la habitación—. Chewbacca nos va a llevar al *Halcón Milenario*, al tejado. Síguenos si puedes.

Pero Ebrihim había sido derribado por la segunda onda expansiva, y todavía estaba demasiado aturdido para responder. Q9 hizo salir de su cuerpo un par de brazos de transporte, cogió a su dueño con ellos y levito sobre sus repulsores.

— ¡Id delante! —gritó.

¡Boom! Las vibraciones de otra explosión, esta vez más lejana, se esparcieron por todo el edificio. Chewie giró sobre sí mismo y fue hacia la puerta, que ya estaba medio arrancada de su marco. Apartó lo que quedaba de ella de una patada y salió corriendo al pasillo, con Q9 detrás de él.

El turboascensor había sido diseñado para sobrevivir a un terremoto de primera magnitud, y seguía funcionando. Chewbacca presionó el botón de llamada y las puertas de la cabina del turboascensor se abrieron ante él. El wookie medio dejó caer y medio arrojó a los niños dentro, y se hizo a un lado mientras Q9 entraba a toda velocidad.

La puerta se cerró..., y de repente Chewbacca volvió a lanzar un rugido de frustración y empezó a golpearla con los puños. Los controles estaban apagados.

—Cálmate, Chewbacca —dijo Jacen—. Tengo mi pase de pulgar.

Lo sacó de su bolsillo, lo metió en la ranura y presionó la placa de verificación con el pulgar. Los controles cobraron vida, y Jacen pulsó el botón del tejado. La cabina del turboascensor empezó a subir.

La primera explosión se había producido al nivel del suelo, y había hecho temblar los pisos más bajos de la Casa de Corona con bastante más violencia que los niveles superiores. La segunda había sido provocada por alguna especie de cohete disparado contra el séptimo o el octavo piso. Nadie parecía saber con seguridad dónde se había producido la tercera. En el despacho del sexto piso de Micamberlecto no quedaba ni un solo mueble en pie. Todas las luces y las líneas de comunicación habían dejado de funcionar, pero los comunicadores portátiles seguían

estando en condiciones de operar. Los cristales rotos habían causado heridas de gravedad a dos o tres personas, pero un milagro había evitado que hubiese muertes.

— ¡Chewie! ¡Chewie! ¡Aquí Han! ¡Vamos, responde!

Han había estado haciendo frenéticos intentos de hablar con Chewbacca mediante su comunicador desde la primera explosión. Sus hijos. Sus hijos estaban allí arriba. Si les había ocurrido algo...

— ¡Chewie! ¡Chewie! ¡Responde, por favor!

— ¡Papá! Soy yo, Jacen... ¿Tú y mamá estáis bien, papá?

— ¡Jacen! Sí, sí, estamos estupendamente. ¿Dónde estáis?

Han se sintió invadido por una oleada de alivio que se desvaneció tan repentinamente como había llegado. Seguían vivos, pero el peligro no iba a esfumarse por arte de magia.

—Estamos en el tejado y vamos hacia el *Halcón*. Chewie está demasiado ocupado para hablar.

—Apuesto a que lo está. ¿Ha conseguido sacaros a todos?

— ¡Sí! Nos sacó de ahí a los tres, y también sacó a Ebrihim y a Q9. Pero Chewie dice que tendremos que irnos sin vosotros.

—Tiene razón, hijo —dijo Han—. Tiene razón... Tu madre y yo tenemos que quedarnos aquí.

Explicarle que tenían que quedarse allí porque estaban prácticamente seguros de que el pozo del turboascensor había quedado hecho añicos junto con la escalera no hubiese servido de nada. Han tenía la certeza de que las explosiones habían sido calculadas para dejar atrapado al Gobernador General dentro de su despacho.

—Nos reuniremos con vosotros cuando podamos —siguió diciendo—. Ahora tienes que hacer todo lo que te diga Chewie, y has de cuidar de tu hermano y de tu hermana.

—Pero papá...

—No hay tiempo para eso —dijo Han—. Subid a esa nave y haced lo que diga Chewie. Dile a tu hermano y a tu hermana que tu madre y yo os queremos mucho. Ahora marchaos. ¡Marchaos!

—De a... acuerdo —dijo la vocecita que brotaba del comunicador—. Lo haremos lo mejor po... posible. Adiós..., papá.

—Adiós, hijo —murmuró Han.

Se preguntó cuánto tiempo podía llegar a abarcar aquel adiós. Había bastantes probabilidades de que fuese toda la eternidad. Después se guardó el comunicador en el bolsillo y fue a reunirse con Leia, que estaba atendiendo al Gobernador General. Parecía como si Micamberlecto sólo estuviera un poco conmocionado, no seriamente herido. Ni siquiera tenía un hueso roto, lo cual resultaba casi milagroso teniendo en cuenta lo largos que eran los huesos de sus piernas y sus brazos.

—Chewie tiene a los niños —dijo Han—. Han llegado al *Halcón* y deberían poder despegar en cualquier momento. Todos están bien.

—Demos gracias a las estrellas por eso —dijo Leia—. Logré llegar hasta ellos con la Fuerza y pude sentir que estaban asustados pero que se encontraban bien, aunque estaban tan aterrorizados que no logré percibir nada más. Bien. Bien.

—Bueno, es lo único que anda bien por aquí —dijo Han.

Chewbacca conectó los motores repulsores del *Halcón Milenario* y los puso al máximo después de la secuencia de activación inicial. No quería permitir que nadie tuviera una

posibilidad de centrar un haz de guía sobre la nave. El *Halcón* subió en línea recta, y Chewie conectó los motores sublumínicos principales en cuanto estuvo lo suficientemente alejado del techo sin siquiera pensar en un curso antes. El *Halcón* salió disparado hacia adelante y hacia arriba, hacia el espacio y la seguridad de las estrellas. Chewie no tenía un curso y carecía de guías navegacionales, pero tampoco tenía opciones. Tenía que salir de allí y alejarse lo más pronto posible. Cuando estuvieran en el espacio podría preocuparse de adonde iban.

Suponiendo que el *Halcón* aguantara tanto tiempo, claro.

Dos horas después de las dobles explosiones, el despacho del Gobernador General había recuperado algo parecido al orden. De momento no parecía haber ninguna esperanza de llegar a los pisos superiores, pero la explosión del nivel inferior no había sido tan efectiva a la hora de cortar las vías de escape..., suponiendo que ése hubiera sido realmente su propósito. Siempre cabía la posibilidad de que hubiera sido obra de alguien que quería protestar de una forma lo más vigorosa posible contra la política de la Nueva República. En cualquier caso, parecía haber dos o tres sitios por los que sería posible llegar al suelo desde lo que quedaba del segundo o tercer piso.

Naturalmente, también parecía más que probable que hubiese francotiradores allí fuera, pero de todas formas Han no veía muchas probabilidades de sobrevivir a todo aquello. En aquel momento, y a todos los efectos prácticos, cualquier persona que siguiera dentro de la Casa de Corona era un prisionero político, y probablemente también un rehén. Y los que dirigían aquella función no parecían ser la clase de tipos que necesitaban muchas excusas para cargarse a los rehenes. No, sería mejor que saliese de allí a su manera. Han tenía un trabajo que hacer, y lo haría tan pronto como hubiese anochecido.

Encontró un rincón del despacho en el que podría pasar desapercibido, volvió a sacar su comunicador del bolsillo y lo sintonizó en una nueva frecuencia. Tenía que dar por supuesto que había alguien escuchando pero, por otra parte, o los sistemas protectores del comunicador estaban funcionando o no funcionaban. No era el momento de evitar correr riesgos. Si Han empezaba a hablar con frases vagas y crípticas, eso muy fácilmente podía producir una confusión fatal.

—Han Solo a Kalenda. Adelante, adelante. ¿Me recibe? —No hubo respuesta. Han volvió a intentarlo—. Han Solo a Kalenda. Adelante, adelante. ¿Me recibe?

—Aquí Kalenda a Han Solo —dijo la voz que surgió de la diminuta rejilla del comunicador—. Estaba empezando a preocuparme.

—Bueno, pues no deje de hacerlo por el momento —dijo Han—. Las cosas no van a mejorar. Tengo un trabajo para usted, y es un trabajo que ha de hacerse. ¿Cree que podría llegar hasta el espacio-puerto y robar una nave que disponga de hiperimpulsión?

—Posiblemente —dijo Kalenda—. No resultará fácil.

—Entonces ha llegado el momento de hacer algo difícil, y además yo debería ser capaz de proporcionarle un poco de ayuda. Voy a intentar salir de aquí una hora después del crepúsculo. ¿Tiene un vehículo de superficie o un aerodeslizador a mano?

—Sí, tengo un vehículo de superficie.

—Estupendo —dijo Han—. Entonces reúnase conmigo dentro de tres horas en la esquina de Línea Estelar y Volbick. —No se tomó la molestia de preguntarle si sabía dónde estaba. Si Kalenda era la clase de persona que no conseguía averiguarlo por su cuenta, de todas maneras entonces todos estarían muertos—. Tengo un paquete muy pequeño para usted. Tiene que entregarlo directa y personalmente a Mon Mothma, el almirante Ackbar o Luke Skywalker.

—Veo que es usted de esos que nunca piden mucho, ¿eh?

—Intento pensar a lo grande —replicó Han—. La veré dentro de tres horas.

Chewbacca lanzó un rugido de ira mientras las dos patrulleras de bolsillo volvían para hacer otra pasada. Las patrulleras habían detectado su presencia justo después de que hubiese salido de la atmósfera, y habían estado manteniendo la persecución desde entonces.

En circunstancias normales un par de patrulleras no habrían supuesto ningún problema para el *Halcón Milenario*, pero Chewie estaba pilotando la nave con un androide, un drall y tres niños como única tripulación. Ninguno de ellos podía serle de ninguna ayuda en una batalla espacial. Con nadie a bordo capaz de manejar las torretas de cañones láser cuádruples, la nave se había quedado sin la mitad de su potencia de fuego. Chewbacca tenía que pilotar la nave y luchar, todo él solo.

Hizo girar el morro del *Halcón Milenario* y se preparó para otra pasada. Disparó los cañones láser delanteros y acabó con una patrullera, pero el segundo disparo pasó por encima del ala de estribor, atrayendo una potente réplica desde una distancia muy corta.

Un disparo afortunado logró abrirse paso a través de los escudos, y el *Halcón* tembló bajo la potencia del impacto. Chewbacca volvió a hacer virar la nave y lanzó un diluvio de fuego contra la patrullera. Logró acertar en el blanco con su última andanada, y los escudos de la patrullera cedieron. La nave quedó envuelta en una cegadora claridad y estalló de manera espectacular. Eso estaba muy bien, pero Chewbacca ni siquiera necesitaba examinar el tablero de sistemas para saber que aquel impacto fruto de la casualidad había averiado una parte del hiperimpulsor.

Estaban atrapados en el Sistema Corelliano.

Faltaba una hora para el crepúsculo cuando la Casa de Corona se llevó la siguiente sorpresa, que fue todavía más grande que las anteriores. La holopantalla y los monitores planos sintonizados con los canales de emisión normales sólo habían estado mostrando estática desde el amanecer. La estática desapareció de repente, y un emblema que Han había visto antes apareció en la pantalla acompañado por clarines y tambores que tocaban una marcha marcial.

El emblema mostraba una sonriente calavera humana estilizada con un cuchillo entre sus dientes, y las palabras Liga Humana debajo. De repente quedó totalmente claro quién mandaba, por lo menos en la ciudad de Corona.

Las trompetas siguieron con su fanfarria durante unos minutos, llamando a todo el mundo para que acudiese, viera y escuchara.

Han, Leia, el Gobernador General y su personal se congregaron alrededor del holovisor más grande de los que todavía funcionaban y esperaron para ver qué ocurriría a continuación.

Ninguno de ellos se esperaba lo que sucedió.

El emblema de la calavera se desvaneció, y el rostro de un hombre ocupó su lugar. Ese rostro arrancó jadeos ahogados a la mitad de las personas que había en el despacho, e hizo que todas ellas se volvieran hacia Han.

Era el rostro de Han.

Era Han con cabellos castaño oscuro salpicados de canas, Han con unos cuantos kilos más, Han con una barba, Han con una expresión adusta y amenazadora que parecía estar totalmente fuera de lugar en su cara. Y sin embargo, incluso con todas las diferencias existentes entre Han y el hombre que acababa de aparecer en el holovisor, el parecido era lo suficientemente grande como para resultar casi fantasmagórico. Han clavó la mirada en la pantalla y notó que su corazón empezaba a latir más deprisa y que las manos se le ponían pegajosas a causa del sudor. Era imposible. Imposible. Pero allí estaba.

— ¡Humanos de Corellia! —dijo el hombre del holovisor, y eso bastó para arrancar otro jadeo ahogado a todos los presentes en el despacho. El hombre también tenía la voz de Han—. Soy el Líder Oculto de la Liga Humana de Corellia, y ahora me revelo a vosotros mediante este acto. Muchos de vosotros tal vez ya supierais que existía un Líder Oculto, aunque no supieseis quién tenía el honor de ocupar tal puesto. Yo soy esa persona. Me llamo Thrackan Sal-Solo.

Leia estaba contemplando la pantalla con expresión asombrada.

—Han..., ese hombre... es...

—Es mi primo —dijo Han, y la falta de inflexiones de su voz no logró ocultar la ira y la amargura que sentía. El pasado del que creía haber logrado escapar había conseguido atraparlo de repente—. Mi primo hermano, el hijo de la hermana de mi padre —siguió diciendo—. No es un hombre demasiado recomendable, y eso para decirlo suavemente. Pensaba que había muerto hacía años, antes de que me fuese de Corellia, cuando desapareció por completo. —Han clavó la mirada en la pantalla y en aquel rostro que se parecía tanto al suyo—. Claro que de vez en cuando algunas personas han pensado que yo estaba muerto —añadió con voz pensativa.

—Por lo menos eso explica el por qué esos matones de la Liga Humana te capturaron y luego te dejaron marchar—dijo Leia—.

Debieron de pensar que eras alguien que intentaba fingir ser él y que no estabas haciéndolo muy bien. Y la voz de la grabación era la suya.

—Tendría que haberlo sabido entonces —dijo Han—. Quizá lo sabía, y no quería admitirlo.

Pero Thrackan Sal-Solo seguía hablando.

—Hubo un tiempo en el que desempeñé un alto cargo en el gobierno imperial de este sector —dijo—, y fui el sucesor designado del último Diktat bajo el Imperio, antes de que se produjera la usurpación por la así llamada Nueva República. En consecuencia, soy el gobernante legítimo de este sector, y aquí y ahora me declaro el Diktat legalmente nombrado de Corellia.

»Mis fieles camaradas y yo nos hemos esforzado durante mucho tiempo para que llegara este día. Ahora el día de nuestra liberación de la opresiva política omniespecies dictada por la traidora Nueva República por fin está aquí. En este momento declaro solemnemente la secesión del Sector Corelliano de la Nueva República. A partir de ahora seremos independientes, sin ningún amo republicano que tenga poder sobre nosotros.

»Para aquellos de vosotros que duden de que mis colegas y yo contamos con el poder necesario para respaldar estos pronunciamientos, permitidme que diga unas cuantas cosas más. Hace unas dos semanas se produjo una explosión supernova en los límites del Sector Corelliano. El Gobernador General de jacto del gobierno de la Nueva República ha recibido recientemente pruebas convincentes de que fue la Liga Humana la que causó la explosión, y de que la Liga Humana está preparada para provocar nuevas explosiones estelares si nuestras justas demandas no son escuchadas y satisfechas.

— ¡Eh, un momento! —protestó Han—. El mensaje de anoche nos advertía de que no se lo debíamos decir a nadie. ¿Por qué se lo está diciendo a todo el mundo?

—Shhhh —dijo Leia—. Tenemos que oír esto.

—Exigimos que la así llamada Nueva República inicie inmediatamente las operaciones para deportar a todos los dralls y selonianos y demás no humanos del planeta de Corellia, operaciones que deberán concluir en el plazo máximo de treinta días estándar —siguió diciendo Sal-Solo—. De lo contrario, nos veremos obligados a seguir adelante con los planes para nuestra próxima detonación estelar.

Esta vez le tocó el turno a Leia de protestar.

— ¿Está loco? —preguntó—. Aunque trajéramos todos los transportes de la galaxia, no habría tiempo suficiente para evacuarlos a todos. ¿Y dónde los meteríamos?

Thrackan Sal-Solo sonrió a la cámara, pero sus ojos siguieron tan duros y helados como dos trocitos de pedernal.

—Éste es un día que hemos aguardado durante muchos años, y por fin ha llegado. Ahora podremos trabajar y avanzar hacia la libertad para toda la humanidad en este sector, sin tener que cargar con el peso ni con la mancha que supone la asociación con razas inferiores. Los disturbios actuales no tardarán en quedar bajo control. Vuestro nuevo gobierno hará nuevas proclamaciones dentro de los días siguientes. El futuro está lleno de promesas.

Se quedó callado durante un momento y la sonrisa se esfumó de su rostro, dejando detrás de ella sólo el filo cortante del acero.

—Y el futuro es nuestro —añadió—. Gracias a todos, y buenas noches.

La pantalla del holovisor quedó vacía y después se llenó de estática..., y después quedó repentinamente saturada por potentísimos y cegadores destellos multicolores mientras un rugido ensordecedor brotaba de los altavoces.

— ¡Interferencias! —gritó Han por encima del ruido.

Alguien desconectó el holovisor, y el silencio volvió al despacho.

—Está en todos los canales —anunció uno de los técnicos de comunicaciones—. Todo está interferido.

—Así que por eso podía decírselo a la gente y aun así ordenarnos que no se lo contáramos al universo —dijo Leia—. Pero si todas las comunicaciones están interferidas, ¿cómo se supone que vamos a negociar..., o a hacer venir transportes, ya puestos?

—Tengo el presentimiento de que pronto lo averiguaremos —dijo Han—. Pero de todas maneras no voy a jugar siguiendo sus reglas. Voy a reunirme con Kalenda dentro de poco más de una hora, y le entregaré una copia del chip de datos que recibimos anoche, junto con cualquier otra información que hayamos podido acumular. Voy a crear una diversión lo más grande posible, y espero que ella consiga robar una nave e ir en busca de ayuda.

—No puedo evitar darme cuenta de que no estás pidiendo permiso para hacer todo eso —dijo Leia—. Pero al menos estás siendo franco y me lo cuentas —añadió.

—Pues entonces seguiré siendo franco y diré que dudo mucho que vaya a volver pronto —dijo Han—. El tipo que crea la diversión suele ser el que acaba siendo capturado, y esta vez no creo que me vayan a dejar marchar sólo porque me parezco mucho a su jefe.

—Entonces no tenemos mucho tiempo —dijo Leia, rodeándole con los brazos y apoyando la cabeza en su hombro.

—Nunca lo tenemos, princesa —murmuró Han—. Nunca, nunca...

19

Un círculo completo

—Eso no va a funcionar —dijo Anakin, mirando por encima del hombro de Chewbacca—. Tendrías que salir fuera para arreglarlo.

El wookiee soltó un burbujeo lleno de irritación mientras iba siguiendo el trazado del circuito que se había quemado.

—Yo tampoco —dijo Anakin—. No tengo que adivinarlo. —Señaló un componente al que Chewbacca todavía no había llegado—. ¿Ves? Este reflector toroidal ha hecho pum, y eso tiene que ser porque el regenerador iónico de estribor ha quedado fuera de la alineación. Ninguna otra cosa podría haber hecho que hiciese pum.

Chewbacca lanzó un gemido mientras contemplaba el reflector, que realmente estaba quemado.

Q9 flotaba irritantemente cerca de él. Chewbacca resistió el impulso de lanzarlo contra el compartimento.

—Interesante —dijo el androide—. Parecería que Anakin tiene razón, lo cual significa que no hay ninguna esperanza de entrar en el hiperespacio hasta que podamos descender y hacer reparaciones. Como no hay muchas probabilidades de que podamos volver a Corellia enteros, yo sugeriría que tratáramos de llegar a Drall. Las gentes de mi amo están allí, y por lo menos tendremos alguna esperanza de ser recibidos de manera pacífica.

Chewbacca apoyó la espalda en el mamparo y gimoteó para sí mismo. Había llegado a esa misma conclusión hacía diez minutos. No había nada peor que un androide que se las daba de listo..., con la única excepción de un androide que se las daba de listo y que además tenía razón.

Kalenda observaba a Solo mientras conducía el vehículo de superficie. Hasta el momento todo había ido bien..., de hecho, notablemente bien teniendo en cuenta el nivel de caos existente en la ciudad. Habían dejado atrás un número incalculable de edificios en llamas, vehículos medio destruidos y cadáveres. Pero no parecía haber muchas personas dispuestas a salir a las calles después de que hubiera oscurecido, y Solo conocía muy bien la ciudad. Podía llevarles por las calles más pequeñas y menos concurridas, lejos de los saqueadores, los amotinados y los grupos de matones.

Kalenda volvió a bajar la mirada hacia el chip de datos que tenía que llevar consigo. Contenía una copia del mensaje de la amenaza, junto con toda la información que el personal del gobernador había creído oportuno incluir. El chip era una diminuta cosita negra del tamaño de su pulgar. El que algo tan pequeño y de aspecto tan poco importante pudiera ser tan vital le parecía cada vez más extraño. Si la Liga Humana hablaba en serio acerca de crear más supernovas, entonces millones de vidas podían depender de que Kalenda lograra volver con el chip.

—Ya casi hemos llegado —dijo Han—. ¿Está preparada?

—Más o menos —dijo Kalenda—. Estoy todo lo preparada que llegaré a estar. —Pero había algo más que tenía que decir—. Capitán Solo, yo únicamente quería decirle que..., que siento haber metido a su familia en todo esto.

—No lo hizo —replicó Solo, sin apartar los ojos del camino que se extendía delante de ellos—. Intentó advertirnos de la forma más clara en que podía hacerlo, y nosotros no escuchamos su advertencia. Creo que habríamos venido aquí sin importar lo que usted nos dijera. Lo único que

hizo fue conseguir que nos moviéramos con un poco más de cuidado. Ha obrado bien, y sus intenciones eran buenas.

—Gracias —dijo Kalenda—. Viniendo de usted, eso significa más de lo que se puede imaginar. Espero que...

Se calló, sabiendo que ya había dicho demasiado.

— ¿Qué es lo que espera? —preguntó Han.

—Espero que su familia salga con bien de todo este asunto. Lo siento, eso ha sido espantosamente personal. Pero he pasado tanto tiempo vigilándoles, manteniéndoles bajo observación en todo momento que yo...

—No importa —dijo él—. Gracias por haberlo dicho. Yo también espero que salgan enteros de todo este asunto.

—Muchas gracias, señor. Ha sido..., ha sido un honor trabajar con usted.

Han Solo apartó los ojos del camino por primera vez y le sonrió con afabilidad y una extraña dulzura.

—Lo mismo digo, teniente, lo mismo digo. —Después volvió nuevamente los ojos hacia el camino—. Pero nos estamos acercando al espaciopuerto. ¿Dónde está ese desvío suyo?

—Ahí mismo —dijo Kalenda—. Apenas si es un sendero de tierra... ¡Ahí está!

El vehículo de superficie se metió por el sendero y avanzó dando tumbos sobre los baches e irregularidades del terreno.

—Siga adelante, adelante... De acuerdo, reduzca la velocidad —dijo Kalenda—. Apague todas las luces y deténgase aquí durante un momento.

Han paró el motor. Kalenda cogió sus macrobinoculares y salió del vehículo, moviendo una mano para indicar a Han que la siguiera mientras lo hacía. Después se puso de rodillas y empezó a subir a rastras por un pequeño promontorio que había a su izquierda..., y no tardó en cortarse el brazo con el mismo matorral de hierba navaja de siempre.

—Sí, no cabe duda de que es aquí —le dijo a Han, que había conseguido llegar a lo alto del promontorio sin infligirse ninguna herida, y después soltó una risita.

— ¿Qué pasa? —preguntó Han—. ¿Qué le ocurre?

—El círculo se ha cerrado —dijo Kalenda—. Éste es el sitio desde el que les vi llegar, y ahora usted está aquí para ver cómo me voy.

—Bueno, el círculo es bastante más grande que eso —dijo Han—. Por fin vamos a poder utilizar el plan original. Yo atraigo toda la atención haciendo mucho ruido, y le doy una oportunidad de hacer su trabajo.

—Bien, pues entonces esperemos que funcione la segunda vez —dijo Kalenda, y volvió a concentrar su atención en la tarea que la esperaba—. De todas maneras, ya no es posible acercarse más a la valla del perímetro. ¿La ve? Allí debajo, unos cien metros hacia adelante...

—Sí, la veo —dijo Han—. No hay problema. ¿Todavía no ha escogido una nave? —preguntó.

—Déme un momento. —Kalenda sacó los macrobinoculares del estuche y se los llevó a los ojos—. El sistema infrarrojo de este trasto nunca ha sido ninguna maravilla —murmuró—. Veamos... No, allí sólo hay patrulleras de bolsillo. No tienen hiperimpulsión. Espere un segundo... Allí. Un Feo X-TIE, a unos quinientos metros de distancia de la valla.

—Odio los Feos, pero es usted quien tendrá que pilotarlo —dijo Han—. ¿Está segura de que tendrá hiperimpulsor?

—Debería tenerlo —dijo Kalenda—. Además, ahí fuera no hay nada más hasta lo que pueda tener aunque sólo sea una pequeña posibilidad de llegar.

— ¿Guardias?

—Uno en el X-TIE, ninguno en las patrulleras. Quizá andan un poco escasos de hombres.

—Esperemos que así sea —dijo Han—. Y en tal caso, a esas patrulleras de bolsillo les queda un futuro muy limitado. Bien, adelante. Tiene que estar preparada para cortar esa valla cuando yo aparezca por encima del promontorio.

Kalenda desenfundó su desintegrador.

—Todo listo —dijo.

—Entonces la veré al otro lado —dijo Han.

Se despidió airoosamente de ella, y después volvió arrastrándose cuesta abajo hasta el vehículo de superficie.

Han volvió a subir al vehículo de superficie. Se aseguró de que su desintegrador estaba preparado para hacer fuego y de que los detonadores térmicos en miniatura se hallaban al alcance de su mano. Después se puso las gafas protectoras y esperó que esta vez funcionarían como debían hacerlo. Se suponía que respondían instantáneamente a cualquier nivel de luz ambiental, pero tendían a ser un poquito quisquillosas. Bien, aquello iba a ser interesante. Volvió a comprobar el cinturón de seguridad de su asiento, encendió las luces del vehículo de superficie y dio gas al motor.

El viejo y voluminoso cacharro se abrió paso hasta la cima del promontorio y aplastó el matorral de hierba navaja en cuanto hubo llegado a ella. Una rápida serie de disparos desintegradores brilló a la derecha del vehículo cuando Kalenda disparó contra la sección de la valla del perímetro que se interponía en su camino. Los haces desintegradores dieron justo en el blanco, pero la valla siguió en pie. Debía de ser más sólida de lo que aparentaba. Han dejó caer el pie sobre el acelerador y dirigió el morro del vehículo hacia la valla. El vehículo de superficie bajó a toda velocidad por la pendiente y se incrustó en la valla. La atravesó en un instante, y Han tuvo que esforzarse para no perder el control cuando el vehículo empezó a saltar y bambolearse sobre los baches y hoyos. Las ruedas del vehículo de superficie acabaron encontrando la dureza de la pista, y Han recuperó el control. Dirigió el vehículo hacia la patrullera más cercana y volvió a hundir el acelerador en el suelo.

Un haz desintegrador surgió de la oscuridad e hizo impacto en el pavimento justo delante del vehículo de superficie. Han hizo girar el volante en una acción puramente refleja, y después volvió a su curso inicial hacia la patrullera. Alzó su desintegrador y disparó por la ventanilla. Se limitó a hacer fuego más o menos en la dirección de la que había venido el disparo, sin tener ninguna esperanza real de acertarle a algo. Pero de repente hubo un estallido de luz delante del horizonte cuando un tanque de combustible se incendió, y Han aceptó encantado aquel pequeño premio de la fortuna. Ya casi había llegado a la primera patrullera. Soltó el desintegrador y siguió sujetando el volante con una mano mientras alargaba la otra hacia un mini detonador. Quitó el seguro de la pequeña bomba, redujo la velocidad el tiempo suficiente para lanzarla hacia la patrullera y después aceleró, no teniendo ningún deseo de estar demasiado cerca cuando el artefacto explosivo estallara.

¡Barroom! El detonador hizo explosión con un destello de cegadora claridad que las gafas protectoras manejaron a la perfección, debilitándolo y oscureciéndolo en una fracción de segundo. Las gafas volvieron a su estado normal, y Han se atrevió a mirar hacia atrás. Sí, el detonador había dejado totalmente destruida la patrullera..., y a juzgar por el tamaño del cráter, el vehículo de superficie había estado muy cerca de unirse a la fiesta.

Han volvió la mirada hacia la valla y vio una pequeña silueta vestida de negro que corría en línea recta hacia el X-TIE moviéndose tan deprisa como podía hacerlo.

— ¡Vamos! —gritó, aunque era imposible que Kalenda pudiera oírle—. ¡Vamos, vamos!

Fragmentos de patrullera en llamas estaban empezando a caer del cielo a su alrededor, y Han fue haciendo eses por la pista para tratar de esquivarlos.

¡Fwap! Otro haz desintegrador, pero éste consiguió acertar a su vehículo de superficie justo en el motor. El vehículo se incendió al instante, y Han decidió que había llegado el momento de estar en otro sitio. Soltó el volante mientras el vehículo de superficie seguía avanzando. Empuñó su desintegrador con una mano, recogió los mini detonadores que le quedaban con la otra y se los metió en el bolsillo, y después se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta.

Han saltó del vehículo de superficie y aterrizó de manera bastante dolorosa sobre su bolsillo lleno de detonadores. Se levantó y avanzó lo mejor que pudo, utilizando la masa humeante del vehículo de superficie que seguía rodando como cobertura mientras se dirigía hacia la otra patrullera. Sacó el siguiente detonador de su bolsillo, lo preparó para que tardara un poco más en estallar y lo envió rodando suavemente por el suelo hacia la patrullera.

Con escasez de personal o sin ella, los guardias del espaciopuerto estaban empezando a reaccionar. Han pudo ver las luces de varios vehículos que venían hacia él, así como las de varias patrulleras que se aproximaban por el cielo. Más haces desintegradores se desparramaron sobre el suelo a su derecha, y Han devolvió el fuego mientras se agachaba.

El segundo detonador hizo explosión, pero debía de haber rodado hasta más allá de la patrullera. La explosión sólo consiguió incendiar la nave, en vez de destruirla por completo.

Han volvió la mirada hacia el X-TIE justo a tiempo de ver cómo una delgada silueta subía a la cabina.

Decidió librarse de aquellas pequeñas y temibles bombas y dejar de preocuparse por causar el máximo daño posible. Sacó los últimos tres detonadores que le quedaban, presionó los activadores de tiempo y los lanzó todo lo lejos que pudo, esparciéndolos en todas direcciones salvo la del X-TIE.

La triple explosión resultó excesiva para las gafas protectoras: los cristales se ennegrecieron del todo, y no volvieron a aclararse. Han se quitó las gafas de un manotazo y contempló con una sonrisa en el rostro cómo el Feo X-TIE pasaba directamente por encima de su cabeza y subía en el cielo. Con un auténtico piloto dentro de él, las patrulleras jamás podrían alcanzar a ese trasto.

Los guardias del espaciopuerto estaban empezando a converger sobre él. Un reflector montado en un aerodeslizador de seguridad que se aproximaba atrapó a Han en su haz. Han se rió, arrojó su desintegrador al suelo, puso las manos encima de la cabeza y esperó a que vinieran a por él.

Misión cumplida.

Habían encontrado una escalera de emergencia que no estaba demasiado llena de escombros, y consiguieron despejarla lo suficiente para que Leia pudiese subir por ella hasta el piso número quince de la Casa de Corona.

A primera hora del día aquellas habitaciones habían sido el hogar de su familia y toda su familia había estado allí, junta y a salvo. Pero ya no estaban allí. Se habían ido, esparcidos a los cuatro vientos, y el apartamento era un cascarón ennegrecido, las ruinas de un lugar donde el viento helado entraba por las ventanas rotas.

Pero desde allí podía ver el espaciopuerto. Con unos buenos macrobinoculares, pudo ver perfectamente los destellos de las explosiones, el parpadeo del fuego de desintegradores y las

llamas menos brillantes de las naves que ardían. Incluso pudo ver cómo el X-TIE se perdía en el cielo.

Pero no pudo ver a Han.

Y sabía que tal vez nunca volvería a verle.

El X-TIE subió hacia el cielo temblando y estremeciéndose a cada centímetro del trayecto, un tosco híbrido de nave que amenazaba con desintegrarse a cada momento. Belindi Kalenda se agarró a las palancas de control con frenética desesperación y obligó a aquel condenado trasto a seguir subiendo hacia el cielo hasta salir de la atmósfera y entrar en las profundidades del espacio. No le costó nada entender por qué aquella clase de naves construidas a base de remiendos eran conocidas con el nombre de Feos.

Pero por lo menos aquel Feo en particular disponía de un ordenador de navegación y de un impulsor hiperespacial perfectamente estándar. Kalenda por fin logró sacar el X-TIE de la atmósfera, y fijó un curso que lo mantendría en vuelo mientras ella hacía los cálculos del salto para el viaje hasta Coruscant.

Un instante después estaba frunciendo el ceño ante las lecturas que le había empezado a proporcionar el ordenador de navegación. Algo no andaba del todo bien. Las lecturas gravimétricas de fondo eran demasiado elevadas, y continuaban subiendo delante de sus ojos. No eran lo bastante potentes como para impedirle saltar al hiperespacio, pero pronto lo serían. Kalenda nunca había visto unas lecturas semejantes, salvo cuando estaba cerca de una nave de interdicción durante los ejercicios de adiestramiento.

¿Y quién podía tener una nave de interdicción ahí fuera?

Kalenda compensó lo mejor que pudo las lecturas cada vez más elevadas, y se preparó para el salto al hiperespacio. Entregó el control de vuelo al ordenador de navegación y tensó los músculos.

Los motores lumínicos entraron en acción. Las líneas estelares se formaron y el Feo X-TIE vibró y tembló, disponiéndose a entrar en el hiperespacio.

Uno de ellos, alguien de la nube de ayudantes y secretarios que siempre querían algo de ella, estaba esperando a Leia cuando bajó. Leia pudo ver cómo la seguía con la mirada, esperando el asentimiento de su cabeza y el gesto que le permitiría acercarse. Era muy joven y estaba muy nervioso, y llevaba el inevitable cuaderno de datos lleno de información vital en las manos. Sus ropas de oficinista seguían estando limpias e impecables, como si todo aquel día de pesadilla nunca hubiese ocurrido. Era inteligente, trabajador e implacablemente cortés.

Fuera donde fuese Leia, siempre había personas como él. Eran los que deseaban ayudar y tenían una brizna de información que comunicarle, los que sólo querían dos minutos de su tiempo o recibir un consejito insignificante, y daba igual que el esposo y los hijos de Leia acabaran de serle arrebatados, quizá para siempre. ¿Es que nunca podían dejarla en paz?

Pero la respuesta, naturalmente, era que no podían hacerlo. Había una galaxia que dirigir, y nunca había tiempo suficiente para hacerlo. Las familias de otras personas corrían peligro aquella noche, y confiaban en Leia para que todo volviera a ser normal. Leia expulsó su pena a un rincón de su mente y fue rápidamente hacia el joven técnico que quería verla.

—Ah... Buenas noches, señora.

«¿Qué tienen de buenas?», pensó Leia. Pero por lo menos consiguió que las palabras que salieron de sus labios fueran un poco más corteses.

—Buenas noches —dijo, con la voz un poco quebradiza—. Me ha dado la impresión de que quería verme.

—Sí, señora. Hay algo que creo que debe saber. Trabajo en la sección de comunicaciones. No estamos teniendo mucha suerte en nuestros intentos de atravesar el bloqueo de interferencias, pero mientras trabajaba en eso vi unas cuantas lecturas muy raras en los sensores gravimétricos.

— ¿Y se supone que eso significa algo? —preguntó Leia en un tono bastante ácido del que se arrepintió enseguida—. Lo siento —murmuró, frotándose la frente—. No tendría que haber dicho eso. Explíqueme qué es lo que debo saber, por favor.

—Ah... Sí, señora. Gracias. Bueno, resumiéndolo se trata de que algo parece estar causando alteraciones en el espacio real de la misma manera en que lo hace una nave de interdicción.

Y de repente aquel técnico tan joven y tan nervioso captó toda la atención de Leia. Una nave de interdicción hacía una cosa, y únicamente una cosa: generaba energía gravítica de tal manera que el hiperespacio no podía llegar a formarse en su vecindad. Las naves que se encontraban dentro de un campo de interdicción no podían saltar al hiperespacio, y las naves que se encontraban en el hiperespacio no podían atravesar un campo de interdicción sin ser brusca, y a veces violentamente, devueltas al espacio normal.

—Siga —dijo.

—Bueno, de momento el efecto es bastante débil, pero se está reforzando a cada minuto que pasa, como si hubiera un generador de interdicción muy potente que se está calentando muy poco a poco. Por ahora no es lo bastante fuerte como para expulsar a una nave del hiperespacio o impedirle la entrada en él, pero no tardará en serlo. Pero todo eso no es la parte realmente mala.

— ¿Cuál es la parte realmente mala? —preguntó Leia.

—El tamaño de la zona de interdicción, señora. Si este campo sigue creciendo al ritmo actual, va a acabar abarcando todo el sistema estelar corelliano.

— ¿Todo el sistema? —exclamó Leia—. Eso es imposible. Nadie podría generar un campo de interdicción tan grande.

—Pero alguien lo está haciendo, señora. Y cuando ese campo alcance su plena potencia, nada será capaz de aproximarse a más de una semana luz de este sistema estelar por el hiperespacio. Quedaremos aislados del exterior. —El joven técnico dejó su cuaderno de datos encima de una mesa, juntó nerviosamente los dedos y desvió la mirada del rostro de Leia para clavarla en un rincón del suelo. Cuando volvió a hablar, el miedo que sentía resultó claramente audible en su voz por primera vez—. Eso significa que no vamos a recibir ninguna ayuda —añadió.

Leia Organa Solo encontró un sitio para estar sola en una pequeña sala de conferencias sin ventanas delante del despacho del Gobernador General. Era un buen sitio para ella en aquellos momentos, porque desde allí le era imposible ver el cielo, el espaciopuerto o esas estrellas que habían pasado a estar repentinamente mucho más lejanas.

Su familia estaba allí donde Leia no podía llegar hasta ella, perdida en las profundidades del espacio. En un solo día el Sistema Corelliano se las había arreglado para encontrar una forma de caer en el abismo del peor odio irracional entre especies, la clase de aberración que tendría que haber quedado olvidada en el barro primordial hacía mil generaciones. El vecino se había vuelto contra el vecino en una guerra de tres bandos que sólo podía ir empeorando a medida que las heridas se iban haciendo más profundas, y el Sector Corelliano se había separado de la Nueva República de una forma que sólo podía tener como resultado el tentar a otros para que hiciesen lo mismo. Leia sabía cuan frágil era la estructura de la Nueva República. Sabía lo fácil que resultaría hacerla pedazos, y lo imposible que sería volver a reconstruirla después.

Pero había muchas preocupaciones más aparte de las meramente políticas. ¿Adonde había ido Mará Jade? Lo cierto es que se había esfumado. ¿Cómo era posible que una pandilla de matones como la Liga Humana fuese capaz de robar los datos más secretos de la Nueva República? ¿Cómo eran capaces de hacer estallar estrellas a voluntad? ¿Eran realmente capaces de exterminar todo un sistema estelar lleno de vida si no se salían con la suya? ¿Y quién estaba produciendo aquel gigantesco campo de interdicción?

Y todos confiaban en ella. Le bastaba con hacer el más mínimo esfuerzo, utilizando la más diminuta fracción de sus capacidades para emplear la Fuerza, y Leia podía sentir de la manera más literal imaginable su necesidad, allí en el despacho del Gobernador General. La necesitaban, tenían fe en ella, creían que ella encontraría la forma de que todos pudieran salir de aquella trampa.

Y Leia no tenía ni idea de qué debía hacer a continuación.

Se sumergió en las profundidades de su ser y en el poder de la Fuerza, y buscó la fortaleza que le permitiría seguir aguantando.

Luke Skywalker volvió a la cabina de control del *Dama Suerte* y se instaló en el asiento del copiloto.

—Ya casi hemos llegado —dijo Lando, alzando la mirada desde su puesto delante del centro de control.

—Estupendo —dijo Luke, poniéndose el arnés de seguridad—. Será muy agradable volver a ver a Han, Leia y los chicos.

Lando le miró y curvó los labios en una sonrisa de lobo.

—Y hacer unos cuantos buenos negocios en esa cumbre comercial será todavía más agradable —dijo.

De repente el *Dama Suerte* se estremeció violentamente desde el morro hasta la popa, y la nave empezó a girar incontrolablemente sobre sí misma mientras media docena de alarmas sonaban a la vez con estridencia.

— ¡Luke! —gritó Lando mientras luchaba con los controles de altitud—. ¡Es un campo de interdicción! Nos ha expulsado del hiperespacio. ¡Desconecta los motores de hiperimpulsión antes de que se quemen!

De inmediato Luke alargó la mano y desconectó la hiperimpulsión, con lo que redujo al silencio la mayor parte de las alarmas. Lando logró controlar los giros de la nave y pulsó una serie de teclas de reinicialización, haciendo callar las últimas alertas que todavía sonaban.

Luke dejó trabajar a su amigo. Podía sentir algo, una inmensa y poderosa perturbación en la Fuerza. Cerró los ojos y desplegó sus sentidos de la Fuerza.

— ¿Qué era eso? —preguntó Lando cuando por fin hubo conseguido volver a estabilizar la nave—. ¿Qué maníaco pondría un campo de interdicción justo en el centro de la nada?

—No está ahí fuera —dijo Luke mientras abría los ojos—. Está aquí. —Extendió el brazo hacia la pantalla visora y señaló el todavía distante punto de luz que era la estrella Corell, que se encontraba a un mínimo de dos meses de viaje a velocidades sublumínicas—. Es muy débil y muy sutil, pero puedo sentir cómo interactúa con la Fuerza. Acabamos de tropezar con el borde de un campo de interdicción que cubre todo el sistema estelar corelliano.

— ¿Estás chalado? —preguntó Lando—. Nadie podría levantar un campo de interdicción tan grande.

—Bueno, pues alguien lo ha hecho —dijo Luke—. Está aquí. Acabamos de chocar con su frontera.

Luke volvió a desplegar sus poderes de sondeo, esta vez no intentando percibir la forma de un campo en el espacio sino las mentes que había dentro del Sistema Corelliano. No intentó llegar a una mente determinada, sino percibir una sensación general de emociones. Tendría que ser capaz de captar algo incluso estando tan lejos, pero el poder de lo que llegó hasta él le dejó asombrado. Odio, miedo, venganza, ira, terror..., todas las emociones oscuras ardían y se agitaban en las mentes del Sistema Corelliano.

—Da la vuelta, Lando —dijo—. Sólo nos hemos adentrado unos cuantos centenares de kilómetros en el campo de interdicción. Sácanos de él y llévanos al espacio normal, y luego fija un curso a velocidad lumínica hacia Coruscant. Tenemos que ir a buscar ayuda..., y ahora mismo.

Lando parecía disponerse a protestar, pero luego se lo pensó mejor.

—Tienes razón —dijo—. Tienes toda la razón.

Tomó los controles y empezó a hacer virar la nave. —Date prisa, Lando —dijo Luke.

Luke volvió la mirada de nuevo hacia la pantalla y contempló la resplandeciente luz de Corell.

—Date prisa —repitió—. Esto me huele muy mal.

Continuará...